
EL
SECRETO
de
VILLA
CARLOTTA
Silvia Montemurro

# El secreto de Villa Carlotta

## Las villas del lago de Como

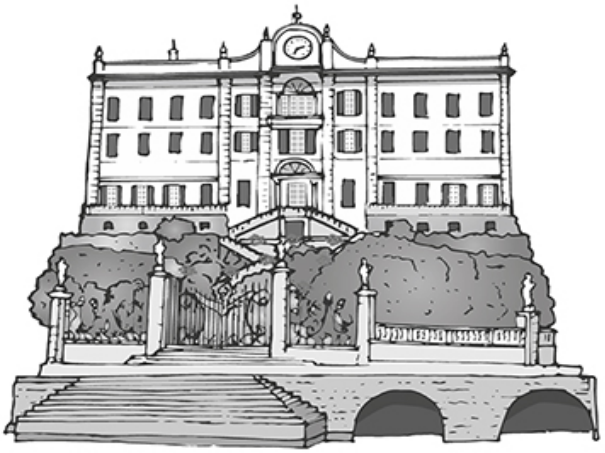
*Silvia Montemurro*

Traducción de Natalia Fernández

*A Loredana,*
*con inmenso aprecio y cariño.*

*A ti,*
*que a orillas del lago de Como*
*has amado, amas y amarás.*

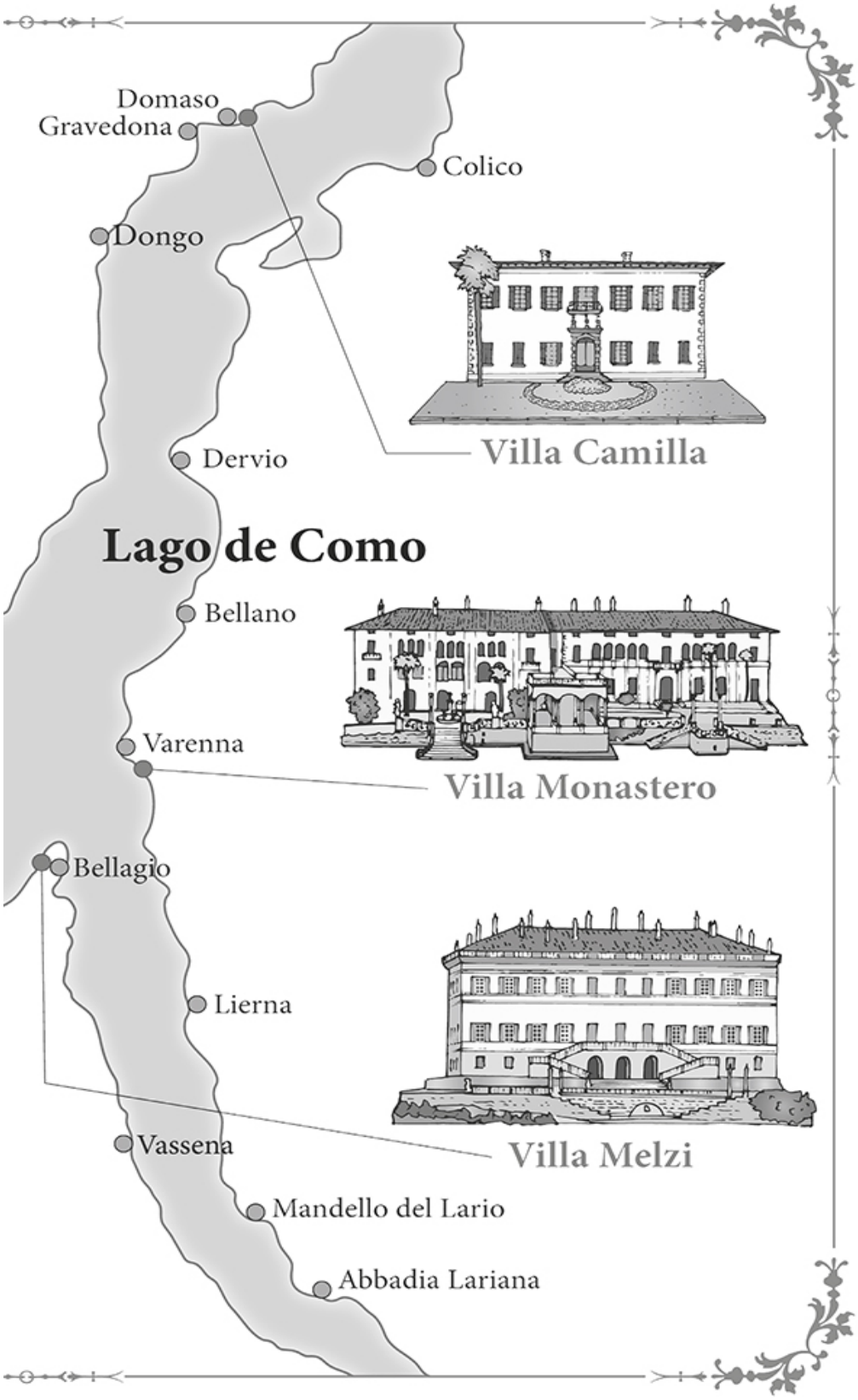
LAS VILLAS DEL LAGO DE COMO



**Villa Carlotta**



**Villa Balbianello**


Domaso
Gravedona
Colico
Dongo
Villa Camilla
Dervio
Lago de Como
Bellano
Varenna
Villa Monastero
Bellagio
Lierna
Villa Melzi
Vassena
Mandello del Lario
Abbadia Lariana

JULIETA: Entonces, ventana, deja entrar el día y salir la vida.
ROMEO: Adiós, adiós, un último beso y me voy.

WILLIAM SHAKESPEARE

# Prólogo

*Tremezzo, 25 de agosto de 1848*

Se lo habían advertido: de tanto hablar de ello, la niña acabaría por presentarse. Carlotta se maldijo por haber sido tan tonta y por no haber dado importancia a los rumores de la gente que vivía en el lago de Como y conocía ciertos mecanismos.

Y ahora el espíritu de la niña estaba allí. Percibía claramente los pasos, cubiertos de vez en cuando por el estruendo de un trueno. El relámpago que lo precedía iluminaba el lago que ella veía desde la ventana de la villa y que aquella noche no podía ser más negro. Trató de olvidar las palabras que había susurrado, casi como un desafío, unos minutos antes, pero acudían a su mente sin que pudiera hacer nada para ahuyentarlas.

*Gira, gira en círculos*
*la niña que no duerme.*
*Gira y cae al fondo,*
*sigue sus pasos.*

—¿Por qué he recitado esa estúpida canción infantil? —se preguntó Carlotta.

Los pasos le parecían cada vez más cercanos. Cogió la lámpara de aceite y salió de la habitación: quería llamar a su hermana, deslizarse bajo las mantas con ella y que le susurrara que todo había sido un sueño, un rumor.

La pequeña María ya había consolado a su hermana mayor con anterioridad. En la residencia de Charlottenburg, muchos años antes, cuando Carlotta había visto a su madre llorando y se había asomado para mirar en su habitación. No le había contado a nadie lo que había visto, y esa imagen la había seguido atormentando desde entonces, sobre todo por la noche y en sus pesadillas. Por mucho que Carlotta quisiera olvidar, el peso de lo que había visto la perseguía.

La tormenta rugía sobre la villa del lago, mientras Carlotta cerraba la puerta de la habitación tras de sí y recorría el largo pasillo, colmado de retratos de los condes y las princesas a quienes había pertenecido la casa antes de que su madre la comprara. Siempre le habían inquietado, con esos rostros serios y las manos entrelazadas… Durante todo el verano, cada vez que pasaba por delante, se sentía observada.

Un rayo atravesó el lago y el estruendo del trueno lo siguió de inmediato.

La voz de una niña resonó en el largo pasillo. Estaba justo detrás de ella.

—Mamá —decía—, mamá.

Carlotta sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda. No quiso darse la vuelta: para llegar a la habitación de María debería ir hacia la voz. Ni hablar. Empezó a correr en dirección contraria y llegó al final del pasillo sin aliento.

Antes de bajar las escaleras, se atrevió a volverse.

La niña estaba delante de la puerta de la habitación de Carlotta.

—Mamá —repitió, levantando un brazo hacia ella.

Carlotta se echó a llorar mientras bajaba las escaleras.

Debería haberse quedado en su habitación y no haber intentado evocar a ningún espíritu, debería haber hecho como Patricia o María, que no creían en esas cosas. Todos le habían dicho que cuanto más crees en los espíritus, más te dan lo que pides.

—Vete, vete —suplicaba en voz baja mientras corría hacia el jardín.

No le importaba que fuera arreciara la tormenta: el único lugar donde se había sentido segura en aquellos meses en Italia era precisamente el naranjal.

Recorrió la avenida arbolada, mientras la lluvia le caía sobre la cara y le empapaba el camisón.

Se volvió hacia la villa, le pareció que el reloj de la fachada hacía girar las agujas, percibió el frufrú de la ropa, y la estatua de una mujer que se hallaba justo a la entrada de la verja le pareció que se burlaba de ella.

—¿Qué he hecho mal? —se preguntó en voz alta.

En realidad, no quería una respuesta. No le habría gustado. Desde que había llegado al lago de Como, se había visto envuelta en mentiras y secretos, había antepuesto su curiosidad por encima de todo y no había hecho más que meterse en líos.

No se había portado bien con nadie, ni siquiera había intentado proteger a su hermana de un amor equivocado. El justo castigo que merecía, tal vez, era esa locura que sentía en las venas y ese miedo a algo que solo ella veía, pero que realmente podría no existir.

Cuando llegó al naranjal apenas tenía aliento, hizo el amago de volverse de nuevo, pero tropezó con una piedra que la lluvia había desplazado en el terreno. Cayó al suelo: apenas tuvo tiempo de poner las manos delante para protegerse la cara.

Ante ella, un par de botas oscuras. Carlotta alzó la vista y lo vio.

Era la última persona a la que hubiera querido encontrarse por la noche en el jardín de su villa.

—Carlotta —murmuró el duque, tendiéndole una mano—. Estáis empapada. ¿Qué pasa?

Estaba temblando. Agarró la mano, sintió su poderoso apretón y dejó que la levantara. Tuvo el instinto de lanzarse a sus brazos de lo asustada que estaba.

—Ella está aquí —dijo, castañeteando los dientes—. Ella sigue aquí, por mí.

Él suspiró, se quitó la capa y se la puso sobre los hombros.

—Venid. Refugiaos en el porche.

La llevó junto al cobertizo de los aparejos, sin soltarle la mano en ningún momento.

Carlotta seguía aterrorizada, así que no podía hacer otra cosa que escucharlo…

—No quiero volver a esa villa —susurró—. No puedo, no puedo.

El duque le rozó la frente para apartarle los mechones de pelo húmedo que se le habían pegado a la cara.

—Calmaos —musitó.

—Pero ¿cómo voy a hacerlo? Ella está ahí, ¿no la veis?

El duque miró en la dirección que le indicaba Carlotta y suspiró.

—No —dijo con tono decidido—. No veo lo que vos veis. Pero quizá hay cosas que deberíais saber.

# 1

*Potsdam, seis meses antes*

Si de algo estaba convencida Carlotta Albrecht era de que nunca perdonaría a su madre. Mientras caminaba por los senderos del jardín del palacio Sanssouci, escuchaba los molestos cuchicheos de las condesas, que desde detrás de sus abanicos la miraban a ella y a su hermana y se reían. No eran tiempos fáciles. El rey, su tío Federico Guillermo, había trasladado toda la corte a Potsdam, para luego regresar a combatir las revueltas populares en Berlín, y Carlotta también había tenido que adaptarse a esa nueva realidad, en un palacio que era muy lujoso, sin duda, pero que no tenía nada que ver con su Berlín, donde había nacido y crecido. No había estado en Versalles, pero le habían dicho que Potsdam había sido creada para imitar, en cierto modo, la exuberante residencia francesa. Y por suerte, pensó con una cierta irritación, Potsdam significa *la falta de preocupaciones*. Todo le parecía, en aquel lugar, absolutamente falto de gente que se preocupara por sus propios asuntos.

—¿Por qué se comportan así? —preguntó María, que tenía dieciséis años, dos menos que Carlotta, pero que era especialmente sensible a los chismes de la corte prusiana.

—No les hagas caso, camina con la cabeza alta —se limitó a responder ella, tomándola del brazo, como para protegerla.

El sol de Potsdam era cálido, pero no le entibiaba las mejillas, que, sin embargo, sentía cómo le ardían.

Dash, el cavalier king charles spaniel de Carlotta, regalo de su decimoséptimo cumpleaños, bautizado con el mismo nombre que el de la reina Victoria, ya tenía la lengua fuera. Carlotta lo regañaba en cuanto se detenía a oler una hoja.

—Mira, una princesa ni siquiera puede salir a dar un paseo para tomar un poco de aire fresco —suspiró Carlotta en voz alta. Llevaba tres días, precisamente desde el día de aquel escándalo infame, sin salir del palacio, consagrada a tocar el piano o mirar por la ventana de su habitación con un libro en la mano.

—¿Queréis que prepare un té para cuando volváis? —preguntó Annette, la criada, que intentaba seguir el paso de las dos hermanas.

—Creo que me retiraré al salón de las artes y continuaré con mi cuadro —respondió Carlotta.

María resopló.

—Qué aburrimiento, ¿ya volvemos?

Carlotta se detuvo en medio del camino, justo delante de la fuente, donde algunas damas se habían acercado para admirar los juegos de luz. A su vez, las tres acompañantes se detuvieron a pocos pasos de distancia por la hábil mano de Annette.

—Escúchame bien, María Alejandrina —le dijo, clavando sus ojos oscuros en los ojos azules de su hermana—, he permitido que me acompañes a dar este paseo solo porque has insistido mucho y porque mamá todavía no te deja salir sola. Y ya era hora. Pero yo

decido cuándo volvemos, ¿de acuerdo? Por mí, ya podemos regresar. Estoy harta de esas miradas.

Quizá había alzado demasiado la voz: incluso la fuente parecía haberse intimidado ante aquellas palabras y las damas se protegieron con los abanicos.

María frunció el ceño.

—Siempre se hace lo que tú quieres. Cuando tenga un marido y pueda marcharme, entonces decidiré yo —refunfuñó.

—Precisamente cuando tengas un marido será cuando empezarán los verdaderos problemas. ¿Aún no lo has entendido?

—Solo porque a mamá y papá les haya ido mal, no significa que nos tenga que pasar a nosotras, Carlotta.

—Cállate y camina. ¿Te parecen cosas que puedan decirse? Esta gente está deseando hacer circular el próximo chisme —respondió Carlotta.

Volvió a acelerar el paso, arrastrando a su hermana detrás de ella. Cuando llegaron a la entrada del edificio, Annette estaba colorada y sin aliento.

—¿Un buen paseo, lady Carlotta? —preguntó la duquesa Luisa, su querida abuela.

—Más bien una carrera, con *sprint* final —respondió María.

Carlotta se dio cuenta de que Annette asentía con la cabeza al oír esas palabras. Pensó que incluso Dash, que entretanto había corrido exhausto hasta su caseta, lo habría aprobado si hubiera tenido la capacidad de hablar.

—No seas impertinente —le reprendió su hermana.

Pero la duquesa se reía, cubriéndose la boca con los guantes blancos. Era una abuela especial, la condesa Luisa. A pesar de su

edad, aún conservaba cierto porte, y por los numerosos retratos que había en sus aposentos, cualquier visitante podía intuir que había sido una de las mujeres más bellas de su época. No en vano, incluso el propio Napoleón había sucumbido a su encanto cuando ella se presentó ante él para negociar algunos territorios. Le encantaba contar anécdotas como esas y regodearse en el hecho de que ella había luchado por Prusia más que su querido marido.

—Nos vemos en la cena —dijo—. Tenemos una noticia importante que daros.

Carlotta puso los ojos en blanco. Ya había tenido suficientes sorpresas.

Mientras subían la larga escalera de mármol hacia sus habitaciones, María no pudo resistirse:

—¿Qué ha querido decir la abuela?

—Espero que no haya más noticias importantes. Me temo que no podría soportarlo.

—¿De verdad vas a ponerte a pintar ahora? —preguntó María.

—¡Claro!

—Qué aburrido. Llevas una semana con ese bodegón. Dentro de poco cobrará vida en tu lugar. Me voy a dar un baño y luego intentaré arreglarme este pelo tan ridículo.

Carlotta sonrió. Ella y María eran hermanas, pero no lo parecían en absoluto. Eran extremadamente diferentes en todo. No solo en su aspecto físico, en el color de los ojos y el pelo, que Carlotta había heredado de su padre y María de su madre, sino también en el temperamento. María, de una vivacidad desenfrenada, parecía haber nacido para revolcarse entre encajes y organzas, pruebas de vestidos y fiestas de baile, mientras que Carlotta apenas conseguía

quedarse hasta el final de una fiesta, tratando de evitar las invitaciones al baile. Odiaba el vals, pero si no le quedaba más remedio que aceptar un baile, era lo único que lograba hacer, y no soportaba entretenerse con sus compañeras hablando de propuestas de matrimonio o de las últimas tendencias en peinados. No desdeñaba las pruebas de vestidos, pero su interés se desvanecía una vez elegido el color del traje, mientras que todo aquel ajetreo para realzar su cintura la ponía inmediatamente de los nervios. Prefería con mucho perderse en la contemplación de los cuadros siempre nuevos que su madre, como buena mecenas que era, se hacía enviar de toda Europa. Marianne había sensibilizado a sus dos hijas sobre la importancia de apoyar el arte y a los artistas y las había educado con un espíritu crítico y atento.

La misma madre que la había decepcionado tan profundamente.

Carlotta se sentó en el taburete, con la fruta delante de ella; en su mente, las palabras de su maestro de dibujo, el joven Franz: «La técnica lo es todo, Carlotta. Una vez que has reproducido un objeto y lo has hecho tuyo, puedes llegar a pintar lo que quieras». Sintió cómo se ruborizaba, igual que todas las veces que pensaba en él. Le encantaban sus dedos afilados, que retocaban las imperfecciones de sus dibujos. A menudo, mientras él hablaba, se perdía mirando sus labios bajo la barba rubia, y se imaginaba cómo lo besaba. Franz pintaba muy bien y era muy atractivo. Desde hacía dos años era su sueño erótico, el que siempre se permitía antes de dormir. No le interesaban los condes y los príncipes: eran aburridísimos, con sus conversaciones sobre propiedades y carreras de caballos. A diferencia de todos ellos, con él podía hablar durante horas sobre las obras de Tiepolo o Correggio, pero también sobre pintoras francesas

como Marie-Gabrielle Capet, que habían revolucionado la forma de concebir el arte por parte de las mujeres.

«Cómo me gustaría también a mí...», se dijo Carlotta, interrumpiéndose con el pincel en el aire. Su próxima clase sería al día siguiente y aún no conseguía concentrarse.

Su mente se remontó a dos días antes, cuando Annette la despertó antes de lo habitual y la miró con compasión.

—¿Qué pasa? —preguntó Carlotta, aún medio dormida.

Annette había corrido las cortinas, dejando entrar una tímida luz.

—Todas las maldades que vais a escuchar hoy no tienen ningún fundamento —le dijo—. Recordad bien eso.

—Annette, sé más clara: ¿qué murmuras?

La criada se arregló el delantal y suspiró sin añadir nada más, dejando a Carlotta confundida.

No es que hubiera visto nunca un gran amor entre ellos, pero sin duda había entendimiento y las habían criado a ellas dos y a su hermanito con dedicación y tranquilidad. A pesar de las ideas poco acordes con la etiqueta de Marianne, todos podían afirmar con certeza que Carlotta y María eran chicas bien educadas. Carlotta, hasta ese día, siempre había querido a su madre, la había defendido cuando alguien la calificaba de excesivamente libertina, había aprendido a tocar por ella, y había intentado, sin éxito, transmitir la misma pasión a su hermana.

Después de que Annette le arreglara el pelo, hizo su entrada en el comedor, donde la esperaba María, que, en lugar de devorar huevos y beicon como de costumbre, estaba mirando fijamente al vacío.

—¿Qué pasa? —espetó Carlotta—. ¿Alguien me puede explicar por qué tenéis todas esa cara tan triste?

—Mamá se va a ir pronto —dijo María. Y se echó a llorar.

—¿Qué? ¡¿Qué estás diciendo?! —preguntó Carlotta, con un tono de voz un poco más suave.

—Sí —estalló María, cada vez más agitada, sacudiendo sus rizos rubios—. No sabemos por qué, pero papá está muy enfadado con ella y…

Las lágrimas de María se deslizaban por su pálido rostro. No había podido terminar la frase. Carlotta pensó en las semanas anteriores, en cómo su madre le había parecido más misteriosa, a veces incluso alegre sin motivo aparente, dados los disturbios y luego el traslado de Berlín a Potsdam organizado a toda prisa. La había oído discutir con su padre, pero no le había dado especial importancia; sin embargo, ahora todo parecía claro: sus padres se estaban separando. Ella siempre había tratado de no escuchar, porque le habían dicho que los chismes son propios de personas maliciosas que no tienen nada más de qué hablar, pero ante la consternación de María y las palabras de Annette, no le quedó otra que rendirse a la evidencia.

—¿Dónde está Marianne ahora? —preguntó Carlotta.

Así la llamaba cuando estaba enfadada con ella, pero aquel día el sentimiento era mucho más fuerte que la ira: tenía la garganta seca y le parecía que no podía respirar. Se sentía perdida. Siempre había aprobado y admirado a esa madre independiente, su forma excéntrica de vestir, le encantaba que fuera diferente a las demás mujeres, que supiera pintar y tocar música, y ahora, de repente, la despreciaba. Una partida apresurada, como si fuera una ladrona.

Una posible separación de su marido. Y todo esto de forma precipitada, sin decirle nada. Se había tenido que enterar por su hermana menor. Marianne las estaba llevando al desastre, y todo por su egoísmo.

—No lo sé.

Carlotta había dejado a su hermana, desesperada, en el comedor y había recorrido a grandes zancadas el pasillo que conducía a los aposentos de Marianne, seguida una vez más por una jadeante Annette.

Ni siquiera llamó a la puerta, ni esperó a que la anunciaran: abrió de par en par la que daba al salón y encontró a su madre ocupada en sorber un extraño brebaje que parecía recién llegado de la India.

—Querida, ese aire enfadado no te sienta bien —observó Marianne, sin sorprenderse en absoluto por la repentina presencia de su hija.

—Mamá, ¿qué pasa? ¿Qué ha pasado con papá?

Marianne extendió las piernas en el sofá y se arregló la bata de seda.

—Pensaba que lo habías entendido, al menos tú, que eres la mayor. Tu padre finalmente lo ha reconocido: el nuestro ha sido un matrimonio entre caracteres incompatibles, voy a pedir el divorcio, será mucho mejor para todos.

Carlotta se quedó sin aliento al oír con qué tranquilidad hablaba su madre de un asunto que les afectaba a todos. No había mencionado lo escandaloso que era el divorcio para una familia real, ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Tampoco añadió que lo sentía por ellas. Parecía otra persona, aunque su rostro se mostraba apacible, como si todo ese alboroto no fuera con ella.

O llevaba preparándose desde hacía tiempo para todo esto, o se había vuelto loca, se dijo Carlotta.

—No serás tan egoísta, ¿verdad? —fue la pregunta que no pudo contener.

—Carlotta, tú deberías comprender mejor que nadie que he pasado toda mi vida sin ser egoísta. Ahora es el momento de que empiece a pensar también en mi felicidad. ¿No crees? —dijo, apretando los puños.

—Pero…

—No te preocupes, lo tengo todo arreglado: nos iremos pasado mañana. Tu hermano Albert, en cambio, se quedará aquí con su padre. Quizá se reúna con nosotras más adelante, ahora aún es pronto para saberlo. ¿Recuerdas la villa que compré en el lago de Como? Pasaremos allí el verano. Será una maravilla, ya lo verás…

Carlotta miró a su madre a los ojos, castaños como los suyos.

—¡Yo no iré contigo a ninguna parte, que lo sepas! Me quedaré aquí con papá.

Marianne no pestañeó.

—Nunca te perdonaré lo que le estás haciendo a nuestra familia.

No esperó respuesta. Salió corriendo en dirección contraria, volvió a su habitación, abrazó a Dash, hundió la nariz en su suave pelaje, como siempre hacía cuando necesitaba consuelo, y anunció que no bajaría ni a comer ni a cenar y que no quería ver a nadie. La rabia por el escándalo había dado paso a la tristeza por su familia, que se estaba desmoronando. Era como si su madre hubiera esperado a que fueran un poco mayores para recuperar su vida. Pensaba en su padre, que se quedaría solo, diciéndose que no se lo merecía. Nunca había sido un padre cariñoso, pero Carlotta estaba convencida de

que eso dependía más de su posición —nada de manifestaciones de afecto en público— que de su voluntad. Los mejores momentos con él estaban relacionados con los paseos por la naturaleza, las veces que las llevaba a ella y a su hermana a montar a caballo. No hacía falta tener grandes conversaciones con él y nunca discutían. Eso era cosa de Marianne.

Ninguno de ellos se merecía lo que estaba pasando.

Esto había sucedido dos días antes, pero las murmuraciones de la gente, los llantos de María y la arrogancia de su madre habían contribuido a la incesante reflexión de Carlotta, que ni siquiera pintando conseguía distraerse. Guardó los colores en la caja y reparó en que ya era hora de cenar. A pesar del rencor que le profesaba a su madre, se moría de curiosidad por saber qué noticias le traía la abuela, tal vez había conseguido que Marianne entrara en razón y no habría divorcio. Fue a cambiarse y, con la ayuda de Annette, se puso su vestido verde salvia de tafetán, con mangas abullonadas y un lazo de un verde más oscuro justo debajo del pecho. Ese vestido requería un corsé que debía ceñirse aún más que otros en la espalda, pero en ese caso, y solo para ese vestido, Carlotta estaba convencida de que realmente valía la pena el sufrimiento.

Cuando entró en el comedor, encontró a todos allí reunidos.

—¿No ha vuelto todavía papá?

La duquesa Luisa observó a su nieta e hizo una mueca indescifrable.

—Querida, si hay algo que mi hijo sabe hacer bien es eludir los problemas. Siempre lo ha hecho, desde que era niño, no creo que

esta vez vaya a ser diferente. Vuestro padre no volverá hasta que os hayáis marchado.

Carlotta se sentó, María la miró preocupada.

—¿Tenemos que irnos necesariamente? —preguntó.

—Claro, vendréis con nosotras, ¿pensabas que tu padre os iba a dejar aquí?

—Pero es ridículo —espetó Carlotta—, siempre hemos ido a la residencia de verano, ¿por qué este año no? Además, tengo mis clases con Franz. ¿Y si no queremos ir?

Luisa suspiró.

—Tendrás que ir de todos modos, querida.

—Ah, muy bien. Tenemos que irnos a Italia, a un lugar desconocido, cuando no hemos hecho nada malo.

—No hay lugar menos desconocido que el lago de Como, querida. Ahora toda la alta sociedad se traslada allí, a las preciosas residencias de verano. Y yo no tengo una, sino dos sorpresas para ti.

Carlotta bebió un sorbo de agua. Lo que su abuela llamaba *sorpresas* podía ser también algo funesto.

Marianne, mientras tanto, miraba a su suegra con gratitud. Carlotta detestaba que, incluso en aquel momento, Luisa pareciera comprender a Marianne y que fuera ella la que se sentía totalmente confundida y a merced de las decisiones de los demás. ¿Cómo diablos era posible?

—En primer lugar —dijo—, yo también iré con vosotras a la villa del lago. No tengo ninguna intención de perderme esta temporada.

—Menos mal —comentó en voz baja María, que estaba muy apegada a su abuela. Y a Carlotta también le pareció una buena noticia.

—¿Y luego? ¿Qué más?

Carlotta aguardaba la feliz noticia de que no habría divorcio. A pesar de todo, aún albergaba esperanzas.

—¿Quieres decírselo tú, Marianne? —dijo la abuela, dirigiéndose a su nuera.

—Oh, con mucho gusto. Carlotta, ¡vas a debutar en el lago de Como! Después de lo que todos aquí llaman *escándalo*, tienes que conseguir un buen matrimonio. Dios sabe cuánto lo necesitamos. Así, esos periódicos que leen todos en la corte tendrán algo de qué hablar, en lugar de entrometerse en mis asuntos.

Carlotta se quedó perpleja. ¿Había oído bien? ¿Debutar en Italia, además, con tan poca antelación, y justo ahora que su familia era objeto de todos los comentarios? ¿Y qué haría con Franz? Sabía muy bien que era una relación imposible e inconveniente, de hecho, ninguno de los dos había insinuado nada, pero sentía que no podría prescindir de sus miradas lánguidas, de los roces de sus manos, de los pinceles que se cruzaban cuando ambos retocaban el lienzo.

Abrió la boca para hablar, pero la mirada entusiasta de su abuela le hizo tragarse las palabras.

—Tú acaparas toda la buena suerte —refunfuñó María.

La abuela se rio.

—Ya llegará tu momento, querida. Ahora tenemos que pensar en nuestra Carlotta.

No tenía otra opción. Discutir con la abuela Luisa nunca servía de nada. Una mujer que había callado al mismísimo Napoleón no iba a amedrentarse por las quejas de una niña.

Fingió sonreír a su madre y a su abuela, bebió otro sorbo de agua, se tragó el amargor que tenía en la boca y apretó los dientes. No

quería irse, prefería refugiarse entre las conversaciones de la nobleza que afrontar un largo viaje con esos calores, alejándose de su vida, de sus espacios y de su profesor de dibujo. Además, cambiar de alojamiento continuamente era un gran fastidio: decidir qué llevar, qué dejar no era lo suyo. La idea de una villa en el lago la tentaba, pero nadie había tenido la precaución de describírsela, de decirle dónde se encontraba con respecto al lago. Temía sentirse sofocada si la casa tenía espacios angostos o si se veía afectada por la humedad lacustre. ¿Y cómo recibirían los habitantes del lago a una princesa prusiana de vacaciones? Se estremeció.

De algo seguía estando segura, pensó, mirando con rencor a su madre: nunca la perdonaría.

# 2

*Tremezzina, 31 de junio de 1848*

En cuanto Carlotta, desde el barco, divisó la majestuosa villa que su madre había comprado como residencia de verano, se llevó una mano a la boca para ahogar un grito de asombro.

Estaba acostumbrada al esplendor y la elegancia de la corte prusiana, pero nada podía prepararla para la maravilla que se apoderó de ella al ver la imponente construcción, que parecía querer abrazar el lago.

La verja de hierro forjado tenía acceso directo al lago y al cómodo embarcadero, de su propiedad.

El edificio, distribuido en tres plantas, la impresionó inmediatamente por su armoniosa austeridad.

«Parece la morada de una sirena del lago», se dijo, tratando de contener su entusiasmo.

Insistió en que el mayordomo las acompañara inmediatamente a ella y a su hermana a visitar todo el interior y el exterior, mientras sus equipajes eran conducidos a sus respectivas habitaciones.

En la planta baja, cada obra de arte parecía contar una historia. El mayordomo las condujo a la sala de Hayez y Carlotta quedó admirada al contemplar el cuadro de dos jóvenes que se besaban, él ya encaminándose hacia la ventana, bien vestido, ella aún con un

camisón fino y elegante, que dejaba adivinar una noche de amor. Carlotta pensó que captaba la esencia del drama y de la pasión. El mayordomo Antonio reparó en que ella no podía apartar los ojos del cuadro y dijo:

—Se trata de *El último beso de Romeo y Julieta*, de Hayez, lady Carlotta.

Ella asintió, pensando en todos los detalles que podría contarle a Franz al regresar, mientras María le tiraba de la manga, porque estaba ansiosa por continuar. Italia era la cuna del arte y el sueño de Franz, que solo había estado allí una vez, según le había contado, se había quedado sin dinero y había vuelto a dar clases en Prusia. Ahora, después de todo, podría estudiar a todos los artistas que amaba y tal vez dar una vuelta por Florencia, o incluso por Roma.

Carlotta se detuvo un instante y recordó las palabras que Julieta le dice a Romeo antes de que él se marche:

> Esa luz no es el amanecer, estoy segura. Es un meteoro, emitido por el sol para iluminar tu camino y escoltarte, esta noche, como un siervo con antorcha, hasta Mantua. Por eso puedes quedarte todavía.

—No está tan mal, ¿eh? —susurró la abuela a sus espaldas. Había aparecido de la nada, consiguiendo que Carlotta se sobresaltara.

—Abuela, me has asustado —refunfuñó Carlotta, tratando de disimular su expresión de asombro.

La condesa Luisa se echó a reír.

—Desde que has visto la villa, has cambiado de expresión —se burló—. Y ahora este cuadro… No sé, tengo la impresión de que te veremos aquí, delante de este cuadro, muy a menudo.

Carlotta se sonrojó.

—Mira qué románticos son —continuó la abuela, divertida—, él con el sombrero, a punto de marcharse, ella todavía en camisón…

—Carlotta, prosigamos —le rogó María, que tenía mucha curiosidad por ver el resto—. Tendremos que quedarnos meses, podrás venir todos los días y quedarte embobada contemplándolo.

—Alguien está impaciente. Vamos, niña mía —comentó la condesa.

Carlotta carecía del espíritu pragmático de su hermana: desde pequeñas, sobre todo según su abuela Luisa, que se había divertido viéndolas crecer, habían mostrado dos caracteres completamente diferentes. Ella era reflexiva, la que se quedaba absorta ante los cuadros que, de vez en cuando, compraba su madre a artistas a los que quería ayudar y apoyar. Incluso a la hora de posar para los retratos, María volvía locos a los artistas, porque no paraba de moverse, mientras que Carlotta era capaz de convertirse en una estatua, tal y como ellos le pedían. Franz solo le pintó un retrato en una ocasión y había pensado en ello todas las noches siguientes, imaginando cosas que no habían sucedido realmente, pero que la emocionaban.

Le fascinaba la idea de verse a sí misma a través de los ojos de otro, que siempre captaban algo que a ella se le escapaba, y se habría pasado horas junto a un pintor, observándolo mientras creaba un paisaje colorido en un lienzo blanco.

La villa parecía un museo y en eso se parecía a su casa en Berlín, donde Marianne recibía a coleccionistas de todo el mundo. También habían traído sus retratos, tenían muchos, incluidos los de los

antepasados de la familia Albrecht, porque la abuela estaba muy orgullosa de ella. Pero había una diferencia: el lago. La luz que se filtraba a través de los amplios ventanales y el azul del agua hacían resplandecer incluso la obra más sombría. Carlotta había aprendido que la luz lo era todo a la hora de pintar y que las sombras eran tan fascinantes como las partes iluminadas. Conferían sentido a la obra.

No pudo evitar detenerse ante la estatua de Palamedes, y admirar la habilidad del artista para dar vida al mármol.

—En el piso superior —explicó el mayordomo— se encuentran la galería y la sala de los tapices.

Carlotta y María lo siguieron arriba mientras lanzaban exclamaciones de admiración, que Antonio, el mayordomo, acogía con una sonrisa mal disimulada.

Aquí, el ambiente era distinto: se respiraba un aire más íntimo y acogedor. Carlotta quedó especialmente encantada con la sala de los tapices, donde las escenas representadas, que narraban historias de una época pasada con colores vivos y detalles intrincados, parecían cobrar vida ante sus ojos.

—Aquí podría pasar días enteros —musitó.

Su hermana se asomó a uno de los grandes ventanales que enmarcaban el lago de Como.

—Yo preferiría estar allí, en un barco —le respondió soñadora.

—Esta es la modesta sala de música —prosiguió el mayordomo, mientras las acompañaba a una estancia que no tenía nada de modesta y que a Carlotta le entusiasmó en cuanto la vio. Tocó el piano, el clavicordio, y no pudo resistirse a echar un vistazo a las partituras.

—¡Oh, no! —protestó María—. Primero los cuadros, ahora la música. ¡Este lugar parece hecho a tu medida!

Carlotta sonrió. A su hermana le encantaba estar al aire libre y, a pesar de los esfuerzos de su madre, era un desastre con el piano. Carlotta, en cambio, se defendía, aunque su primera afición seguía siendo el dibujo.

—¿Quizá deseéis continuar en la biblioteca? —preguntó el mayordomo.

A María tampoco le atraían mucho los libros, pero visitaron esa estancia y finalmente subieron al piso superior, donde se encontraban sus habitaciones.

Después de distribuirse las habitaciones, el mayordomo les propuso bajar a visitar los jardines.

María asintió y aplaudió. Carlotta estaba a punto de decir que los alcanzaría más tarde, cuando una escalera de madera, semioculta detrás de una cortina de terciopelo rojo, llamó su atención.

—¿A dónde conduce esta escalera? —preguntó, acercándose a ella —. ¿Son las habitaciones del servicio?

El mayordomo se puso tenso.

—Antes sí —respondió con cautela—. Ahora tenemos el anexo, y algunos de nosotros nos alojamos en los sótanos, junto a la cocina. En verano, aquí arriba es un horno. Pero no os preocupéis, lady Carlotta, estamos a vuestra disposición a cualquier hora.

—¿Y aquí qué…?

Carlotta dio unos pasos hacia la escalera de madera, sintiendo una especie de llamada irresistible.

Era como si las paredes la invitaran a continuar.

—Milady —se disculpó el mayordomo—, por favor, no tengo autorización para acompañaros hasta… allí.

Carlotta asintió, perpleja, y se dispuso a bajar. Había pasado toda su vida en Berlín, y luego la habían enviado a Potsdam, sin poder llevarse todas las obras de arte que había coleccionado durante esos años, todas las partituras que más le gustaban y, sobre todo, los cuadros que ella misma había pintado. Y, al cabo de menos de un mes, se encontraba en una villa situada a orillas del lago, que sin duda tenía un gran encanto, pero la hacía sentir extraña. Sola. Intentó convencerse de que, a pesar del dolor que sentía por su madre y por el cambio, ese lugar merecía al menos su esfuerzo. Después de todo, ¿tenía otra opción? Se dijo que esa noche le escribiría a Franz, de quien no había podido despedirse, y le pediría alguna sugerencia sobre un itinerario italiano para visitar y aprender lo máximo posible. Quizá podría adjuntar también un boceto de la villa y pedirle algún comentario técnico. Quizá encontraría el valor para revelarle más de lo que jamás en su vida se había atrevido a hacer.

—Os acompaño fuera, si me lo permitís. El verdadero corazón de la villa es el jardín. Veréis lo que os espera —exclamó el mayordomo con demasiado énfasis—. Hay más de quinientas especies de plantas, no os alcanzará un verano para recordarlas todas.

Salieron al parque, y Carlotta se quedó boquiabierta. Las pérgolas de cítricos, los setos de camelias y las ciento cincuenta variedades de azaleas ofrecían un imponente espectáculo de colores y fragancias. Carlotta paseó entre los rododendros, las palmeras, los cedros y las coníferas centenarias y se sintió transportada a un mundo encantado. En Potsdam, los jardines eran de estilo inglés,

mientras que allí, en Italia, todo rebosaba novedad, parecía que hubiera un jardín secreto tras otro.

—¡Carlotta, mira, un caballo! —exclamó María.

Cuando se volvió, un chico rubio tiraba con rudeza de un purasangre de pelaje negro que parecía asustado. No había reparado en su presencia e intentaba arrastrar al caballo hacia el establo, sin preocuparse de emplear tonos menos agresivos.

—¡Así le hacéis daño! —gritó María.

Fue entonces cuando el joven se volvió y se sonrojó.

—Perdonadme —dijo, dirigiéndose a ambas.

María corrió a acariciar al caballo.

—¿Quién eres? —preguntó Carlotta, aún conmocionada por lo que había visto.

—Giovanni, lady Carlotta. A vuestro servicio.

—¿Qué ha hecho ese animal para merecer eso? —le reprendió Carlotta.

Se alejó, cabizbajo, junto al corcel. María lo observó hasta que desapareció de su vista.

—Qué vigorosos son estos italianos —comentó.

Carlotta sonrió.

—Sí.

La residencia de verano que Marianne había comprado era un encanto, pero, detrás de su inmensa magnificencia, Carlotta se sentía atraída sobre todo por el aura de misterio que parecía emanar de aquel lugar.

Era casi el anochecer y el lago adquirió tonos violáceos con las ventanas de la villa que parecían sonreírle. Había dos estatuas, que custodiaban la verja, y que al final del día parecían escudriñar el

lago para proteger a los ocupantes de la villa de cualquier peligro. Carlotta imaginó que eran damas petrificadas, que en otro tiempo habían amado aquella morada y se habían quedado heladas delante de la entrada para velarla.

Cuando, por primera vez, puso un pie en su habitación, no pudo contener una exclamación de asombro. Todo era extraordinariamente sofisticado: desde la cama con dosel, la cómoda de caoba, hasta la gran puerta ventanal que daba directamente al lago de Como. Aunque estaba enfadada con Marianne, tenía que admitirlo: la villa era preciosa. Se tumbó en la cama aún vestida. Le había dicho a Annette que no necesitaba ayuda para cambiarse y, tras la cena en el salón con Juliette, Marianne y María, había sentido la necesidad de estar sola. Sin embargo, sabía que el sueño no le vendría tan pronto. Había empezado a sufrir insomnio cuando se mudaron de Berlín a Potsdam y ese nuevo traslado a Tremezzo había influido aún más en su descanso. Cerró los ojos sin siquiera intentar desvestirse, trató de alejar de su mente la imagen que desde hacía algún tiempo tenía siempre presente, la figura de Marianne en un recuerdo de su infancia, y se puso a escuchar. Por la ventana aún abierta se oía el ruido de las olas del lago.

«Eso es un carillón», se dijo, y se incorporó de golpe en la cama. El sonido llegaba amortiguado, pero si se concentraba tal vez podría localizar de dónde provenía. Empezó a abrir todos los cajones y el gran armario de caoba de la habitación. Miró debajo de la cama, detrás de las cortinas, y luego decidió concentrarse y prestarle espacio al oído.

Provenía del pasillo. Dudó un momento, antes de que la curiosidad se impusiese. Abrió la puerta y miró hacia ambos lados: ahí estaba,

entre su habitación y la de María. Un bonito joyero con dos compartimentos y un espejo, que tocaba esa extraña melodía en plena noche.

El hecho de que hubiera aparecido en medio del pasillo resultaba inquietante, pero la curiosidad por ver qué había en su interior la impulsó a cogerlo de inmediato y abrirlo con premura. Esperaba alguna joya, perlas, tal vez, pero en su lugar había un papel doblado en cuatro, bastante arrugado.

«¿Un mensaje para mí?», se preguntó mientras abría con impaciencia la nota.

Si Carlotta ya tenía sus propios pensamientos, ahora el sueño había desaparecido del todo.

La antorcha encendida en el pasillo daba suficiente luz. Carlotta se dio cuenta de que la página había sido arrancada. Empezó a leer, ansiosa, y agradeció que la letra fuera ordenada, aunque no lineal.

Tremezzo, 13 de agosto de 1845

He decidido llevar un diario.

En este periodo es difícil encontrar tiempo para escribir, pero el tío Mario ha vuelto de uno de sus maravillosos viajes con un cuaderno de piel para mí, así que intentaré aprovechar cada minuto libre para practicar la escritura. Solo tengo que encontrar el escondite perfecto para el diario, porque me avergonzaría pensar que alguien pudiera rebuscar entre estas páginas.

Desde que aprendí a escribir, lo hubiera hecho en todo momento. Mi madre se gastó todo el dinero que tenía para que yo tuviera un mínimo de educación, la misma que ella nunca tuvo, y cuando se enteró de que había una pequeña escuela para niñas, quiso enviarme allí, aunque fuera a costa de quedarse sin harina. Nunca le estaré lo suficientemente agradecida por ello.

Mi tío dice que, a juzgar por las cartas que le he enviado, tengo mucho talento, pero que debo pulir mi caligrafía y buscar términos más específicos

para describir las cosas que me rodean. Le respondí que, si tuviera la oportunidad de alejarme de Tremezzo, donde nací y crecí, me resultaría más fácil, porque tendría muchos más estímulos.

«No tengas prisa por crecer, Elena —me dijo—. Ya te darás cuenta tú misma de lo difícil que es la vida cuando se tienen ciertas responsabilidades».

Dicho por él, que hace dos o tres viajes al año a diferentes lugares (últimamente se ha enamorado de Japón, como casi todo el mundo), suena poco creíble.

Evité decirle que yo ya sentía en mi interior todas esas responsabilidades de las que hablaba, que los Valsecchi son una familia difícil de manejar, tanto cuando no están como cuando están presentes.

Desde que alquilaron la villa en Tremezzo a los Sommariva y nos eligieron para ocuparnos de ella como empleados domésticos, junto a la histórica cocinera, no hay paz, sobre todo en verano.

Los Valsecchi se dan aires aristocráticos, pero es bien sabido que deben su fortuna a una herencia inesperada de una tía, cuya existencia ni siquiera conocían. La fortuna les cayó del cielo de un día para otro y pensaron que era una buena idea congraciarse con la alta sociedad, mediante la adquisición de villas donde se alojan duques y condes.

Lástima que nunca serán como ellos: Alfonso Valsecchi tiene las manos llenas de callos, porque antes de fingir ser un conde era constructor de casas; aquí, en el pueblo, todo el mundo sabe eso. Ella, que finge ser una gran dama, en realidad es hija de una lavandera, y ha cambiado su nombre de Ada por Adeline, solo porque parece que está más de moda, pero para mí es ridículo, como es ridículo que yo tenga que llamarla señora Adeline y hacer una reverencia antes de dirigirme a ella.

Sus hijos son despectivos, nos juzgan a mí y a mi familia, lo veo en cómo me miran mientras limpio los suelos o recojo las hojas delante de la escalera principal. El varón, Rubén, tiene la cabeza grande y las manos muy pequeñas, los ojos saltones, debe de tener más o menos mi edad, pero aparenta solo quince años, parece un niño vestido de mayor. Ella, la altiva Lorena Valsecchi, es mayor que yo, de complexión robusta, y no hace más que probarse vestidos y mirarse al espejo. Oigo cómo mi madre y mi hermana hablan siempre de la temporada de debutantes, de cómo Lorena tiene que encontrar

un buen partido. Sin embargo, los nobles no son tontos, se han dado cuenta de que los Valsecchi solo están intentando imitarlos, pero no están hechos para frecuentar la alta sociedad.

Creo que Lorena apenas sabe escribir, lo que me hace gracia porque me pregunto cómo podrá leer las cartas de sus admiradores.

Cuando padre dijo que había encontrado trabajo para toda la familia, madre acababa de dejar de amamantar a la pequeña Alba, estaba cansada y esperaba algo mejor, pero con dos hijas tenían que conformarse con convertirse en sirvientes de la familia Valsecchi. Tuvimos que mudarnos al desván de la villa, nosotros, que siempre habíamos vivido en la cabaña familiar, desde donde podía oír el ruido de las olas del lago. Lo llevábamos todo con nosotros, y subimos los tres tramos de escaleras. El desván es casi confortable, tiene un espacio para cocinar alguna comida caliente y una pequeña buhardilla desde donde podemos ver el cielo. En los días lluviosos, me encanta escuchar las gotas que caen sobre el techo. El problema es cuando tengo que bajar a servir a los Valsecchi y veo sus vistas al lago, a mi lago de Como, y entonces recuerdo que no soy nadie y que para sobrevivir me alojo con mi familia en un espacio reducido, que no poseo nada, y que para estar sola sin que mis padres me vean tengo que correr una cortina y meterme en el estrecho altillo, donde también está mi cama. Algunas noches, el llanto de Alba me impide dormir. Ya tiene casi dos años, pero mamá dice que es diferente a mí, parece más frágil.

Antes iba a pescar *agoni*[1] con papá, lo ayudaba a atraparlos en las redes y luego los vendíamos en el mercado. Me gustaba salir por la noche, encender la lámpara y aguardar. Tenía algo de romántico, aunque era agotador, pero me daba la sensación de ser libre.

Ahora, en cambio, mi tarea es cocinar los *agoni*: *misultin*[2] y polenta, el plato favorito de la señora Valsecchi, y en esta época del año hace mucho calor para estar todo ese tiempo junto al caldero removiendo. A veces sigo yendo a pescar, pero tenemos prohibido vender el pescado, que lo es todo para los Valsecchi y sus invitados. Cada vez que hay una recepción, tenemos que abrillantar los muebles, limpiar los cristales, incluso los pomos de las puertas. Luego les toca a las alfombras, que hay que sacudir y, para ello, es preciso enrollarlas una por una y llevarlas al patio. Papá coordina el trabajo,

como un mayordomo, divide las tareas. Evita que limpie la vajilla de plata y la porcelana porque sabe lo mucho que me aburre. Prefiero limpiar las chimeneas, dar la vuelta a los colchones o lavar las cortinas. Las fiestas que dan los Valsecchi son siempre fastuosas, pero a mí me parecen empalagosas. Sin duda, mi posición es incómoda para verlas: tengo que trepar a la higuera que da a la inmensa sala de baile de la villa, llena de estatuas que, por la noche, parecen guardianes en la oscuridad. Una vez, para ver mejor los bailes, casi me caigo y me parto el cuello.

«Te lo habrías merecido», me regañó mamá Sofía, que sabe de estas escapadas y no le dice nada a mi padre, porque teme que se enfade.

Mi madre se divide entre la colada de la familia Valsecchi y el cuidado de la pequeña Alba. Los echaré de menos a todos cuando me vaya.

Es un hecho: si no quiero acabar como mi madre, tengo que huir de este lago lo antes posible. Todavía no se lo he contado a mis padres, porque sé que no se lo tomarían bien: solo tengo dieciséis años y temerían lo peor, sabiendo que estoy vagando por algún país extranjero. Además, soy consciente de que necesitan toda la ayuda posible aquí, en la villa. Esta casa es enorme, y el jardín hay que cuidarlo hasta la extenuación. Pero también sé que, si me quedo aquí, lo único que puede pasarme es que encuentre un marido que me ponga a trabajar como una burra, exactamente como le pasó a mi madre cuando se casó con mi pobre padre. Él le había prometido una vida de señora rica, realmente pensaba hacer fortuna con el mercado del pescado, pero las cosas nunca salen como deben para la gente como nosotros, nunca hay que esperar demasiado de la vida.

Todavía no se lo he dicho a nadie, pero tengo la intención de pedirle a mi tío Mario que me lleve con él en su próximo viaje, quizá a Japón. Trabajaré duro, aprenderé idiomas, ahorraré dinero y no volveré nunca más a Italia. Siento que tengo que tomar las riendas de mi vida y descubrir lo que realmente quiero, o me quedaré sirviendo a familias ricas, con una cofia en la cabeza y un cubo con jabón de Marsella. No quiero pasar toda mi vida como pinche de cocina. Reuniré el valor necesario para decírselo a mi madre. Echaré de menos no poder ver crecer a Alba y quizá también echaré de menos la pesca de los *agoni*, pero lo que seguro que no echaré de menos es

a los señores Valsecchi, con su prepotencia y su creencia de que son superiores a todos los demás.

Cuando Carlotta oyó pasos que se acercaban, reparó en que todavía llevaba puesta su ropa de día, en plena noche, sola. Dobló la nota en cuatro y cogió también el carillón.

Alguien corría. Levantó la vista y vio una silueta pequeña y blanca que bajaba las escaleras. No conseguía distinguir si era alguien del servicio o si realmente era una niña. Los pasos resonaron en el pasillo.

—Mamá —oyó.

La sangre se le heló.

—Oh, Dios mío —murmuró—.

¿Estaba viendo un fantasma? Estaba más que segura de que no había niños en la villa.

Una mano le rozó el hombro.

Carlotta gritó.

—Carlotta, por el amor de Dios, ¡soy la abuela!

La condesa Luisa, en camisón, había aparecido detrás de ella. Desde que estaban en la villa, aquella mujer menuda y llena de energía parecía materializarse en los momentos más impredecibles.

—Abuela, casi me da un infarto. ¿Tú también la has oído?

La abuela frunció el ceño.

—¿El qué?

—Era una niña —susurró Carlotta, que ahora vaciló acerca de lo que estaba diciendo.

La abuela la miró fijamente. Carlotta siempre se sentía bajo su benévolo juicio que, sin embargo, seguía siendo el juicio de una gran mujer que la había visto crecer.

—Hazme caso, vuelve a acostarte. ¿Qué es eso?

Estuvo tentada a decirle la verdad, pero algo la detuvo.

—Es solo uno de mis carillones, abuela.

La condesa Luisa asintió.

—Entonces, buenas noches. Sea lo que sea lo que creas haber visto u oído, confía en mí, no es real. A veces en los lugares nuevos, en las casas en las que vivimos, suceden esas cosas: nos dan la impresión de que esconden más de lo que se ve. Pero solo son corrientes de aire.

Carlotta asintió, en parte tranquilizada por las palabras de su abuela. Aunque algo no le cuadraba. Estaba segura de que había visto aquella silueta vestida de blanco, pero decidió que era más reconfortante creer que se había equivocado. Al fin y al cabo, estaba cansada y aún tenía que familiarizarse con muchas cosas: el clima más cálido y húmedo, las habitaciones más pequeñas, los mil rincones del jardín.

Pensó de nuevo en las palabras de aquella chica, Elena, en su vida en aquella villa. Se preguntó qué la había llevado a esconder el diario y, sobre todo, dónde. Y luego estaba el misterio más grande: ¿quién y por qué motivo tan absurdo había querido que encontrara ese carillón? Lo que más le inquietaba era la idea de que hubiera una forma de entrar en la villa sin ser descubiertos. Tenía que decirle al mayordomo y a los guardas que estuvieran más atentos. Cerró la puerta de su habitación con dos vueltas de llave. Mientras se cambiaba, pensó que también esa noche, con todos esos descubrimientos, dormir no le resultaría nada fácil.

# 3

—Carlotta, mira, ¡las cerezas están casi maduras! —exclamó María.

El cabello rubio de su hermana brillaba al sol. La había convencido de bajar al jardín para que el jardinero les mostrara todas las plantas y flores del parque. Su madre les había dicho que habían contratado a un italiano, pero que también sabía alemán.

Carlotta se dijo que ya estaba deseando volver a casa. Había conseguido dormirse muy tarde y ya notaba los signos del cansancio tras la noche prácticamente en vela. Pero el entusiasmo de María era irrefrenable.

Marianne, a quien Carlotta aún no había perdonado, se ocupaba de la casa, e impartía órdenes para que todo estuviera como a ella le gustaba, algo que a Carlotta y a María les permitía pasar mucho tiempo a solas en el naranjal, el lugar preferido de María desde que llegó.

La abuela, en cambio, no se había dejado ver en toda la mañana.

—¡Carlotta, mira quién está ahí! —exclamó María, que había visto una silueta vestida de amarillo entrar por la verja y abrirse paso con seguridad entre los parterres, protegida del sol por una sombrilla del mismo color que su vestido.

Carlotta suspiró. Había olvidado que había quedado con su amiga Patricia, que se alojaba en la villa de al lado, y la idea de tener que

conversar la hizo sentirse aún más cansada. A menudo se veía obligada a entretenerse con personas con las que le parecía que tenía muy poco en común, y Patricia, a pesar de que le tenía mucho cariño, era una de ellas. Eran buenas amigas, como se puede ser amiga de una persona que ha formado parte del círculo de conocidos desde siempre. Desde que tenía memoria, Patricia siempre había frecuentado la corte de Berlín y sus padres se habían esforzado por que siempre estuviera cerca de Carlotta. Patricia no pertenecía a la nobleza más rancia, al contrario: su padre había hecho carrera en el ejército, por lo que había obtenido algunos favores de Alberto, el padre de Carlotta, quien desde entonces se había esforzado por introducirlo en la sociedad. Le había aconsejado con algunas inversiones acertadas, y ahora Patricia estaba buscando un buen partido para conseguir también un título nobiliario con el que enorgullecer a su familia.

—¡Patti! —la llamó.

Los rizos oscuros de Patricia von Alten enmarcaban el rostro de Carlotta, mientras las dos se abrazaban.

—¡Qué calor hace aquí en Italia! —dijo su amiga, apoyando la sombrilla y refugiándose bajo el naranjal.

Dash corrió a saludarla, pero ella no era muy amante de los animales, y lo rechazó con delicadeza.

—Lady Patti, ¿queréis un poco de zumo de naranja? —preguntó Annette, tratando de contener el entusiasmo de Dash, que, en respuesta, la llenó de lametazos en los labios.

—Un vaso de agua fresca estará bien, gracias.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó Carlotta.

—Anoche, y tuve que escapar de mi madre, que ya pretendía ir a visitar a sus amigos italianos.

Carlotta se sentó a su lado en las sillas de mimbre.

—Me alegro de que estés aquí.

—Yo también. No puedo creer que nuestras dos villas estén tan cerca. Podremos prepararnos juntas para todas las fiestas.

—Seremos un trío perfecto —comentó María, que temía quedarse fuera de juego.

Carlotta se había dado cuenta de lo entusiasmada que estaba Patricia con ese viaje a Italia. Sin embargo, sabía que la situación de su amiga era bastante diferente; al fin y al cabo, estaba buscando un noble. Carlotta, por su parte, esperaba que nadie insistiera en casarla a toda costa, aunque sabía muy bien que el debut no tenía otro objetivo que el matrimonio.

—¡Debutaremos juntas, no sabes lo feliz que estoy! —continuó Patricia, bebiendo agua aromatizada con limón. Había ignorado por completo el comentario de María, la consideraba aún joven y siempre trataba de excluirla de sus conversaciones.

—No tengo tantas ganas de ser objeto público —susurró Carlotta.

—Quizá porque no lo necesitas —comentó Patricia, muy consciente de su posición y de la de su amiga.

—¡Chicas, ahí está! —gritó María. Por fin había visto al jardinero. Mientras este se acercaba, Carlotta se dio cuenta de que era el chico rubio que había maltratado al caballo el día anterior. Era alto y musculoso. Cuando se acercó, María se escondió detrás de su hermana, intimidada. Ella también recordaba lo que había pasado, pero Carlotta decidió darle al joven una segunda oportunidad.

Patricia ni siquiera le dirigió una mirada, mientras que ella le sonreía.

—He oído que me buscabais, milady —dijo el jardinero.

Carlotta apreció el esfuerzo por pronunciar correctamente en alemán.

—Sí, queríamos saber un poco más sobre este jardín, y quién mejor que tú… ¿Cómo te llamas? Lo he olvidado —preguntó Carlotta.

Patricia levantó una ceja. Para ella, el jardinero no era digno ni siquiera de ser llamado por su nombre.

—Giovanni, princesa —respondió él con tono orgulloso.

—Ahora tenemos visita, pero en otro momento a mi hermana y a mí nos gustaría visitar el jardín y saber más.

—Por supuesto, estoy a vuestra disposición —respondió Giovanni.

La miró a ella y a su hermana de un modo casi descortés: tuvo la impresión de que estaba desnuda, y sintió un escalofrío. Por lo general, los sirvientes mantenían la mirada baja, hablaban casi en susurros y tenían modales serviles. Ese Giovanni, con la piel oscurecida por el sol y la mirada pícara, parecía muy diferente.

Carlotta se preguntó si alguna vez había trabajado para la nobleza, y su pensamiento voló inmediatamente a la página del diario que había leído esa noche.

María las miró a ambas con una sonrisa misteriosa y dijo:

—Ahora que estamos las tres juntas, quiero compartir con vosotras el descubrimiento que he hecho esta mañana cuando rebuscaba en el correo de mamá.

—¡No debías haberlo hecho! ¿Cómo has osado hacer algo así? ¡Dame esa carta, no nos pertenece!

María se subió a la silla de mimbre, mientras Annette, que había estado escuchando y temía verse envuelta por haber dejado el correo sin vigilancia en el escritorio de Marianne, le rogaba que bajara y entregara la carta.

—No seas niña —añadió Carlotta.

—Viene de Villa Balbianello —le informó María, imparable.

—¡No es asunto nuestro!

—«Nobilísima lady Albrecht —comenzó María, recitando el contenido de la carta—, nos alegra saber que el viaje ha ido bien y nos complace su invitación. No dejaremos de asistir, la condesa, nuestro hijo y yo, al baile de máscaras del sábado por la noche. Nos sentimos honrados de haber sido informados del debut en sociedad de su hija. Siempre devoto, el marqués Giuseppe Arconati Visconti».

Carlotta se quedó sin habla, al igual que Patricia.

—¿Qué marqués? —preguntó Patricia—. ¿Puedo echar un vistazo a su firma?

Casi no podía creerlo. El hijo del marqués, según se murmuraba en la alta sociedad, estaba buscando esposa.

María dejó caer la carta en sus manos y preguntó:

—¿Estáis organizando un baile de máscaras?

Sus mejillas se tiñeron de púrpura.

—No sabía nada, créeme —respondió Carlotta.

—¿Entonces tú también tienes que encontrar una modista?

—Cielos, no —protestó Carlotta—. Ya he hecho suficientes pruebas de vestidos en Potsdam, los han traído en lugar de mis telas.

Patricia apareció visiblemente preocupada.

—Pero te acompañaré con mucho gusto a probarte cualquier vestido que desees —la consoló Carlotta.

—Siempre y cuando me llegue una invitación.

—Por supuesto —se entrometió María—. Ya verás, cuando vuelvas a casa la encontrarás allí esperándote. Nos lo pasaremos muy bien, todas juntas.

—Nuestras madres son amigas desde siempre, no puede haberse olvidado de ti —continuó Carlotta, con menos entusiasmo que su hermana—. Haremos esto… juntas, debutaremos el mismo día.

—… Y nos anunciarán al mundo —continuó Patti, ahora con aire soñador.

«Y nos pondrán en el centro de atención, como en un gran mercado», pensó Carlotta, pero tuvo el buen sentido de callarse. No quería decepcionar a Patricia. A menudo se tragaba las frases que tenía en mente solo para no herir a los demás. Luego se preguntaba si era cierto lo que decía su abuela, que las frases que no se soltaban acababan corroyendo el estómago.

—Ya vuelve mamá —gritó María cuando oyó los cascos de los caballos.

—Pareces una espía —le hizo notar Patricia.

Las tres se rieron, pero cuando Carlotta se cruzó con la mirada de su madre, que volvía en carruaje después de haber estado en Como, la sonrisa desapareció de su rostro.

# 4

La villa que Marianne había comprado hacía dos años al diplomático italiano Gian Battista Sommariva nunca había relucido tanto. Al menos, ese era el comentario que Carlotta no dejaba de escuchar mientras hacía reverencias a derecha e izquierda, y saludaba a duques y otros nobles que no recordaba haber visto jamás en Berlín. Su abuela había sido clara: en el lago de Como se reunía toda la aristocracia, hasta el punto de que se había convertido en una parada obligatoria del *grand tour* emprendido por todas las familias ricas de Europa, cuyo destino era Italia. Los jóvenes que empezaban a despuntar tenían la oportunidad de ver Sicilia, Nápoles, Venecia, y Como se había convertido en un destino codiciado para el final de ese viaje, que a menudo terminaba con el encargo de un retrato a un pintor famoso del momento. Por esa razón, entre la aristocracia se mezclaban, en busca de encargos, pintores y artistas de todo tipo, pero también jóvenes prostitutas en busca de fortuna, aventureros de toda clase, viudas desesperadas y condesas aburridas. Para empeorar las cosas, estaban las máscaras que todos habían recibido instrucciones de llevar y que a algunos invitados les cubrían todo el rostro.

—Cielos, parece una pesadilla —le susurró Carlotta a María, que estaba a su lado y se abría paso a codazos para admirar los vestidos

de las otras damas, algunos de los cuales procedían directamente de las mejores casas de moda de París.

—Es una noche maravillosa —dijo ella, por el contrario.

María había convencido a su madre para que le dejara llevar un vestido verde esmeralda con pasamanería dorada, y un toque de negro gracias a la máscara, que también le cubría la nariz. De esta manera, sostenía, parecería mayor y no pasaría desapercibida. Carlotta llevaba un vestido de satén de color melocotón y la enagua le molestaba mucho, porque era más voluminosa de lo habitual. Marianne la había hecho cambiar tres veces antes de decidir que ese vestido era el adecuado y que combinaba muy bien con los reflejos dorados de su cabello castaño. Ella no le había respondido: había aceptado con indiferencia, siempre y cuando la dejara en paz y le consiguiera lo antes posible papel de calidad, nuevos colores y pinceles adecuados para los lienzos que quería pintar. Aún no había podido escribir a Franz; había empezado la carta, luego se sintió ridícula, porque no habían prometido mantenerse en contacto, y él tal vez habría encontrado extraño aquel comportamiento, por lo que lo guardó todo en el cajón.

Con todos los preparativos y el ir y venir de las criadas, Carlotta aún no había tenido oportunidad de preguntar a ninguna de ellas si conocían a esa Elena. Esperaba, pero no podía estar segura, que el diario se hubiera quedado en la villa. Las palabras de aquella criada la habían alterado tanto que no podía conciliar el sueño.

Desde la cocina, todos se habían esforzado para que los mejores platos se sirvieran en bandejas de plata a la hora prevista, la gobernanta lo había organizado todo y Annette le había dicho a Carlotta que había tal alboroto en la cocina que se habían roto

algunos platos antes, incluso, de comenzar el servicio. La criada de Carlotta y María no solía tomarse tales confianzas, a pesar de que era la más cercana a las princesas, pero Carlotta de vez en cuando la animaba a contar lo que sucedía en los pisos inferiores, donde estaba el servicio. Desde hacía unos días, después de haber leído sobre Elena, la curiosidad por el trabajo de los sirvientes se había vuelto aún más intensa.

—¿Cómo voy a bailar? —decía, desesperada. Se enfadaba con el vestido, porque aceptar estar a merced de las miradas de tanta gente era simplemente insoportable. Sabía muy bien lo que significaba debutar, había dedicado gran parte de su adolescencia a ese momento, a pesar de que Marianne insistía en subrayar que solo eran formalidades, que ella podría elegir otra cosa, en cualquier caso. Que no la obligaría a nada. Pero las cosas habían cambiado tan rápido que Carlotta temía que su madre, ahora que era más libre, pudiera retractarse de su palabra y obligarla a un matrimonio concertado. Era ese, después de todo, el verdadero propósito de esa farsa. Carlotta siempre había estudiado en casa, con su hermana, con tutores elegidos y aprobados por su padre. A diferencia de las otras princesas, que eran sometidas a dietas casi forzadas para mantenerse en forma para su debut, a Carlotta se le había evitado al menos esa medida, que, según Marianne, solo servía para hacer a la mujer aún más infeliz. Sin embargo, tenía un vestuario con el que cualquier otra debutante habría soñado: poseía más de cincuenta vestidos, cada uno a juego con los zapatos, las cintas y las cuentas que lucía en sus complejos peinados, que a menudo le causaban dolor en las sienes.

Al observar las máscaras que la rodeaban, a Carlotta le pareció sorprendente e incluso un poco repugnante la idea de que bajo una de ellas «tenía que estar» su futuro marido. Pese a todo, esa noche, la mayoría de los nobles solteros estaban allí, en la villa, y todos sabían que estaban allí por ella, sobre todo, la princesa nieta del rey de Prusia, que por fin había alcanzado la edad de contraer matrimonio.

La máscara seguía cayéndosele sobre la nariz, que no había querido cubrir, y pronto se encontró con una mano que estaba ocupada en sujetarla.

—Hermana, pareces tener problemas —le dijo María, riéndose.

El salón se estaba llenando cada vez más, y pronto Marianne haría su aparición triunfal. Los músicos ya estaban tocando un vals, pero, debido a las charlas y las risas de los invitados, apenas se escuchaba. Los camareros iban de un lado a otro con bandejas llenas de palitos de pan, huevos duros, tortas fritas, que las mujeres rechazaban continuamente, al menos las que estaban en edad de casarse, mientras que los hombres se permitían tomar todo lo que se les ofrecía.

—¿Cómo se va a poder bailar con toda esta gente? —preguntó María.

—¿No lo sabéis?

Las dos se volvieron. Por un momento se quedaron desconcertadas al ver a la duquesa Luisa vestida de hombre, con una gran capa negra que le cubría todo el cuerpo.

—¡Abuela! —exclamó Carlotta, perpleja.

—Por el amor de Dios, niña, no me llames así. Esta noche soy un lord.

Ambas se rieron, mientras se cubrían la boca con la mano.

—Me alegro de que te hayas recuperado —dijo María, divertida—. Entonces, ¿me invitas a bailar?

La abuela se rio de nuevo.

—Solo con mujeres en edad de casarse, señorita. Pero para el primer baile haré una excepción.

—Siempre y cuando la pista no se llene tanto que no podamos movernos —se lamentó Carlotta, cuya presencia entre toda aquella gente desconocida era motivo de ansiedad y preocupación. Sentía que las miradas de todos estaban focalizadas en ella.

—No sabéis nada de los bailes de máscaras —le reprendió la abuela—. Un baile se considera un éxito cuando alguien es «aplastado» en la pista. Cuanta más gente haya, más contentas estaremos de haber asistido.

La abuela cogió una copa de champán y, con elegancia, se mezcló entre las demás máscaras.

—Carlotta, sé lo duro que es para ti, pero intenta también divertirte —le dijo, justo antes de desaparecer.

De vez en cuando se sentía aplastada por el peso de la fama de su abuela, pero tenía que admitir que también ella, desde las primeras veces que había oído esa historia, cuando era niña, había quedado fascinada. La condesa Luisa había tenido un matrimonio por amor, por suerte para ella: el príncipe heredero de Prusia, Federico Guillermo, se enamoró perdidamente de su «exquisita tez y sus grandes ojos azules», como luego le diría a todo el mundo. Se conocieron en Fráncfort, donde Luisa había viajado junto a su hermana y su abuela para presentar sus respetos al rey Federico Guillermo II. Luisa quedó fascinada por el príncipe heredero y,

puesto que las dos familias tenían intereses comunes, el matrimonio, para felicidad de todos, se concertó para el mes siguiente a su primer encuentro. Federico Guillermo III llamaba a su esposa la *princesa de las princesas* y la amaba muchísimo, al igual que todos los ciudadanos de Berlín que tuvieron ocasión de conocerla, que la consideraban angelical y de buen corazón. Pero Luisa se hizo popular por mucho más que su belleza o sus modales dóciles. Dotada de un gran espíritu práctico mayor que el de su marido, le encantaba acompañarlo en las diversas ocupaciones del reino, así como también leer a Shakespeare y Goethe en su compañía. Cuando su esposo ascendió al trono, la joven Luisa entabló relaciones con los ministros, se convirtió en una figura respetada en el Gobierno prusiano y algunos incluso empezaron a considerarla un icono de estilo. Todo lo que vestía marcaba tendencia. Durante el régimen de Napoleón se vio obligada a abandonar Berlín en pleno invierno, enferma, y a dormir sobre la paja de un granero. Según ella y todos aquellos a los que les gustaba contar sus hazañas, esto no hizo más que fortalecer su espíritu, así que, cuando Napoleón impuso las condiciones de paz, en Tilsit, fue enviada a negociar con él. A pesar de que ella lo llamaba *monstruo*, lo aceptó para defender a su amada Prusia y, de hecho, coqueteó con él, casi obligándolo a rendirse debido a su gran encanto, al menos según decían los rumores (y ella misma, que se reía al recordarlo). Si bien es cierto que no consiguió mejores condiciones para su país, desde ese momento todos la amaron, si cabe, aún más.

—¿Quién era ese joven? —preguntó Patricia, detrás de ellas, con curiosidad. Su máscara blanca le cubría casi todo el rostro y el

vestido de tono empolvado la hacía parecer un dulce relleno de crema. También mostraba su pecho, bien sujeto gracias al corsé.

—Patricia, estás aquí —interrumpió Carlotta, que no quería ridiculizar a su abuela—. Enhorabuena por el vestido, seguro que no pasarás inadvertida.

—De hecho, eso es lo que nos hemos dicho mi madre y yo. Después de todo, si una tiene los pechos firmes, hay que lucirlos, ¿no?

Una dama vestida de blanco y con una curiosa peluca del mismo color se acercó a ellas.

—Bienvenida, lady Carlotta —le dijo—. ¿Estáis a gusto en la villa?

—Claro…, eh…, ¿con quién tengo el placer de hablar?

—Una vieja amiga de vuestra abuela. Vivo en el lago desde siempre. Pero, decidme, ¿habéis notado algo extraño en estos primeros días?

Carlotta se molestó porque la dama no le había revelado su nombre, pero enseguida pensó en el carillón que había encontrado y en la voz que había oído, y decidió averiguar algo más.

—Es posible —respondió—. ¿Qué debería haber notado?

La mujer se rio detrás de la máscara.

—Creedme, lady Carlotta, ya lo veréis vos misma. Pero puedo daros una pista: aquí, en el lago, nada es lo que parece.

—¿Qué queréis decir? No seáis tan críptica, por favor.

La mujer acercó los labios al oído de Carlotta.

—Espíritus —susurró—, espíritus en la villa. Uno especialmente da la impresión de no deja de incordiar a quienes viven allí…

Carlotta sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda. Le vino a la mente aquella escalera que conducía a un piso inaccesible, el

carillón que había empezado a sonar durante la noche y, por supuesto, la página que había leído.

Hizo ademán de responder, pero la dama se apartó.

En aquel momento, todos se callaron y los músicos dejaron de tocar. Lady Marianne había entrado en el salón, ataviada con un vestido color burdeos, un collar de perlas que Carlotta nunca había visto y sosteniendo una máscara dorada que le cubría la mitad del rostro. Esta vez todos los ojos estaban puestos en ella, pero Marianne estaba habituada a atraer las miradas y los comentarios: parecía estar a sus anchas en el papel de anfitriona. Carlotta, a pesar de todo, pensó que seguía siendo una mujer atractiva y que tenía un encanto que, en lugar de desvanecerse con los años, iba mejorando.

—Bienvenidos, señoras y señores —dijo.

Hubo algunos gestos con la cabeza, alguien hizo una reverencia. Todos parecían estar hechizados por ella y, sin embargo, eran los mismos que en Potsdam comentaban con saña su separación del marido. Carlotta estaba cada vez más sorprendida, porque muchos de ellos cambiaban de opinión según el lugar en el que se encontraban. Quizá también ellos, como todos, sucumbían al encanto y al calor de Italia.

—Es un honor teneros como invitados, sobre todo en una velada tan especial en la que tres mujeres tendrán el placer de debutar. Una de ellas es mi hija mayor, Carlotta Luisa Guillermina…

Marianne hizo una pausa estudiada y echó un vistazo rápido al papel que tenía en la mano.

—… y os las presento formalmente: la princesa Carlotta Luisa Guillermina Albrecht, hija de lady Marianne Nassau Albrecht y del

príncipe Alberto Albrecht de Prusia; la señorita Patricia von Alten, hija de la señora Agatha von Alten y el señor Carl von Alten, y, por último, la señorita Miranda Grey, nieta de lady Grey y lord Grey, de Londres.

—¿Tan pronto? —gimió Carlotta. Sintió cómo le temblaban las piernas temblorosas, y pensó que iba a desmayarse.

Patricia se había dirigido al centro de la sala, caminaba erguida, sacando pecho. Muchas damas ya comentaban, con el abanico cubriéndose el rostro, su entrada y, sin duda, también el vestido, pero, sobre todo, Carlotta estaba segura, la mercancía que se exhibía de manera bastante llamativa. Miró a su alrededor en busca de la tercera joven que iba a debutar: la señorita Miranda Grey, un nombre que no le decía nada, que no había oído jamás. Era raro no conocer, ni siquiera de oídas, a las demás debutantes, porque en la corte prusiana circulaban muchos rumores que siempre llegaban a sus oídos. Y tenía la clara impresión de que, incluso allí, en el lago, existían los mismos anhelos por comentar y chismorrear. Sin embargo, nunca había oído hablar de ella.

Finalmente la vio. Miranda Grey apareció con la cabeza alta, con un porte altivo, solo parcialmente oculto por la máscara negra que llevaba para cubrir su rostro y por el vestido decididamente excéntrico cubierto de plumas de avestruz. Carlotta se dio cuenta de que no solo el vestido, sino también el peinado, tenía algo de extremadamente poco convencional: no llevaba un moño alto sobre la cabeza, como ella y Patricia, con los rizos cuidadosamente estudiados para enmarcar el rostro, sino una especie de moño bajo, ceñido a la nuca, del que se desprendían dos trenzas que caían sobre el pecho y le cubrían el cuello casi por completo. No era la

única que había prestado atención a ese detalle: algunas nobles damas ya estaban cotilleando entre ellas, y Carlotta captó las palabras: «descaro» y «presunción». No podía ser de otro modo, pensó: todo lo que no se ajustaba a sus cánones era denigrado.

María empujó a su hermana hacia el centro de la pista, junto a las otras dos.

Las tres chicas se pusieron en fila e hicieron una reverencia, siguiendo el protocolo al pie de la letra. Los invitados seguían susurrando entre sí. Carlotta bajó la mirada y sintió que su labio inferior le temblaba de vergüenza: a saber qué estarían diciendo de ella. Casi podía adivinarlo sin oírlos: la nieta de la grandiosa condesa Luisa, que había honrado a Prusia. «Con una abuela así —pensó Carlotta—, ¿qué puedo esperar hacer yo?».

¿Qué más podían susurrar los invitados? Un poco demasiado delgada, tal vez, sin duda no hacía justicia a su abuela. Después de todo, era hija de Marianne, la nuera de Luisa, que había escandalizado a toda la corte con su extraña petición de separación de su marido. Una mujer descarada, carente de todo buen gusto y pudor. Sin duda, la princesa Carlotta no partía con ventaja en la búsqueda de un buen partido.

Se preguntó cómo podía Patricia mantener la cabeza alta y dejar que la miraran así, que examinaran sus rasgos, su vestido, su tez. Bendijo la máscara, que, al menos en parte, ocultaba la incomodidad que sentía.

—Este primer baile está dedicado a ellas —concluyó Marianne, por encima de las voces—. Que pasen su primera temporada como debutantes de la manera más alegre.

Hubo un aplauso y luego la orquesta comenzó a tocar un vals vienés.

Carlotta se colocó delante de su acompañante, su primo Friedrich, con quien había pasado meses practicando pasos de baile y reverencias. Al menos para ese baile estaba segura de tener un acompañante que no intentaría cortejarla ni la pondría en apuros: Friedrich nunca se había sentido interesado por las mujeres y, desde pequeños, sabía cómo tranquilizarla y hacerla sentir a gusto. Él y Carlotta habían jugado juntos en los pasillos del palacio, bajo la mirada de las niñeras que no perdían ni un movimiento y comentaban el carácter dócil de ambos, comparándolo con la impetuosidad de María.

Por supuesto, también la señorita Miranda, siguiendo un guion previo, se dispuso a bailar con su acompañante, pero antes se volvió hacia ella y le sonrió, para animarla.

—En el baile siempre ganamos nosotras —le susurró—. Aunque solo sea porque son ellos los que llevan la iniciativa.

—Entonces, si les piso, ¿es culpa del bailarín?

—Siempre —exclamó Miranda—. No lo olvides.

Carlotta le agradeció ese gesto de solidaridad y pensó que Miranda parecía una persona interesante, aunque solamente fuera por mostrar ese vestido y ese peinado excéntricos sin vergüenza.

Friedrich le sonrió.

—Prima, estás tensa como la cuerda de un violín, intenta relajarte. Sé que es difícil, pero créeme, aquí todos te admiran.

Ella le apretó fuerte el brazo y se aferró a él, sin ni siquiera intentar responder. Si ya era bastante difícil seguir los pasos de baile, no digamos entablar conversación.

En cuanto terminó el baile, todos aplaudieron y Carlotta se dio cuenta de que esa noche no podría tener ni un momento de serenidad.

—¿Puedo reservar el próximo baile? —preguntó un joven enmascarado, tendiéndole la mano.

—Por supuesto —respondió Carlotta, entregándole el carnet de baile. Se dio cuenta de que detrás de él otros jóvenes nobles esperaban reservar y tuvo sentimientos encontrados: por un lado, se sintió halagada, pero por otro se preguntó si no había realmente otra forma de declarar al mundo su intención de casarse, una forma que no implicara tener que saltar de los brazos de un noble a los de otro sin sentir toda esa vergüenza.

No tuvo tiempo de pensar en otra cosa, cuando las parejas se dispusieron a iniciar el baile. Carlotta suspiró aliviada al comprobar que se trataba de otro vals.

No era un baile tan difícil, al contrario, era el que más le gustaba, así que agarró la mano de su caballero, se abandonó a las notas y durante unas vueltas ninguno de los dos habló.

—Es curioso hacer debutar a una joven en un baile de máscaras —comentó el joven.

Tenía los hombros anchos y un porte seguro: sus brazos la envolvían agradablemente.

—Mi madre es capaz de esto y de otras mezquindades —respondió Carlotta, sin tapujos.

—No seáis tan dura con ella, estoy seguro de que vuestra madre tiene muchas cualidades buenas.

Carlotta observó los ojos oscuros del joven.

—¿Quién sois vos?

Él se echó a reír.

—En un baile de máscaras habría que evitar desvelarlo —respondió.

—Pero aquí es todo lo contrario —replicó Carlotta—. Todas las personas en esta fiesta, gracias al anuncio de mi madre, ahora saben quién soy yo.

—Me parece justo —respondió él—, y por lo tanto no negaré a la princesa de Prusia mi identidad: soy el marqués Filippo Arconati Visconti, de Villa Balbianello.

Precisamente el hijo del marqués Arconati Visconti, que a Patricia parecía interesarle tanto, dada su reacción cuando habían leído la carta de su padre dirigida a Marianne. Por un instante, Carlotta lo lamentó: Filippo parecía simpático y atractivo, al menos por lo que podía adivinar detrás de la máscara. Pero, si hubiera decidido salir con él, su amiga no se lo habría perdonado fácilmente. No sabía mucho de él. Patricia solo había dicho que era el mejor partido en cuanto a título nobiliario y que su madre la empujaba hacia esa dirección. La idea de que Filippo ya estuviera destinado a su amiga le produjo un ligero e inexplicable alivio.

—Encantada.

—Igualmente.

El vals estaba a punto de terminar. Carlotta ya se sentía cansada. Se preguntó cómo hacían las otras mujeres para dar vueltas toda la noche.

—Su carnet se llenará rápidamente —dijo Filippo—, espero que quiera reservarme el último baile. Lo considero el más importante.

Al pronunciar esas últimas palabras, le puso una mano en la espalda, demorándose un poco más de lo que exigía la etiqueta y

atrayéndola hacia sí con tal seguridad que su pecho rozó el del marqués, que se apresuró a bajar la cabeza y sonreírle. Lo había hecho a propósito, estaba prácticamente segura de ello. ¿Lo había notado alguien más?

Carlotta se sonrojó.

La música se detuvo y se despidieron con una reverencia.

—Estoy deseando que llegue el próximo baile, lady Carlotta —le susurró al oído antes de desaparecer entre la multitud.

Carlotta se apresuró a retirarse, en dirección hacia donde se hallaba María, que la esperaba arrimada a la pared del salón.

—¡Has bailado con el marqués de Villa Balbianello! —le dijo.

—Pero ¿no era un baile de máscaras? —protestó Carlotta, levantando los ojos al cielo. En realidad, todavía estaba alterada por aquel toque, no podía evitar preguntarse si era normal, intencionado, estudiado. Si formaba parte del galanteo.

Su hermana se rio entre dientes.

—No se me escapa nada, ya lo sabes.

—Me muero por un vaso de limonada —respondió ella.

María se rio de nuevo.

—Mira, ¡solo tienes que pedirlo!

Un caballero se acercaba a ella precisamente con limonada, mientras otros dos intentaban llamar su atención para reservar un baile.

Carlotta cogió el vaso, dijo que sí a todos, anotó los nombres en la libreta y dio un gran sorbo. Sintió que la cabeza le daba vueltas.

—Tengo que salir —le susurró a su hermana—, por favor, entretenlos.

—¿Qué? —protestó María.

—¿Qué? —repitió Carlotta—, ¿no me has oído?

Pero en cuanto Carlotta se alejó, oyó empezar a hablar del lago, de lo mucho que le gustaría dar un paseo por la orilla y visitar las otras villas.

—Menos mal que está María —susurró, saliendo del salón y dirigiéndose hacia el jardín.

Había logrado sortear a su madre, que, a pesar de tener que vigilarla, se dejaba distraer por las conversaciones de los marqueses: sabían bien lo mucho que le gustaba el arte y no perdían ocasión de presumir de la última pintura que habían comprado en una subasta. Para Marianne, esos temas ejercían una atracción irresistible y, con razón, podía vanagloriarse de poseer un enorme conocimiento en el campo artístico, mucho mayor que el de muchos hombres que comerciaban con obras de arte.

Cuando Carlotta se quedó sola, se apoyó en el tronco del gran roble del jardín, bien protegida de los demás invitados, y suspiró. El viaje, la villa, el debut: era demasiado. ¿Era eso lo que deseaba? Su mirada se perdió en las luces del lago, tal vez en alguna embarcación, tal vez en las estrellas que se reflejaban en su superficie.

—No quiero volver —dijo en voz alta.

Oyó pasos rápidos y decididos, y luego un repentino repiqueteo que la hizo sobresaltarse. Antes de que pudiera volverse, se encontró frente a un joven enmascarado, que claramente intentaba esconderse detrás del mismo roble. Cuando se percató de su presencia, maldijo.

—¡Maldita sea, hazme sitio!

Carlotta abrió la boca, sorprendida por aquellos modales arrogantes.

—Estáis bromeando, ¿verdad?

Él se arrimó al tronco del roble e insistió:

—¡Marchaos a otra parte! —exclamó, mirando hacia la entrada, donde los invitados se detenían a charlar.

—Marchaos vos —espetó Carlotta, apartándose ligeramente.

—El roble no nos oculta a los dos —replicó el desconocido.

—¡Yo me escondí aquí primero, si me lo permitís!

—¿Podéis iros ya?

—De verdad, ¿lo creéis? Con todos los árboles que hay aquí, habéis elegido precisamente el que me esconde. Por si no lo habéis notado, no soy muy ágil vestida así. En cambio, vos podéis saltar aquí, tal y como habéis llegado. Ahora, por favor…

Carlotta abandonó todas las convenciones impuestas e intentó darle un empujón. Él la esquivó y, para esconderse, se acercó aún más, tanto que sus hombros se rozaron.

—¡Acabarán descubriéndome y todo por vuestra terquedad! —murmuró él.

Carlotta ahogó un grito de irritación.

—¿Yo? —protestó en voz baja, pero fingiendo gritar—, ¿sería yo la testaruda que os delata? ¿Y por qué tendríais vos un motivo más noble que el mío para esconderos aquí?

El joven suspiró.

—Sois testaruda y también un poco desagradable, ¿verdad? Quizá por eso estáis aquí. Mirad, no estáis en la cárcel. Vos no. No estáis obligada a quedaros si no queréis.

Carlotta apretó los puños. ¿Quién era este hombre y por qué le hablaba así, como si diera por sentados su papel y su posición?

Como tenía casi todo el rostro cubierto por la máscara, solo podía vislumbrar sus labios. Era alto e iba envuelto en una capa negra.

—¿Quién os creéis que sois… aparte de un pomposo alborotador?

El hombre suspiró y se quitó la máscara blanca. A pesar de la oscuridad, sus ojos verdes impactaron a Carlotta. Era muy apuesto, labios carnosos y tez olivácea. Tuvo que bajar la mirada avergonzada.

—Por vuestra culpa me descubrirán, lo sé. Me tendréis sobre vuestra conciencia —insistió él.

—¡Ni hablar!, podíais haber elegido otro árbol, ¡estamos en un jardín de plantas centenarias!

—Y elegí el que tenía la amarga sorpresa.

—¿Qué derecho tenéis a hablarme así, lord…?

—Georg, duque de Sajonia-Meiningen —respondió él.

Lo dijo con indiferencia, pero Carlotta comenzó a sentir cierta incomodidad. Poseía un aire de superioridad que no le gustaba. Conocía bien a la familia del duque de Sajonia. Marianne se había encargado de proporcionarle una lista de pretendientes que le asegurarían un buen matrimonio. Era una cuestión de negocios, a la que su hija, según ella, no tenía por qué renunciar si no lo deseaba. Georg de Sajonia-Meiningen era el único hijo varón, y por lo tanto único heredero, del duque Bernardo de Sajonia. Carlotta había leído que su nacimiento había sido recibido con alivio por los súbditos, ya que la sucesión al ducado estaba en peligro por la falta de herederos varones. Vivía en Villa Sola, en Montemezzo, a pocos minutos en carruaje de Villa Sommariva. Carlotta no sabía nada más.

—Pero vos sois la princesa Carlotta, ahora que os veo mejor. La que ha debutado esta noche —exclamó él.

—Qué gran espíritu de observación —respondió Carlotta, a la defensiva.

—No me gusta este tipo de… cosas.

«A mí tampoco», hubiera querido admitir. Los ojos de Georg, que jugaba con las cartas descubiertas, sin máscara, estaban fijos en ella. Intensos, magnéticos. Carlotta lo encontró insoportable. Volvió a esquivar su mirada.

—¡Carlotta!

Su hermana la llamaba desde la entrada principal.

—Carlotta, ¿estás aquí? Hay un duque que se ha enterado de que eres artista, ¡quiere conocerte a toda costa!

—Maldita seas, María —musitó.

—Un duque que quiere conocerte, ¡qué emoción! —se burló Georg, acomodándose mejor detrás del tronco del árbol—. ¿A qué esperáis, princesa?

—¡Ya basta, no tenéis ningún respeto! —gruñó Carlotta.

Él sonrió y, antes de que ella se diera cuenta, la agarró del brazo y la condujo hasta el jardín, ocupando su lugar.

—¡Aquí está, la nueva Artemisia Gentileschi, ya llega! —gritó.

Luego se echó a reír.

Carlotta se volvió hacia él. Si no fuera porque su hermana ya se había girado en su dirección, le habría dado un puñetazo.

—¿Qué haces ahí? —dijo María—. ¡Todos te están buscando!

Le pareció oírle reír de nuevo mientras alcanzaba a su hermana y, a grandes zancadas, volvía al salón.

Estaba acalorada y, al mismo tiempo, temblaba. Odiaba sentirse así. La belleza de Georg, esos rasgos tan finos y esa mirada magnética, verde como un lago en tormenta, habían sido rápidamente reemplazados por su carácter punzante y molesto. Podía tacharlo de inmediato de la lista de buenos partidos: no volvería a dirigirle la palabra. Él había intuido todo su malestar, esa sensación de estar siempre fuera de lugar, y se había divertido acrecentándolo. ¡Incluso la había empujado lejos del roble! ¿Qué tipo de hombre se comportaba así con una princesa?

Bailaría toda la noche sin volver a decirle nada, conseguiría que se arrepintiera de haberse comportado de una manera tan indecorosa.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó María—. Ese duque se ha ido.

—Lady Carlotta —dijo un hombre enmascarado, uno de los muchos que la estaban esperando—. ¿Me concedéis este baile?

Ella asintió. Mientras se preparaba para ese baile aburrido y repetitivo, y recibía los cumplidos de su caballero, sus ojos escudriñaban la pista, en busca de una persona con una capa oscura, una máscara blanca y una estatura notable. Para su gran decepción, vio al menos a diez personas que podían encajar con lo que buscaba.

Se dio cuenta de que el corazón aún le latía con fuerza, y desde luego no era por el cansancio de la cuadrilla.[3]

Las palabras del duque aún resonaban en su cabeza: «No está obligada a quedarse si no lo desea». Quizá fue la obviedad de esa afirmación lo que la molestó. Algo tan directo, tan cierto:

aparentemente nadie la obligaba a hacer nada, y, sin embargo, era como vivir en una prisión. La sociedad tenía demasiadas reglas y una princesa no podía permitirse romperlas. Más aún si esa princesa era la hija de Marianne, que escandalizaba a la corte por su comportamiento libertino y su inminente divorcio y, pese a ello, le ordenaba que encontrara un buen partido.

Carlotta albergaba la esperanza de que Georg llegara a pedirle que bailara: le habría demostrado que también podía hacerle frente en el baile. Y quizá habría vuelto a estremecerse en su presencia. Pero no vino, y ella se maldijo por aquel deseo retorcido. ¿Qué le estaba pasando?

En un momento dado, un conde enmascarado preguntó a algunos invitados si habían visto al duque de Sajonia. Dijo que lo estaba buscando desde el comienzo de la velada, sin éxito. No especificó el motivo, y Carlotta no quiso entrometerse. Decidió guardarse para sí su extraña conversación. ¿De qué se estaba escondiendo aquel hombre? ¿Y por qué?

—Siempre se me escapa —se enfadó el conde—, pero iré a buscarlo a Villa Sola, si sigue así.

Cuando terminó la fiesta, le dolían los pies y la cabeza le daba vueltas. María, en cambio, parecía emocionada.

—Has sido la más solicitada —exclamó—, creo que en los próximos días tendrás un montón de invitaciones.

—Ahora solo quiero irme a dormir —dijo ella, apoyándose en su hombro.

Una vez en su habitación dejó que Annette la ayudara a quitarse el vestido y se puso la camisa de dormir. Se miró al espejo mientras la doncella le deshacía el intrincado peinado y le atusaba el cabello,

para luego trenzárselo antes de acostarse. Ya estaba lista, el debut ya se había celebrado. Y su padre no había estado presente en esa ocasión tan especial. Carlotta sabía el motivo, pero, aun así, le dolía. Al fin y al cabo, había tenido éxito y lo había hecho bien.

Cuando Annette se fue, siguió mirándose en el espejo, buscando el parecido de su rostro con el de su madre o su abuela. De la condesa Luisa había heredado la misma forma de los ojos y la nariz, pero ¿alguna vez tendría el mismo encanto? Cogió el carillón del tocador y lo abrió para volver a escuchar la melodía. Los dos compartimentos estaban vacíos, pero al intentar cerrarlos se dio cuenta de que la tela de terciopelo que contenía la nota estaba ligeramente levantada.

—No es posible —murmuró. Cogió una horquilla y hurgó delicadamente para levantar la tela. El carillón contenía un tercer compartimento y allí había una pequeña llave. No era la llave de una puerta, parecía más bien de una caja fuerte o de un cofre.

Carlotta miró a su alrededor, pero no encontró nada parecido.

No era allí donde debía buscar. Resopló, presa de una inexplicable excitación, y enganchó la llave al colgante en forma de flor que solía llevar.

Se estiró en la cama.

—Encontraré tu escondite, Elena —murmuró—, aunque tenga que poner esta villa patas arriba.

# 5

—¡Llegan más flores! —gritó María, abriendo sus ojos azules—, ¡y son todas para ti, hermana!

El mayordomo estaba llevando el enésimo jarrón de orquídeas al salón.

Aquella mañana, Carlotta tenía la cabeza en otra parte. No dejaba de mirar a su alrededor, de abrir armarios y cajones en cuanto se quedaba sola. Eran pocos momentos, pero tenía que aprovechar todo el tiempo posible. Por fin tenía una misión que le parecía digna de ese nombre: encontrar el diario de Elena. Jugaba con la llave que colgaba de su cuello, mientras su hermana le mostraba satisfecha el jarrón de flores.

Trató de alejar todos aquellos pensamientos.

—No había considerado los aspectos felices del galanteo —bromeó Carlotta, fingiendo admirar el nuevo ramo.

—¿No lees la nota? —preguntó María.

—Léela tú —respondió ella, sabiendo de antemano que eso la haría feliz.

—Bueno, es del conde de Villa Melzi. Dice que ayer fue un placer bailar contigo y te invita a dar un paseo por Como el sábado por la tarde.

Carlotta frunció el ceño.

—¿Y quién es?

—Firma Francesco Melzi.

—Ojalá pudiera recordar más, pero en este momento apenas recuerdo el nombre.

María se rio.

—Ya me lo imaginaba, bailaste toda la noche con todos los pretendientes. Yo también pude dar algunas vueltas.

—María Alejandrina, quédate en tu sitio, todavía no es tu momento —comentó Marianne, que estaba en la ventana mirando no sé qué. Luego, distraídamente, añadió—: Carlotta, ¿no has leído las notas que te he dejado? El conde Francesco es el sobrino del duque homónimo de Villa Melzi, duque de Pavía. El que tiene gota.

Carlotta no le había dirigido la palabra desde la noche anterior. Además de arrastrarla al debut en el lago de Como, su madre ni siquiera veló por ella, haciendo notar a todos lo libertina que era. Era consciente de que lo había hecho a propósito y, si se lo hubiera hecho notar, habría ocultado una sonrisa burlona para recordarle que las reglas están hechas para romperse. Sospechaba que su madre, que había tenido un matrimonio concertado y había sido muy infeliz, tenía un plan concreto para ella.

Intentó recordar algunos nombres de los pretendientes con los que había bailado: Federico, el noble español, en busca de esposa, que le había confesado su pasión por los caballos; William, un aristócrata inglés, amante de la caza; y luego, sí, el conde Francesco. De él no recordaba nada, pero su tío tocayo era mucho más famoso: se decía que había rechazado en matrimonio a Paulina Bonaparte porque a ella le gustaba que Porta la pintara desnuda, y no solo eso, sino que sufría de melancolía a causa de la gota, que en su espléndida Villa Melzi siempre había una puerta cerrada. ¿Sería su

sobrino igual de interesante? En un destello de lucidez, recordó que él era alto, tanto que para bailar juntos había tenido que ponerse casi de puntillas. No le había causado una especial impresión, pero era demasiado pronto para poder juzgar.

A quien recordaba muy bien, en cambio, era a Georg, que no se había dejado ver en el salón. Como si fuera demasiado para él mezclarse con los demás invitados.

—Ayer fue muy divertido —continuó María—, ¡incluso cuando al conde Von Versen se le cayó la peluca!

Se rieron a carcajadas. Marianne se aclaró la voz en un intento de hacerlas callar y siguió mirando por la ventana desde detrás de las cortinas.

—Tengo que decir que la entrada de lady Grey dejó a todos sin aliento —dijo Carlotta.

—Qué exagerada. Debutar con plumas de avestruz… —respondió María.

—A mí me pareció una elección valiente. Además, tenía un porte, una fiereza… Parece ya madura. Ojalá tuviera la mitad de esa seguridad al moverme.

—A mí me ha parecido presumida y, a juzgar por los comentarios, no soy la única.

—Porque cuando alguien se viste de forma inadecuada, el resto del mundo se siente con derecho a juzgar. Sobre todo, si ese alguien es una mujer en edad de casarse. Por eso me ha parecido valiente.

—Una inglesa que ha conquistado Prusia —bromeó María. Luego volvió a ponerse seria.

—¿Qué planes tienes hoy? —le preguntó a Carlotta.

—Ninguno —respondió ella—. Quizá venga a visitarme Patricia, más tarde.

—O quizá no —comentó María—, ayer debió de hechizar a un conde, no recuerdo el nombre, pero estoy segura de que me dijo que hoy volvería a verlo.

—Te veo haciendo carrera como periodista de sociedad —bromeó Carlotta—, pero ¿dónde está la abuela?

—Todavía está durmiendo —le informó María, a la que nunca se le escapaba nada—. Anoche debió de tomarse una copa de más.

Llamaron a la puerta.

—Silencio —dijo Marianne—. Recomponeos.

Carlotta observó que su madre llevaba un vestido de seda demasiado elegante para ser un miércoles por la mañana y se preguntó qué estaría tramando.

El mayordomo entró con un pequeño paquete.

—Han traído esto para lady Carlotta —dijo.

Marianne cogió el paquete y se lo entregó. Carlotta se apresuró a desenvolverlo, imaginando que se trataba de alguna exquisitez. Para su inmensa sorpresa, encontró un pequeño cuaderno similar al que tenía su maestro de dibujo para hacer sus bocetos.

—Debe de ser alguien que conoce muy bien tu pasión —dijo María.

—Qué curioso —añadió Marianne—. ¿Quién te envía papel para cortejarte?

Carlotta se sonrojó. Tenía una idea o, como mínimo, le había entrado la duda. El duque había sido el único que había oído de su hermana su pasión por el arte, hasta el punto de haberse burlado de

ella como la nueva Artemisia Gentileschi. ¿Quizá se había arrepentido de aquella salida de mal gusto?

La nota estaba pegada al cuaderno. María estuvo a punto de cogerla, curiosa, pero Carlotta se le adelantó.

«Adiós, adiós, un último beso y me voy».
Espero que esta cita sea la llave que abra vuestro corazón.

Carlotta se sonrojó. ¿Quién le escribía palabras tan atrevidas?

—Bueno, ¿quién te lo ha enviado? —preguntó Marianne.

—Nadie.

Su madre arqueó una ceja.

—¿No está firmado? —preguntó María.

—Entonces —dijo Marianne— ¿vas a decirme quién te ha escrito la nota o no?

Pero ella tampoco lo sabía. Incluso la letra parecía completamente anónima, como si hubiera sido estudiada para parecer lo menos elocuente posible.

Esperaba fervientemente que fuera el duque de Sajonia, tal vez era su forma de disculparse por el descaro que le había mostrado en el jardín. Pero no podía estar segura. Y, además, ¿por qué provocarla de esa manera, insinuando incluso un beso, cuando ni siquiera le había pedido que bailara con él? Ese hombre lograba irritarla incluso cuando no estaba presente.

—Un anónimo —respondió Carlotta.

—¿Y qué escribe este anónimo en la nota? ¿Algo inapropiado?

Carlotta ya no sabía cómo eludir las preguntas de su madre, pero, por suerte, alguien volvió a llamar a la puerta y lady Marianne pareció olvidar la historia del misterioso regalo.

El mayordomo se presentó por segunda vez en el salón, después de haberle abierto la verja al visitante.

—Lady Carlotta —anunció en tono solemne—, tenéis una visita. El marqués Filippo Arconati Visconti.

—Por fin —declaró Marianne.

Hizo una señal a María para que fuera con ella a la ventana y dejara sola a Carlotta.

—¿Por qué? —protestó ella.

—Porque así se hace —se limitó a musitar Marianne.

María resopló y se levantó del sillón, dejando sola a Carlotta y acercándose a la ventana.

A Carlotta le extrañó que su madre despachara a María de ese modo, y comprendió claramente que la visita había sido amañada de alguna manera por el marqués Arconati Visconti y Marianne. Se enfadó. Guardó la nota de su misterioso pretendiente en el corpiño y se dijo que se desharía del marqués y se quedaría en su habitación con su nuevo cuaderno de notas, para realizar algunos bocetos.

Pero la entrada de Filippo hizo que todos sus propósitos se vinieran abajo. El marqués apareció con un cachorro de cavalier king charles spaniel de color caramelo en sus brazos.

—Lady Marianne —saludó haciendo una reverencia—, lady María, lady Carlotta.

Sus ojos oscuros se posaron en ella, mientras el perrito meneaba la cola y miraba a su alrededor con curiosidad.

Dash debió de percibir la presencia de otro cuadrúpedo, porque empezó a ladrar en el jardín.

—Marqués Filippo, qué agradable sorpresa —gorjeó Marianne—. ¿Os apetece una limonada fresca? ¿Algo de comer?

Carlotta repasó de memoria las notas de su madre: excelente partido, rico, noble, algunos hermanos de más. Excelente jugador de póquer, según se rumorea.

—No necesito nada, gracias, lady Marianne. No he traído flores, pero veo que hay en abundancia.

—Tantas como para llenar un invernadero entero —confirmó Carlotta, levantándose para acariciar al cachorro. No podía resistirse a los perritos, sobre todo si eran de la misma raza que el suyo.

—Entonces he hecho bien en traer a Artù —concluyó Filippo. Le dedicó una cálida sonrisa, mostrando una hilera de dientes blancos y cuidados.

Era un chico guapo, de rasgos nórdicos, pelo corto y claro, labios finos. Se quedó mirándola, mientras el perro intentaba escaparse.

—Nosotros también tenemos un cavalier —dijo María, que no podía callarse.

—Me parece que lo vi en el jardín —le respondió Filippo, sonriéndole. Luego se volvió hacia Carlotta:

—Podríamos presentarlos, ¿qué os parece?

Ella miró a su madre, que asintió con la cabeza.

—Os traigo el gorro y la capa —se apresuró a decir Annette, que, por supuesto, tenía que seguirlos.

María miró hacia la ventana, Carlotta sintió pena por ella, que tenía que quedarse en casa mientras fuera hacía un día maravilloso y su hermanita rebosaba vitalidad.

Carlotta se puso el incómodo sombrero de ala ancha que tanto detestaba, pero que le protegía la cara del sol, y luego se adelantó a Filippo.

El marqués le ofreció el brazo, después de dejar a Artù libre para que correteara. Dash lo olisqueó, dieron unas vueltas el uno alrededor del otro, luego el perro de Carlotta se puso a perseguir una mariposa y el del marqués mordisqueó unos hilos de hierba.

—Me alegro de haber venido a visitaros —dijo el marqués—, anoche os vi rodeada de pretendientes y, cuando entré en vuestra casa, comprendí que esta será vuestra temporada. Estáis inundada de invitaciones y cumplidos, por lo que parece.

Carlotta lo miró. Su espesa melena castaña y sus modales reales y a la vez sencillos lo hacían, en efecto, agradable. Sí. Agradable. ¿Podía el amor tener solo el sabor de lo agradable? ¿No debía ser, en cambio, amargo como las cerezas cuando aún no están del todo maduras?

El amor solo podía ser inmenso como un bosque, pensó.

—¿He dicho algo inapropiado? —preguntó Filippo.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que se había olvidado responderle.

—No, claro que no, lo siento, es que estoy muy aturdida, un poco por todo.

—Este vestido azul os sienta muy bien, resalta vuestra tez —dijo él.

Se acercó haciendo que sus cuerpos se rozaran. A Carlotta no le gustó. No había nada más molesto que la cercanía de un extraño, cuando lo que deseaba era, ante todo, ser respetada.

—Gracias, me alegro de que haya terminado el tiempo de las máscaras —respondió ella, apartándose.

—Vuestra villa tiene un jardín precioso —dijo Filippo—. Me he fijado en las hortensias, los árboles frutales… y el precioso roble.

—¿Habéis visto el roble? —exclamó Carlotta, pensando instintivamente en su encuentro con Georg.

Filippo pareció sorprendido.

—¿Cómo no iba a verlo? Debe de ser centenario.

—¿Sabéis de botánica? —preguntó ella.

—No, no tanto como me gustaría. ¿Y vos?

—Estoy en la misma situación.

—Pero sé por vuestra madre que tenéis muchos otros talentos: la pintura, por ejemplo.

—¿Os gusta el arte?

Filippo se rio.

—Prefiero la concreción a los garabatos. En mi villa hay demasiados cuadros. Estoy seguro de que os gustaría contemplarlos. —Lo dijo guiñándole un ojo. No parecía realmente interesado en continuar una conversación sincera con ella.

Carlotta se soltó de su brazo y llamó a Dash. No tenía ganas de quedarse a su lado ni un minuto más, se sentía incómoda bajo aquella mirada, como si estuviera ante un tribunal a la espera de un veredicto. La conversación parecía languidecer y ella volvía a pensar en las odiosas palabras de Georg: «No estás en la cárcel. No estás obligada».

Estaba terriblemente confusa y no podía disfrutar del paseo, ni de la vista del lago, que en ese momento era atravesado por dos majestuosos cisnes.

—Os veo pensativa —insistió Filippo—. ¿Os preocupa algo?

Carlotta levantó la vista hacia las ventanas de la villa y se dio cuenta de que las cortinas estaban corridas. Vio la figura de su

hermana y su madre. Se sentía observada y todo le parecía falso, casi planeado.

—De hecho, ya os lo he dicho hace un momento, estoy un poco cansada.

Filippo siguió su mirada y luego asintió.

—Si lo deseáis, volvamos. Empieza a hacer un poco de calor.

—Gracias por vuestra comprensión, sois muy amable.

—Carlotta —dijo él, cuando llegaron a la entrada y estaban a punto de despedirse—, no os oculto que detesto ciertas formalidades. He recibido una buena educación, pero tampoco quiero perder el tiempo. Sois la perla de esta temporada, la que todos anhelan. Pero, decidme: ¿os gusta divertiros tanto como a mí?

Le sonrió sin ningún tipo de incomodidad, a pesar de haber susurrado esas palabras para que Annette no las oyera.

—Claro que me gusta divertirme —respondió ella, dándose cuenta inmediatamente de que tal vez había dicho una tontería. ¿A qué tipo de diversión se refería el marqués, lícita o…?

Vio un destello de malicia en sus ojos claros.

—Bien, entonces vendré pronto a visitaros.

Filippo hizo una breve reverencia, luego tomó a Artù en brazos y lo puso en el carruaje.

Carlotta regresó a paso ligero, casi aliviada.

—¿Ya de vuelta? Ni siquiera son las once —protestó Marianne.

Su hermana estaba practicando al piano, sin mucho éxito. Cada dos o tres notas se distraía mirando hacia fuera.

—Mamá, por favor —respondió Carlotta—, necesito respirar un poco.

—¿Llevo las flores a vuestra habitación, lady Carlotta? —preguntó Annette.

—Solo una orquídea —le dijo ella.

Cuando entró en la villa, en lugar de volver a su habitación, se detuvo en el pasillo y miró hacia el lago. Algunas gaviotas surcaban el manto azul del agua en busca de alimento.

Pensó que Elena debía de haber mirado, furtivamente, por esa ventana, antes de cumplir con sus tareas, y que había deseado ser libre para volar lejos. Nunca había reflexionado sobre la servidumbre de esa manera y se sintió avergonzada.

También sintió una extraña sensación en el pecho, le parecía que algo presionaba desde su interior y que quería salir.

Apenas reparó en que su abuela, que finalmente se había levantado, se había acercado a ella. La condesa Luisa le puso una mano en el hombro.

—Respira, niña —le dijo—. Pareces encerrada en una campana de cristal sin oxígeno.

—Abuela —respondió Carlotta, aferrándose a su mano—. No quiero que este matrimonio sea solo un negocio. Y no me parece divertido, como piensa María, ni emocionante, como lo ve Patricia. La temporada acaba de empezar y ya me siento muy abrumada, siento que todos esperan algo de mí. ¿Comprendes lo que te digo?

Luisa asintió.

—Yo también fui joven, hace mucho tiempo —respondió—, aunque a todos les cueste creerlo. Pero yo tuve un matrimonio de amor, el que deseo para mis nietas. Por eso te animo a que no te conformes con nada tibio, sino que busques algo ardiente, o al menos date

tiempo. De lo contrario, no sirve de nada tener libertad de elección, ¿no crees?

—¿De verdad tengo esa libertad?

La abuela negó con la cabeza.

—Las mujeres nunca la tenemos del todo. Pero nos gusta pensar que, si nos esforzamos, podemos llevar las riendas. ¿Qué impresión te ha causado ese marqués?

Carlotta frunció el ceño.

—Horrible —admitió.

La abuela hizo una mueca.

—Confía en tu instinto, entonces. Puedo investigar sobre él, si quieres, aquí todos me respetan. Pero la decisión al final, si la hay, será tuya y solo tuya.

Las palabras de su abuela dieron en el blanco, hasta tal punto que Carlotta miró en dirección al roble. Algo ardiente, pensó, como una mirada que te roza y te quema por dentro sin haberte tocado todavía.

Carlotta la tomó del brazo y ambas se encaminaron hacia la sala de Hayez.

—Un poco como el amor que aquí se representa, el de Romeo y Julieta —comentó Carlotta con un suspiro.

—Ese es el sueño de todas. Al menos, el comienzo de la historia. El último beso antes de despedirse —comentó la condesa Luisa.

Le dio un beso en la mejilla, algo que solo hacía cuando la veía en apuros, y la dejó sola contemplando el cuadro.

Carlotta se quedó ante el cuadro. *El último beso*. Volvió a pensar en las palabras de la nota de su admirador secreto y, al hacerlo, se dio una palmada en la frente.

—«… un último beso y me voy…». Es una cita de *Romeo y Julieta* —susurró, para sus adentros. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes?

Su admirador conocía bien la obra que Sommariva había encargado. Por lo tanto, conocía esa casa. O tal vez era solo una coincidencia. Desde luego, no podía serlo tanto por las palabras siguientes: «la llave que abra vuestro corazón». La mano de Carlotta acarició la cadena. El diario debía de estar relacionado con el cuadro, y quienquiera que se lo hubiera sugerido quería que ella lo encontrara. Se inclinó para observar los trazos del cuadro más de cerca.

Entonces tuvo una intuición.

Sabía que muchos nobles utilizaban los cuadros para ocultar criptas secretas y cajas fuertes. Recordó que cuando era más pequeña, en el castillo de Charlottenburg, en compañía de una prima suya, se había divertido moviendo cuadros y buscando tesoros escondidos, pero sin suerte.

Vio un hueco en la pared y se quedó boquiabierta. Metió la mano entre el cuadro y la pared y sacó una caja de metal. El corazón le latía con fuerza, nunca se había encontrado ante algo así: la villa estaba jugando al escondite y a revelarse.

La caja tenía una cerradura y la llave que había encontrado encajaba perfectamente. En cualquier caso, se dijo, era como si aquella caja estuviera pidiendo ser abierta por ella. Sí, qué extraño. Una caja de música que sonaba en plena noche y una caja detrás de un cuadro. ¿Quién demonios había ideado ese escondite y, sobre todo, por qué? El misterio la inquietaba y, al mismo tiempo, la atraía.

Dejó la lámpara de aceite en el suelo, se agachó y abrió la caja. Sacó el diario con tapas de cuero, polvoriento, sin ningún grabado

en la cubierta.

—Te he encontrado, Elena —suspiró.

Estaba ansiosa por seguir leyendo la historia de aquella chica. No tenía ninguna duda de que el diario era suyo. Respiró hondo, abrió la primera página y acercó la lámpara para poder descifrar todas las palabras.

15 de agosto de 1845

Esta noche ha pasado algo muy extraño; he esperado a que todos se durmieran para poder escribirlo en el diario. Creo que, si no lo escribo, me volveré loca.

Estaba ordenando la habitación de la señorita Lorena Valsecchi, que siempre lo deja todo desordenado, cuando me convencí de que lo hacía a propósito para molestarme.

Cuando cogí su vestido de seda azul, me miró con aire desafiante y me dijo: «¿Por qué no te lo pruebas? Me queda pequeño, estoy segura de que te quedará muy bien». Sabía que me estaba provocando, pero no podía decir que no, porque se habría enfadado. Intenté responder que no me parecía oportuno, que temía estropearlo, pero su respuesta fue obvia: «No te lo estoy pidiendo —precisó—, te lo estoy ordenando».

Pensé que pronto me marcharía de allí, que no valía la pena protestar, así que me coloqué detrás del biombo y me puse el vestido azul, que, a decir verdad, me quedaba holgado, porque la señorita Lorena Valsecchi y yo tenemos una talla diferente.

—Déjame ver si te queda bien —exclamó ella, y me puso delante de su tocador, me recogió el pelo y murmuró que era guapa y muy esbelta. Estaba a punto de replicar que seguramente el vestido le quedaba mejor a ella, porque tenía más curvas, mientras que yo estoy delgada como un espantajo, cuando Lorena empezó a gritar.

—¡Qué has hecho! ¡Cómo te atreves!

Al principio no entendí lo que estaba pasando, la miraba perpleja sin entender el motivo. Pero cuando el señor Alfonso Valsecchi apareció en la puerta, lo comprendí: quería acusarme de haberme probado su vestido sin permiso. No le gusto, me detesta, aunque no sé por qué.

Creo que también lo hizo porque en casa no es muy apreciada por su padre, que solo tiene ojos para su hijo varón. Quería llamar la atención y yo fui su conejillo de Indias.

El señor Alfonso entró en la habitación y preguntó:

—¿Por qué gritas?

Luego me miró y se quedó inmóvil por un momento, sin añadir nada más.

Lorena no perdió el tiempo y respondió:

—¡Esta desgraciada se ha puesto mi vestido sin pedirme permiso! —dijo, señalándome como hacen las niñas cuando acusan a alguien de haberle robado un juguete.

No tuve el valor de replicar que había sido ella quien me había ordenado que me lo pusiera, me quedé paralizada con ese maldito vestido puesto, esperando recibir mi castigo. Casi deseé que me echaran de la villa, pero no sucedió nada de eso.

El señor Valsecchi, en tono severo, ordenó a su hija que saliera de la habitación y nos dejara solos. Ella, pensando que quería castigarme, sonrió burlonamente, yo la vi, quizá también su padre, no lo sé.

La habría estrangulado.

Una vez solos, el señor Alfonso me ordenó que me sentara y yo le pregunté si podía cambiarme de vestido y volver a ponerme el uniforme.

—Primero ven aquí, Elena —dijo.

Obedecí, ¿qué otra cosa podía hacer?

Me senté en la cama a su lado y esperé a que me abofeteara, o a que me dijera que estaba despedida y, conmigo, toda mi familia.

Él me observó, con sus grandes manos callosas sobre las rodillas. Parecía indeciso sobre qué hacer. Entonces, de forma totalmente inesperada, me preguntó:

—¿Estás bien aquí con nosotros?

Asentí con la cabeza.

—¿Hay algo que te falte, a ti o a tu familia?

—No —respondí—. No nos falta nada, estamos agradecidos por la oportunidad que nos ofrecéis.

—Y nosotros estamos contentos con vuestro trabajo —dijo él.

Luego suspiró.

—Debes tener paciencia con Lorena —me dijo—. Para ella han sido años de cambios y, aunque se hace la mayor, todavía es una niña.

No supe qué responder, me pareció una confidencia demasiado importante para hacérsela a una empleada doméstica, así que me dije que era mejor guardar silencio.

—Te queda bien ese vestido —aprobó él, mirándome de arriba abajo—, y sé muy bien que nunca te habrías atrevido a ponértelo por tu propia iniciativa.

—Gracias, señor.

—Eres una buena chica, Elena —continuó—, no quiero perderte, tu presencia aquí me es muy querida.

Me impactaron esas palabras. Me pregunté, una vez más, si era normal que un señor se dirigiera así a su sirvienta.

—Ahora ya puedes cambiarte —me dijo.

Volví detrás del biombo, él se dejó caer, con un resoplido, sobre la cama de su hija. Quería decirle que desde esa posición podía verme mientras me cambiaba, pero temía que se enfadara, que me dijera que era una desagradecida y que fuera a contárselo a mamá y papá, que ya tienen sus propios problemas.

Entonces me quité el vestido, me quedé con las enaguas, él me susurró que me lo podía quedar, le di las gracias, pero también pensé que, en realidad, no me quedaba bien, era demasiado grande para mí.

Me gustaría mucho tener una amiga a quien preguntarle si todo lo que ha pasado es normal. No se lo puedo decir a mi madre, no ahora que cree que está embarazada otra vez y se pregunta cómo va a criar a otro hijo con el poco dinero que tenemos.

Cuando salí de la habitación, saludé al dueño con una reverencia y, mientras se levantaba, me dijo:

—Hasta pronto, Elena.

La señorita Lorena estaba fuera, esperando, pero ni siquiera la miré, y corrí a mi habitación, llena de vergüenza.

# 6

Carlotta se quedó dormida enseguida, algo que no le ocurría desde hacía tiempo. Había sido un día intenso, entre las flores de los pretendientes, el cuaderno con la cita de *Romeo y Julieta*, el paseo con Filippo, que había resultado muy decepcionante. Todo eso la había agotado. Había intentado hacer un bosquejo de la villa, pero se había quedado dormida frente al escritorio. Y sucedió algo impensable: el recuerdo de su querido maestro de pintura, después de solo unos días, le parecía ya lejano.

Cuando volvió a abrir los ojos, tardó un momento en recordar que ya no estaba en Potsdam, sino en Italia. Era noche cerrada, la villa estaba sumida en la oscuridad, bajo un cielo colmado de nubes que no dejaba ver la luna.

Carlotta se dio la vuelta, volvió a cerrar los ojos, intentando recuperar el torpor que la había adormecido. Oyó un crujido. Le pareció que provenía de la habitación contigua, debía de ser María, que se había levantado por alguna razón. Intentó quitarle importancia. El ruido se hizo más cercano. Carlotta se cubrió la cabeza con la sábana. Permaneció a la escucha, esperando que fuera realmente su hermana la que estaba haciendo ruido en su habitación.

Otro ruido, esta vez más parecido a un silbido. Carlotta estrechó aún más las sábanas sobre su cabeza. No lograba sacarse de la

mente lo que le había dicho la dama blanca, la amiga de su abuela: espíritus. Había espíritus en la villa.

Intentó racionalizar. Solo era cháchara de una anciana aburrida. Entonces la oyó: era una voz suave, parecía que cantaba. A pesar de que la puerta de su habitación estaba cerrada, Carlotta no se sentía segura. Se incorporó y encendió la lámpara de aceite.

De repente, todo volvió a quedar en silencio.

Sin embargo, no se lo había inventado. Miró hacia el tocador y le pareció ver un destello en el espejo.

—¿Quién eres? —murmuró Carlotta, sintiendo cómo se le erizaba el vello de los brazos. Si realmente había un fantasma en la villa tenía que descubrirlo. Quizá así convencería a todos para volver a Prusia.

—Mamá —oyó. De nuevo esa voz, llorosa y débil.

¿Era realmente un fantasma? Aunque se muriera de miedo, tenía que averiguarlo.

Salió de la habitación. Al final del pasillo, donde antes estaba el piso de los sirvientes, ahora en desuso, vio la misma silueta blanca que había visto antes, pero fue solo un instante. Le pareció que se desvanecía en cuanto posó los ojos en ella.

—Mamá —dijo la voz, esta vez más lejana.

Carlotta se apresuró a volver a su habitación, miró por la ventana y vio un punto blanco que se perdía hacia la orilla opuesta del lago.

«Estoy soñando —se dijo—. No hay ningún fantasma. Solo estoy sugestionada». Le resultó casi imposible volver a conciliar el sueño.

Durante toda la noche, cada crujido la hacía sobresaltarse. Era el amanecer cuando, reconfortada por la luz que iluminaba la

habitación, decidió aventurarse de nuevo hacia el pasillo para ver con claridad.

«Ya basta de tener miedo a nada», dijo para sí, contrariada. Se puso la bata y salió. Cuando se disponía a subir las escaleras del piso que en otro tiempo había pertenecido al servicio, oyó reír a su madre.

Alguien le hizo eco. Se detuvo frente a la puerta de la habitación de Marianne, intrigada. Giró lentamente la manija, conteniendo la respiración. Lo primero que vio Carlotta fueron dos nalgas blancas y firmes que se movían rítmicamente. Se quedó paralizada mirando la escena, sin poder conectar con su mente ni moverse. Marianne estaba debajo de un hombre, con la cabeza abandonada sobre la almohada en una mueca de placer, las manos en las caderas de aquel adonis que la penetraba con fervor.

—Estás cada vez más guapa, mi dulce Marianne —le dijo.

Reconoció inmediatamente la voz. ¿Cómo iba a olvidarla? Era Johannes, su cochero. Mientras se apresuraba a cerrar la puerta, recordó todas las veces que la había cogido en brazos para subirla al carruaje, su amabilidad al tenderle la mano a su madre y ayudarla a bajar o a montar en el caballo. Marianne siempre había tenido un cariño especial por Johannes. Carlotta debería haberlo entendido. Sentía cómo le ardía la garganta y, por un momento, creyó que iba a devolver. Intentó contenerse. ¿Así que por eso se habían ido? ¿Un amante? Y además un criado. No era la primera vez que Carlotta oía ese tipo de cosas, era habitual que ricas condesas aburridas se entretuvieran con los criados. Pero ninguna, que ella supiera, soñaba con poner fin a su matrimonio por culpa de su lujuria. Y mucho menos alguien que pertenecía a la familia real. ¿Qué dirían en la

corte si se enteraran? Carlotta apretó los bordes de la sábana. Pero claro: ya lo sabían. La calumnia era realmente el rumor del que se hablaba y, en ese caso, no se trataba de mentiras inventadas: los chismes eran ciertos. Intentó olvidar ese abrazo, que ya se había clavado en su mente. Era como si esos pocos segundos se repitieran continuamente en su cabeza: los brazos de él apoyados en el colchón, tensos para concentrar todo el esfuerzo en el movimiento de la pelvis, los pechos de su madre se balanceaban, su expresión era de puro placer. Nunca había visto una cópula, y que se tratara precisamente de su madre le provocaba malestar, un disgusto tremendo. Se sentía confusa y, al mismo tiempo, percibía un extraño dolor en el vientre.

Estaba conmocionada por lo que había visto, pero lo que más le había sorprendido era la indiferencia de su madre, que ni siquiera había tenido la precaución de cerrar la puerta con llave. ¿De verdad quería que toda la corte hablara mal de ella y de su nuevo amante?

No se lo permitiría. Le haría entender que estaba equivocada, que no daba buen ejemplo a sus hijas y que por eso no podía exigirle obediencia absoluta: lucharía en nombre de esa libertad que la propia Marianne le había enseñado.

Echaba de menos a su madre. Por eso no podía perdonarla.

Volvió a meter la cabeza bajo la sábana, se obligó a respirar lentamente y a intentar descansar.

Annette abrió las cortinas cuando ella ya estaba despierta y a la espera de que la ayudara a ponerse su vestido de la mañana, una túnica de seda color azul claro.

Se dispuso a bajar las escaleras para dirigirse al comedor.

Primero oyó las risas, luego la vio. María estaba en la sala de los tapices y se reía sola, mientras sostenía una revista entre las manos.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó, irritada. La noche anterior la había vuelto más susceptible y el buen humor de su hermana la molestaba. No podía entender cómo se había adaptado tan bien a Italia, cómo siempre conseguía estar a gusto en cualquier situación. De hecho, parecía que María se sintiera realmente bien dondequiera que estuviera, mientras que ella siempre conseguía sentirse fuera de lugar.

—Una revista que han dejado por ahí las sirvientas. ¡Muy divertida! —dijo María.

—¿Te parece apropiado reírte así? —murmuró Carlotta.

—¿Nos hemos levantado de mal humor? —replicó María, ofendida.

—Llevo con dolor de cabeza desde que me he levantado, no tiene nada que ver contigo.

María asintió.

—Por esta vez, estás perdonada, pero solo porque me espera una tarde maravillosa entre los colores de las hortensias.

Carlotta recordó las miradas que le echó María a Giovanni.

—Últimamente te estás dejando atraer un poco por ciertos jardines italianos y quizá puede que también por los italianos… —la provocó.

María se puso del color púrpura de su vestido de día.

—¿Qué dices? —protestó—. Ya que todavía no puedo ser cortejada como tú, intento al menos divertirme un poco.

—¿Qué entienden los hombres por diversión, María? —preguntó Carlotta, recordando la conversación con el marqués Filippo. Su

hermana era dos años más joven, pero estaba mucho más acostumbrada a los chismes que ella, era más astuta.

—Exactamente lo que entendemos nosotras, supongo —respondió María, adquiriendo un rictus de seriedad.

—¿Entonces crees que las mujeres y los hombres son iguales en esto?

Su hermana frunció el ceño.

—A estas alturas, ¿qué entiendes tú por diversión, hermana?

Carlotta abrió la boca para responder, pero vio que su abuela entraba por la puerta y se calló.

—Vamos a desayunar —dijo—. Está a punto de estallarme la cabeza.

María escondió la revista bajo el mantón y la siguió.

—¿Dónde está mi madre? —le preguntó a la abuela Luisa cuando se sentaron alrededor de la mesa del comedor.

—Debe de estar todavía en la cama —respondió la abuela, mordiendo una cereza.

—Está en la cama, sí —confirmó Carlotta, sonrojándose de rabia y vergüenza.

—¿Cómo culparla? Son momentos muy agradables —replicó Luisa, dirigiéndole a Carlotta una sonrisa elocuente.

Carlotta abrió los ojos de par en par.

—¿Tú… lo sabías? —se lamentó.

La abuela se encogió de hombros.

—Desde hace bastante tiempo —admitió.

Carlotta se volvió hacia María.

—¿Tú también lo sabes?

—¿El qué? —dijo su hermana.

—Na…, nada. Te lo contaré después, María —murmuró Carlotta, con un nudo en el estómago.

—Querida Carlotta, espero de todo corazón que esta villa te regale el don de la clarividencia —comentó la abuela—. Creo que te hará falta. En estos tiempos, ser una muchacha agraciada trae poca suerte.

—María, vámonos —susurró Carlotta a su hermana, molesta por esa frase.

Su hermana, con la boca rebosante de mermelada, se volvió hacia ella.

—¿Adónde?

—A dar un paseo. Saldremos justo después del desayuno.

—¿Qué estáis conspirando vosotras dos? —preguntó la abuela.

—Le decía a María que esta mañana quiero ir a ver los barcos.

—Ah, claro —respondió Luisa—. Los barcos del lago. Fascinantes.

La abuela era misteriosa, nunca se sabía del todo lo que pensaba y lo que entendía. Pero las hermanas Albrecht la adoraban también por eso.

Cuando terminaron de desayunar Carlotta le dijo a Annette que quería ir a dar un paseo por el lago con su hermana.

—Pero quiero cambiarme —protestó María, a quien le encantaba arreglarse incluso para pasear por el jardín, y aún más para ir al lago.

Carlotta resopló y le dijo que la esperaría en el pasillo, frente al ventanal principal de la villa, desde donde podía contemplarse la vista espléndida del lago y del entorno. Colocó allí su caballete y

eligió mezclar dos azules diferentes. Quería pintar un paisaje, aprovechando esa maravillosa luz.

El pincel seguía deslizándose entre los dedos y, cuando por fin consiguió acercarse al lienzo, no le gustó la mancha azul que había hecho. Demasiado clara: el lago tenía una impronta decididamente más oscura.

Fue entonces cuando oyó unos pasos rápidos que cruzaban el pasillo. No podía ser el mayordomo, que siempre se movía con mucha cautela, hasta tal punto que a menudo Carlotta se lo encontraba ante ella sin haberse dado cuenta de que había llegado.

Se asomó para mirar, esperando que no fuera Johannes y, para su gran sorpresa, vio a un hombre elegantemente vestido, que sostenía algo voluminoso y que ni siquiera se dirigió hacia el salón. Parecía saber adónde ir.

Carlotta se levantó de un salto y se dispuso a alcanzarlo. Estaba a punto de subir al primer piso sin que ningún sirviente lo precediese. Era inaceptable. Pensó en el carillón, en el hecho de que la gente pudiera entrar y salir de la villa como quisiera.

Tenía que hablar con los sirvientes sin falta.

—¡Disculpad! —dijo.

El hombre se detuvo.

—No habéis sido anunciado, ¿adónde vais?

Él se volvió para mirarla y ella se sintió atravesada por esa mirada gélida. Lo reconoció de inmediato: era Georg, duque de Sajonia. Verlo allí, en su villa, aquella mañana, casi la hizo tambalearse. Se dio cuenta de que no llevaba nada en la cabeza y sintió una extraña y novedosa sensación: se sintió menos guapa de lo que le hubiera gustado.

—Buenos días, lady Carlotta. Iba a ver a su madre, lady Marianne.

Carlotta frunció el ceño.

—¿A sus aposentos? Normalmente recibimos a los invitados en el salón.

Georg parecía seguro de lo que decía. Dejó por un momento el paquete que llevaba consigo y Carlotta pensó que debía de ser un regalo. ¿Iba a pedir permiso a lady Marianne para cortejarla? Aunque no quería, sintió que empezaba a ponerse nerviosa.

—Eso… ¿es un cuadro? —se atrevió a preguntar, y sintió que se le encendían las mejillas.

Georg la miró a los ojos, sorprendido por la pregunta.

—Es un asunto privado entre la duquesa y yo —respondió fríamente.

Esa respuesta sonó como una bofetada en la cara de Carlotta, que se había ruborizado. ¿Cómo había podido pensar que ese pomposo conde estaba allí para cortejarla?

Apretó los puños, y se tragó la decepción.

—Deberíais haber esperado al mayordomo. ¿Cómo habéis entrado esquivando a los sirvientes?

Se dio cuenta de que había utilizado un tono cortante y, para su gran perplejidad se percató de que Georg sonreía, como si quisiera burlarse de ella.

—Lo siento, debo haberos distraído de vuestro cuadro —bromeó.

Carlotta volvió a mirar la horrible mancha azul que había dejado en el lienzo.

—Veo que no os falta el humor esta mañana —respondió, molesta y aún llena de decepción—. No sé si vos también pintáis, pero esto es un típico… paisaje lacustre.

—No lo dudo —respondió Georg—. Se ven miles en la orilla, donde hay muchos pintores.

Carlotta encajó el golpe. ¿Le estaba diciendo que no tenía talento, que era una cualquiera, o era ella la que tenía que convencerse de sus propias habilidades?

Detrás de ellos apareció el mayordomo.

—Oh, ya habéis entrado. Lady Marianne me ha dicho que acaba de despertarse y que me dejéis el encargo a mí —dijo de sopetón, dirigiéndose a Georg.

El duque le dio las gracias y dejó el paquete en las escaleras.

—Bien, ya he cumplido con mi deber. Ya me puedo ir —comentó, sin borrar de su rostro esa sonrisa que Carlotta detestaba.

Annette se acercó a ellos y les dijo que María aún no estaba lista.

—La esperaremos en el jardín, así acompañaré al duque a la salida —dijo Carlotta.

Ahora se sentía incómoda y quería que se marchara de la villa lo antes posible. Se sentía humillada y, además, se moría de ganas de saber qué había detrás de la tela que protegía el paquete.

—Gracias, lady Carlotta, pero no os molestéis, conozco la salida —respondió él.

—¡Ah! —dijo Carlotta—. He visto que os movéis por la villa como si fuera vuestra casa.

—Después de vos —le interrumpió Georg.

Se dirigieron juntos hacia la salida. Bajaron la escalera en absoluto silencio y Carlotta esperó que sus mejillas hubieran recuperado un color normal.

—Tengo la sospecha de que ha traído un cuadro. ¿Entonces también es un apasionado del arte? —se le escapó.

Georg negó con la cabeza, turbado, quizá pensando que ella había preguntado algo ofensivo.

—En absoluto, al contrario, estoy intentando deshacerme de algunos trastos —le aclaró.

—¿Basura? —protestó Carlotta, escandalizada—. ¡No lo diréis en serio! ¿Acabáis de llamar basura al cuadro que queréis venderle a mi madre?

—Ni siquiera sabéis de qué se trata.

Carlotta se sintió nuevamente herida. Le molestaba que Georg y su madre hubieran hablado de algo que ella no conocía. Ni siquiera sabía por qué, no lo entendía, pero no pudo evitar sentir envidia. ¿De qué, entonces? Cuando llegaron a la entrada, frente a la fuente, Carlotta vio el carruaje de Georg y al cochero que lo estaba esperando. Percibió que él se fijó en la escultura que presidía el jardín italiano.

—¿Al menos esto os gusta? —preguntó.

—No especialmente. ¿Y a vos?

—La verdad es que ni siquiera entiendo qué representa este… niño desnudo.

Se arrepintió inmediatamente de sus palabras, porque vio que él se esforzaba para no reírse. Estaba diciendo demasiadas tonterías esa mañana, y la culpa era solo de su estupidez.

—¿No erais una experta en arte?

Carlotta encajó el golpe.

—Nunca he dicho eso. Y, al menos en lo que respecta a esta escultura, reconozco mi ignorancia.

—Se trata del mito de Arión —explicó él, con un tono de repente más dulce.

—¿Me lo explicáis?

—Esta villa está llena de leyendas —dijo Georg, y sus ojos verdes parecieron iluminarse—. Es como si los antiguos propietarios hubieran querido condensar en un solo lugar las maravillas que encontraban en el mundo.

—¿Los Valsecchi? —preguntó ella.

—¡No! —respondió Georg, escandalizado—. Los Sommariva. El conde era un gran conocedor del arte, como habréis notado. Los Valsecchi son solo… inquilinos, que ocuparon la villa durante un breve periodo de tiempo.

—Exacto —comentó ella, maldiciéndose por su falta de atención.

Luego miró la fuente, fascinada.

—Eso no es un niño —continuó Georg, ajustándose el sombrero.

—Entonces, ¿qué es? —preguntó Carlotta, sin preocuparse ya por parecer poco culta. Era evidente que él no quería cortejarla.

—Es una imagen votiva, un monumento para dar gracias a los dioses.

Carlotta observó los labios de Georg mientras hablaba.

—Lo que veis esculpido es Arión de Metimna, un cantante que vino a Italia para admirar sus bellezas, pero, cuando intentó regresar a Corinto, fue despojado y arrojado al mar por los marineros. Lo salvó un delfín, al que le dedicó una escultura como esta.

—Parece un dragón muy pequeño, no un delfín —observó ella. Luego añadió—: Debe de ser emocionante que te salve un delfín.

—Quizá sea emocionante ser salvado por alguien, en cualquier caso.

Él le sonrió. Su rostro se sonrojó de nuevo. ¿La estaba halagando? ¿O solo era amabilidad?

—No tengo ni idea de lo que se siente —respondió ella, avergonzada—. No creo que nadie me haya salvado nunca.

Notaba que cada vez tenía más calor.

—A mí tampoco, la verdad —soltó él.

Sorprendida por aquella confesión inesperada, Carlotta comentó:

—Para ser alguien que no ama el arte, sabéis mucho.

Georg la miró de frente, de nuevo como si ella lo hubiera ofendido.

—Adiós, lady Carlotta. Que tengáis un buen día.

—Igualmente —susurró ella, decepcionada.

Carlotta vio cómo se alejaba, y pensó que era la persona más extraña e irritante que había conocido jamás. Se quedó parada, oliendo el aire, como para adivinar cuál de los muchos perfumes que percibía era el suyo.

Mientras tanto, María la había alcanzado.

—¿Quién es ese hombre portentoso? —preguntó señalando al duque, que estaba doblando la esquina hacia la avenida arbolada.

—Creo… que lo he molestado… —murmuró Carlotta, casi para sí misma.

Siguió mirando fijamente el punto donde había desaparecido de su vista.

—¡Carlotta! —la sacudió María—. ¿A quién has molestado? ¿Qué ha pasado?

—¿Sabías que detrás de esta fuente se esconde una hermosa leyenda? —dijo ella sin responder.

María asintió con la cabeza para hacerle entender que ya lo sabía todo, lo cual no era cierto. Su hermana, como de costumbre, no tenía ganas de perder el tiempo en charlas sobre arte.

—¿Nos vamos? —preguntó, dando una vuelta para lucir el vestido que había elegido.

Jazmín, se dijo Carlotta. Georg olía a jazmín.

—Oh, pero ¿qué me pasa? —exclamó en voz alta, tratando de sacarse de la cabeza ese último pensamiento y el perfume que no quería abandonar sus fosas nasales.

—El sol de Italia no te sienta bien —se burló María.

Carlotta la ignoró. Le molestaba la actitud de Georg, pero de alguna manera sentía que la cabeza le daba vueltas agradablemente, como después de oler incienso o de beber vino. No podía entender esa sensación, ni el corazón que latía acelerado.

Justo cuando estaban a punto de salir por la verja principal, un carruaje se detuvo junto a ellas. Se corrió la cortina y apareció el rostro de la dama blanca, que ya no llevaba la peluca, sino un sombrero color crema igualmente llamativo. Sus ojos azules se posaron en lady Carlotta, para escudriñar lo que sabía. El cochero le abrió la puerta, ella bajó, mientras el mayordomo iba a su encuentro.

—¿Qué hace aquí? —susurró Carlotta.

—Parece que es amiga de la abuela, la ayudó a encontrar esta villa para mamá.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó a María.

Su hermana se puso en marcha, mientras la dama avanzaba hacia su casa, sin volverse hacia ellas.

—La abuela me ha contado que vive sola, en una gran villa en Griante. Dice que conoce todas las leyendas de estos lugares y que la llaman la bruja Blanca, porque siempre viste de blanco y a veces…

La hermana se interrumpió.

—¿A veces qué? —la incitó Carlotta.

María palideció.

—Percibe presencias, habla con los muertos —susurró entonces ella.

Carlotta se estremeció.

—No la perdamos de vista —respondió, tratando de disimular su inquietud—. A saber qué quiere de la abuela.

Ambas se volvieron para contemplar la villa, justo a tiempo para ver cómo entraba en ella la bruja Blanca.

# 7

Carlotta y María regresaron a la villa con el rostro enrojecido por el sol y jadeando por la caminata, y evitaron el comedor, donde sabían que la abuela estaba ocupada en entretener a su invitada. Carlotta le había contado a María acerca del amante que tenía Marianne, y la reacción de su hermana había sido más comedida de lo esperado. En solo unos días en Italia parecía haberse vuelto más adulta, más astuta. Carlotta se sintió aliviada, pero también más sola.

Antes de ir a almorzar, Annette le recordó a Carlotta que, por la tarde, lady Patricia la esperaba en Villa Quaglini. Carlotta levantó los ojos al cielo: la invitación de Patricia había sido insistente, casi imperiosa, y Carlotta no se había atrevido a rechazarla. Sin embargo, su mayor deseo era quedarse tranquila en la villa y buscar un momento de soledad para seguir leyendo el diario de Elena. Hacerlo durante el día, además, no era seguro: había que esperar a que anocheciera para salir de la habitación y llegar hasta el cuadro de Hayez, pero abandonar su dormitorio de noche la inquietaba, así que, por una u otra razón, aún no había encontrado la ocasión.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó María, con los ojos llenos de esperanza.

Pero Carlotta no la quería ni siquiera en esa ocasión. Puesto que tenía que visitar a su amiga, quería confiarse solo a ella y hablar de lo que había pasado la noche anterior y, sobre todo, de Georg.

—No es el momento, otra vez será —dijo Carlotta, tajante.

El rostro de María se ensombreció y, sin añadir una palabra, se dio la vuelta y desapareció hacia el fondo del pasillo.

—Siempre se hace lo que tú quieres —gritó antes de encerrarse en su habitación—. ¡Te odio!

Carlotta suspiró, viendo cómo su hermana desaparecía.

Annette esbozó una sonrisa para consolarla.

—Se le pasará, lady Carlotta. Siempre se pasa, al final.

—Tiene la costumbre de exagerar con el tono. Pero sé que no me odia.

—Por supuesto que no, princesa.

Carlotta se quedó de pie frente al tocador, observando a la doncella que con hábiles gestos le desabrochaba el vestido de la mañana, dejándola con el miriñaque y el corpiño. Respiró profundamente, aliviada, mientras Annette guardaba con cuidado el vestido del desayuno y cogía el de la tarde, más suave y largo, para que le cubriera la punta de las botas.

—¿Puedes aflojarme el corsé? —preguntó Carlotta en un susurro.

A través del espejo, Annette le lanzó una mirada que ocultaba un velo de compasión. Por primera vez, Carlotta notó la dulzura en sus ojos y sintió una extraña gratitud. Las ballenas del corsé eran un tormento, parecían encerrarla en una jaula de la que cada noche, cuando por fin se desnudaba, solo deseaba escapar.

—Como queráis, lady Carlotta.

Annette le aflojó el corsé y Carlotta se sintió revivir. Claro, Patricia se daría cuenta de que su silueta no era perfecta, pero ¿realmente era tan importante? Para su amiga, sin duda, tan atenta a la moda y a sus dictados. Pero ¿para ella?

Una vez que se puso el vestido rosa pálido de mangas amplias y luminosas, Carlotta buscó su sombrero favorito: un *poke bonnet* de terciopelo blanco que se ató bien apretado bajo el mentón. Se arrepintió de no habérselo puesto aquella mañana delante de Georg: habría sido un refugio discreto de sus miradas.

—¿Deseáis comer algo antes de ir a ver a Patricia? —preguntó Annette.

—Prefiero que no, gracias. Ya me siento bastante prieta así, y estoy segura de que Patty habrá preparado un bufé.

Annette asintió y añadió:

—El carruaje está listo, lady Carlotta. Voy a ver si vuestra hermana necesita algo y bajo enseguida.

Carlotta la miró con expresión suplicante.

—Por favor, Annette, intenta hacerla entrar en razón. No quiero que María se enfade conmigo por una tontería.

Annette le sonrió y se alejó por el pasillo. Carlotta dio unos pasos hacia la salida, pero se detuvo junto a la puerta entreabierta del comedor, de donde provenían unas voces. La bruja Blanca aún no se había marchado. Carlotta oyó que decía algo en voz baja y sintió que el corazón se le aceleraba. Acercó el oído al quicio de la puerta.

—Hay una manera de hacer aparecer a esa criatura…: encender una llama… y recitar estas palabras…

La voz de la mujer se volvió más ronca, un silbido inquietante que hizo estremecer a Carlotta.

Intentó acercarse aún más a la puerta, mientras contenía la respiración.

—Cae al fondo… —murmuraba la bruja, con palabras cargadas de un enigmático y amenazador significado.

Carlotta espió por las rendijas de las puertas y vislumbró la silueta de la anciana, envuelta en un manto blanco, con sus manos nudosas moviéndose en gestos envolventes. Esos dedos esqueléticos se cruzaban y se deslizaban unos sobre otros, en una danza macabra y, por un instante, tuvo la impresión de que la bruja estaba urdiendo un hechizo.

—¡Carlotta! —una voz a sus espaldas la sacudió. Se volvió de golpe y vio a Marianne, que la miraba con una pizca de diversión.

—¡Me has asustado! —exclamó Carlotta, sintiéndose pillada in fraganti.

—Espero que no estés espiando.

Carlotta intentó disimular su vergüenza.

—No sabía si entrar o seguir adelante —respondió, aunque sabía que a su madre no le había convencido su justificación.

—Sé que vas a ver a lady Patricia. Saluda a su madre de mi parte y dile que iré a visitarla pronto —dijo Marianne, desviando la mirada.

Carlotta hubiera querido que su madre le hubiera preguntado algo, cualquier cosa, acerca de cómo estaba resultando su estancia en la villa. También hubiera querido hablarle de lo que había visto la mañana anterior. O que fuera ella misma quien se lo contara.

*Pregúntame si soy feliz, si echo de menos Berlín, si estoy bien.*

Pero Marianne se limitó a mirarla con ojos críticos.

—Estás perfecta con ese vestido. Quién sabe cuántas propuestas de matrimonio recibirás.

—Madre… —comenzó Carlotta, pero Marianne no la dejó terminar.

—Mi carruaje también está esperando —dijo—, Johannes y yo nos vamos a Villa Melzi, no estaremos para la cena.

—¿Johannes en calidad de? —preguntó Carlotta.

Su madre suspiró aliviada.

—Ya lo sabes. Por fin. Estaba deseando poder gritarlo al mundo. Estoy enamorada, Carlotta. Feliz. ¿Puedes creértelo?

—Lo creo. Nunca lo he dudado.

¿Cómo podía ser tan egoísta?

Marianne fingió acariciarle la mejilla, pero su mano solo acarició el aire. Carlotta sintió cómo se helaba por dentro.

*Yo, en cambio, no soy feliz, mamá. Tengo miedo. Me siento sola. ¿Puedes tranquilizarme?*

Pero se tragó todas las palabras que quería decir.

—Me voy. Me alegro de que al menos una de nosotras sea feliz aquí —dijo, despidiéndose.

Se alejó hacia la salida, seguida por una jadeante Annette.

Antes de marcharse, Carlotta echó un último vistazo a la ventana de la habitación de María y vio el rostro pálido de su hermana, que la observaba desde arriba.

Giovanni, el jardinero, arreglaba los setos alrededor de la fuente.

—Quizá podría dar un paseo por el jardín… —murmuró Carlotta, apenada por María.

—Ya verás que más tarde bajará y esta noche lo habrá olvidado todo —la consoló Annette, a quien no se le escapaba nada. Carlotta asintió, poco convencida.

Durante el trayecto hacia Villa Quaglini volvió a pensar en las palabras de la bruja. Evocar a una criatura, encender una llama… ¿Era cierto lo que había oído? Todo le parecía tan misterioso y teñido de absurdo. ¿Había soñado las dos veces que había visto a la niña? ¿Era solo una sugestión relacionada con el cansancio o el miedo? No quería creer en fantasmas. Pero, después de todo, había leído en

muchos libros que las antiguas villas italianas estaban infestadas de ellos. Supersticiones, sin duda. Sin embargo, estaba segura: había un secreto en la villa. Y ahora quería descubrir cuál era.

Si Carlotta hubiera podido llevar ropa cómoda, llegar a Villa Quaglini solo le habría supuesto diez minutos a pie, a través del jardín. Pero los tacones, el corsé y los amplios volantes del vestido la obligaban a desplazarse en carruaje. El cochero la condujo por la avenida siempre verde de mirtos, naranjos, limoneros y cedros. Subió por una breve cuesta, tan pendiente que, al mirar hacia fuera, a Carlotta le pareció que estaba suspendida sobre el lago. Luego los caballos se detuvieron.

Carlotta observó que Villa Quaglini, aunque menos majestuosa que su residencia, tenía un encanto discreto y recogido, con aquel jardín que se elevaba en suaves terrazas hacia la entrada principal. Fue recibida por un mayordomo engreído que la condujo al salón de baile, una muestra de que Patricia no estaba sola. Carlotta frunció el ceño: no la habían avisado de que habría otros invitados. Ahora tendría que enfrentarse al pequeño círculo de nobles que su amiga había convocado, y no tenía ganas. Se preguntaba si también aparecería Georg, con su sonrisa arrogante.

—Amiga mía —exclamó Patricia, acercándose con paso decidido—. ¡No he podido resistirme! Cuando les dije que venías, todos cancelaron sus compromisos para poder asistir.

Carlotta contuvo un suspiro.

—Podrías haberme avisado —musitó.

Entre saludos formales y miradas cómplices, Carlotta se sintió atrapada en un ritual social que no le gustaba nada. Esperaba una tarde de confidencias y, en cambio, se encontró siendo el centro de

atención, observada como un precioso trofeo que exhibir. De inmediato tuvo los ojos de todos puestos en ella. A pesar de que el régimen austriaco estaba recibiendo fuertes sacudidas por parte de los disidentes, ella seguía siendo la princesa más codiciada. Miró a su alrededor: Georg no estaba ahí.

Entre los invitados también se encontraba Filippo, que esperó su turno para hablar con ella y, tras besarle la mano, le dijo que se alegraba de volver a verla tan pronto. Carlotta le agradeció que no mencionara aquel paseo que dieron juntos, que sin duda habría sido motivo de chismes. Su primo Friedrich, que no se habría perdido un evento mundano, ni siquiera un simple té entre amigas, la saludó con una breve reverencia y una sonrisa. Carlotta se sintió aliviada de que estuviera allí: lo veía como un hermano, un rostro amigo en medio de tantos zorros.

Luego vio al conde Francesco di Villa Melzi, aquel cuyo nombre apenas recordaba. Se acercó a ella y le besó la mano con una sonrisa de alguien seguro de sí mismo.

—Lady Carlotta, es un placer volver a veros. Espero que hayáis disfrutado de mi obsequio floral.

—Mucho, gracias. Creo que mi madre está visitando a vuestros padres esta tarde —dijo educadamente, tratando de ocultar su incomodidad.

Francesco pareció iluminarse.

—Entonces… —se atrevió a decir, dejando la pregunta en el aire.

Carlotta se sonrojó ligeramente, captando la expectativa implícita.

—No, me habéis malinterpretado. Una visita de cortesía, naturalmente.

El marqués retrocedió, visiblemente decepcionado.

La verdad, clara e innegable, era que Carlotta se sentía extraña en medio de todo aquello. No sabía en quién confiar y detestaba esas hipócritas formalidades. ¿Cómo podría distinguir quién estaba realmente interesado en ella de quién solo buscaba una posición de prestigio en el imperio de su tío?

Patricia, mientras tanto, lanzó una mirada maliciosa a los demás invitados.

—El conde Francesco nos estaba hablando del próximo baile en su casa —explicó con tono de falsa inocencia—. Y nos preguntábamos si no sería divertido improvisar una cuadrilla.

Carlotta abrió los ojos de par en par.

—¿Aquí?

Patricia aplaudió, mientras la puerta se abría de nuevo y todos los invitados se volvieron. Lady Miranda también había llegado. Llevaba un vestido gris perla, con un enorme lazo en el pecho que cubría, sin ocultar del todo, dos pechos pequeños y firmes. Su mirada voló de un lado a otro de la sala, sin detenerse ante nadie en particular, pero dando a entender que conocía a todo el mundo. Seguía llevando ese extraño peinado que terminaba en dos largas trenzas que le llegaban a ambos costados de la cadera. En otra mujer habrían sido inapropiados y quizá pasados de moda, pero a ella le daban un toque exótico por el que era imposible no quedar cautivado. Carlotta siguió la mirada de Francesco, que había quedado fascinado por aquella entrada, y se dio cuenta de que Filippo se mordía el labio inferior. Miranda no solo era original, excéntrica y dotada de un erotismo fuera de lo común, sino que escapaba a cualquier definición, y no era por lo que decía o hacía: con su sola presencia llenaba la sala, rompía todos los equilibrios. Carlotta nunca había

conocido a una mujer así. Probablemente tampoco los demás invitados.

—Disculpad la tardanza —dijo haciendo una reverencia—, me tenían retenida.

—Bienvenida, lady Grey —respondió Patricia—. Justo estábamos organizando el baile ahora mismo.

A Carlotta le pareció que incluso su amiga se sentía fascinada por la mujer, como si buscara su aprobación.

Miranda sonrió.

—Podría ser divertido… —dijo en un perfecto italiano, apenas matizado por el acento inglés.

Carlotta suspiró. No le gustaba montar una cuadrilla y menos aún sin música, pero no se atrevía a oponerse.

—¿Han llegado todos? —preguntó.

Se volvió hacia la puerta del salón de baile y Patricia interceptó su mirada.

—¿Estás esperando a alguien en particular?

Carlotta dudó. Quería saber si el duque de Sajonia había sido invitado y había decidido deliberadamente no asistir, o si Patricia ni siquiera lo había tenido en cuenta. Pero no quería preguntarlo delante de los demás, así que sacudió la cabeza y se colocó en posición para la primera figura: *pantalon*.

La cuadrilla comenzó entre risas y ligeros tropiezos, y enseguida quedó claro para todos que la verdadera reina del baile era Miranda. Se movía con una gracia totalmente natural, e incluso su sonrisa parecía ser parte del baile, captando la atención de los hombres. El vestido seguía sus movimientos, sus brazos delgados eran también ágiles, parecía que hubiera nacido para cautivar.

Durante una pausa, Carlotta se acercó a ella.

—Sois una bailarina magnífica —la felicitó.

Miranda le sonrió, llevándose a los labios un vaso de limonada.

—Me gusta bailar —admitió.

Aunque era muy diferente a ella, Carlotta sintió de repente una sensación de cercanía, casi de confianza hacia aquella mujer que parecía tan desprovista de hipocresía. Se dijo que podría orientar sus elecciones, ayudarla a entender quién era sincero y quién no. Ella también había debutado, así que podrían confiarse sus respectivos pretendientes, y su astucia quizá la mantendría alejada de los desengaños. Deseaba dejar de ser tan ingenua. Dudó, luego se puso seria y le preguntó:

—¿Y ya habéis encontrado a alguien en particular con quien hacerlo?

Miranda se puso seria por un instante, mientras la sonrisa se desvanecía de su rostro.

—Todavía no. Creo que no es fácil, para una dama, con estos métodos de cortejo, darse cuenta de quién tiene delante.

Carlotta asintió, sintiendo que se reforzaba la afinidad con esa mujer.

Ella también deseaba algo más auténtico, un amor que no fuera solo un juego de máscaras y conveniencias.

—Para ser inglesa, habláis un italiano impecable, Miranda.

Miranda le dio las gracias.

—Lo estudié durante muchos años en la escuela —susurró.

Carlotta la admiró aún más por ello. Tomar clases en casa, con una institutriz, no era tan aventurero como estudiar en una escuela

femenina de verdad. Estuvo tentada de preguntarle cómo era la vida en Londres, pero contuvo su curiosidad.

Cuando los demás quisieron volver a bailar, Carlotta se apartó, quejándose de un ligero dolor en los pies.

Se retiró a un lado, cerca de la ventana, y dejó que su mirada se perdiese más allá del cristal, sobre el lago que reflejaba los colores del atardecer. Quedó cautivada ante aquel espectáculo y pensó que su madre lo estaría contemplando junto a otro hombre, mientras su padre estaba solo, en Berlín, luchando contra las revueltas junto a su tío. Se dijo que la familia y el matrimonio no siempre eran garantía de felicidad, sino que, al contrario, a menudo era precisamente allí donde se escondía el núcleo de la más dolorosa injusticia.

Se volvió hacia el salón de baile. La chimenea estaba encendida y el fuego crepitaba detrás de los invitados.

Los invitados se movían al ritmo de la música, riendo, intercambiando miradas cómplices.

Patricia y Filippo estaban perfectamente coordinados. Él estaba arrimado a ella, con la intención de anular la distancia que había entre ellos; pero ella no parecía darse cuenta, ni importarle. Miranda giraba con elegancia el rostro radiante, como si cada movimiento le perteneciera. Friedrich estaba perfectamente a gusto, su risa aguda llenaba la habitación.

Esa danza, ese ambiente, esas miradas… Carlotta se dijo que todo parecía pertenecer a otra persona. Ella era una extraña en una escena perfecta, una figura distante, un cuadro de colores desvaídos en el margen de un lienzo.

Bajó la mirada hasta cerrar los ojos, y una visión curiosa le pasó por la mente, una fantasía que parecía resonar directamente desde lo más profundo de su alma. Se imaginó a orillas del lago, envuelta en la luz plateada de la luna, el viento despeinándole el cabello, el aroma del agua llenándole los pulmones. De repente, un delfín aparecía entre las olas y, con su hocico orgulloso y sus ojos inteligentes y vivos, le ofrecía su lomo. Carlotta se veía a sí misma subiendo a ese lomo liso, mientras el delfín se lanzaba hacia el lago, alejándola de tierra firme, de las convenciones, de los muros de oro que parecían aprisionarla.

Las olas la mecían, le salpicaban el rostro con fresca libertad, mientras la llevaban cada vez más lejos. El corazón le latía con fuerza, envuelta en una sensación que nunca había experimentado, una mezcla de aventura y alivio, como si por fin pudiera dejar atrás todo lo que la oprimía. No había espectadores, no había ojos que la juzgaran, no había una imagen que mantener. Solo estaban ella, el delfín y el lago de Como. Un delfín en el lago.

Carlotta volvió a abrir los ojos y el sueño se desvaneció. Volvió a mirar la sala, las risas que resonaban como ecos lejanos, sin ningún significado. Hubiera querido que aquel delfín apareciera de verdad para llevársela lejos, lejos de todo. Se sorprendió mirando fijamente su propio reflejo en la ventana, observando a la mujer que aparecía a medio camino entre la realidad y el sueño. Si tan solo pudiera ser libre, pensó, apretando las manos para retener aquella imagen de salvación.

—Lady Carlotta, ¿os sentís a gusto en la villa? —la interrumpió Francesco, con una sonrisa afable.

*¿Cuándo habían dejado de bailar?*

—Sí, aunque no duermo mucho —respondió educadamente.

—¡Claro! —intervino Patricia, que no perdía ocasión para llamar la atención—. Aquí, en el lago, parece imposible estar tranquilo.

—¿Por qué? —preguntó Filippo.

Patricia adoptó un aire misterioso.

—He oído lo que dicen los lugareños, a través de mi doncella personal —explicó—. Y, no sé si lo sabéis, señores, pero estos pueblecitos están llenos de espíritus.

Por fin un tema que merecía la pena discutir.

Patricia acaparó en un instante toda la atención de sus invitados, Carlotta la primera.

—Me han contado que una pobre muchacha llamada Ghita fue asesinada por un malhechor cuando regresaba sola a su casa. Parece que su espíritu aún vaga por la noche: más de uno lo ha visto.

—Creo, con toda franqueza, que solo son rumores —sugirió Miranda con cierto escepticismo.

—¿No creéis en los espíritus?

—Creo que hay que temer más a los chismes de la corte.

—Entonces, desde vuestro punto de vista, ¿son solo tonterías? —insistió Patricia.

Miranda la observaba divertida, sin temer ser poco oportuna en casa de su anfitriona.

Carlotta tuvo un sudor frío. Estaba anocheciendo y se acordó de su espíritu, que la esperaba en la villa. Le hubiera gustado tomar un poco más de limonada, pero se dio cuenta de que le daba vueltas la cabeza y decidió no levantarse.

—Señoras —dijo entonces Francesco—, no quisiera asustaros, pero, como sabéis, yo vivo al otro lado del lago y no puedo sino confirmar los rumores que circulan y lo extraño de estas presencias. No solo doncellas, sino también príncipes que velan estos lugares. El príncipe de Gales, por ejemplo, solía salir en barco con su amante, y una noche no regresaron.

—¿Qué pasó? —preguntó Filippo. Estaba de pie junto a Patricia y tenía la mano apoyada en el brazo de la silla, de modo que el brazo le rozaba el pecho. Y ella, ¿se había dado cuenta y fingía que era un contacto casual? ¿O estaba demasiado absorta en la conversación como para percatarse?

Carlotta se aferró al brazo del sillón. Nadie pareció darse cuenta de su malestar, absortos como estaban en escuchar las historias.

—Hallaron el barco unos días después, pero no había ni rastro de los amantes. Sin embargo, todavía se oyen los gemidos de un hombre y una mujer en el lago…

—Debió de ser horrible acabar así —comentó Friedrich.

—Qué espíritus ni qué niño muerto —añadió Miranda.

Carlotta parpadeó. Se dio cuenta de que no había comido nada desde por la mañana, y, de repente, le faltó el aire. Intentó hablar, pero no pudo emitir ningún sonido.

—Eso no es todo —decía Patricia—. Parece ser que aquí, en el lago, hay una bruja que es capaz de evocar a estos seres…

—Por favor —murmuró Carlotta, pero lo dijo tan bajo que nadie la oyó. Algunos puntos luminosos comenzaron a impedirle ver y sus oídos empezaron a silbar. Sus compañeros de baile se alejaban cada vez más, sus voces se confundían. Solo percibía el eco lejano de una niña que llamaba a su madre.

—Lady Carlotta —oyó que la llamaban—. ¡Carlotta!
Entonces, a su alrededor, la habitación se volvió negra.

# 8

—¿Seguro que te encuentras mejor? —preguntó María con un deje de preocupación, mientras observaba cómo Carlotta se calzaba las botas de montar.

—Al menos te lo he dicho diez veces, María. Estoy perfectamente —respondió Carlotta, tratando de ocultar su irritación. Era evidente que nadie, aquella mañana, parecía creerla. La idea de tener que tranquilizar a todos la ponía nerviosa.

Annette, mientras tanto, no podía evitar seguir murmurando entre dientes. Tras su repentino desmayo en Villa Quaglini, la madre de Patricia había insistido en llamar a un médico. Este había atribuido el incidente al cansancio, agravado por el hecho de que Carlotta no había comido nada en todo el día. Pero, una vez en casa, su madre y su hermana se alarmaron, y Carlotta fue recibida como una frágil convaleciente, cuidada y mimada como no lo había sido en años.

Al día siguiente, María no la dejó sola ni un momento, olvidando por completo la pequeña disputa de la tarde anterior. La asistió en su habitación, se quedó sentada a su lado con mirada vigilante, lista para satisfacer cualquier petición. Incluso Marianne había pasado a ver cómo estaba, y le acarició la frente con la mano fresca. Pero esos cuidados pronto comenzaron a agobiarla. Habían pasado dos días y se sentía muy bien.

Estaba deseando quedarse sola para poder pasear por el jardín de la villa en paz y gozar de esos pocos momentos de libertad que se le concedían. Montar a caballo y luego encontrar tiempo para retomar el diario de Elena, tal vez terminar el cuadro del paisaje, intentar acabar también la carta para Franz, que yacía en el cajón.

—¿Y tú, estás segura de que no quieres venir? —le preguntó a María—. Pasarás otra tarde aquí, sola.

María bajó la mirada, sonrojándose ligeramente.

—Sabes que me encanta montar a caballo. Pero esta vez paso de ello.

—Sin embargo, no pareces muy disgustada —murmuró Carlotta, observando a su hermana con ojos inquisitivos—. Normalmente echas sapos y culebras cuando no te llevo conmigo.

María se sonrojó aún más, y apartó la mirada.

—¡Y qué puedo hacer si nunca me tienes en cuenta! Me estoy resignando —intentó esquivarla con una sonrisa, pero el rubor de sus mejillas la delató.

—¿Cómo piensas pasar la tarde, entonces? —insistió Carlotta.

María se volvió hacia la ventana y observó el jardín iluminado por la luz del sol que se filtraba entre las hojas.

—Daré un paseo por el jardín —respondió en voz baja—. Ya sabes lo mucho que me gusta este lugar.

—¿Sola?

—Todo lo sola que se puede estar en una villa llena de sirvientes —replicó María, levantando una ceja.

Carlotta suspiró, resignada. María también tenía sus secretos, y quizá no era justo pretender saberlo todo. Siempre habían estado unidas, pero sus distintos caracteres las habían llevado a mantener

una cierta distancia entre ellas, sobre todo cuando se trataba de cosas íntimas o cuando había que protegerse de noticias o situaciones en que podrían hacerse daño mutuamente. La primera vez que le vino la menstruación, Carlotta corrió a contárselo a su madre y le pidió consejo, rogándole que no le dijera nada a María. Se avergonzaba, se sentía diferente y distante de su hermana. Un día, sin embargo, María le preguntó descaradamente si ya se había convertido en mujer y, cuando supo que durante meses su hermana había guardado ese secreto, le gritó que ella también haría lo mismo en todos los acontecimientos importantes de su vida. Y, de hecho, había cumplido su palabra: Carlotta no sabía si María también se había convertido en mujer, a pesar de que le habían crecido los pechos y la piel se había vuelto más grasa. Las cosas no dichas habían aumentado, pero todavía se buscaban, sobre todo cuando una necesitaba el apoyo de la otra.

En ese momento, Annette apareció en la puerta.

—Lady Carlotta, ha llegado el carruaje de lady Patricia. Pero si no os encontráis bien para ir… —comenzó a decir.

—¡Estoy bien! —la interrumpió Carlotta con un gesto decidido de la mano—. A ver si me crees de una vez. Iré a este paseo a caballo, ¡solo fue un desmayo tonto!

Annette asintió con una mueca poco convencida, mientras Carlotta besaba a María en la mejilla y se dirigía hacia las escaleras.

Bajó con paso seguro y subió al carruaje de Patricia. Su amiga la recibió con una sonrisa de complicidad. Llevaba un traje de amazona de dos piezas, de color marrón oscuro, similar al suyo, pero menos refinado. Ambas llevaban en la mano el sombrero de copa, que se pondrían solo un momento antes de montar a caballo. Carlotta había

añadido al cuello una corbata negra, un toque atrevido que completaba su atuendo con una elegancia que solo ella poseía.

Le encantaba el traje de amazona, la sensación de libertad que le otorgaba. Quizá era lo que más le gustaba de montar a caballo; por lo demás, hubiera preferido continuar con su cuadro o ponerse a estudiar el catálogo de las obras de arte de la villa.

Patricia, por el contrario, se sentía incómoda, embutida en un atuendo que parecía a punto de explotar en cualquier momento.

—Odio vestirme así —refunfuñó—. ¡Hasta el último momento estuve esperando poder decir que estaba enferma!

—Una vez que hayas montado, te olvidarás de todo —la consoló Carlotta.

La Villa Balbianello del marqués Filippo Arconati Visconti, que había organizado aquella salida, se encontraba a pocos minutos en carruaje, por lo que Patricia y Carlotta intercambiaron pocas palabras, una rezongando por su falta de ganas de montar a caballo, la otra emocionada por la experiencia de cabalgar con vistas al lago, más por las vistas que por el corcel, naturalmente.

No vieron la villa porque el carruaje se dirigió, como estaba previsto, a las caballerizas. El mozo de cuadra estaba ensillando los caballos para las damas.

Carlotta se dispuso a bajar, ayudándose de Annette para ponerse el sombrero de copa, que con los alfileres que sujetaban el tul resultaba especialmente incómodo.

Patricia la siguió, mientras un criado le indicaba el camino para entrar en el majestuoso edificio de piedra que albergaba los caballos. El mozo de cuadras estaba preparando los animales, colocándoles las sillas de montar. Carlotta miró a su alrededor, y se

preguntó qué cabía esperar de Villa Balbianello si ya en las caballerizas, a juzgar por los amplios ventanales de colores y los separadores decorados en hierro forjado, se respiraba tal magnificencia. Se acercó a uno de los caballos para dejar que oliera su mano.

—Sois muy buena en eso —la felicitó el mozo de cuadra—, así confiará más en vos.

—Si bastara dejarse oler por los hombres para ganarse su confianza —refunfuñó Patricia, que se mantenía a cierta distancia de los boxes y permanecía en el pasillo central, desorientada.

Cuando Carlotta oyó la voz de Georg sintió un nudo en el estómago. Aún no había entrado en los establos y ya le causaba ese efecto.

—La próxima vez, no obstante, que sea sin damiselas —decía Georg, con su tono habitual de fanfarrón—. Me gustaría organizar una caza del zorro.

—Cuando queráis —respondió Filippo, divertido—. Puedo llevaros a lugares realmente interesantes.

—Lástima que no podamos hacerlo hoy —comentó Georg, con un ligero deje desafiante en la voz.

Francesco intervino en tono tranquilo.

—Pensaba que no era adecuado para princesas.

En ese momento, las damas hicieron su entrada. Patricia, que lo había escuchado todo, se adelantó a su saludo:

—No temáis, nunca me veréis correr detrás de un zorro, ni montada en un corcel salvaje, ni mucho menos con las manos desnudas. —Su risa cristalina se extendió por el aire y los dos hombres respondieron con un gesto divertido.

Carlotta siguió acariciando al caballo sin volverse. La melena suave la relajaba y le daba un pretexto para no saludar la primera. La observación de Georg sobre las damas como un impedimento para la caza la había molestado. Sin embargo, no podía ignorar que la etiqueta las obligaba a montar a lo amazona, lo que limitaba su libertad de movimiento. Un ruido de cascos la apartó de esos pensamientos: le bastó una mirada a la entrada del establo para ver a Friedrich, que siempre había amado los caballos y parecía perfectamente a gusto. Carlotta sospechaba que eso le ocurría pocas veces, dado su completo desinterés por el género femenino y sus modales ingenuos.

—El conde Friedrich ha traído su corcel —dijo Filippo, guiñándole un ojo a Georg. Se volvieron para saludarlo y Carlotta dio un suspiro de alivio: no tenía que hablar con el duque.

Francesco, sobrino de los condes de Pavía, propietarios de la Villa Melzi, entró en la caballeriza, saludó a las damas con una reverencia y se dirigió inmediatamente al mozo de cuadra para elegir el caballo. No parecía especialmente entusiasmado por participar en la excursión.

Carlotta dejó que el mozo de cuadra la ayudara a montar, luego los criados tomaron su caballo y el de Patricia y los llevaron fuera.

—Tengo pánico a caerme —confesó Patricia en voz baja—. Mucho más que a cazar zorros.

Carlotta iba a responderle cuando el ruido de los cascos las distrajo. Lady Miranda apareció a caballo, en perfecto equilibrio, con una chaqueta verde claro que resaltaba su tez luminosa, y un sombrero adornado con plumas que se balanceaban con cada

movimiento. Llevaba el pelo suelto, bajo el sombrero, lo que provocó inmediatamente una mirada de disgusto por parte de Patricia.

Miranda tiró de las riendas, deteniéndose con natural elegancia junto a los hombres, y con una sonrisa intrigante preguntó:

—¿He llegado tarde?

Su tono era tan seguro como la habilidad que demostraba montando a caballo. Carlotta la observó con una mezcla de admiración y envidia que le oprimía la garganta. Miranda no solo era la mejor bailarina, sino que también sabía montar a caballo con una habilidad sorprendente.

Percibió un brillo de admiración en los ojos de Georg y sintió un nudo en el estómago.

—Os habéis redimido con esa hermosa entrada en escena —respondió Filippo. Los dos intercambiaron una mirada cómplice y a Carlotta le pareció casi sentir los celos de Patricia, que a su lado hacía todo lo posible por mantener el equilibrio.

—Lady Carlotta —la saludó Miranda—, es un placer veros ya recuperada.

Carlotta sintió cómo una oleada de calor le subía al rostro.

—Ya es agua pasada —declaró con voz firme—. Como veis, estoy muy bien.

Georg se volvió hacia ella.

—¿Qué ha pasado, lady Carlotta? —preguntó con un tono que ella no supo descifrar.

—Oh, nada que merezca la pena contar, os lo aseguro —respondió, tratando de mantener la compostura. En general, detestaba la idea de que alguien pudiera considerarla frágil. Que ese alguien fuera Georg, además, le resultaba intolerable.

Filippo se acercó a ella, sonriendo.

—Lady Carlotta, veo que tenéis el honor de montar a Zeus, mi querido caballo.

—¿Me estáis confiando vuestro caballo favorito? —preguntó Carlotta, intentando mostrar un tono ligero, mientras lanzaba una mirada fugaz a Georg para ver su reacción.

—Para vos y para lady Patricia he reservado los mejores —respondió Filippo, acariciando el hocico marrón del caballo de Patricia.

—Muy elegante, de verdad —elogió. Y de repente sintió que la tensión aumentaba. Sabía que se defendía bastante bien a caballo. Había tomado clases en Berlín, montando siempre a lo amazona. Marianne insistía en que sus hijas fueran amazonas, decía que fortalecía el cuerpo y ayudaba a los hombres a comprender que no había nada que una mujer no pudiera hacer. Pero la verdadera amazona era María, por su técnica y pasión. Era a ella a quien el instructor siempre había reservado los elogios más sinceros, a ella que insistía en montar con pantalones. Carlotta la había acompañado a menudo a las clases, llevando consigo el caballete, y la había retratado mientras practicaba equitación.

Patricia suspiró profundamente, mientras Filippo se disponía a explicar el itinerario.

—En primer lugar, estoy muy contento de teneros aquí y de realizar con vosotros esta maravillosa excursión a caballo. Partiremos de la villa Balbianello y, yendo al paso, podremos disfrutar de una vista espectacular sobre las aguas del lago de Como.

—Al paso —repitió Patricia, tranquilizándose.

—Luego continuaremos al trote por el sendero de grava, donde podréis ver los cipreses y los rododendros —prosiguió Filippo—. Más adelante nos adentraremos en el bosque, donde podréis admirar hayas, castaños y robles. Con un poco de suerte, podríamos encontrarnos con ese zorro que el duque de Sajonia espera con tanto anhelo.

Todos se rieron. Carlotta se esforzó por secundarlos.

—También hay algunos pequeños pueblos, Lezzeno, por ejemplo, auténticas joyas por descubrir en medio del bosque. A medida que nos acerquemos a Como, el sendero se abrirá ofreciendo vistas cada vez más amplias del lago. Las villas serán cada vez más frecuentes, podréis admirarlas al paso, a lo largo de una carretera más ancha, flanqueada por hileras de álamos y viñedos.

—Si seguimos con vida —susurró Patricia a Carlotta, que, a su vez, sonrió.

El mozo de cuadra se acercó para agarrar las riendas del caballo de Miranda, mientras dos escuderos sujetaban los caballos de Carlotta y Patricia. Pero Miranda se opuso inmediatamente:

—¡Ni lo intentéis! Lo haré yo sola.

Carlotta, impulsada por el orgullo, decidió unirse a la audacia de Miranda.

—Somos perfectamente capaces de montar sin que nos sujeten por las riendas —declaró, arrepintiéndose casi de inmediato.

Miranda se volvió hacia ella con una sonrisa cómplice.

—No dudaba de vuestra habilidad, lady Carlotta.

Patricia, en cambio, dudaba.

—Creo que os seguiré despacio —dijo, y lanzó una mirada titubeante a Filippo.

—Iré detrás de vos, no os preocupéis —la tranquilizó el marqués, y Carlotta vio un destello en sus ojos.

Con un golpe decidido del talón, Carlotta hizo avanzar al caballo, colocándose junto a Georg. Delante de ellos, Miranda, Francesco y Friedrich avanzaban al trote, ya inmersos en la belleza del paisaje.

Georg la observó.

—No sabía que os gustara montar a caballo.

Carlotta levantó la barbilla, esforzándose por mantener la compostura.

—¿Y por qué os habéis hecho esa idea? —respondió ella. El tul del sombrero le rozaba la cara, cubriéndole parcialmente la vista. Era molesto y opresivo, hasta el punto de impedirle mover la cabeza. Admiró con envidia la elección de Miranda, que llevaba un sencillo sombrero con plumas ligeras. Al menos ella sabía adónde iba con su caballo.

—Os creía dedicada solo al arte.

—No me conocéis muy bien.

Georg continuó, bajando ligeramente la voz.

—Me enteré de vuestro… pequeño accidente. Lamento no haber estado presente.

Carlotta se sorprendió por esta repentina preocupación. Al no poder ver su rostro, se preguntó si ese tono contenía un matiz de ironía o una preocupación genuina.

—Como os he dicho, ya ha pasado todo. Supongo que teníais cosas mejores que hacer que venir a bailar con nosotras.

—Tenía algunos asuntos que atender —admitió Georg—, pero no quería faltarle al respeto a lady Patricia.

Así que había sido invitado, pero había preferido estar en otro lugar. Sintió una punzada de decepción, luego se sintió estúpida por haberla sentido.

—No os habéis perdido gran cosa —dijo, tratando de parecer despreocupada, mientras se adentraban en el bosque, donde Miranda avanzaba al trote. Georg, impresionado, la observó.

—Increíble —masculló.

La irritación de Carlotta aumentó.

—¿De verdad os parece increíble que una mujer pueda montar mejor que un hombre?

—No. Pero es inusual.

El sendero llano ofrecía vistas del lago que brillaba allá abajo, pero Carlotta no podía disfrutarlo plenamente, molesta como estaba por el velo de tul. Le parecía que Georg, a su lado, estaba aburrido e impaciente por alcanzar a Miranda. Lo suponía por la forma en que tensó el torso para controlar el camino y tiró de las bridas, como si cada músculo temblara de impaciencia. Ahora estaban solos: Miranda les llevaba cierta distancia, mientras que Patricia y Filippo se habían quedado rezagados. Carlotta se sintió presa de un impulso incontrolable.

—Seguid adelante —le dijo a Georg—. No me esperéis.

Georg la miró.

—No os dejaré sola, lady Carlotta.

—¡Es evidente que tenéis ganas de galopar! Y yo no necesito que nadie me haga de niñera —insistió ella, con un tono más resentido del que hubiera querido.

—¿Cómo sabéis que tengo ganas de galopar? ¿Acaso leéis también mis pensamientos, lady Albrecht? No seáis ridícula —replicó

Georg.

—¿Ridícula? ¿Yo? —respondió ella.

No habría soportado ser humillada de nuevo. Sin pensarlo dos veces, dio un golpe seco al caballo.

—Atrapadme si podéis —dijo, y espoleó a Zeus al galope.

—¡No conocéis el camino! —gritó Georg, pero Carlotta ya se había ido. Sintió una repentina sensación de libertad, de independencia, de euforia que por un breve instante hizo que se olvidara de todo. Pero duró muy poco. El camino se volvió repentinamente empinado, y el caballo, al percibir el tirón de las bridas, se dirigió hacia la espesura del bosque, ignorando las órdenes de Carlotta.

—¡Oh, no! —gritó, tratando de retener al animal. Miró hacia atrás, con la esperanza de ver a Georg.

Las copas de los árboles eran cada vez más densas a medida que Zeus aceleraba, sordo a sus llamadas. El corazón comenzó a latirle con fuerza, trató de mantener el equilibrio, aferrándose desesperadamente a las riendas mientras los golpes con las ramas se llevaron su sombrero de copa por los aires.

A lo lejos, oyó el ruido de un arroyo, un sonido que se acercaba amenazador. El caballo parecía estar poseído por una fuerza salvaje, y en la mente de Carlotta resurgió un recuerdo del pasado, un momento doloroso que había tratado de olvidar: la imagen de su madre, llorando. En ese preciso instante comprendió que su infancia había terminado.

—No así, no aquí —rogó, tirando de las riendas con todas las fuerzas mientras el caballo corría desbocado hacia el río.

# 9

Fue como si el tiempo se hubiera detenido. En el momento exacto en que Carlotta se dio cuenta de lo que estaba a punto de suceder cerró los ojos, y toda su vida, en un mosaico de fragmentos, desfiló ante ella: su padre levantándola en alto, haciéndola girar sobre su cabeza; la caricia de su abuela en las mejillas, su tacto siempre tan tranquilizador; el aroma de las camelias en flor en la villa de la familia y, por último, las vívidas imágenes de Marianne riéndose y de María haciendo pucheros.

La voz de Georg rompió ese torrente de recuerdos.

—¡Carlotta! —gritó.

Cuando abrió los ojos, lo vio. Era una aparición surgida de la niebla: su cabello oscuro ondeaba al viento, mientras el caballo galopaba furiosamente a su lado. El torso de Georg estaba inclinado hacia adelante, la postura firme, los ojos verdes ardiendo como gemas bajo la luz tenue del bosque.

—¡Aguantad! ¡Voy a ponerme a vuestro lado! —gritó. Su voz, tranquila y segura, parecía capaz de arrancarla de cualquier abismo.

Carlotta asintió, con el corazón latiéndole con fuerza.

Georg se acercó con precisión milimétrica y, con un movimiento rápido, extendió el brazo hasta posar una mano sobre la brida de Zeus.

—Oooh, tranquilo, chico, tranquilo…

Zeus dio un respingo, pateó una vez más, pero la orden de Georg era irresistible. El animal apenas se había detenido, y Georg se dio un impulso y abandonó su caballo para saltar a la grupa de Zeus, detrás de Carlotta. Ella contuvo el aliento, incrédula. Al sentir el calor de su cuerpo envolviéndola y los fuertes brazos que se extendían más allá de los suyos para agarrar las riendas, se sintió inmediatamente más tranquila.

—El caballo no se calmará —susurró, con un tono apenas más ronco—. Preparaos para saltar.

—¿Saltar…? —No tuvo tiempo de terminar la frase. Zeus, nervioso por el doble peso y el obstáculo que se perfilaba ante ellos, se encabritó.

Carlotta sintió que se elevaba y luego caía, con el mundo girando a su alrededor.

Cuando abrió los ojos, se dio cuenta de que estaba encima de Georg, con el cuerpo pegado al suyo. Tenía la mejilla contra su pecho.

La caída había sido violenta. Carlotta se recuperó rápidamente, pero notó la expresión de dolor de Georg, que seguía extendido en el suelo. Vio la sangre que brotaba abundantemente de una herida en el costado. Unas piedras habían desgarrado la tela de su chaqueta y su camisa, y su piel era un espectáculo doliente de carne lacerada.

—Carlotta… —murmuró Georg con voz débil, mientras su rostro ceniciento no hacía presagiar nada bueno.

—¡Georg! —gritó Carlotta, presa del pánico. Sintió que la cabeza le daba vueltas al ver la sangre, pero intentó no perder la compostura. Se dio cuenta de que la herida era muy profunda y que estaba

perdiendo sangre de forma alarmante. Le temblaron las manos y sintió el instinto de gritar.

El caballo había regresado, resoplando. Carlotta no tenía la más mínima idea de qué hacer: nunca se había encontrado en una situación así.

—¡Ayuda! —gritó—. Estamos aquí.

Sintió un dolor insoportable en el estómago que la obligó a doblarse. No quería perderlo de vista, pero sus ojos se nublaron. «Él se desangrará y yo moriré de dolor por no haber sido capaz de hacer nada», pensó.

Luego oyó el ruido de cascos al galope y vio que el conde Francesco y lady Miranda se acercaban. Lady Grey miró a Georg, que estaba tendido en el suelo, mientras Francesco apartaba la mirada. Evidentemente, la sangre también le había causado cierto efecto.

—Corred a llamar a los demás —gritó Miranda a Francesco—. Decid que el duque está herido.

Respiraba con dificultad, pero sus ojos estaban llenos de determinación. Sin perder tiempo, se inclinó junto a Georg, evaluando la situación con una calma impresionante.

—Es una herida profunda —dijo sin rodeos—. Pero podemos detener la hemorragia.

Sacó un pequeño cuchillo de la liga, Carlotta la miró aterrada mientras Georg gemía de dolor.

Carlotta la miró con los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué…, qué pretendéis hacer?

Miranda no perdió tiempo en responderle: con esa hoja afilada cortó un trozo de su vestido.

—Georg, manteneos despierto —le advirtió.

Carlotta la miraba impresionada, retorciéndose las manos.

—¡No os quedéis ahí parada, cogedle la mano y habladle! ¡No dejéis que se desmaye!

Carlotta se inclinó sobre Georg, que tenía los ojos entrecerrados y respiraba con dificultad.

—Tenemos que detener la hemorragia, no podemos correr riesgos —dijo, mirando a Carlotta con una seriedad que no admitía réplicas —. Mantenedlo despierto. Habladle.

Carlotta asintió, buscó la mano de Georg y la tomó entre las suyas.

—Georg, miradme. ¡Miradme! —dijo con voz entrecortada.

Georg abrió los ojos a duras penas.

—Albrecht, testaruda —murmuró, en tono casi jocoso, a pesar del dolor.

Cuando Miranda tocó la herida, Georg gritó con una fuerza que resonó entre los árboles. Su cuerpo se arqueó y Carlotta le apretó la mano aún más fuerte; le parecía sentir el mismo dolor.

—Debería aguantar —murmuró Miranda. Había rasgado la camisa de Georg, empapada en sangre, y había atado con fuerza, con el borde de la túnica, el abdomen de Georg.

Carlotta seguía apretándole la mano, Miranda se dio cuenta.

—Creo que ya no es necesario. Buen trabajo —declaró.

Le dio la espalda y volvió a colocar el cuchillo en su sitio.

Georg respiraba con dificultad, pero aún estaba consciente. Miranda se secó el sudor de la frente.

Francesco y Friedrich llegaron en compañía de algunos sirvientes y los mozos de cuadra.

—Aquí está. Rápido, saquémoslo de aquí —dijo Friedrich, que parecía muy seguro de sí mismo. Francesco, en cambio, estaba torpe, no se bajó del caballo y se quedó mirando sin mover un dedo.

—¿Habéis detenido la hemorragia? Lo habéis hecho muy bien —felicitó Friedrich, admirado.

—No tenía demasiadas opciones —respondió Miranda en voz baja.

—Lo llevaremos a su villa, ya han avisado al médico.

Mientras lo trasladaban, Georg levantó un brazo y buscó a Miranda con la mirada.

—Gracias —le susurró.

Carlotta sintió que se le encogía el corazón. Si hubiera sido por ella, que se había quedado clavada como un palo, quizá él no habría tenido a nadie a quien dar las gracias.

Miranda le acarició la frente antes de que se lo llevaran. Carlotta apartó la mirada. Conocía demasiado bien esa sensación de abandono, de soledad, esa sensación de quedarse atrás: la había sentido a menudo con Marianne y también con su padre, sobre todo cuando era pequeña y no era capaz de comprenderlo todo.

Luego, Miranda se volvió hacia ella.

—¿Estáis bien?

Carlotta asintió con la cabeza. Repasó mentalmente lo que acababa de pasar. Miranda había taponado la herida y ella se había quedado observando cómo lo hacía. Aún no podía creerlo.

—¿Estáis mareada? —continuó lady Grey.

—Sí, un poco.

Miranda asintió con la cabeza.

—Es perfectamente normal. Acabáis de presenciar algo que no se ve todos los días. Lamento que os haya pasado a vos, princesa.

Carlotta sintió que esas palabras tenían un efecto reparador sobre ella. Pero no podía olvidar toda la escena, a Georg llamándola testaruda, sin duda presa de un pequeño delirio de dolor, y luego dándole las gracias a Miranda. Veía la mano de ella acariciándole la frente.

—Todo sucedió muy rápido —balbuceó—. Perdí el control del caballo y el duque literalmente me salvó la vida, poniendo en riesgo la suya.

—Estáis muy unidos, se nota —confirmó Miranda—. Él habría hecho cualquier cosa por vos.

—¡Oh, no! —protestó Carlotta, sintiendo que le ardían las mejillas —. En realidad ni siquiera nos llevamos bien, ya veis… Lo habría hecho por cualquiera.

—El duque es un hombre de honor —confirmó Miranda, como si lo conociera bien—, por eso no hay que creer todos los rumores.

Carlotta no pudo contenerse y preguntó:

—¿El duque ha mostrado interés por vos?

Miranda la miró divertida.

—No, lady Carlotta. Y, si os lo estáis preguntando, yo tampoco. Por lo que veo, él tiene otro interés…

—¿Cómo lo veis? —preguntó Carlotta, aliviada y, al mismo tiempo, llena de vergüenza.

—Ciertas cosas se perciben y, a menudo, los directamente interesados se dan cuenta cuando ya es demasiado tarde. Así es el amor.

Esa frase sonaba melancólica.

—Habéis estado increíble. Ojalá tuviera la mitad de vuestro valor…

—Tendréis ocasión de agradecerlo —dijo Miranda—. ¿Estáis en condiciones de caminar?

Carlotta asintió. Miranda ató las riendas de los caballos.

Ninguna de las dos volvió a hablar. Carlotta mantenía la cabeza baja, pensando que si ella no hubiera llegado, el duque habría muerto por su culpa. Intentó alejar ese sombrío pensamiento mientras miraba a Miranda de nuevo. Se preguntó por qué demonios iba con un cuchillo bajo la ropa. Se alegró de haberla oído decir que no estaba interesada en el duque. Le parecía que podía confiar en ella.

Patricia y Filippo las esperaban a la entrada del sendero. Carlotta corrió a abrazar a su amiga.

—¿Estás bien? —preguntó Patricia, mirándola con atención.

—He arriesgado la vida por una estúpida excursión a caballo. Pero sobre todo porque me he dejado llevar por el orgullo. Quería demostrar de un modo estúpido que soy una buena amazona. Todo porque…

Carlotta dejó de hablar y terminó la frase en su cabeza: «… porque el odioso duque me vuelve loca, en todos los sentidos. Porque, cuando él está ahí, ya no entiendo nada y si hubiera pasado algo realmente irreparable nunca habría podido perdonármelo».

Los ojos se le llenaron de lágrimas por la tensión y el miedo.

—Ya ha pasado todo —murmuró Patricia.

Pero Carlotta tenía la impresión de que no era así. Le parecía, por el contrario, que a partir de ese episodio nada volvería a salir bien.

# 10

Había pasado una semana desde el incidente y Carlotta no había salido de su habitación. Los primeros días había tenido fiebre alta, el médico había vuelto y le había dicho que debía permanecer en reposo, sin más sobresaltos.

—Tuvo demasiada prisa por recuperarse la primera vez, ahora debe descansar de verdad —le explicó a Marianne delante de ella.

Carlotta se sintió como una niña. Odiaba tener que quedarse en la cama todo el día. Pidió que le trajeran pinceles y papel, intentó pintar observando la maravillosa vista desde la ventana, pero no estaba nada inspirada. No dejaba de pensar en Georg, en la caída, en la frase que le había susurrado. Dash no la dejaba sola ni un segundo, solo se separaba de la cama cuando la sirvienta lo sacaba al jardín.

Patricia había ido a visitarla y le había contado que el duque ya se estaba recuperando y que todos lo consideraban un héroe por haberla salvado.

—Ni siquiera puedo agradecérselo en persona —se había lamentado Carlotta.

—Debes tener un poco más de paciencia —le respondió Patricia.

Carlotta se preguntaba si él se habría informado sobre ella, si habría vuelto a ver a Miranda, si habrían pasado tiempo juntos después de que ella le salvara la vida. Ardía de envidia y de celos,

aunque le costaba admitirlo. En el momento en que lo vio tendido en el suelo, con el abdomen lleno de sangre, sintió una punzada de desesperación. No podía ignorarla.

Había caído la noche y Carlotta sentía que le hervía la sangre, como un tigre enjaulado.

Durante todos esos días, también había pensado en Elena, y ardía en deseos por seguir leyendo el diario. Había tenido que posponer su lectura porque la vigilaban de cerca y no poder volver a poner las manos en él le había causado un dolor casi físico.

Pensó que ella podría aliviar la sensación de frustración que sentía y se dijo que había llegado el momento de intentarlo.

—Ya voy, Elena —murmuró.

Bajó la escalera, un escalón tras otro, lenta y silenciosamente, se apoyó en las paredes y le pareció que la villa contenía la respiración con ella. Después de los extraños murmullos que había oído, las apariciones nocturnas, los carillones que sonaban de la nada, ahora había un silencio antinatural y absoluto. Era como si la casa hubiera decidido concederle un momento de tregua.

El cuadro con el beso de Hayez la estaba esperando. Las manos de Carlotta temblaron mientras lo movía y metía la mano en el nicho de la pared. El diario seguía allí. Suspiró. Había temido que la propietaria, en esos días, lo hubiera recuperado o que alguien más lo hubiera encontrado y escondido en otro lugar. Dejó la vela que llevaba en la mano. Le hubiera gustado volver a su habitación y leerlo cómodamente en la cama, pero temía ser descubierta más fácilmente, por María o Annette, que podían entrar en cualquier momento sin previo aviso.

Hojeó frenéticamente las páginas buscando la fecha en la que se había detenido la última vez y se sumergió de nuevo, a través de aquella caligrafía densa, en una aventura que no era la suya. Pensó que aquella peripecia nocturna y solitaria era lo más transgresor que se había permitido jamás. Y le pareció saborear un poco de esa libertad que siempre se había negado.

20 de agosto de 1845

Acabo de volver a mi habitación, he guardado rápidamente la tinta que cogí del cuarto de la señora Adele. No me gusta hacer las cosas a escondidas, pero mi tintero estaba casi vacío y mi tío no volverá hasta dentro de un mes. No podía esperar: necesitaba escribir, inmediatamente, poner por escrito lo que ha sucedido hoy, como si las palabras pudieran capturar el momento y hacerlo eterno. Esta mañana me han encargado una tarea sencilla: ir al mercado de ganado en Lenno para comprar dos gallinas gordas. El señor está organizando un banquete para homenajear a su hija, y las que tenemos en la villa no son suficientes. En el mercado reinaba el caos habitual: puestos abarrotados, gente gritando para atraer a los clientes. Me sentía fuera de lugar. Merodeé entre los vendedores, pero ninguna gallina parecía estar a la altura. Al final, compré un animal robusto a un chico de manos callosas y sonrisa sincera. La cocinera sabrá qué hacer con él, me dije.

Estaba a punto de irme, deseando dejar atrás aquel caos, cuando me fijé en algo en un rincón. Eran pájaros extraños, de plumas oscuras y ojos brillantes. Me recordaron a las criaturas de la noche que había visto en los libros ilustrados de mi tío. El vendedor era un chico delgado, con un guante de cuero en una mano y un halcón posado en el hombro. Me sonrió, con esa seguridad y sencillez que solo quien vive en contacto con la naturaleza puede tener.

—Son lechuzas —explicó, atrayendo a su alrededor a un grupo de niñas que lo escuchaban atónitas. Hablaba con un tono tranquilo, como si el mundo que lo rodeaba no pudiera perturbarlo.

Contó que trabajaba en un castillo, al otro lado del lago, el Castillo de Vezio, donde entrenaba aves rapaces para su amo.

—Las llamo con un silbido —dijo— y acuden raudas. Aunque son criaturas salvajes, me obedecen.

Las otras chicas se rieron y le pidieron que hiciera volar al halcón, pero él negó con la cabeza.

—Estoy aquí por negocios —dijo, despidiéndolas con cortesía. Vendía aves de todo tipo, las transportaba en su carro desde Vezio a Como, y viceversa. Recorría todos los mercados.

Yo me quedé. No podía irme. Había algo en aquel chico que me retenía allí. Quizá su nariz ligeramente ganchuda, parecida a la de un ave rapaz, o sus ojos, pequeños y brillantes, que parecían escudriñar el mundo con la sabiduría de las aves nocturnas. O tal vez era solo el deseo de saber más sobre ese castillo, y sobre él.

Sacó de la bolsa una focaccia con cebolla y, al percibir que lo observaba, me preguntó si quería probarla. Acepté un trozo. Por un momento, me sentí como uno de sus pájaros, domesticada por ese gesto amable. Dejé mi gallina en el suelo y me detuve a hablar con él, observándolo mientras negociaba por un halcón.

—¿Se pelean entre ellos? —le pregunté, curiosa.

—Sí —respondió—, por eso cada uno debe tener su jaula. No es fácil domesticarlos. Es un arte que se aprende de niño.

Le pedí que me contara más. Me contó que había nacido en Vezio y que había frecuentado el castillo como pinche, hasta que el halconero más viejo, que buscaba ayuda, le enseñó ese antiguo arte porque no tenía hijos a quienes transmitirlo.

—Un golpe de suerte para mí —murmuró.

La naturalidad con la que hablaba me daba la impresión de conocerlo desde siempre, aunque era la primera vez que lo veía. Me había perdido en sus gestos, en su voz, en la forma en que hablaba de sus halcones y del castillo. No me importaba el tiempo que estaba perdiendo allí, ni que la gallina tuviera que ser entregada de inmediato. Al final me preguntó si podía acompañarme con su carro hasta la villa, me dijo que estaba de camino a Vezio, y no lo dudé. Me parecía una aventura demasiado valiosa como para rechazarla.

En el carro, el tiempo parecía suspendido. Lo miraba de reojo, esperando que siguiera hablando.

Cuando me preguntó: «¿Quieres ver un lugar mágico?», sentí que mi corazón se aceleraba. ¿Cómo iba a decir que no? Su voz estaba llena de entusiasmo, y en sus ojos había un brillo que prometía algo único.

—Es algo que nunca le he mostrado a nadie y que descubrí gracias a uno de mis halcones —me confió, y en ese momento, bajo el cielo estival que comenzaba a teñirse de oro, decidí que seguiría a Tano adonde fuera.

No fuimos muy lejos, a solo unas millas de la villa que los señores Valsecchi habían alquilado: Villa La Carlia, majestuosa y misteriosa. Ya la había visto otras veces, cuando mi padre, todavía pescador, entregaba el pescado fresco a los ricos propietarios de las mansiones que había diseminadas a lo largo de la costa. Una casa imponente, envuelta en la sombra de cipreses altísimos, cuyo silencio parecía mantener a raya incluso el canto de los pájaros.

—¿Conoces a los propietarios de la villa? —le pregunté, tratando de sacarle algo más sobre ese lugar que parecía flotar entre la realidad y la imaginación.

Él negó con la cabeza, con una media sonrisa que encendió algo en mi interior. Sin responder, detuvo el carro poco antes de llegar a la verja y me indicó un sendero que se perdía entre los árboles del bosque.

—No me tienes miedo, ¿verdad? —bromeó, pero en sus ojos percibí una luz que me puso en alerta, una especie de desafío velado.

Dudé.

—Solo dime adónde vamos.

No tenía miedo, pero una curiosidad febril me ardía por dentro. ¿Qué tendría en mente? ¿Adónde quería llevarme?

—Ya te lo he dicho: quiero enseñarte un lugar mágico —repitió finalmente. Su voz era un hilo que me arrastraba hacia lo desconocido. Me tomó de la mano, y ese gesto tan sencillo me hizo sentir a la vez vulnerable y poderosa. Bajamos del carro y caminamos por el sendero, que era cada vez más empinado, las raíces de los árboles sobresalían como huesos y el aroma húmedo del bosque nos envolvía en un manto denso.

En un momento dado, se detuvo. Me soltó la mano y se volvió hacia mí.

—Ahora te toca a ti buscar la puerta.

Lo miré, confundida.

—¿Qué puerta?

Delante de nosotros había un viejo muro de contención, desgastado por el tiempo, cubierto por una densa maraña de hiedra y musgo. Parecía que el propio bosque lo hubiese engullido, pero Tano esperaba, divertido, a que yo encontrara algo que evidentemente no veía. Empecé a buscar, apartando la hiedra con las manos. Sentía su mirada sobre mí, un peso ligero pero inevitable.

—No encuentro nada —confesé al cabo de unos minutos.

Él suspiró, pero sin dejar de sonreír.

—Mira mejor.

Se acercó, apartó con naturalidad la hiedra y mostró una abertura en la pared. Parecía imposible que estuviera allí, pero, con un ligero toque, la empujó. La puerta se abrió con un chirrido que parecía contener siglos de misterios.

—El jardín secreto —me susurró al oído. Su voz era cálida, cercana, y un escalofrío me recorrió la espalda.

En su interior, la luz cambió. Fue como entrar en otro mundo. Las paredes ocultaban un pequeño paraíso salvaje: las plantas y las flores crecían sin orden, pero con una belleza que dejaba sin aliento. En un rincón, había un banco de piedra con nombres grabados, pero no pude leerlos. Entonces, la perfección de ese lugar se vio quebrantada por el sonido de voces en el sendero.

Tano, con un rápido movimiento, me agarró por la muñeca y me empujó contra la pared.

—Calla —susurró, poniéndome una mano sobre la boca. Su cuerpo presionaba contra el mío, y el calor de su aliento me rozó la mejilla. Nos quedamos inmóviles, tensos, escuchando.

No estaba segura de que estuviéramos haciendo algo malo, pero la posibilidad de que así fuera, esa sutil sensación de peligro, hizo que todo cobrara vida. La presión de su cuerpo contra el mío, la intimidad forzada del momento, me dejaron conmocionada, como si la frontera entre el miedo y la excitación se hubiera disuelto de repente.

La primera voz que oí fue la de una chica. Su tono era casi suplicante.

—Por favor —murmuraba—, déjame intentarlo de nuevo.

La otra voz, también de mujer, pero más sombría, casi un susurro ronco, respondió:

—Si no ha funcionado con la poción, no sé qué más podría hacer por ti. ¿Has ido a la vieja haya?

Tano me estrechó con más fuerza, su brazo estaba caliente y firme contra mi costado. Me puse rígida, contuve la respiración, mientras juntos espiábamos a aquellas dos personas. Una escena que parecía sacada de un cuento antiguo tenía lugar ante nosotros.

La primera mujer era anciana, vestía una túnica blanca, raída y manchada, hecha jirones, hasta el punto de que la tela dejaba entrever sus brazos huesudos y sus piernas extremadamente delgadas. Sus cabellos eran blancos, cenicientos, recogidos, en el mejor de los casos, en un moño desmadejado. La otra, en cambio, era una figura elegante, alta, con los cabellos lisos y bien arreglados, un peinado adornado con perlas. Parecía una condesa o una dama de alto rango, pero había algo ingenuo y torpe en ella, como si representara un papel que no le pertenecía del todo.

Tuve la tentación de intervenir, avisarla, decirle que el mundo estaba lleno de charlatanes dispuestos a aprovecharse de sus deseos. Pero Tano me sujetaba con fuerza y, en el fondo, yo no tenía ninguna intención de escapar de aquel abrazo. Apenas podía distinguir las dos figuras, pero sus voces resonaban con claridad.

—Solo queda probar el hechizo de la carta de amor, pero eso es muy caro —dijo la anciana, en tono bajo y melodramático.

Me volví hacia Tano. En sus ojos, pequeños y astutos, vi un destello de diversión, como si todo eso fuera solo un espectáculo ridículo.

—Estoy dispuesta a todo para recuperar a mi marido —replicó entonces la noble, casi ahogándose en un sollozo—. Toma, aquí tienes más dinero y dime qué tengo que hacer.

—Está bien. Te revelaré el antiguo hechizo de magia roja —prosiguió la anciana con gravedad—, que toma su poder del árbol de la vieja haya. No deberás revelarlo a nadie y, sobre todo, una vez escrita la carta, debes estar segura de que ese vínculo será único, porque ya no podrá romperse.

—Ojalá fuera así —suspiró la condesa, con una voz llena de esperanza y, al mismo tiempo, de desesperación.

La anciana comenzó entonces a hablar, con aire de quien revela un secreto secular.

—Toma un trozo de pergamino, o el papel más preciado que tengas. Usa solo pluma de ganso: no hay palabras poderosas que deban escribirse con objetos de poca calidad. Invoca a la vieja haya con estas palabras: «Oh, vieja haya, que has visto florecer mil amores, haz que nada pueda separarme de mi amado».

La condesa repitió la fórmula.

—Debes escribir el nombre de tu amado y luego firmar —dijo la anciana con tono solemne.

—Lo haré —respondió la condesa, con una determinación ridícula y trágica al mismo tiempo—. ¡Tengo que correr a casa a escribir esa carta!

—¡Espera, no te lo he dicho todo! —la apremió la otra—. Ata la carta con una cinta roja, dale tres vueltas y guárdala en un lugar secreto que solo tú conozcas. De lo contrario, el hechizo no funcionará.

—¿Y eso hará que mi marido vuelva conmigo?

—Debes tener fe en la magia —respondió la anciana.

Cuando se alejaron por el sendero que llevaba de vuelta a la villa, Tano y yo, por fin, dimos un suspiro de alivio. Me soltó y yo me aparté de él con renuencia.

—¿Qué significa todo esto? —le pregunté, confundida y un poco abrumada por lo que acababa de presenciar.

Él se echó a reír.

—Por lo visto, no soy el único que conoce bien este lugar. Veo que es frecuentado por muchas damas.

—Te informo de que no soy una dama —respondí, tratando de ocultar una sonrisa.

Quería que me besara en ese momento, pero no lo hizo.

En cambio, se dirigió hacia el sendero, cerrando con cuidado la puerta del jardín y colocando la hiedra en su sitio, como si quisiera borrar todo rastro de nuestro paso.

—Conozco a esa mujer —dijo, casi para sí mismo.

—¿La enamorada?

—No, claro que no. Conozco a la mujer que le ha sacado el dinero. La veo a menudo en los mercados. Dicen que era hija de un vendedor ambulante con un don para la adivinación. Ahora que sus padres ya no están, ha convertido ese talento en un oficio para engañar a la alta sociedad. Vende zumo de manzana como poción mágica e inventa hechizos improvisados.

No dije nada. Una parte de mí quería creer que aquella mujer tenía realmente poderes extraordinarios. Quizá era el lugar, quizá el tono de su voz, pero me parecía sincera. Mi tío me había hablado de curanderos asiáticos que podían arreglarte las entrañas con un solo toque. Quizá, pensé, no había que dar nada por sentado cuando se hablaba de magia.

Volvimos al carro y, durante todo el trayecto, observé a Tano, sumido en el silencio de la penumbra, conduciendo con calma hacia la villa. Me hubiera gustado preguntarle algo más, pero las palabras parecían atascarse en mi garganta. Había algo suspendido entre nosotros, un hilo que no quería romper con una pregunta demasiado directa.

Cuando llegamos a la entrada de servicio, vi a la cocinera fuera de la puerta. Estaba agitada, con los brazos en jarras y la cara amoratada.

—¿Qué has hecho? ¿Dónde has estado durante todo este tiempo? —me preguntó inmediatamente, con voz cargada de preocupación y reproche.

Respondí instintivamente:

—No entiendo, ¿por qué?

Ella levantó la barbilla, señalando algo detrás de mí.

—Date prisa, sin preguntas.

En ese momento comprendí que no tenía tiempo que perder. Cogí rápidamente la gallina que me pasó Tano, nuestras manos se rozaron por un instante. Me daba pena no poder despedirme como es debido, no poder preguntarle con certeza cuándo volvería a verlo. Me hubiera gustado quedarme allí un momento más, mirarlo mientras sonreía, tal vez decirle algo. En cambio, tuve que darme la vuelta y correr hacia la cocinera, con la sensación de dejar algo hermoso sin saber realmente a qué me enfrentaba.

Solo cuando llegué a la puerta, levanté la mirada y lo vi. Alfonso Valsecchi estaba allí, frente a la cocina, con un impecable traje azul: la chaqueta entallada con botones de plata, los pantalones altos que resaltaban su figura

y una corbata perfectamente anudada que le daba un aire austero y me miraba con una mirada indescifrable.

Carlotta hojeó rápidamente las páginas, incapaz de contener la urgencia que bullía en su interior. El diario parecía latir entre sus manos, cargado de secretos que imploraban ser revelados.

Iba a seguir leyendo, para ver qué quería Alfonso, cuando un tintineo la hizo levantar la vista de golpe. El sonido procedía de cerca, tal vez de la sala de Canova. Contuvo la respiración, escuchó atentamente. Ruido de pasos. Luego, un susurro apenas perceptible. Miró por la ventana: amanecía, y probablemente los sirvientes estaban levantándose.

«Ahora no», se dijo en voz baja, irritada. Tenía que rendirse: por esa noche, era demasiado arriesgado continuar. ¿Y si la sorprendían? La idea la hizo estremecerse. Cerró el diario.

Era difícil saber si los escalofríos que le recorrían la espalda estaban causados por los misterios que parecían impregnar las paredes de la villa o por el terror de ser descubierta. La casa le parecía cada vez más viva, que cada sombra contenía un fragmento de historia olvidada, cada eco guardaba el recuerdo de quienes habían vivido, amado y sufrido en aquellas habitaciones. Sin embargo, junto con la inquietud, Carlotta también sentía una extraña sensación de ligereza, casi de alivio. Sabía que estaba rompiendo las reglas: desde niña le habían enseñado que una princesa nunca debía salir de su habitación por la noche. En cambio, allí estaba, con el diario apretado contra el pecho, mientras deambulaba furtivamente entre los imponentes muebles de la villa del lago de Como. Era como si, en ese momento, se hubiera abandonado a sí misma y el peso de su título se hubiera disuelto,

dejándola libre para ser simplemente una chica impulsada por la curiosidad y el deseo.

Guardó el diario en el hueco, detrás del cuadro, y se asomó al pasillo. Estaba desierto, y se dirigió hacia la habitación. Mientras caminaba, se sentía como uno de los espíritus rebeldes de los que hablaban las antiguas leyendas, aquellos que no encuentran paz y vagan inquietos. Quizá, pensó con una sonrisa amarga, lo era de verdad.

# 11

Annette entró en la habitación después de llamar dos veces.

Carlotta estaba sentada en el tocador, mirando embelesada el cuadro que había traído de Potsdam.

Era el único objeto que se había negado a abandonar.

La *Virgen de Melun*, el cuadro de Jean Fouquet, era una reliquia de una época lejana. Representaba a una Virgen sentada en un trono, con el pecho descubierto, en un gesto pudoroso y sagrado al mismo tiempo. Sus rasgos eran extraordinariamente realistas, casi gélidos en su perfección. Los tonos blanco perla y azul lapislázuli brillaban como joyas incrustadas en el lienzo, y cada detalle, desde el drapeado del manto hasta las perlas que adornaban el trono, parecía hecho para ser contemplado en silencio.

—¿Todavía mirando ese cuadro? —preguntó Annette, acercándose.

Carlotta apartó la mirada con dificultad.

—Sí. En cada ocasión me pierdo en los detalles. Es extraño pensar en todas las manos y los lugares que lo han tocado antes que yo.

Annette asintió, pero no dijo nada. Sabía lo mucho que Carlotta estaba unida a esa obra, aunque desconocía el motivo. El cuadro había sido un regalo de cumpleaños de Marianne, cuando Carlotta tenía solo cinco años. Aún recordaba a su madre, que la había

sentado en sus rodillas y le había explicado con voz suave por qué esa Virgen era tan especial.

—Las mujeres somos superiores a los hombres —le susurró, señalando las perlas y los colores brillantes—. Este cuadro lo demuestra, y algún día lo entenderás.

A Carlotta le gustaron esas palabras. Pero ahora, sentada allí, sabía que eran mentira. Marianne nunca había sido superior a los hombres. No lo había sido con su padre, ni con su amante Johannes. Su poder, su seguridad, no eran más que convicciones ilusorias.

Sin embargo, durante mucho tiempo, ella lo había creído de verdad. La *Virgen de Melun* no tenía nada de maternal, no recordaba a la mujer amorosa y sumisa que se veía en los otros cuadros. Era una mujer que ostentaba el poder de su rango, fuerte y decidida, tal como Carlotta hubiera querido ser. Tal como, se sorprendió pensando, le había parecido Miranda cuando había salvado a Georg.

—Hoy desayunaréis en el salón —le comunicó la camarera, en tono alegre.

Annette comenzó a preparar el vestido de la mañana y Carlotta dejó que la ayudara sin oponer resistencia. El vestido era de muselina de algodón color crema, con un corpiño alto y una falda que rozaba el suelo. Las mangas cortas estaban decoradas con pequeños lazos, y un fino chal de seda completaba el conjunto.

Para esa mañana estaba prevista una salida en barco y Carlotta, tras días de reclusión, estaba deseando pasar un rato al aire libre.

Pero mientras Annette arreglaba las cintas y alisaba los pliegues, Carlotta estaba en otra parte, todavía absorta en sus recuerdos.

Cuando bajó a desayunar, se encontró, a su pesar, compartiendo mesa con Marianne y Johannes. También estaba María, que no

parecía en absoluto molesta por la presencia de su antiguo cochero.

A pesar de que era bastante temprano, su madre llevaba puesta una llamativa bata japonesa, una prenda de seda ligera decorada con flores y pájaros, que parecía fuera de lugar en comparación con los austeros atuendos que Carlotta recordaba de la corte de Potsdam. Aún no se había acostumbrado a verla con esa vestimenta tan diferente, ni a las costumbres de la villa del lago. En Alemania, el desayuno era una comida formal y sustanciosa, con té, pan negro, quesos y huevos; aquí, en cambio, la mesa estaba repleta de fruta fresca, focaccias dulces, mantequilla, mermeladas y una porcelana ligera decorada a mano. Platos muy dulces que saciaban al momento, pero dejaban el apetito despierto. Era una gran metáfora de esa nueva vida, se dijo.

Johannes estaba ahora sentado con desenvoltura a la mesa, con una chaqueta demasiado estrecha para su robusta complexión. Su risa, un poco grosera, perturbaba la armonía de la estancia, y Carlotta sintió una punzada de vergüenza al recordar la época en que aquel hombre estaba a su servicio. Preparó mentalmente el discurso que deseaba decir: quería preguntarle a su madre si había tenido contacto con los Valsecchi, la familia que había alquilado la villa antes de que ellos la compraran. La historia de Elena se le había metido bajo la piel. Pero la presencia de Johannes la incomodaba, y Marianne parecía tener otros temas de conversación.

—Tu padre ha escrito una carta —anunció Marianne—. Quiere saber cómo estás después de tu debut en sociedad. A decir verdad, hay algo de lo que tenemos que hablar.

María pidió permiso para levantarse de la mesa. Marianne ni siquiera la miró. Carlotta intentó retenerla con la mirada, pero su

hermana dejaba entrever que quería alejarse; de hecho, hizo una breve reverencia y salió de la habitación.

Carlotta, por su parte, se había sorprendido de que su padre escribiera cartas a Marianne. Estaba convencida de que, tras la traición de su madre, sus padres ya no se hablaban.

—Los padres de Francesco estarían muy felices si tú y él os comprometierais. Y debo admitirlo, yo también. Parece que tiene toda la intención de cortejarte.

Carlotta dejó el racimo de uvas en el plato con un movimiento brusco. Estaba atónita: ¿por qué introducía este tema con tan poca delicadeza, y además en presencia de Johannes?

—¿Cortejarme? ¿Sin que yo lo sepa?

Su voz, normalmente calmada, adquirió un tono cortante que hizo que Marianne tensara los hombros.

La madre suspiró, ajustándose lentamente el cuello de la bata de seda.

—Carlotta, no seas tan dramática. Es normal. Así funcionan las cosas. Las familias discuten y luego se evalúa la posibilidad de una unión. Francesco es un partido excelente: joven, bien educado y, sobre todo, interesado por ti. ¿Recuerdas? Es el sobrino del conde Francesco d'Eril.

Por supuesto que lo recordaba, y también recordaba que se había quedado paralizado mirando la escena de Georg herido, paralizado por el miedo a la sangre. Carlotta miró a su madre, dudando si provocarla diciéndole que su rico conde era un cobarde.

Así era como funcionaban las cosas, ¿desde cuándo? Desde luego, no desde que había venido al mundo y Marianne le había repetido que las mujeres podían ser libres.

Carlotta se puso en pie como un resorte, con las manos apretadas a los costados.

—¿Interesado en mí? ¿Cómo puede estarlo si apenas hemos intercambiado unas palabras? Esto no es cortejo, ¡es un mercado de ganado! ¡Yo no soy una mercancía que se pueda regatear!

Marianne dejó la taza de café y la miró con una mirada dura.

—Basta, Carlotta. No te autorizo que hables así. Eres una joven de la familia real y tienes responsabilidades. No puedes permitirte el lujo de mostrarte como una persona difícil. Los mejores pretendientes no estarán disponibles por mucho tiempo, y tu posición social exige un matrimonio adecuado.

—¿Un matrimonio adecuado? ¿Adecuado para quién? ¿Para ti? ¿Para tu marido? ¿O tal vez para tu amante?

Las palabras de Carlotta estallaron en la habitación como un latigazo y el silencio que siguió fue tan denso que pareció succionar el aire.

Johannes negó con la cabeza y contuvo una risa.

Marianne se puso tensa, sus manos temblaron por un instante antes de agarrarse al borde de la mesa.

—Pequeña impertinente. No tienes ni idea de lo que me he sacrificado por ti, por esta familia. No te debo ninguna explicación.

¿No tenía ni idea? Marianne había destrozado la vida de sus hijas, y ahora parecía que ella era la víctima. Carlotta se inclinó hacia delante, clavando la mirada en la de su madre.

—Ah, claro. Sacrificios. ¿Te refieres a cuando decidiste destruir tu familia por un hombre que ahora se permite reírse de mí en la mesa?

Johannes, que hasta aquel momento había observado la escena con una sonrisa divertida, hizo un gesto perezoso con la mano.

—Me estáis dando demasiado crédito, Carlotta. Creedme: no tuve un papel tan decisivo. Y, francamente, creo que tenéis mucho en común con vuestra madre: una tendencia exagerada al melodrama.

Carlotta se volvió hacia él, fulminándolo con la mirada.

—No te atrevas a compararme con ella. No pienso malvender mi dignidad por un hombre, ni por conveniencia ni por amor.

Marianne se levantó lentamente.

—No sabes de lo que estás hablando. Eres joven e ignorante. No tienes ni idea de las responsabilidades que conlleva formar parte de esta familia. Y créeme, si sigues comportándote así, te encontrarás sola, sin ninguna opción, obligada a admitir al primero que te acepte. ¿Es eso lo que quieres?

Carlotta temblaba, pero no cedió.

—Prefiero estar sola antes que vivir como tú. Al menos sabría que no he renunciado a mí misma. ¿No ves que te contradices? Dices que somos libres y poderosas, que todas las mujeres deben serlo, ¡pero luego pretendes que me deje cortejar por el primero que se ponga en fila!

Marianne abrió la boca, hizo una mueca y la volvió a cerrar.

—No puedes entenderlo —murmuró, pero en voz tan baja que Carlotta no estuvo segura de sus palabras.

El silencio se hizo de nuevo en la sala. Johannes negó con la cabeza, bebiendo tranquilamente su café.

—Y pensar que esto iba a ser un desayuno tranquilo…

Carlotta lo ignoró y, por un momento, se agarró al borde de la silla con la intención de reunir fuerzas. Luego se dio la vuelta y salió de la

habitación, con el ruido de sus pasos resonando en el suelo. No les dio la satisfacción de verla llorar, pero tan pronto como llegó al jardín, lágrimas ardientes de rabia y frustración comenzaron a deslizarse por su rostro.

En el jardín, bajo la pérgola, María tarareaba: tenía el abanico en la mano y miraba al jardinero que, sonriéndole, estaba podando una planta. Carlotta estaba a punto de llamar a su hermana, pero justo en ese momento oyó la voz de Annette.

—Señorita Carlotta, el carruaje está listo. Debemos irnos, lady Patricia nos espera para el paseo en barco.

Con un suspiro resignado, Carlotta se dio la vuelta y se dirigió hacia la escalinata de la entrada de la villa. Subió al carruaje sin siquiera despedirse de María, que por su parte no pareció darse cuenta de su partida, absorta como estaba en admirar a su jardinero. Le provocaba rabia y ternura a la vez. Mientras fuera tan joven, María aún podía permitirse fantasear y soñar con una libertad que nunca tendría. En cambio, Carlotta ahora se sentía enjaulada, sometida a un control férreo, aplastada por el peso de las responsabilidades que sentía como propias. Durante el trayecto, intentó calmar su ira, aunque no le resultaba fácil. Cuando llegó a Torno, se tranquilizó cuando vio cómo el sol iluminaba el pequeño puerto de Villa Pliniana y se reflejaba en el lago con un brillo que parecía transformar todo en oro líquido.

Pero fue una sensación pasajera. En realidad, ya se sentía cansada, con el mal humor que le comprimía el pecho.

Sabía que Georg también participaría en la excursión, y estaba deseando volver a verlo para comprobar que se había recuperado y pedirle perdón. La pelea con su madre y la noche en vela pensando

en el diario de Elena no ayudaban a mejorar su estado de ánimo. Por un instante, pensó en el hechizo descrito por la anciana en el jardín secreto. Solo por un momento, y sin quererlo, había acariciado la idea de escribir una carta de amor a Georg. Para ese hombre tan distante que, sin embargo, no había dudado en arriesgar su vida para salvar la de Carlotta.

Suspiró, enderezó la espalda y trató de recomponerse. Se prometió a sí misma que le hablaría durante la excursión. Quería expresarle su gratitud y mirarle a los ojos mientras lo hacía: se aseguraría de sentarse a su lado.

Nada más llegar al puerto lo vio.

Georg lucía elegante con su traje gris claro, sosteniendo el sombrero en la mano con naturalidad. Ni siquiera parecía que estuviera convaleciente de una herida bajo el chaleco. Estaba frente a Miranda, a la que ayudaba a subir a bordo de la góndola Arconati.

Carlotta sintió que se le helaba la sangre.

Miranda, tan guapa como siempre, llevaba un vestido de seda de color verde claro, decorado con delicadas rosas bordadas en el corpiño. La luz del lago parecía jugar con su cabello castaño claro, recogido en un peinado impecable que dejaba caer las habituales tres trenzas ligeras sobre su cuello. Detrás de ella, las aguas, calmas y resplandecientes, reflejaban el cielo cambiante, pasando del azul intenso al gris perla. Las montañas que rodeaban el lago destacaban majestuosas, algunas con las cimas aún nevadas, otras cubiertas de bosques que descendían hasta la orilla.

Carlotta bajó la mirada, tratando de no dejar entrever su incomodidad. Cuando finalmente observó con más atención la embarcación, quedó impresionada. Nunca había visto nada parecido.

La góndola Arconati era imponente y elegante, con su proa delgada y esbelta que se alargaba con gracia sobre el agua. La popa, más ancha y abombada, tenía un pequeño refugio cerrado por unas puertas, ideal para protegerse del sol o del viento. En el centro, dos zonas diferenciadas: una en la proa, completamente descubierta, y otra hacia popa, que estaba cubierta con un toldo sostenido por aros de madera. Los barqueros, ya preparados con los largos remos atados a los escálamos, esperaban pacientemente a los huéspedes.

También Filippo y Francesco estaban allí, junto a su primo Friedrich, que miraba al sol, y, por supuesto, estaba Patricia, que se había sentado junto a Filippo, y lo agarraba del brazo. Carlotta se dio cuenta con nerviosismo de que el único sitio disponible para ella era junto a Francesco. Intentó sonreír educadamente, mientras él la saludaba con cordialidad. Lo observó: alto, traje impecable, mirada amable. Sin embargo, su rostro no le transmitía nada, y seguía viéndolo, a pesar de sus esfuerzos, inmóvil sobre su caballo, a merced de los acontecimientos.

En ese momento, Georg se dio la vuelta y sus miradas se cruzaron por un instante. Él hizo una rápida inclinación con la cabeza, que le pareció más un acto de cortesía que de interés, y enseguida retomó la conversación con Miranda. Carlotta se obligó a subir a bordo, con Francesco que le tendía la mano y se acomodaba a su lado con aire complacido, ajustándose los guantes.

Tras un momento de silencio Francesco comenzó a hablar.

—Lady Carlotta, me pregunto si habéis estado alguna vez en Venecia.

Carlotta, que miraba fijamente al agua con la mirada perdida, se sobresaltó y se volvió ligeramente hacia él.

—¿En Venecia? No, nunca he tenido el placer.

Francesco sonrió, satisfecho de tener algo que contar.

—Ah, Venecia… Es un lugar mágico, ¿sabéis? Las góndolas allí son idénticas a esta. Esbeltas, elegantes y tan… románticas.

Hizo una pausa, quizá esperando una reacción por parte de Carlotta, pero esta siguió mirando al agua. Luego se sobresaltó.

—¿Románticas, decís? —respondió con una sonrisa forzada. En ese momento, a sus espaldas, oyó la voz grave de Georg, seguida de la risa cristalina de Miranda. Carlotta resistió la tentación de volverse y Francesco continuó.

—Oh, por supuesto. Las góndolas venecianas están construidas para deslizarse silenciosamente por los canales, a menudo bajo cielos estrellados o bajo los reflejos dorados de las farolas. Es imposible no sentirse inspirado… o transportado por ciertos sentimientos.

Carlotta asintió distraídamente, pero su atención seguía fijada en Georg y Miranda. Ahora ambos reían, armoniosos, en perfecta sintonía. El incidente debía de haberlos unido: quién sabe si él ya había empezado a cortejarla formalmente. Sintió el deseo de lanzarse al agua para romper aquella tortura.

—Imaginad, Carlotta —decía Francesco—. Una noche veneciana, el sonido del agua acariciando los barcos, una serenata resonando en la distancia… ¿No sería perfecto?

—Muy evocador —respondió ella, manteniendo una sonrisa de cortesía. Sus manos apretaron ligeramente el abanico que tenía en el regazo.

Ahora Georg estaba bajando el tono de voz. Pero ¿qué tenían que decirse esos dos? ¿qué estaban conspirando incluso en voz baja? Miranda le había asegurado que no estaba interesada en él y viceversa. ¿Lo había dicho solo para calmarla? ¿O habían cambiado las cosas entretanto? Sacudió la cabeza y volvió a fijar la mirada en el agua del lago.

—¿Ocurre algo, lady Carlotta? —preguntó entonces Francesco.

—Oh, no, en absoluto —respondió ella rápidamente—. Vuestra descripción de Venecia es fascinante. Debe de ser un lugar realmente encantador.

Francesco se iluminó, pensando que por fin había captado su interés.

—Entonces, quizá deberíamos organizar una visita. Estoy seguro de que os gustaría. Incluso podríamos alquilar una góndola como esta para una excursión privada. Es una experiencia que no olvidaréis fácilmente.

Carlotta no pudo resistirse y se volvió para mirar a Miranda y a Georg. Ella lo sujetaba del brazo, en un gesto que le pareció muy íntimo. ¿Ya habían llegado a ese punto? ¿En menos de diez días la habían excluido del juego? Miranda, en todo ese tiempo, le había enviado una tarjeta deseándole una pronta recuperación, pero nunca se había presentado en la villa, como habían hecho los demás. Los demás, excepto Georg, por supuesto, a quien imaginaba en cama convaleciente… y ahora lo encontraba allí, un poco pálido, pero con su traje, impecable. ¿Había bastado tan poco para que saltara la chispa entre los dos? Carlotta no pudo evitar preguntarse por qué con ella había tenido un comportamiento tan brusco, mientras que ahora reservaba ciertas cortesías a Miranda. ¿No le había

preguntado qué hacía con un puñal bajo la falda? Estaba impaciente por preguntárselo a bocajarro.

—Venecia parece encantadora, de verdad —dijo finalmente, con un tono mecánico. Luego bajó la mirada, tratando de ocultar el rubor que le subía a las mejillas. Francesco pareció complacido por su respuesta, sin imaginar lo poco que realmente le importaba.

Mientras la góndola se alejaba del puerto y comenzaba a deslizarse sobre las aguas del lago, Carlotta respiró hondo. Tenía que mantener el control.

# 12

Las nubes se arremolinaron en un instante, densas y amenazantes, como si reflejaran el estado de ánimo de Carlotta. El lago de Como, que hasta ese momento había brillado bajo la luz del sol, se había oscurecido. Habían llegado a Bellagio, con sus majestuosas villas y jardines en terrazas, pero el paisaje parecía envuelto en una luz crepuscular. Las montañas, recortadas al fondo, parecían sombras inquietantes, mientras el viento comenzaba a agitar la superficie del lago.

Francesco, sentado a su lado, no parecía preocuparse y seguía hablando. Ella nunca habría sabido decir de qué, porque hacía tiempo que había dejado de escucharlo, presa de una desolación infinita. En cambio, frente a ellos, Patricia estaba en la gloria. Llevaba un vestido rosa pálido con un sombrero adornado de rosas, y señalaba con entusiasmo las orillas de Bellagio.

—¡Mirad esa villa! —exclamó, dirigiéndose a Filippo—. ¿No es espectacular?

Filippo, con aire de anfitrión, asintió.

—Es Villa Melzi, donde vive nuestro Francesco. Y pensar que este paisaje ha despertado la admiración de poetas y músicos… Incluso los imperiales de Austria partieron en barco de vapor desde Como y llegaron a la villa… Hace diez años, si no me equivoco.

—Qué culto eres, Filippo —coqueteó Patricia, que estaba embelesada con sus palabras. Él le acarició la espalda en la parte que dejaba al descubierto el vestido.

—Quizá la villa es frecuentada también por algún amante clandestino, escondido detrás de esos cipreses —bromeó. Ella se rio.

—Mi casa —se apresuró a señalar complacido Francesco, dirigiéndose a Carlotta—. Y espero tener pronto el placer de invitaros a admirar también el interior.

Carlotta esbozó una sonrisa vacía, y luego pensó que Francesco era la persona adecuada a quien preguntarle por los Valsecchi, los antiguos inquilinos de la villa.

—Vos —comenzó diciendo un poco cohibida Carlotta— conocéis bien a las familias que viven a orillas del lago, ¿no es así?

Francesco estaba a punto de responder cuando la voz de Georg lo interrumpió.

—¿No os parece que empieza a hacer frío? —preguntó.

Carlotta había levantado la vista hacia el cielo, observando las nubes que ahora parecían un manto pesado a punto de derramarse sobre ellos.

—Me temo que puede haber una tormenta —continuó él—. Quizá sería mejor volver.

Miranda se echó a reír.

—¿Por un poco de lluvia? —replicó, sacudiendo la cabeza—. No habláis en serio, ¿verdad? Será una aventura, ya veréis. En Inglaterra, el cielo siempre hace estas bromas. Se nota que no estáis acostumbrado.

Carlotta apretó los puños y miró al cielo. Las nubes negras se adensaban cada vez más, parecía como si estuvieran presenciando

el telón que estaba a punto de caer sobre el escenario. Sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío.

—No os preocupéis —le susurró Francesco, al percibir su expresión tensa—. Los barqueros están preparados para las inclemencias del tiempo. Solo será una tormenta de verano sin importancia.

Carlotta asintió sin mediar palabra, fingiendo apreciar los ánimos. Filippo y Patricia habían empezado a bromear sobre el tiempo, ella con su risa habitual, mientras él gesticulaba teatralmente, describiendo la llegada de la lluvia como «un toque dramático digno de una ópera de Rossini». Friedrich les seguía cantando algunas arias con su voz aguda.

Miranda parecía divertirse más que nadie, estaba totalmente a gusto. ¿Había algo que esa mujer temiera realmente? Se desenvolvía en todas las situaciones con una seguridad que Carlotta encontraba irritante y envidiable al mismo tiempo.

A pesar del esfuerzo por concentrarse en la conversación a su alrededor, Carlotta no pudo evitar volverse de nuevo hacia Georg. Finalmente, sus miradas se cruzaron. En esa mirada había algo que ella reconoció de inmediato: un entendimiento silencioso, un eco de la misma inquietud que sentía crecer en su interior. Sus ojos verdes, tan profundos y graves, parecían escudriñar más allá de las olas del lago, más allá de la tormenta inminente.

Miranda hablaba, pero Georg ya no parecía interesado. Estaba absorto en las aguas oscuras que se agitaban cada vez más, en las nubes que se acumulaban como un presagio. Cuando el primer relámpago iluminó el cielo, seguido poco después por un trueno profundo y lejano, sus ojos se cruzaron de nuevo.

«Deja de mirarlo —se dijo ella—. Para o pensará que estás desesperada».

Carlotta sintió un pinchazo en el pecho. No le daba miedo la tormenta, pero algo en la forma en que Georg se había puesto tenso, en la mirada que parecía reflejar una inquietud, la puso en alerta. Como si estuvieran conectados por un hilo invisible, sentía su aprensión deslizarse dentro de ella.

—¿Deberíamos volver? —le preguntó a Francesco, bajando la voz.

Él le sonrió, relajado.

—No, de verdad. Al contrario, será divertido. Una pequeña aventura inesperada. No suele verse a menudo una tormenta en medio del lago.

El barco comenzó a balancearse y Carlotta se agarró al borde para mantener el equilibrio. Francesco le ofreció el brazo con galantería, pero ella lo ignoró. No le daría esa oportunidad, ni siquiera por el susto.

Para sorpresa de todos, Filippo se puso de pie y comenzó una pantomima, dirigiéndose al «dios del Lago» con gestos enfáticos.

—¡Oh, Señor de las Aguas, ten piedad de nosotros! ¡Líbranos de tu ira! ¡Prometemos traerte ofrendas de buen vino y relatos licenciosos! —gritó, levantado la cabeza y los brazos, parecía haber enloquecido.

Se desató la hilaridad general. Patricia y Miranda reían a carcajadas, y la primera se levantó para alcanzar a Filippo, imitando sus gestos. Él tomó a Patricia de la mano y la condujo ante los demás. Sacó una petaca de su chaqueta y la invitó a que diera un sorbo. Miranda pidió que se la pasaran y Carlotta sintió un poco de asco al verlos beber a esas horas algo que sin duda era fuerte y

subía a la cabeza. Patricia se sonrojó, Filippo le rodeó la cintura con un brazo y extendió el otro hacia Miranda.

Mientras tanto, el cielo seguía siendo desgarrado por violentos relámpagos y los truenos eran cada vez más cercanos. Los primeros destellos danzaban en la distancia, iluminando por breves instantes las montañas al fondo.

Carlotta fingió sonreír, tratando de estar a la altura de aquel ambiente desenfadado. Pero en su interior solo deseaba volver a tierra firme. No era precisamente una mujer de lago, y aquella excursión le parecía cada vez más insoportable. Nunca había sido una persona miedosa, pero ahora, desde hacía días, sentía una extraña inquietud en su interior. La misma que la había causado un desvanecimiento tan solo unos días antes. Pensó en la noche que acababa de pasar, en el diario de Elena, en los secretos del lago, un lugar encantado y aún desconocido. El mismo que ahora mostraba su violenta fuerza.

Se volvió hacia Georg, a pesar de haberse dicho a sí misma que no lo hiciera. Quería ver su reacción ante aquella situación tan hilarante, que no le gustaba nada. Se sorprendió al no encontrarlo en su sitio. Se había desplazado bajo la lona, al fondo de la embarcación. Parecía estar absorto en sus pensamientos, con las manos entrelazadas, mientras observaba la tormenta con una expresión que no era capaz de descifrar. Al observarlo mejor, Carlotta se dio cuenta de que no era la lluvia lo que estaba mirando, sino la imponente mansión encaramada en la colina que dominaba Bellagio.

—¿No es Villa Serbelloni? —preguntó Miranda.

—Exactamente. Con estas nubes, se ve aún más majestuosa.

Sus ojos estaban fijos en Villa Serbelloni, al menos eso le pareció. ¿Conocía a los propietarios de la villa? ¿Había estado allí antes?

La lluvia comenzó a caer con insistencia, los suaves sonidos de las primeras gotas que golpeaban el agua del lago se mezclaban con las risas de los demás. Filippo continuaba con sus comedias, y Miranda, tan cómoda como siempre, reía de una manera casi descontrolada, hasta el punto de tener que agarrarse a la barandilla.

Pero Carlotta no se reía.

El viento le alborotaba el cabello que se escapaba del sombrero, y el balanceo de la barca la obligaba a concentrarse para no perder el equilibrio.

Georg estaba de pie a pocos pasos de ella, cabizbajo.

Sin pensarlo, se levantó y se acercó a él, ignorando el movimiento cada vez más inestable de la góndola.

—¡Carlotta, ven tú también! —la llamó Patricia, que tenía los ojos brillantes y las mejillas sonrojadas.

Francesco la observó, indeciso.

—Ahora voy —respondió Carlotta a su amiga.

—¡Conde Melzi, venid! —lo incitó Miranda. Francesco, todavía un poco escéptico, abandonó su puesto y agarró la petaca.

—¡Sí, un trago más! ¡La embriaguez de Baco dentro de nosotros y la fuerza de Poseidón bajo nuestros pies! —gritó Filippo.

Cuando Carlotta estuvo lo suficientemente cerca como para ver el perfil de Georg, observó que en su rostro se reflejaba una inquietud tan evidente que resultaba aterradora.

—¿Os encontráis bien? —preguntó ella.

Georg se estremeció ligeramente, como si solo en aquel momento hubiera reparado en su presencia. Sus manos permanecieron

aferradas a la barandilla, con los nudillos blanquecinos por la presión. No se volvió del todo, con el rostro oculto por la sombra de la tormenta inminente.

—Estoy bien, volved con los demás, lady Carlotta.

Su voz era tensa, su tono controlado con evidente esfuerzo.

No era el Georg que ella conocía, no era el hombre que había visto montar a caballo con seguridad o moverse con desenvoltura en los salones más elegantes. Este Georg parecía estar doblegado bajo un peso que no podía soportar.

—No parecéis nada cómodo —replicó Carlotta, permaneciendo donde estaba. El balanceo del barco se intensificó, obligándola a apoyarse a su vez en la barandilla, pero no se movió. Había algo en la inmovilidad de Georg que la atraía, una humanidad vulnerable que nunca había visto en un hombre.

—Volved con los demás —repitió él—. Esta tormenta pasará, como todo.

Carlotta no pudo ignorar ese tono, ni apartar los ojos de él. Con las manos aún aferradas a la madera y la respiración controlada, parecía estar luchando contra algo.

—Si la tormenta os incomoda, podemos volver a la orilla. Puedo decir que quiero bajar, a nadie le extrañaría —sugirió. Quería ofrecerle una vía de escape sin que él se viera obligado a admitir nada.

Georg apenas se volvió.

—Nunca permitiría que vos os hicierais cargo de algo por mí. No debéis preocuparos por un cobarde —dijo con dureza.

Las palabras golpearon a Carlotta como una piedra lanzada contra aguas apacibles.

No era el hombre que había conocido y, sin embargo, en ese instante sintió que era más real de lo que había sido nunca.

—Soy yo quien no os permite hablar así de vos mismo —dijo ella —. No os conozco muy bien, pero sé que no sois así. ¿Qué habréis hecho para trataros de esta manera?

Georg sacudió la cabeza y, por un momento, pareció querer decir algo. Abrió los labios, pero luego los cerró de nuevo con un suspiro.

—No lo entenderíais, lady Carlotta. Y ni siquiera deberíais intentarlo —murmuró finalmente.

Pero ella no se movió. No lo dejó escapar.

—Quizá sea cierto. Quizá no lo entendería. Pero no tenéis por qué quedaros solo con lo que os atormenta.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, mientras la lluvia se hacía más intensa. Georg finalmente se volvió hacia ella. Carlotta vio, en sus ojos verdes, algo que la impactó en lo más profundo: un dolor tan arraigado que parecía haberse fundido con su propia esencia. Una sombra indeleble que no era capaz de ahuyentar.

El barco dio una sacudida y Georg apartó la mirada, cerrando brevemente los ojos como para recuperarse. Luego se apoyó de nuevo en la barandilla.

—Dejadme en paz —dijo con un hilo de voz, pero Carlotta percibió que esa frase no iba dirigida solo a ella.

No insistió. Se quedó allí, a su lado, sin decir nada, compartiendo el peso de la tormenta, que parecía reflejarse en sus almas más que en ellos mismos.

—¡Carlotta, Georg, venid! —los llamó Filippo. Ella se dio la vuelta apenas, justo a tiempo para ver a Patricia que seguía bebiendo.

—Acabará emborrachándose por culpa del marqués —refunfuñó, tratando de distraer a Georg. Tenía los nudillos blancos, de tanto apretar la barandilla.

—No estáis bien —murmuró Carlotta—, y debo deciros que yo también me siento culpable: si no fuera por mi terquedad, no os habríais herido.

—No digáis tonterías —dijo Georg. Le costaba hablar, como si estuviera dominado por la tormenta y se concentrara en mantener a raya los rayos.

Cuando un relámpago rasgó el cielo, todos gritaron, extasiados, mientras Georg cerraba los ojos.

Villa Serbelloni se erigía ante ellos y Carlotta se dio cuenta de que él estaba hipnotizado.

Le rozó el brazo y buscó sus manos para tomarlas entre las suyas. Él dejó que se las sujetara, sin apartar la mirada. Ella las estrechó, tal y como había hecho cuando Miranda lo estaba curando.

—Estáis helado —constató. El barco seguía balanceándose. Cuando Carlotta se acercó más a él, ninguno de los dos hizo nada por recuperar la posición. Sus cuerpos se pegaron el uno al otro y, al cabo de un instante, Carlotta sintió que Georg le apretaba las manos con más fuerza.

—No sé qué teméis ni por qué —le susurró ella al oído—, pero estoy aquí con vos.

—Gracias —susurró él.

Carlotta resistió el impulso incontrolable de abrazarlo. Sus labios estaban cerca, podía sentir su aliento en la frente.

—¡Duque! —gritó Filippo, dirigiéndose hacia ellos—, ¿qué decís, será mejor que volvamos o la princesa morirá de miedo?

Georg hizo una mueca intentando sonreír, pero seguía paralizado.

—Os lo ruego, marqués, volvamos —dijo Carlotta, soltando las manos de Georg.

—¿Estás realmente asustada, prima? —preguntó Friedrich, sorprendido.

—Acabo de recuperarme, no quiero tener otro ataque de nervios —enfatizó ella, dejando que su voz sonara más estridente de lo previsto.

—A sus órdenes, princesa —dijo él, mientras Patricia seguía riéndose.

—Vuelvo a mi sitio —le susurró Carlotta—, por suerte estamos volviendo a la orilla.

Georg pareció recomponerse, asintió y la miró intensamente, sin mediar palabra.

Miranda le sonrió y volvió a colocarse junto a Georg, con el cabello al viento y el aire de quien ansía la aventura.

Francesco le hizo un gesto a Carlotta para que se sentara.

—Siempre se divierte uno con el marqués —le dijo el conde Melzi —. ¿No os parece?

Tenía que estar en su sitio, claro, pero nadie le había dicho que también tuviera que complacerlo.

—Prefiero otro tipo de diversiones —añadió secamente.

—Duque —dijo entonces Francesco, volviéndose hacia Georg—. ¿Qué le habéis dicho a la princesa? ¡Me la habéis puesto de muy mal humor!

Carlotta no oyó la respuesta, pero le molestó ese comportamiento. No le gustaba que los hombres hablaran de ella en tercera persona estando ella presente.

Se pasó una mano por el pelo, tratando de recomponerse, pero el pensamiento de lo que acababa de pasar le impedía concentrarse. No se atrevió a volverse, no podía mirar a Georg ahora. Sin embargo, lo sentía. Sentado detrás de ella, su silencio hablaba más que cualquier palabra. Algo había cambiado entre ellos, algo que no podía ignorarse. Era evidente que Georg había sentido una fuerte emoción en aquel barco, que intentaba ocultar un recuerdo doloroso.

El barco comenzó a moverse aún más, y los barqueros los instaron a regresar a Montemezzo antes de que la tormenta empeorara.

—El duque debe tener un secreto muy bien guardado —susurró Francesco al oído de Carlotta. Ella entrecerró los ojos.

—¿Qué queréis decir?

Francesco suspiró, con aire misterioso.

—¿Os parece que se comporta con normalidad? Corren ciertos rumores sobre él…

Al conde Francesco Melzi, por lo visto, le gustaba cotillear. Era exactamente como todos los demás, y Carlotta nunca había tenido la menor duda. Pero ¿qué sabía de Georg? Y lo que sabía, ¿era la verdad o simples calumnias?

Quería preguntarle más, pero se acercaban a la orilla y, además, temía que Georg pudiera oírlos. Detrás de ellos, él y Miranda guardaban un silencio reverencial.

La tormenta comenzó a arreciar cuando atracaron.

Pero Carlotta no podía pensar en el lago, en la lluvia o en los rayos. El mundo entero se reducía a pensar en él, en sus manos que la estrechaban con el calor que aún latía en sus venas, y en lo que

ese momento había significado para ella. Y, tal vez, también esperaba a Georg, fuera cual fuera el secreto que ocultaba.

# 13

La abuela Luisa le había dicho en una ocasión que el amor siempre comenzaba por las manos. Que ella comprendió que amaba a su marido cuando sus dedos se entrelazaron por primera vez y sintió una especie de sacudida. A partir de aquel momento, para ella solo existió él.

Era de noche, las olas del lago acariciaban sus sentidos y Carlotta se acariciaba al ritmo de su vaivén en la orilla. Desde que había estrechado las manos de Georg, no hacía más que pensar en él. No había hablado con nadie, habían pasado cinco días y cinco noches en los que se había abandonado a ese languidecer de sensaciones ligadas a un recuerdo. Había rechazado la invitación del conde Francesco para asistir al estreno de la ópera en el Teatro Social de Como, donde había reservado los mejores asientos; se había negado a asistir a algunos banquetes, fingiendo que todavía estaba agotada por el paseo en barco. La realidad era que estaba esperando que Georg diera un paso, una invitación, tal vez, o una carta, o una visita improvisada a su casa. Había leído en un manual que había pasado por sus manos que una mujer debía dejarse cortejar después de haber llamado su atención, y se esforzaba por esperar un gesto suyo, que tardaba demasiado en llegar. Mientras tanto, en cuanto se iba a dormir, o, mejor dicho, en cuanto intentaba descansar, las manos de Georg volvían a estrecharla y entonces tenía que ponerse

cómoda en la cama y dejarse llevar por el impulso de tocarse para calmar el deseo, contrayéndose en un esfuerzo por posponer el placer tanto como fuera posible. Imaginaba que él estaba allí con ella y la incitaba a acariciarse. Eso le bastaba para sentir una sensación de satisfacción.

María le preguntó si no se había enamorado. Carlotta sentía que le ardían las mejillas, pero no respondió.

—Pero de verdad esta vez, no como con Franz —bromeó María, mientras paseaban por el jardín.

—¡Cómo se te ocurre mencionar a Franz! —replicó Carlotta.

—Se notaba que estabas enamorada de él —le rebatió su hermana—, pero, en mi opinión, era solo porque tenía ese aire maduro de sabelotodo que tanto te gusta, y porque sabía pintar.

—María Alejandrina, ¿qué sabrás tú del tipo de hombre que me gusta?

María cogió una cereza, se la llevó a la boca y, con una mirada lánguida, susurró:

—Un hombre serio, tenebroso. Uno que conoce todos los cuadros y habla con refinamiento. Lo de Franz te escoció un poco, pero esto parece una quemadura de verdad.

Carlotta la empujó suavemente, tratando de cambiar de tema, sorprendida por el hecho de que fuera tan evidente lo que pensaba y sentía.

De hecho, ya no había vuelto a pensar en Franz. Había caído en el olvido, como tantas otras cosas de Potsdam que no echaba de menos, como, por ejemplo, las clases de equitación y las pruebas de vestuario. Lo que quedaba era el amor por la pintura, que había

acompañado sus días, dándole una sensación de profunda libertad, que endulzaba la espera angustiosa de Georg.

Carlotta jadeó en la cama, presa de un orgasmo largo y violentísimo. Apretó el borde de la sábana, la apartó y estiró las piernas, satisfecha.

Se dio la vuelta entre las mantas, bebió largos sorbos de agua y sonrió a la ventana abierta.

La noche se había convertido en su aliada más fiel.

Salió de la habitación para ir al salón de Hayez. Estaba empezando a enamorarse de aquella villa. En Potsdam nunca habría soñado con pasear libremente por los pasillos en plena noche, pero en el lago se sentía como en casa, como si hubiera hecho amistad con él.

Carlotta avanzó por el pasillo, con la seda de la bata rozando ligeramente el suelo. Percibía cómo el ruido de sus pasos se amplificaba y creaba un eco siniestro.

No había nadie, y sin embargo se sentía observada. Los retratos de familia en las paredes parecían sonreír bajo la luz temblorosa de las lámparas de aceite. Las miradas de sus antepasados eran severas y Carlotta se preguntó si la habían espiado incluso mientras soñaba con ser poseída por Georg y se retorcía entre las sábanas.

Un retrato de un hombre de uniforme, con el ceño fruncido y una mano en la vaina de la espada, llamó su atención. Nunca había notado lo intenso que era ese rostro que parecía escrutarla con una expresión a medio camino entre el juicio y el desafío. Apartó la mirada, pero aun así sintió el peso de unos ojos que la seguían.

«Mírame —pensó—, porque nunca me tendrás».

Continuó, acelerando el paso, pero la sensación no desapareció. Las otras obras de las paredes, algunas representaciones sagradas,

parecían participar en ese juego. La Virgen de Perugino, con el rostro dulce y los ojos bajos, parecía ahora mirarla con cierto juicio.

—Lo sagrado y lo profano —murmuró Carlotta entre sí, rozándole el rostro. Nunca se había sentido tan en armonía con aquel lugar como aquella noche.

Las pesadas cortinas de terciopelo se movían ligeramente, impulsadas por un viento que no existía. La villa estaba viva y tenía ojos ocultos detrás de cada cuadro, cada espejo, cada rincón. Carlotta dio una vuelta, imaginando que incluso las paredes deseaban tocarla y olerla.

Llegó a la puerta de la sala de Hayez.

Con una respiración profunda, extendió la mano hacia la manija de latón.

En la sala, el gran cuadro de Hayez dominaba el espacio y era el único elemento iluminado por un tenue rayo de luna que se filtraba a través de las cortinas entreabiertas. Los amantes representados parecían estar atrapados en su eterna despedida, pero esa noche, a sus ojos, había una sensación de espera, como si los personajes estuvieran aguardando el momento oportuno para acercarse y tenderle la mano con el fin de llevarla directamente a su encuentro prohibido. Imaginó que Georg estaba allí con ella, rodeándole la cintura con sus manos y respirando en su cuello.

Carlotta avanzó, trepidante, y con una energía que ella misma apenas podía comprender.

El gran espejo dorado situado sobre la chimenea le devolvió una imagen que le gustó: el cabello sobre el pecho, similar al peinado que envidiaba de Miranda, la mirada lánguida, los labios entreabiertos en una expresión sensual. Era la primera vez que se

sentía así. Se acercó a su imagen y, tal como hacía con los cuadros que admiraba, se quedó un instante contemplándose, observando lo elegantes que eran los rasgos de su rostro, lo atractiva que se veía. Todos los artistas que la habían retratado siempre habían elogiado su rostro agradable, su postura, su elegancia. Pero era allí, gracias a los espejos de esa villa y al aire del lago, donde Carlotta había empezado a verse diferente. A pesar de todas las convenciones opresivas y las hipocresías, se sentía más libre, más en contacto con su verdadera naturaleza. Estaba redescubriendo su cuerpo y a sí misma de una manera que no comprendía del todo, pero que la hacía sentir de nuevo anhelante y a punto de excitarse. Y, curiosamente, sintió que solo había una persona que podía entenderla: ni su madre ni su hermana, sino Elena, a quien había empezado a sentir cercana. Elena también había sentido atracción por un joven, pero, a diferencia de Carlotta, había sabido expresarlo muy bien, se había dejado llevar por el flujo de sus palabras sin temores ni reticencias. Y se había visto reflejada en ella, había empezado a comprender que no siempre era bueno resistirse a las tentaciones y al deseo, al contrario, a veces había que dejarse llevar por las olas. Había algo inquietante y a la vez magnético en la forma en que las emociones de Elena parecían reverberar en las suyas. Cada frase era un reflejo de lo que Carlotta no podía decir en voz alta. En todo caso, Carlotta lo pintaba, pero tener en sus manos un texto tan preciso sobre su intimidad la hacía sentir más cerca de ella que de cualquier otra mujer. Era como si Elena no temiera volcar en el papel sus deseos, sus miedos. Como si al escribir con todo detalle lo que le sucedía lograra soportar también su peso.

No sabía qué era, no lo entendía del todo, pero lo sentía. Las emociones de Elena y las suyas eran dos corrientes del mismo río.

Después de asegurarse por enésima vez de que no había nadie, hurgó detrás del cuadro y abrió la caja con la llave en forma de sombrero. Siempre la llevaba consigo, colgada de un collar, bien escondida en el corpiño.

La abrió, dejando que las páginas pasaran casi solas hasta el punto en el que había interrumpido su lectura.

20 de agosto de 1845

Cuando corrí a la cocina, sentí inmediatamente la tensión en el ambiente, como si el aire se hubiera vuelto repentinamente más denso. Las voces que antes se entremezclaban se apagaron en un silencio antinatural, solo interrumpido por el monótono ruido de un cuchillo que se hundía en las verduras. Me miraban, pero intentaban fingir que no.

Mi madre estaba allí, de pie junto a la mesa central, con esa mirada dura que conozco bien. No dijo nada, pero me miró fijamente para advertirme de que tuviera cuidado. Sus ojos, por un instante, se desplazaron hacia mis manos, con las que yo sostenía la gallina que acababa de traer, la cual, abatida y condenada a muerte, me pareció el símbolo de todo lo que estaba yendo mal.

La cocinera, con las manos todavía sucias de harina, me lanzó una mirada fulminante.

—Por fin, Elena —dijo, pero el tono era más que una simple reprimenda. Ella también miraba a la gallina, molesta.

Detrás de ella, dos jóvenes pinches se intercambiaron miradas furtivas, luego se inclinaron de nuevo sobre las verduras que estaban cortando. Pero uno de ellos no pudo resistirse.

—¿Qué hace el señor en la cocina? —susurró lo suficientemente alto como para que se le oyera.

La chica que estaba a su lado, con un cucharón en la mano, se rio silenciosamente.

—Se nota que tiene algún interés —comentó.

Madre dio un paso adelante, con el rostro más severo que nunca.

—Basta de chácharas —dijo—. ¿No tenéis nada mejor que hacer?

Los sirvientes bajaron la cabeza, pero yo aún podía oír el murmullo de sus voces.

—No es normal —susurró uno de ellos—, no es normal.

La cocinera se acercó, secándose las manos en el delantal.

—¿Sabes, Elena? —dijo en voz baja, para que los demás no la oyeran—, no es poca cosa que el señor baje aquí abajo. Nunca lo hace. Así que deja de poner esa cara de mortificada. Si te ha buscado, será mejor que hagas lo que te pide y punto.

Estreché la gallina entre mis manos, como si fuera la única forma de aferrarme a algo. No respondí. ¿Qué podía decir? ¿Que ni siquiera sabía por qué estaba Alfonso allí? ¿Que no había hecho nada malo? Cualquier cosa que dijera se utilizaría en mi contra.

Mi madre resopló y su mueca lo decía todo: no hables, no discutas, no llames más la atención. Sabía que tenía razón, pero no podía evitar sentirme humillada, aplastada por el peso de todas esas miradas fijas en mí.

—Quizá lo ha hecho enfadar —murmuró la chica del cucharón—. O quizá… ha hecho algo que no debía.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo, no de miedo, sino de rabia. No había nada que pudiera hacer para detener esos chismes.

—Basta —dijo mi madre, alzando ligeramente la voz—. ¿Os pagan por estar aquí charlando? Elena, no hagas esperar al señor Alfonso.

Luego se volvió hacia mí, con una expresión que era más una advertencia que un estímulo.

—Ve, y no hagas perder más tiempo.

El jefe esperaba justo fuera. No sé si había oído lo que habían dicho las demás, pero no me importaba. ¿Por qué había preguntado precisamente por mí? Nunca había pasado. Y eso, lo sabía, era suficiente para que todos hablaran.

Alfonso se acercó lentamente. La sonrisa que esbozaba su rostro me pareció extraña, casi inquietante.

—Elena, por fin vuelves a casa —comenzó a decir. Su voz tenía un tono dulce, pero iba acompañada de una sutil frialdad que me incomodó.

—Hoy he hablado de ti con tu padre. Dice que eres una buena pescadora, igual que él. ¿Es cierto?

Miré a mi madre, que estaba detrás de él, buscando una respuesta. Sofía no dijo nada, pero asintió con la cabeza.

—Sí, señor —respondí en voz baja, bajando la mirada.

Alfonso sonrió y se rascó la barbilla.

—Necesito un ayudante que me acompañe cuando voy a pescar —continuó —. Alguien que prepare el equipo, ordene las presas. Y, por qué no, que pesque algún pez. Mañana por la mañana temprano ven al lago.

Estaba a punto de decir algo, pero mi madre intervino de inmediato.

—Por supuesto, señor. Elena será puntual —dijo, y me miró de arriba abajo, para asegurarse de que no replicara.

Alfonso la miró atentamente durante un instante y luego hizo un gesto hacia la puerta.

—Bien, señora Sofía, puede volver a sus quehaceres. No quiero retenerla.

Mi madre asintió con la cabeza y volvió a la cocina. Me quedé a solas con él, y se hizo un silencio que me pareció asfixiante.

Alfonso se acercó y apoyó una mano en la tabla de madera donde solemos colocar el pescado y la carne que es preciso guardar en la despensa. Por un momento me quedé absorta observando sus dedos blancos y afilados. Sé que es un pianista discreto. Esas no son manos de pescador, pero tampoco de noble. Alfonso es rico, pero no es noble. Eso lo hace diferente, aunque no sabría explicar en qué.

—Dime, Elena —dijo, con voz aún dulce, pero con un tono que no me gustó —. ¿Qué hacías hoy con ese chico?, el que te trajo a la villa.

Me hizo sentir incómoda. Sentía su mirada sobre mí, como un peso que me aplastaba.

—No hacía nada, señor —respondí, tratando de mantener la calma—. Tano solo me acompañó con el carro. Nada más.

Frunció el ceño, no parecía convencido.

—¿De verdad? ¿Y por qué un joven se tomaría la molestia de acompañarte sin motivo?

Sentí que me sonrojaba.

—Quizá porque es amable, señor —murmuré, pero incluso a mí esas palabras me sonaron débiles.

Alfonso se rio entre dientes.

—¿Amable? ¡Ah, Elena! Los chicos nunca hacen nada por amabilidad, no sin un motivo. Eres joven, pero pronto lo entenderás.

No supe qué responder, simplemente mantuve las manos en los costados, esperando que todo terminara allí. En cambio, Alfonso entrelazó sus manos, una en la otra, y luego suspiró. Me pareció que el tiempo se alargaba, que llevaba horas en esa habitación.

—¿Sabes cuál es el problema, Elena? Hoy has perdido demasiado tiempo. La cocinera se ha quejado y el trabajo se ha detenido porque tú estabas quién sabe dónde y quién sabe con quién. Tu padre me ha asegurado que eres una chica de confianza. Pero lo que he visto hoy no lo demuestra.

Me sentí aplastada, incapaz de defenderme. Volví a pensar en aquella vez en la habitación de Lorena, también había sido amable en aquella ocasión, aunque me dejó con una extraña sensación.

—Se había escapado la gallina, señor —murmuré, tratando de justificarme.

—La gallina se había escapado —repitió, con un sarcasmo que me hizo sentir avergonzada—. Elena, aquí el tiempo es valioso. Tú eres valiosa. Para todos nosotros. Debes recordarlo siempre. No dejes que ese chico…, ¿cómo dijiste que se llama?

—Tano —respondí.

Sentí que se me llenaban los ojos de lágrimas, pero me contuve.

—Tano. Me aseguraré personalmente de que no te aleje de tus obligaciones. Bien. Hemos terminado. Nos vemos mañana por la mañana para ir al lago. No llegues tarde.

Me quedé inmóvil, con el corazón latiéndome con fuerza y las manos aún apretadas a los costados. Miré cómo Alfonso se daba la vuelta con su habitual seguridad, los hombros rígidos y el paso decidido. Empezó a subir las escaleras sin volverse, y yo no pude moverme hasta que el ruido de sus pasos se desvaneció por completo.

Esperaba que mi madre me dijera algo, una palabra, una mirada, cualquier cosa que me hiciera sentir menos sola en aquel momento. Pero nada. Cuando lo oyó salir, llegó y simplemente me dijo:

—Vuelve al trabajo, tengo que ir a dar de mamar a Alba.

Y me dejó allí, con mil preguntas rondándome la cabeza.

La cocinera fue quien vino a buscarme poco después. No podía moverme, tenía la garganta seca y las manos sudorosas.

Me llevo bien con ella. Es brusca, sí, pero no mala. Y, al fin y al cabo, es la única persona en esta villa que de vez en cuando se preocupa, de verdad, por cómo estoy.

—Elena —dijo en voz baja, poniéndome una mano en el hombro. No había reproche en su voz, pero sí una gravedad que nunca había sentido antes—. Debes estar alerta, niña. El señor no baja a la cocina sin motivo. Y si se toma la molestia de buscarte, tienes que tener mucho cuidado.

La miré, tratando de entender lo que realmente quería decir. La cocinera no era de las que malgastaban palabras.

—No es normal, tú también lo sabes —prosiguió, bajando de nuevo la voz como si no quisiera que nadie la oyera—. Y cuando algo no es normal, siempre hay que pagar un precio.

Sentí cómo un escalofrío me recorría la espalda.

—Yo no he hecho nada —murmuré.

La cocinera suspiró y se inclinó ligeramente para mirarme a los ojos.

—Lo sé, pequeña. No te estoy acusando. Pero tienes que ser lista. Saber cuándo hablar y cuándo callar. Y, sobre todo, debes tener cuidado de no llamar demasiado la atención.

No supe qué responder. Sus palabras me confundieron aún más, aunque sabía que solo quería protegerme.

—Eres joven —dijo finalmente—, y despierta. Presta atención a todo lo que sucede a tu alrededor, sobre todo si tiene que ver con los Valsecchi.

Me sentí confundida, porque poco antes me había ordenado que obedeciera en un tono poco agradable. ¿Quizá lo había hecho porque el patrón estaba detrás de la puerta y podía oírnos?

Se alejó, volviendo a su trabajo con la misma seguridad de siempre, como si lo que me hubiera dicho fuera solo una de las tantas recetas que pasaban

por sus manos a diario.

Yo me quedé allí, con el corazón aún más pesado. No era solo el patrón lo que me incomodaba, sino también los susurros de los demás sirvientes, el silencio de mi madre y la sensación de que había algo más, algo que yo no entendía, pero que todos los demás parecían saber.

Solo entonces solté el aire que había estado conteniendo. No entiendo al señor Alfonso, parece que busca someterme por todos los medios, pero no lo necesita, ya somos esclavos de su dinero. Cuando quiso saber el nombre de Tano, albergué la esperanza de que no lo conociera, que no llegara a él.

Quiero volver a ver al halconero, y no será él quien me lo impida. Por un momento incluso pensé en coger mis cosas e ir en busca de Tano de inmediato, pero lo conozco muy poco, ¿qué pensaría de mí si me presentara en la puerta del castillo de Vezio y le pidiera protección? Tendría que coger un transbordador de vapor, pero son muy caros. No puedo ir con el barco que usa mi padre para pescar. Entonces decidí escribirle: mañana por la mañana, después de la pesca, iré al mercado y, si no está, le dejaré la carta a alguien que lo conozca. Es una locura, lo sé. Pero es mejor que la prisión que están construyendo a mi alrededor.

Y no me gusta el señor Alfonso, al igual que no me gusta tener que ir a pescar con él mañana. No quisiera, pero estoy obligada. Esta noche no dormiré, y no es por la bruja Blanca y sus hechizos de amor. No son los fantasmas los que me aterrorizan.

*Para Tano*

Tenías razón: el de hoy ha sido un lugar mágico, en una vida como la mía, que no tiene nada de mágico, y no lo olvidaré. Te siento cerca y por eso te envío esta carta, violando todas las reglas de cómo debe comportarse una jovencita de bien. Yo no soy esa joven: solo soy una sirvienta que, para sobrevivir, hace lo que le pide su amo. Cuando volvimos, de hecho, el amo estaba allí esperándome. Dejé de escribir bruscamente porque sucedió algo increíble. La luz aún estaba encendida, pero la vela se estaba apagando, todos dormían y yo tenía mi cortina corrida, para que nadie pudiera verme despierta. Por la noche, sin embargo, llegamos todos tan cansados que,

aunque alguien se quedara despierto con sus pensamientos, nadie se daría cuenta. Mientras escribía la carta para Tano, oí un ruido en la ventana. Alguien estaba tirando piedrecitas contra ella. Me asomé y lo vi, ¡era Tano, él mismo! «¿Qué haces todavía aquí?», le dije, casi regañándole. En realidad, verlo me provocó una inmensa emoción.

Él empezó a trepar por la pérgola para alcanzarme, yo intenté explicarle que no estaba sola, pero no parecía entenderme.

Seguí sus movimientos, esperando que no se cayera, y solo me tranquilicé cuando sus pies tocaron el alféizar.

Me vino a la mente la escena de Romeo y Julieta que me contó mi tío Mario, y me pregunté si Tano conocería la historia de aquellos dos enamorados.

—Estás loco —murmuré cuando lo vi delante de mí—, y después de todo este esfuerzo aún te digo que no puedes entrar, yo duermo aquí con toda la familia.

—Aunque me gustaría mucho pasar la noche contigo —respondió él sonriendo—, solo estoy aquí para asegurarme de que mi presencia no te haya puesto en apuros. He visto cómo te miraba enfadado el amo. Me iba a marchar, pero luego pensé que, si te pasaba algo, nunca me lo habría perdonado.

Sus palabras me hicieron sentir protegida.

—Todo bien —mentí—, el señor solo quería pedirme que lo acompañara a pescar mañana.

Podría decirle la verdad, que estaba aterrorizada por lo que había sucedido, pero no quería parecer una aguafiestas: estaba muy feliz de volver a verlo.

—¿A pescar? ¿Es algo que hacéis a menudo juntos? —me preguntó.

—No, pero mi padre le ha dicho que soy buena.

Tano volvió a sonreír y me acarició la mejilla. Seguí sus dedos y detuve su mano. Nos miramos un momento sin decir nada, en la penumbra.

—Ha preguntado por ti —le advertí después—, he dicho tu nombre. De hecho, te estaba escribiendo una carta para avisarte…

—¿También sabes escribir?

—¡Vaya pregunta! —bromeé.

—Sabe mi nombre, ¿y qué? ¿Eres de su propiedad? No me impedirá volver a verte. Al contrario, me alegra que ya haya aprendido mi nombre.

Nos reímos en voz baja, luego él me atrajo hacia sí y nuestras bocas se acercaron. Nos dimos un beso ligero, pero en ese momento fue como si todo se incendiara, y nos besamos de nuevo, esta vez con pasión, casi devorándonos el uno al otro.

Cuando nos separamos, ambos estábamos sin aliento.

—Me gustaría volver a verte mañana —confesó él.

—A mí también —respondí.

Dos personas como nosotros no pueden permitirse el lujo de muchos cortejos, son inútiles. Si ya sé lo que quiero, ¿por qué posponerlo?

—Volveré a verte tan pronto como pueda —prometió. Me quedé en la ventana hasta que lo vi con los pies bien plantados en el suelo, luego desapareció en la oscuridad de la noche.

Aquí puedo escribirlo, porque es mi diario secreto: esta ha sido la noche más hermosa del mundo. Ya estoy enamorada de él.

# 14

Se oían voces procedentes del jardín. Carlotta cerró el diario, desconcertada. Estaba tan absorta en la lectura que no se había dado cuenta de nada hasta que las voces se hicieron evidentes justo debajo de la ventana. Pero ¿qué demonios estaba pasando? Escondió el libro de piel bajo la bata y se acercó a la ventana. La luna llena reinaba entre las nubes.

Dos siluetas se movían en la oscuridad, y una tercera figura las seguía. Se dirigían hacia el invernadero. Carlotta se estremeció, estuvo a punto de gritar, pero luego reconoció el paso cauteloso de su abuela. Era ella, no había duda. Su adorada abuela con otra persona, en plena noche, sosteniendo una lámpara de aceite y guiándola en la oscuridad.

Carlotta se envolvió en un chal y salió de la habitación de Hayez, con los pies descalzos rozando el suelo de madera. Los siguió sin demora, tenía la impresión de que había una conexión entre el diario y aquella aparición en plena la noche, aunque no conseguía imaginar de qué se trataba. Llegaron al invernadero y, tras unos segundos, ella se acercó para echar un vistazo.

A través de los cristales empañados por el vapor, Carlotta vio al trío que se hallaba en el interior. La abuela estaba en el centro, con el rostro serio y concentrado, y junto a ella había una mujer que Carlotta reconoció de inmediato: la bruja Blanca, su inconfundible

cabello canoso, la piel pálida y un vestido claro. Pero lo que más le impactó fue la tercera persona: Georg.

Estaba de pie junto a la condesa Luisa, con una expresión que parecía vacilar entre el escepticismo y la curiosidad. Carlotta se detuvo, sintiendo que el corazón se le aceleraba. ¿Por qué Georg estaba con su abuela, en plena noche? Primero el cuadro que le había dado a su madre, ahora esto. ¿Qué lo unía a su familia y, más aún, qué lo llevaba siempre a la villa?

Abrió la puerta del invernadero con un gesto decidido. El olor a tierra húmeda y plantas se mezclaba con el aroma dulzón de las velas encendidas en la mesa, en el centro.

—¡Abuela! ¿Qué estáis haciendo? —preguntó, casi gritando. Los tres se volvieron hacia ella y, por un momento, nadie habló.

Fue la abuela quien rompió el silencio.

—Carlotta, querida, no deberías habernos seguido —dijo.

Pero, curiosamente, parecía aliviada. La mirada de la condesa Luisa siempre era el refugio de Carlotta, incluso en aquella situación tan absurda. Se contuvo para no correr hacia ella y lanzarse a sus brazos.

—Pero ahora que estás aquí, quizá sea mejor que lo sepas.

—¿Saber el qué? —preguntó Carlotta, dando un paso adelante. Su mirada se posó en Georg, buscando una explicación, pero él no dijo nada. Parecía demasiado concentrado en evitar encontrarse con sus ojos, como si realmente hubiera hecho algo malo.

La abuela señaló a la mujer que estaba a su lado.

—Esta es mi amiga Eleanor —explicó—. Algunos la llaman la bruja Blanca, pero para mí es solo Eleanor. Una mujer con un don especial.

Carlotta se quedó boquiabierta, con el corazón latiéndole con fuerza.

—¿Bruja? Abuela, ¿de verdad crees lo que estás diciendo?

Sabía que su abuela era excéntrica y extravagante, pero nunca habría imaginado que llegara hasta ese extremo.

La abuela se acercó a Carlotta y le puso una mano en el hombro.

—Hay cosas que suceden en esta mansión, Carlotta. Cosas que no todos pueden comprender. En las noches de luna llena, como esta, el lago cobra vida y los secretos del pasado parecen resucitar. Eleanor nos ayuda a darle sentido a todo esto.

—¿Sentido? —repitió ella incrédula—. ¿De qué manera?

Eleanor dio un paso adelante.

—Esta noche queremos evocar un espíritu. A alguien que habitó esta villa, que tal vez sabe cosas que se nos han escapado. Pero no debes tener miedo, querida. Nada de lo que hacemos es peligroso.

Tenía una voz ronca, sin duda estudiada, que a Carlotta le produjo escalofríos.

Apretó el diario bajo la bata. Pensó en la mujer que Elena había descrito en sus páginas y estuvo tentada de preguntarle si sabía algo de hechizos de amor, si le había hecho uno a una dama rica unos años antes, pero la mirada azul de la señora tenía el poder de bloquear todas sus preguntas antes de que surgieran. Parecía saber que Carlotta también tenía un secreto.

—¿Quieres unirte a nosotros? —preguntó la bruja—. Siento que tú también tienes alguna pregunta relacionada con esta villa. ¿No es así?

Carlotta no respondió. No tenía ninguna intención de confesar lo del diario: eso era solo su secreto. Pero si esa mujer sabía realmente

algo de Elena, o de las extrañas presencias que parecían rondar la villa, entonces era el momento de descubrirlo.

Georg carraspeó. Hasta ese momento se había mantenido al margen.

Solo entonces ella recordó que estaba en bata y que todas las noches había experimentado el más perturbador de los placeres pensando en él. Y el querido duque, en lugar de cortejarla, aparecía como siempre en el momento equivocado y no para ella.

La incomodidad sustituyó al orgullo, que disimuló con una pregunta.

—¿Y vos? ¿Por qué estáis aquí?

Georg hizo una mueca, no se sabía si ocultaba una sonrisa o si solo estaba avergonzado.

—Me invitó vuestra abuela —se justificó—. Y no tengo que daros explicaciones. Aunque lo intentara, estoy seguro de que no lo entenderíais.

Carlotta negó con la cabeza, irritada por esas palabras. Una cosa era imaginárselo tumbado a su lado, otra oírlo hablar y sentir rabia por cómo le había respondido. ¿Qué era lo que Carlotta no podía entender? Su abuela debería explicárselo, una vez que esos dos se hubieran marchado. No podía pensar en nada más, solo sentía que había algo muy inquietante en lo que estaba sucediendo. Y, lo que era peor, se sentía irremediablemente atraída por ello.

—¿Y qué esperáis conseguir? ¿Por qué evocar a alguien? ¿No es… peligroso?

La abuela la miró a los ojos y, por primera vez, Carlotta notó una gravedad casi solemne en su mirada.

—Porque esta villa guarda secretos, Carlotta. Sé que te has dado cuenta; lo sé muy bien. Es inútil intentar fingir que es un lugar normal. Y algunas respuestas solo pueden venir de quienes ya no están.

Carlotta permaneció inmóvil, incapaz de decidir si quedarse o huir. Le temblaban ligeramente las manos, pero no era solo por el miedo. Era curiosidad, un deseo irrefrenable de saber qué estaba pasando realmente. ¿Quizá la presencia de Elena estaba en la villa? ¿Era ella quien había activado el carillón y había establecido una conexión especial, quien le había permitido encontrar el diario? Y entonces, Carlotta se estremeció, ¿Elena había muerto?

Eleanor hizo un gesto hacia la mesa, donde la llama de una vela titilaba en el centro y donde había una vieja tabla de madera con extrañas inscripciones y letras.

—Únete a nosotros —dijo—. Si quieres saber, debes quedarte.

Carlotta dudó, y miró a Georg.

—Quedaos —insistió él.

—No debes temer a los muertos, pequeña mía. Los muertos son aquellos que nos han querido y que ahora están en paz.

Carlotta volvió a pensar en las palabras de Elena. «No son los fantasmas los que me aterrorizan».

—No creo en los espíritus —dijo.

—No tienes por qué creer en ellos —se rio la abuela—. Pero no olvides nunca que nuestra vida también está hecha de misterio. Quien no lo admite, o es un estúpido, o nunca ha vivido de verdad.

Con un profundo suspiro, se sentó junto a su abuela. Todo le parecía absurdo, pero también que estaba dotado de una lógica precisa y contundente.

Junto a la tabla de madera, la bruja dispuso tres objetos: un chal bordado, un sonajero viejo y descolorido, y un anillo desgastado, con una piedra que parecía haber perdido todo su brillo. Carlotta se inclinó para observarlos mejor, pero nadie le explicó a quién pertenecían ni por qué estaban allí. Sin embargo, sentía que tenían una historia, un pasado que ella desconocía, pero que estaba vinculado a la villa y, tal vez, también al diario que tenía sobre las rodillas.

Eleanor les ordenó que se sentaran alrededor de la mesa. Colocó más velas con gestos lentos.

—Antes de empezar, debéis saber esto —dijo, bajando la voz hasta convertirla en un susurro—. Evocar a un espíritu no es un juego. Nunca lo hagáis solos. Los espíritus son caprichosos y nunca sabemos si el que vendrá será bueno o malo.

La tensión en la habitación se hizo palpable. Carlotta se aferró al brazo de la silla; su instinto le decía que se levantara y saliera corriendo, pero se quedó inmóvil.

—Ahora —continuó Eleanor—, cogeos de la mano.

Carlotta sintió cómo la mano fría de su abuela apretaba la suya. Al otro lado, la mano de Georg, cálida y firme, se entrelazó con la suya, y el contacto le provocó un escalofrío que le recorrió la espalda, pero no se atrevió a mirarlo.

Eleanor se colocó en el centro, con una vela delante de ella. Su voz se convirtió en una cantinela mientras susurraba el estribillo:

*Gira, gira en círculos*
*la niña que no duerme.*
*Gira y cae al fondo,*

*sigue sus pasos.*

Carlotta cerró los ojos por un instante, mientras el sonido de las palabras parecía resonar en la habitación y rebotar en las paredes de cristal del invernadero. Eleanor repitió el estribillo dos veces, y luego una tercera.

Cuando pronunció la última palabra, la llama de la vela tembló violentamente y la luz se apagó.

Carlotta gritó, y su grito rompió el silencio. Sintió cómo la mano de Georg estrechaba la suya con más fuerza, como si quisiera tranquilizarla, pero el terror ya se había apoderado de ella.

Eleanor le indicó que se quedara sentada. No parecía sorprendida por lo que había sucedido.

—Esta noche, el espíritu de la villa no quiere manifestarse. Sin embargo, habréis notado que no estamos solos. He sentido una presencia a nuestro lado.

La abuela rompió el silencio con voz quebrada.

—¿Podría ser… ella?

Carlotta se volvió hacia Georg, pero él seguía sin mirarla. «¿Quién?», se preguntó. Pero antes de que pudiera formular la pregunta, Eleanor volvió a hablar.

—Ahora no podemos parar —dijo, señalando la tabla de madera.

Se la mostró a Carlotta con aire solemne.

—Esto —dijo Eleanor— no es solo un trozo de madera. Es un puente.

Sus dedos se movieron con delicadeza sobre los símbolos grabados, siguiendo las letras del alfabeto que estaban dispuestas en círculo.

—Un puente entre nuestro mundo y el otro. Es un instrumento antiguo, pero poderoso. Y, como todo instrumento, depende de quién lo usa.

Carlotta se inclinó para mirarlo. Era de madera oscura, desgastada, pero los signos grabados en ella aún eran nítidos, casi vivos a la luz palpitante de las velas. La palabra «Sí» destacaba en la parte superior izquierda, mientras que la palabra «No» se hallaba en la esquina opuesta. En el centro, el círculo de letras parecía latir, o tal vez era solo su imaginación.

—¿Y cómo funciona? —preguntó Carlotta, tratando de mantener la voz firme. Se sentía fuera de lugar, como una niña en una reunión de adultos a la que no la habían invitado.

—Solo funciona si la presencia está dispuesta a comunicarse. Nosotros haremos las preguntas y, si quiere respondernos, utilizará el puntero para moverse entre las letras y construir sus palabras.

Carlotta tragó saliva.

—¿Y si no quiere?

Eleanor bajó ligeramente la mirada y luego la alzó de nuevo.

—Si no quiere, permanecerá en silencio. Pero si hemos llegado hasta aquí y ahora nos detenemos, sería como cerrar la puerta en las narices a un invitado. Y eso nunca es prudente.

Carlotta se puso tensa. Se volvió hacia Georg, buscando en sus ojos una señal de consuelo o desaprobación. Pero él seguía mirando la mesa, con las mandíbulas apretadas, como si estuviera luchando con algo en el interior de sí mismo.

Eleanor dio una palmada para llamar su atención.

—No tengas miedo, niña. No estamos aquí para jugar, sino para buscar respuestas. Esta mesa no nos hará daño si permanecemos

unidos y atentos. El único peligro es el miedo.

—¿Miedo? —repitió Carlotta, en un tono más alto de lo que quería. Detestaba que la bruja la llamara niña—. ¿Y qué debemos temer exactamente?

Eleanor sonrió, pero la sonrisa no le llegó a los ojos.

—Temed, querida, solo a lo que no comprendéis. Pero no olvidéis que las presencias responden a nuestra energía. Si mostramos miedo, podríamos atraer algo… desagradable.

Carlotta sintió como un escalofrío le recorría la espalda, pero trató de disimularlo.

—¿Y si es una presencia buena? —preguntó.

Eleanor le puso una mano sobre el hombro.

—Quizá lo sea. Pero no podemos saberlo hasta que hagamos las preguntas. Y esta mesa, esta noche, será su voz.

—¿Y si quiero irme? —se atrevió a preguntar Carlotta.

—Si nos marchamos ahora, podríamos molestar a la presencia que está con nosotros. Y no podemos permitirnos eso.

Carlotta sintió que el corazón se le aceleraba.

Georg permaneció en silencio, pero en ningún momento soltó la mano de Carlotta. La forma en que ahora se sentía unida a él la asustaba y, al mismo tiempo, la retenía. La abuela se había quedado en silencio, pero observaba a Carlotta y luego a Georg, su mirada se balanceaba de uno a otro con curiosidad.

Eleanor, sentada frente a ellos, tenía el rostro sereno, pero en sus ojos brillaba una intensidad que a Carlotta le resultaba difícil ignorar.

—Ahora, poned los dedos sobre el puntero —dijo la bruja Blanca, señalando el pequeño objeto en forma de corazón que había en el centro de la mesa.

Carlotta dudó un momento, luego obedeció, sintiendo la madera lisa y fría bajo sus dedos. A su lado, Georg hizo lo mismo.

—Espíritu —comenzó Eleanor, con una voz susurrante que parecía resonar en las paredes de cristal—. ¿Estás aquí con nosotros?

Durante un momento, no pasó nada. Carlotta se quedó inmóvil, conteniendo la respiración, mientras el corazón le latía con fuerza contra las costillas. Entonces, lentamente, el puntero comenzó a moverse.

«¿Qué?», murmuró para sí misma, tratando de ver si era solo la presión de sus manos. Era imposible, pensó. Alguien debía de estar empujándolo. Quizá Eleanor. O quizá Georg.

El puntero se deslizó lentamente hacia la palabra «Sí».

«No es una bruja, es una charlatana», se dijo Carlotta, escrutando el rostro de Eleanor. Pero la mujer parecía estar concentrada, con la mirada fija en la mesa, como si nada pudiera distraerla.

—¿Quién eres? —preguntó Eleanor con voz tranquila.

El puntero se detuvo un momento y luego volvió a moverse. Carlotta sintió como un escalofrío le recorría la espalda. ¿Era posible que Eleanor estuviera orquestándolo todo? Intentó mirar los rostros de los demás, pero nadie parecía reaccionar.

Mientras todos estaban concentrados, Carlotta se inclinó para mirar debajo de la mesa. Había oído decir que algunas adivinas pegaban imanes a la mesa y los controlaban con las piernas. No había nada de eso. Su abuela le lanzó una mirada fulminante y Carlotta se recompuso.

El puntero se dirigió directamente a la primera letra: «S».

—¿Sara? —preguntó Eleanor, mirando fijamente la mesa.

—No —leyó la abuela cuando el puntero respondió.

—¿Podría ser… Susanna? —preguntó Georg en un susurro.

El puntero se desvió hacia el «No».

—¿Sofía? —aventuró Carlotta.

Miró cómo el puntero se dirigía hacia el «Sí».

Se volvió hacia Georg, pero él no le devolvió la mirada. Su rostro había cambiado, estaba tenso, casi perturbado. Por un momento pareció que estaba a punto de decir algo, pero permaneció en silencio, apretando los labios como si quisiera contener las palabras.

Carlotta volvió a pensar en las palabras de Francesco: Georg ocultaba algo. Hasta ese momento no se le había ocurrido que pudiera tener que ver con la muerte de alguien.

—Espíritu —continuó Eleanor, bajando la voz—, ¿por qué estás aquí?

Pero antes de que el puntero pudiera responder, un viento repentino sacudió la llama de las velas, apagándolas todas de nuevo.

—Mamá —oyó Carlotta murmurar. O tal vez solo era su imaginación.

Carlotta contuvo un grito, pero no del todo. Un sonido ahogado se le escapó de los labios mientras se aferraba a la mesa para no levantarse de golpe. La segunda vez lo había hecho mejor, parecía que esperaba lo que estaba a punto de suceder.

—Hay mucha rabia —declaró Eleanor—. La siento. Este espíritu no está en paz. Debemos parar, por esta noche al menos.

Carlotta no dijo nada. Georg se levantó de un salto y corrió hacia la puerta del cobertizo de herramientas. Carlotta hizo ademán de seguirlo, pero su abuela la detuvo con firmeza.

—¿Quién es Susanna? —preguntó Carlotta en voz baja, pero nadie respondió. Eleanor se levantó y empezó a recoger los objetos de la

mesa con movimientos lentos y metódicos.

—Despidamos al espíritu —dijo la bruja Blanca, sin mirar a ninguna de ellas—. Siempre hay que despedirse. Nunca dejéis a un espíritu sin despedirlo.

Carlotta no sabía cómo se despedía a un espíritu, pero siguió el ritual que Eleanor le indicó, sintiéndose extrañamente vacía.

Cuando todo terminó, se percató de un detalle que le recordó la experiencia de la noble descrita en el diario de Elena. Georg metió la mano en el bolsillo y dejó caer algunas monedas sobre la mesa. La abuela hizo lo mismo, con un gesto rápido, casi mecánico.

Eleanor recogió las monedas sin decir nada, pero su enigmática sonrisa volvió por un instante. Carlotta observó la escena, con la mente llena de preguntas que nadie parecía captar.

La dama blanca se dirigió hacia la salida. La abuela tomó a Carlotta del brazo, sin que ella pudiera quedarse con Georg.

—Vamos, querida, debes de estar alterada —le dijo, casi empujándola hacia fuera.

—Pero abuela, yo…

—Dejad al duque en paz con sus fantasmas —continuó la condesa Luisa, con un tono que no admitía réplica.

—¿Qué hacía él aquí? —preguntó Carlotta mientras caminaban por el naranjal en dirección a la villa.

—Ya es tarde, cariño. ¿Te parece si lo hablamos otro día? —respondió la abuela.

Carlotta sabía que, aunque intentara convencerla, ella se mantendría firme en su intención de no decir ni una palabra aquella noche.

Caminaron hacia sus respectivas habitaciones. Ella esperó a que su abuela entrara y le diera las buenas noches, y luego se apresuró a bajar las escaleras. Apenas tuvo tiempo de ver cómo el carruaje de Georg se alejaba.

—Maldita sea —murmuró.

—Una expresión muy gráfica para una dama tan refinada —dijo una voz a sus espaldas.

Era él: había dejado que el cochero se marchara sin subir. Y ahora, como de costumbre, intentaba burlarse de ella. Esta vez Carlotta no caería en su trampa.

—De hecho, quería hablar con vos —admitió—. ¿Por qué no habéis subido al carruaje?

—Hay luna llena —observó Georg—. Me gustaría recorrer el camino a pie, junto al lago, y admirar la noche.

Carlotta tragó saliva.

—Dejadme que os acompañe.

Él no dijo nada, le ofreció el brazo y comenzaron a caminar.

Indecente. Eso dirían en la corte. Un comportamiento decididamente indecente.

—¿Estáis alterada? —preguntó Georg, rompiendo el silencio.

—Intrigada —respondió ella, tratando por todos los medios de disimular el miedo—. ¿Puedo preguntaros si creéis en los espíritus, sobre todo después de lo que hemos presenciado esta noche?

Georg frunció el ceño.

—Creo en los espíritus. Pero estoy convencido de que esta noche no había ningún espíritu. Solo una charlatana que quería sacarnos dinero.

—Entonces, ¿por qué os prestasteis a su juego? —preguntó Carlotta, confundida.

—Quizá porque de vez en cuando es bueno creer que tenemos el poder de comunicarnos con nuestros muertos.

Se detuvieron. La luna se reflejaba en el lago, balanceándose sobre él, y los patos, en la orilla, dormían, indiferentes a su presencia.

—¿Acaso hay alguien a quien os gustaría decirle algo en el más allá? —se atrevió a preguntar Carlotta—. ¿Quizá a esa Susanna?

—No deseo hablar de eso con vos, perdonadme.

Ella le tomó la mano.

—Me salvasteis la vida —susurró—, y desde ese momento no pienso en otra cosa.

Georg la miró de arriba abajo, deteniéndose en su pecho. Carlotta estaba segura de que él también sentía atracción por ella, la misma que a ella le resultaba ya difícil de ocultar.

—Hice lo que cualquiera habría hecho en esa situación. Nada más.

—¿Nada más? —preguntó Carlotta, exasperada. Le soltó la mano y se sentó en una barca que estaba amarrada a la orilla. Él la alcanzó, con el rostro contraído en una mueca indescifrable.

—Debo pensar que lo suyo siempre ha sido solo cortesía… Aunque, en realidad, yo no he sido especialmente cortés —musitó ella. No podía evitar pensar en las palabras de Elena: ¿por qué cortejarse, cuando el tiempo era tan escaso y la vida tan breve?

—Lady Carlotta, deberíamos volver. Intentad comprender mi posición en este momento —le suplicó él, tomándole la mano.

—Puedo intentarlo —respondió Carlotta, algo resentida—, pero que sepáis que a la gente le encanta murmurar. Parece que circulan

rumores sobre vos, y no me gustaría enterarme por otros…

—Por favor, basta. Ya estoy bastante agotado. ¿Queréis creer los chismes de la corte? Os creía distinta.

Sus rostros estaban cerca, sus bocas se rozaban.

—Os lo pregunto precisamente porque no quiero atender a esos rumores —dijo ella—. ¿Tenéis algo que ocultar? Desde la primera noche parece que estáis huyendo.

—Sois tan malditamente testaruda e insistente… — murmuró Georg.

—Oh, no soy la única, creedme.

—Me gusta que seáis así.

—¿Qué habéis dicho? —preguntó ella, incrédula.

—Lo habéis oído perfectamente, Carlotta.

Sus labios estaban tan cerca, tan tentadores, el aroma a almizcle y tabaco era tan intenso que Carlotta creyó que iba a desmayarse.

—Me gustaría conocer vuestros pensamientos —dijo entre dientes —. Los más íntimos, los que no le confiaríais a nadie.

—Quizá te equivocas —susurró él. El repentino cambio al tono informal hizo que Carlotta sintiera un espasmo en el estómago. Tuvo la impresión de que la máscara de Georg se estaba cayendo.

—¿Por qué? —le provocó ella.

—Porque, desde que te conocí, tu espontaneidad, tu sed de vida se me han metido en las entrañas.

—Pero siempre me tratas con desprecio.

Él negó con la cabeza.

—Nunca te fíes de las apariencias. Nunca.

Carlotta lo miró en silencio.

—Ardo de deseo —añadió Georg—. Y no sé cuánto más podré contenerme.

Carlotta quería oír exactamente esas palabras. Se incorporó sobre un codo, con el rostro muy cerca del suyo.

—¿De verdad te causo ese efecto?

Georg sonrió.

—No tienes ni idea del efecto que me causas.

Le tomó el mentón entre los dedos y la besó. Carlotta había imaginado ese momento varias veces, pero no tenía ni idea de las sensaciones que iba a experimentar. Le pareció que su cuerpo ardía y sintió el deseo de que la tocaran por todas partes. Georg la atrajo hacia sí, y prosiguió ahondando con la lengua en su boca. Sus cuerpos se tocaron y ella percibió todo su deseo, aún protegido por los pantalones. Carlotta le mordisqueó el cuello y él se dejó llevar por un suspiro intenso.

En un arrebato de audacia, le desabrochó los primeros botones de la camisa, dejando al descubierto un lunar que tenía debajo de la clavícula, y que ella se inclinó para besar.

El barco crujió y alguien llamó a Carlotta.

—¿Quién…? —dijo Georg, con las pupilas dilatadas por el deseo.

—Es el mayordomo. Deben de haber inspeccionado mi habitación después de esta noche. La abuela es astuta, ya lo sabes.

Se rieron.

—Tengo que correr a la villa antes de que suelten a los perros y los caballos.

—Ve —dijo Georg—. Y perdóname por haberte puesto en una situación comprometedora.

Por toda respuesta, Carlotta se volvió hacia él y lo besó de nuevo en los labios, antes de salir corriendo.

No se volvió, pero estaba segura de que él la acompañaba en aquella carrera desbocada, con el pelo ondeando al viento y las mejillas sonrojadas por la emoción. Debería hacerlo más a menudo: correr en bata, en plena noche, después de besar al duque que le había robado el corazón.

# 15

Al atardecer, Villa Melzi se reflejaba en la superficie dorada del lago, como una dama vestida de gala que, con su vestido, atrae y cautiva a sus invitados. Carlotta la observaba con admiración, mientras el barco atracaba, y ella bajaba con Marianne y María. Cuando llegaron a la fachada principal de la villa, que presumía de su jardín estilo italiano, pudieron admirar los cuatro austeros leones que custodiaban el imponente edificio, y dos estatuas de mármol que representaban a Apolo y Meleagro parecían dar la bienvenida a los huéspedes e invitarles a entrar sin dejarse intimidar.

—Había oído decir que Villa Melzi, en Bellagio, es la más bonita. Ahora entiendo por qué —murmuró Carlotta a su hermana.

El conde Francesco las saludó con una sonrisa, invitándolas a entrar y besándoles la mano. Carlotta estaba impresionada.

—Tenéis toda una colección de arte solo en esta sala.

Francesco asintió, complacido.

—Mi tío es un gran admirador. Deberíais ver el resto.

—Lo haré sin duda —repuso Carlotta.

Marianne, detrás de ella, saludó al conde y cogió rápidamente una copa de vino de una de las bandejas de plata que los camareros estaban sirviendo. Ya había muchos nobles, algunas caras conocidas para Carlotta, otras menos.

Villa Melzi brillaba bajo la luz de cientos de velas que iluminaban las paredes adornadas de tapices y espejos dorados. Los suelos de mármol blanco reflejaban los rayos de las lámparas.

Los músicos ya habían empezado a tocar, pero era demasiado pronto para bailar.

—Carlotta, ¿podemos hablar? —preguntó María.

Carlotta estaba buscando a Georg en el salón.

—Claro, en cuanto lleguemos a casa —respondió ella.

—¿Podemos hacerlo ahora?

—Me gustaría admirar las obras de la villa, si no te importa —respondió Carlotta, rozándole el brazo.

María resopló.

Carlotta se separó de ella y se puso a observar la decoración del interior, que había sido realizada por los mejores artistas italianos del momento, como Andrea Appiani. Los duques de Lodi habían construido esa majestuosa vivienda solo unos veinte años antes gracias al arquitecto tesinés Giocondo Albertolli, y Carlotta había oído decir que dentro de aquellos muros se conservaban obras de Canova, Bossi y muchos otros que ella había estudiado y amaba locamente. No podía contener la emoción de visitarla y estaba deseando que Francesco se lo propusiera.

Habían pasado varios días desde la sesión de espiritismo, y Carlotta había intentado varias veces hablar con su abuela para pedirle explicaciones, pero sin éxito. Luisa se había limitado a hacerle jurar solemnemente que mantendría el secreto, y por su parte fingía que nada había pasado y se comportaba con su naturalidad habitual. Carlotta no hacía más que pensar en ello, pero su abuela se negaba a sacar el tema, diciendo que daba mala

suerte. Esa tarde, sin embargo, quiso hablar de los admiradores de Carlotta. Le preguntó de manera muy directa si había alguien que le había llamado la atención.

—El duque de Sajonia-Meiningen —admitió Carlotta, que le resultaba difícil mentir a su abuela.

La abuela asintió.

—He notado cómo lo miras. El duque reúne todas las cartas para concertar un buen matrimonio, pero… ¿estás segura de que su carácter sombrío encaja con el tuyo, tan reflexivo? ¿No acabaríais por apagaros?

«Te aseguro, abuela, que el fuego ya ha prendido y, por lo que a mí respecta, no se apagará», hubiera querido responderle. Pero había cerrado los labios.

—Creo que los polos iguales se atraen más —dijo, y luego volvió al ataque sobre la sesión de espiritismo—. ¿Quieres explicarme qué hacía en la villa aquella noche?

—No puedo, Carlotta —suspiró Luisa—. Son asuntos personales. El duque es una persona misteriosa, tiene el peso de su pasado sobre él. La gente ha empezado a murmurar cosas… extrañas.

Carlotta se enfadó.

—¿De qué tipo? ¿Tiene chicas escondidas? ¿Come carne humana? ¿Es medio vampiro?

La abuela Luisa hizo una mueca de disgusto.

—Carlotta, ¿cómo se te ocurren esas cosas?

—Cuando alguien no habla con claridad, realmente puedes llegar a pensar cualquier cosa.

—La claridad y los secretos casi nunca van de la mano, querida —susurró la abuela.

—¿Quién no tiene secretos, abuela?

—Hay algo raro, créeme. Si no, no te lo diría. Nadie tiene permiso para ir a visitarlo, no da recepciones en la villa, a veces se le ve salir en plena noche, no se sabe adónde va ni por qué… Podría tener cualquier cosa que no te facilitaría la vida. Estar detrás de hombres así no es fácil.

Ahora que lo pensaba, en realidad nunca había oído hablar de nadie que hubiera ido a Villa Sola para una recepción. Carlotta empezó a pensar en ello, era realmente muy extraño.

—No creo que… —logró balbucear al final.

—Carlotta —la interrumpió la abuela—, quizá no sea realmente para ti.

—¿No era yo libre de elegir?

—¿Al menos te está cortejando? —preguntó la abuela—. ¿Ha mostrado interés por ti o su único objetivo es hacerte perder el tiempo?

Carlotta recordaba el beso. ¿Qué había más claro que eso para el comienzo de un cortejo?

La abuela no quería soltar prenda, pero ella se lo preguntaría directamente a Georg.

Le había preguntado, para cambiar de tema, si había descubierto algo más sobre el marqués Filippo, y la abuela le respondió que también circulaban rumores poco halagüeños sobre él. Se decía que frecuentaba ciertos locales de moral dudosa y que se divertía con varias mujeres. Al parecer, no había ni un solo hombre adecuado para casarse en todo el lago de Como. Aparte del aburridísimo Francesco.

Carlotta buscaba a Georg entre los invitados, pero no lo veía. El conde Francesco interrumpió sus pensamientos.

—¿Sabéis, lady Carlotta, que nuestras villas han estado compitiendo entre sí?

Carlotta percibió que, en el lago, la forma de exponer el arte era diferente a la prusiana, como si en Prusia no se olvidara el decoro a pesar de la riqueza. En las villas del lago, en cambio, se celebraban auténticas competiciones de ostentación.

—No lo sabía —admitió ella, mientras él la conducía hacia el bufé.

—Los Sommariva, anteriores propietarios de vuestra villa, declararon una auténtica competición de belleza a mi tío, el conde Francesco d'Eril. Ambos querían que su villa fuera reconocida como la más bella del lago de Como, la más colmada de obras suntuosas, la más admirada.

—¿Y quién ganó? —preguntó Carlotta.

—La competición sigue abierta —admitió el conde Francesco, con una sonrisa. Estaba claro que la estaba cortejando, y ella quería frenar su entusiasmo de raíz.

Estaba a punto de pedirle que hablaran en privado, cuando María se unió a ellos en el bufé.

—Carlotta —susurró—, tengo que decirte algo.

—Ahora no, María —respondió ella distraídamente—. ¿Por qué no pruebas estos canapés de salmón? Parecen deliciosos.

Carlotta estaba admirando los platos dispuestos en el bufé, mientras Francesco se ocupaba de saludar a los nobles que seguían llegando.

Una tarta de tres pisos, con el escudo de la familia Melzi, presidía el centro del bufé. Carlotta posó la mirada en los sándwiches de

jamón y champiñones, los tomates rellenos, el pollo a la *cacciatora,* [4] unos misteriosos dulces adornados con nata y unos granos de azúcar grandes que le recordaban a las almendras picadas.

—Solo con mirarlos engordas —osó bromear una dama a su lado.

Carlotta, como toda respuesta, cogió uno de los grisines de pan con jamón.

—Delicioso —exclamó con la boca llena.

—Duque de Sajonia-Meiningen, es un placer tenerle aquí —dijo Francesco. Carlotta se estremeció. Así que había llegado. De repente perdió el apetito y sintió que le ardían las mejillas.

Después de la sesión de espiritismo no lo había vuelto a ver, pero se había entregado a un nuevo impulso artístico: había comenzado a pintar al duque desnudo. Desde la noche en el lago, recordaba cada detalle de su cuerpo, y no tenía intención de descuidar esos detalles que, a sus ojos, lo hacían aún más atractivo. Empezó imaginando que era un busto en el naranjal, luego le tomó el gusto y dibujó retratos al carboncillo, donde él era siempre el protagonista: un querubín, entre las camelias de la villa; un caballero a caballo, pero rigurosamente desnudo, lascivo como Baco, con una copa en la mano, sentado junto a la fuente. Escondió esos dibujos en el hueco de la pared del piso de arriba, exactamente donde Elena guardaba su diario secreto. De noche, siempre se aventuraba a subir a ese piso, donde ahora sentía que palpitaba su verdadera existencia. Había curioseado un poco por allí, sintiéndose como una ladrona, y decidió utilizar aquella buhardilla ya deshabitada como su taller, donde pintaría su repertorio prohibido. Estaba orgullosa de ello y, al mismo tiempo, se habría avergonzado muchísimo si tan solo una de las criadas lo hubiera descubierto. Se imaginó la mirada de Annette,

escandalizada. Pero podía estar tranquila: Antonio, el mayordomo, ya le había dicho que a ningún sirviente se le permitía subir a la buhardilla.

Las palabras de su abuela la habían perturbado más de lo esperado. No tanto por esos negocios turbios de los que hablaba la gente del lugar, sino por esa pregunta: ¿te está cortejando? De hecho, después de su beso, Georg no se presentó en la villa. No le envió ni una carta, ni un ramo de flores. Ella se regodeó en ese recuerdo, pintando de manera obsesiva, y él había desaparecido. ¿Por qué se comportaba así? ¿Por qué no la buscó al día siguiente para declararle su amor?

La sala se quedó en silencio por un momento y Carlotta se volvió, percatándose de que las conversaciones se habían acallado con la llegada de Miranda. Esta vez no estaba sola, sino acompañada por la que debía de ser su madre, lady Grey, que llevaba un vestido gris claro ribeteado de encaje, el único detalle relevante entre tanta austeridad. Había tomado a Miranda del brazo y la miraba con cariño. Ella era todo lo contrario: vestía un traje color esmeralda, que combinaba perfectamente con el color de sus ojos y dejaba entrever su pecho más de lo habitual. Un sombrero del mismo color le cubría parte del rostro, otorgándole un aire de misterio. Su maravilloso cabello ondulado caía sobre su cuello y se mecía en sus costados. No era habitual aquel peinado, pero de Miranda se podía esperar cualquier cosa. Carlotta sintió que se le secaba la boca. Toda su confianza, aquella sensación de sentirse fascinante, se desvanecía en cuanto la veía. Y le aterraba la idea de que Georg la cortejara, que, a pesar de su encuentro nocturno, al final eligiera a otra.

De hecho, él la saludó de inmediato con una reverencia, y Carlotta no se perdió la mirada cómplice entre los dos.

Georg estaba diferente aquella noche. No había ni rastro de la tensión que lo había acompañado en el invernadero, ni de la melancolía que había visto en sus ojos durante la tormenta en el barco. A decir verdad, parecía incluso carecer del ardor de cuando lo besó. Estaba hablador, animado, como si el peso que parecía acarrear hubiera desaparecido por completo. Charlaba con todos, moviéndose con una desenvoltura que Carlotta encontraba insoportable. ¿Por qué ese hombre era tan esquivo solo con ella? Le parecía que llevaba mil máscaras. Cada vez que lo veía, parecía una persona diferente de la que creía recordar. Probablemente, en eso residía su encanto.

Lo que sentía no eran celos, o al menos eso esperaba. Era la sensación de ser invisible, de ser ignorada deliberadamente. El temor de haberse enamorado de alguien que, en el fondo, no existía. O que, como decía su abuela, estaba lleno de secretos.

María volvió a llamarla, tirándole de la manga.

—¡Carlotta! Por favor, tengo que hablar contigo.

¿Qué podía ser tan urgente? María solo hablaba de chismes. Y Carlotta esa noche no estaba de humor para escucharla. Se sintió irritada.

—¿Qué pasa, María? ¿Por qué no hablas con mamá? Ya sabes lo mucho que le gusta escuchar tus historias.

Había ironía deliberada en su tono. Marianne solo la escuchaba unos instantes, y cuando percibía adónde quería llegar con la conversación, se daba media vuelta. Nunca había sido una gran oyente, ni siquiera de pequeñas, y siempre habían competido

exhaustivamente por ver quién de las dos atraía más su atención. María frunció el ceño.

—No es con mamá con quien quiero hablar. ¡Y, además, no me estás escuchando! Solo lo miras a él.

Carlotta se puso rígida.

—No estoy mirando a nadie —mintió.

María se cruzó de brazos.

—¿Entonces no te has dado cuenta de que ni siquiera te ha saludado?

Carlotta se volvió bruscamente hacia ella, con la mandíbula apretada.

—No sé de qué estás hablando.

—¡Oh, lo sabes muy bien! —replicó María, bajando la voz, pero no el tono—. No soportas que él te evite.

Las palabras de su hermana fueron como una bofetada. La miró con unos ojos encendidos de rabia que intentaba reprimir.

—No es asunto tuyo.

—Entonces tienes tiempo para escucharme, ¿no?

Carlotta no respondió. Miró de nuevo hacia el salón de baile, buscando desesperadamente algo en lo que fijar la mirada, alguien que no fuera Georg.

María, al ver que su hermana no le prestaba atención, resopló.

—No importa. Cuando decidas escucharme, estaré en la terraza.

Carlotta no la retuvo, ni siquiera se volvió a mirarla. Solo veía a Georg, riéndose con los caballeros, bailando con las damas, demostrando con cada gesto que aquella noche ella no existía para él. Sin embargo, la noche de la sesión de espiritismo era una persona completamente diferente. Las imágenes de aquella velada

aún estaban vívidas: el puntero que se desplazaba por la tabla de *ouija*, la letra S que se había materializado como por arte de magia y, luego, aquel nombre que apareció en los labios de Georg, Susanna. La forma en que él había cambiado inmediatamente después. Era como si algo se hubiera roto en su interior. No había dicho nada, no había pedido explicaciones, pero su rostro se había endurecido, y Carlotta había visto en sus ojos estallar una tormenta que, sin embargo, no había sido capaz de descifrar.

Por último, las palabras de Eleanor.

—Hay mucha ira aquí.

Después hubo aquel momento de intimidad que la despertó del letargo. Le parecía que, desde entonces, solo existían él y sus manos. Pero en ese momento tenía dudas sobre lo que había sentido Georg.

Francesco se acercó a ella.

—Lady Carlotta, ¿deseáis bailar?

Era lo último que quería.

—En realidad… me gustaría visitar la galería de arte, si es posible —le rogó. Si él la acompañaba, tal vez tendría la oportunidad de aclarar su postura respecto al cortejo que el conde estaba desplegando hacia ella. Quería cortarlo de raíz. Carlotta había llegado a pensar que Georg no estaba interesado en ella porque tal vez creía que había elegido al conde de Eril. Se imaginaba cualquier cosa para no volverse loca y correr hacia él sin pudor.

Francesco vaciló.

—Lo siento mucho, no puedo dejar a mis invitados —se disculpó —. Pero si vais en esa dirección, todo recto, después de las tres primeras puertas a la derecha, encontraréis la galería de arte.

Mientras tanto, podéis empezar a admirar las pinturas, yo me reuniré con vos en cuanto pueda.

—No sé… si es conveniente ir sola.

—A veces es mejor perderse —susurró una voz femenina a sus espaldas.

Carlotta se volvió y reparó en que Miranda se había acercado a ella. Francesco hizo una reverencia y las dejó solas.

—Os alcanzaré —prometió, antes de prestar atención a otros invitados.

—¿Vos lo creéis? —preguntó Carlotta a Miranda, vacilante.

Ella acercó el abanico a sus rostros, para esconderse de las miradas indiscretas.

—Confiad en mí, en algunos casos es mejor convertirse en presa que en depredador.

—¿De qué estáis hablando?

—De vuestro amor secreto, naturalmente —susurró Miranda.

Carlotta se sonrojó.

—¿Es… tan evidente?

—Solo porque me lo dejasteis entrever el día del accidente, no temáis. Quizá el señor duque está dándose importancia… A veces los hombres pueden ser peores que las mujeres en eso.

Carlotta suspiró. Sentía que podía confiar en Miranda y que le daría algún buen consejo, parecía una experta en asuntos amorosos.

—La otra noche pasó algo…

Miranda acercó aún más el abanico a sus labios.

—¿Lo que yo creo? —susurró.

—Oh, no, no hasta ese punto —respondió Carlotta—, pero hubo un momento de intimidad y yo estaba segura de que…

No pudo terminar la frase.

Miranda le rozó el brazo.

—Hay una teoría… sobre ciertos hombres, ¿sabéis?

—¿Una teoría?

Miranda se rio en voz baja.

—Ellos escriben manuales de conquista y nosotras no podemos responder con nuestros propios clichés sobre el hombre que corteja a la mujer.

—Iluminadme, por favor.

Miranda la llevó junto a una cortina de terciopelo rojo, para poder hablar con más tranquilidad.

—Después de que el hombre se da cuenta de que ha seducido a la mujer —le explicó, con una sonrisa en el rostro que Carlotta no supo interpretar— tiende a desaparecer. No por mucho tiempo, solo unos días. Mientras la mujer se devana los sesos esperando, él debe recordarse a sí mismo que no ha caído en su trampa, que en realidad sigue al mando de la situación, aunque es evidente que ha perdido la cabeza y está tratando de recuperar el orgullo y la firmeza.

—Nunca había oído una teoría semejante —susurró Carlotta—, pero me parece interesante. ¿Entonces me evita porque teme haberse enamorado?

—Exactamente. Pero si en esta fase del cortejo te ve demasiado involucrada o interesada en él, verás…, es tan tonto que podría pensar que ya te tiene en el bote, y, por ello, sentirse, de alguna manera, menos atraído.

Carlotta entornó los ojos.

—¿Estáis diciendo que el duque de Sajonia es un tonto?

Miranda sonrió.

—No, Carlotta, estoy diciendo que todos los hombres lo son. Y también son inmensamente predecibles. Haz que te desee, huye de él, ve sola o con el conde a admirar las obras secretas de Villa Melzi y verás cómo corre hacia ti.

Carlotta miró a lady Grey con admiración creciente.

—Sois una mina de información valiosa. Nadie me había hablado nunca de estas cosas con tanta franqueza.

—Cuando queráis, lady Carlotta. Si los corderos no se ayudan entre sí, acaban siendo presa de los lobos.

Miranda se alejó y Carlotta decidió darle la razón. Mientras recorría el pasillo de la villa, oyó la música de la sala cada vez más débil. Sin embargo, antes de llegar a la puerta que le habían indicado, vio en lo alto de las escaleras un cuadro que representaba a una dama, tal vez la antigua propietaria de la villa. No pudo resistir la tentación y subió para admirarlo de cerca. Allí oyó una risa ahogada. Provenía del piso superior, donde quizá estaban las habitaciones de servicio. Carlotta no pudo resistirse, y siguió esos ruidos y risitas hasta subir las escaleras. Al final del pasillo, había una habitación entreabierta. Echó un vistazo en su interior. Era un saloncito apartado, con un sofá de terciopelo amarillo, situado debajo de la ventana.

—Patti es dulce, pero no la amo.

Era Filippo Arconati quien hablaba. Reconoció inmediatamente el tono de su voz y luego lo vio. Filippo estaba cómodamente sentado, mientras que la mujer, a la que nunca había visto y de la que apenas reconocía los rasgos en la penumbra, estaba abandonada sobre sus rodillas, medio desvestida. Filippo fumaba, y de vez en cuando le pasaba el cigarrillo a su dama.

—Entonces, ¿por qué quieres casarte con ella? —preguntó la mujer con voz cristalina, exhalando una fina voluta de humo.

Carlotta abrió los ojos de par en par.

Filippo dejó escapar una risa amarga.

—Patti es una elección segura, la pareja perfecta. Tengo que saldar mis deudas, cariño, ya lo sabes.

—No me llames cariño como haces con todas —coqueteó la chica.

—Pero tú eres mi favorita, déjame besarte un poco más.

Filippo extendió las manos sobre los pechos desnudos de la mujer y luego hundió la cabeza en ellos.

—Qué caliente estás —susurró.

—Filippo —respondió ella—, ¡me vuelves loca!

—Cuando me case, convenceré a lady Patricia para que te elija dama de compañía, así podremos vernos todas las veces que queramos.

—Te esperaré siempre —respondió ella, con la voz entrecortada por el placer, mientras Filippo jugaba bajo su vestido.

Así que la mujer era una sirvienta, y desde luego no era la única con la que Filippo se entretenía.

—Mañana tengo una partida torneo de póquer, debo descargar la tensión —dijo Filippo, montándose sobre ella.

—¿Pero no estabas sin blanca?

Filippo se rio.

—El padre de Patricia ha firmado un pagaré por mí, cree que es para organizar una suntuosa fiesta de compromiso.

Carlotta tragó saliva en silencio. Le asaltó tanto la rabia que, sin pensar en las consecuencias de su acción, dio una patada a la puerta.

—Pero qué demonios… —dijo Filippo.

La rapidez con la que la criada se recompuso fue impresionante.

—¿Marqués? ¿Sois vos? —preguntó Carlotta, con tono fingidamente inocente.

—Eh… ¡Lady Carlotta! Me he mareado y el conde Francesco me ha permitido tumbarme un momento aquí.

La criada hizo una reverencia, pasó junto a Carlotta y desapareció.

Filippo encendió una lámpara.

—¿Estabais merodeando sola por aquí? —insinuó.

—No, en absoluto. Iba a admirar las obras de arte, con el permiso del conde.

A Carlotta le hervía la sangre. No se lo iba a permitir. Aún recordaba sus modales repugnantes cuando salió al jardín, y estaba furiosa y disgustada por cómo estaba seduciendo a su amiga.

—Bien, con vuestro permiso, ya me siento mejor, y volveré al salón —dijo Filippo, levantándose.

Carlotta se interpuso entre él y la puerta.

—No tan rápido, marqués —susurró.

Él esbozó una sonrisa burlona.

—¿Qué pasa, princesita, estáis celosa de mis conquistas? Si queréis, también hay para vos.

La miró, con la camisa aún desabrochada, pasándose la lengua por los labios.

—Apuesto a que detrás de esa apariencia puritana se esconde un espíritu salvaje.

Carlotta retrocedió.

—Si me seguís hablando así, gritaré —le advirtió.

—Adelante —se burló Filippo—. Seréis vos quien haga daño a vuestra amiga Patricia y, desde luego, no me importaría poner mis manos sobre vuestras propiedades en Prusia.

Y ahora que lo pienso, también en vos…

Ella sintió que se sonrojaba.

—Se lo contaré todo a Patricia —lo amenazó—, y ella me creerá. Somos amigas desde siempre.

—No lo haréis —dijo el marqués, con tranquilidad.

—Oh, claro que sí. Nunca tendréis ni a ella ni su dinero.

—¿Quién os dice que no la he poseído ya? No me provoquéis, Carlotta. Al fin y al cabo, fuisteis vos quien entró a oscuras en la habitación donde yo estaba descansando…».

—¡No os hará caso!

—¿Estáis segura? Vos sois una amiga. Pero yo estoy a punto de convertirme en su prometido. Y, con todo respeto, sé cómo convencerla mucho mejor que vos.

Filippo extendió la mano para agarrarla, pero Carlotta fue más rápida y se encaminó hacia el pasillo. Empezó a correr, mientras Filippo se reía.

—¡Huid, huid!

Carlotta atravesó el pasillo con el corazón en un puño, olvidándose de las obras de arte, de Georg, de todo. Solo sentía el sabor amargo de la derrota. No había sabido plantarle cara, porque si realmente hubiera pedido ayuda y la hubieran sorprendido delante de todos en una habitación oscura, con el marqués en actitud comprometida, eso, en los círculos convencionales, habría significado la obligación de casarse con él y, además, rodeada de un gran escándalo. Y ese gusano no esperaba otra cosa.

Sin embargo, ella sabía la verdad: lo había sorprendido con una criada y había escuchado cómo pensaba jugarse el dinero que el padre de Patricia le había concedido. Tenía que encontrar a su amiga y contárselo, detener esa locura antes de que se convirtiera en su novia oficial. Y ella le creería, Carlotta estaba segura.

El largo pasillo conducía a una puerta que daba al jardín. Carlotta se detuvo justo delante de un campo de lavanda cuyo aroma casi la dejó sin sentido. Todavía estaba jadeando. Dio unos pasos hacia el lago para calmarse y vio que había algunas góndolas amarradas, propiedad de la familia Melzi.

Se detuvo. Georg estaba sentado en el borde de una de esas embarcaciones, con la mirada fija en el lago.

—Duque —exclamó ella, aliviada.

—Lady Carlotta, ¿qué haces aquí? —preguntó él, sorprendido.

Carlotta se acercó. En la orilla del lago, unos patos dormitaban.

Georg no la había mirado en toda la noche, y ahora tampoco parecía contento de verla. Carlotta, sin embargo, sintió la necesidad de abrirse a él. A pesar de todo, había algo que la unía a ese hombre. Y era algo a lo que no podía oponerse.

—No tienes ni idea de lo que me acaba de pasar —le dijo, acercándose. En lugar de hacerle sitio, él se levantó rápidamente.

—Pareces alterada —respondió.

Carlotta hubiera querido sentarse a contemplar el lago y sus labios. Y se sintió decepcionada al ver que él se alejaba de la orilla, como si quisiera alejarla también a ella. La teoría de Miranda era cierta: ¿estaba huyendo claramente? ¿O más bien tenía razón su abuela, y Georg estaba ocultando algo?

—De hecho, necesito hablar contigo sobre lo que ha pasado. Necesito un rostro amigo y un buen consejo.

Le sonrió, mirándolo directamente a los ojos. Pero su expresión la hirió. No parecía contento de que lo llamara amigo, ni siquiera parecía querer escucharla.

—Lady Carlotta, volvamos, por favor. Podrían malinterpretarlo.

—¿Tan lejos estarían de la verdad? —dijo ella entonces, de improviso.

Se oyó un ruido extraño, procedente de la barca en la que antes Georg estaba sentado. Era como si alguien hubiera contenido un golpe de tos o un estornudo. Georg se estremeció.

Carlotta se asomó para mirar en la góndola. Sintió que las fuerzas le fallaban.

Miranda estaba tumbada en el barco, con el pelo revuelto, el rostro enrojecido y una mano sobre la boca para no hacer ruido.

El golpe en el corazón fue tan fuerte y violento que se preguntó si Georg también lo había sentido. Miranda se levantó, arreglándose el vestido.

—Así que es eso —siseó Carlotta, antes de que ninguno de los dos pudiera hablar.

—¿Hacéis así con todas, duque? ¿Con vuestro aire misterioso y sombrío las conquistáis y luego las seducís en la barca a orillas del lago?

Apretó los puños, indecisa entre huir o estallar en lágrimas. O, tal vez, en saltar al cuello de Georg.

—Lady Carlotta, no es lo que creéis… —dijo Miranda.

—En este momento, creo que sí. Hace un momento me hablabais de ciertas teorías sobre los hombres, y yo estaba pendiente de

vuestros labios. Incluso empezaba a pensar que nos estábamos haciendo amigas. He sido una estúpida, lady Grey. La intrépida amazona y el duque tenebroso: una pareja excelente. ¡Os deseo lo mejor!

Georg la miraba con una expresión indescifrable.

—Claro que… —le susurró ella—. Me hubiera gustado que me lo hubieras dicho un poco antes.

—No hay nada que saber —respondió él, que se había ruborizado e intentaba agarrarle la mano.

Ella se apartó.

—No te atrevas a tocarme. No te atrevas a volver a dirigirme la palabra. Y sobre todo, si te veo alguna vez más en mi casa, llamaré a los guardias, le guste o no a la abuela Luisa.

Se miraron fijamente durante un instante, y fue Georg quien bajó la mirada, con los ojos verdes apagados de repente. Los de Carlotta, en cambio, ardían.

—Carlotta, espera —le suplicó Georg, pero ella estaba ya corriendo hacia la villa.

Volvió sobre sus pasos hacia el salón, atravesó el pasillo mientras se reprochaba que era una estúpida por haber perdido todo ese tiempo soñando con un cortejo y un matrimonio que nunca existirían. Había malinterpretado la mirada del duque desde el principio. Se habían besado, pero para él no había significado nada. Había querido ver misterios donde no los había, esa había sido su mayor debilidad.

Pensó con vergüenza en los retratos que había dibujado, en sus manos entrelazadas, en aquella ridícula sesión de espiritismo, en su

momento de intimidad, cuando en realidad él ya estaba cortejando a otra.

«Dios, qué ingenua», dijo para sus adentros.

Mientras en el salón bailaban una mazurka, se prometió que nunca nunca más volvería a pensar en aquel hombre, que no le dedicaría ni una palabra. No volvería a permitir que sus sentimientos la abrumaran de aquella manera y le dio la razón a su madre: las mujeres debían ser más fuertes, no caer ante los hombres, sino utilizarlos solo por su prestigio. También se había sentido decepcionada por Miranda. Había creído que entre ellas había complicidad, solidaridad femenina. Le había confiado su interés por el duque y ella no había perdido tiempo en seducirlo. Incluso la había animado a alejarse del duque solo para poder pasar tiempo con él.

Aunque por alguna inexplicable razón Marianne se alegraría de verla casada, hablaría con su madre, y ella lo entendería. Al terminar el verano volvería a Potsdam sola, orgullosa de no haber elegido a un marido cualquiera. Quizá había algo más en su vida, tal vez podría hacer como la pintora francesa Le Brun, a quien tanto admiraba, y que se había ganado la vida gracias a sus retratos, anteponiendo su carrera a todo lo demás.

Le contaría a Patricia la verdad y juntas lucharían contra ese mundo lleno de hombres despreciables y mujeres dispuestas a todo para conquistarlos.

Llamó a Annette, que, como siempre, estaba lista para servirla sin hacer demasiadas preguntas.

—Annette —dijo Carlotta, en voz baja pero firme—, quiero marcharme. Prepara el barco.

La criada asintió sin dudar.

—Enseguida, lady Carlotta.

Su mirada se cruzó con la del marqués Filippo, que antes se reía y ahora tenía una expresión indescifrable y la miraba con resentimiento, mientras fingía escuchar lo que tenía que decir lady Patricia. Carlotta hubiera querido llevarse a su amiga con ella, pero solamente habrían atraído los chismes de los demás invitados.

También vio a Francesco, intuyó que la estaba buscando y se apresuró hacia la salida principal, casi huyendo.

Poco después, el barco se deslizaba sobre las tranquilas aguas. Carlotta, envuelta en su manto, miraba el reflejo de las luces de Villa Melzi que bailaban sobre la superficie del lago. Sintió un nudo en la garganta al abandonar la villa. No quería llorar, ni sola ni delante de Annette, pero las lágrimas se le escapaban.

«Sé más fuerte que todo eso», se dijo, apartándose un mechón de pelo de la mejilla.

Al observar la villa desde lejos, algo le llamó la atención. En la terraza menos visible, María, inmóvil, miraba fijamente su embarcación. La esbelta figura de su hermana apenas se veía en la sombra, pero Carlotta la reconoció y le prestó esa atención que no le había concedido antes. Le pareció que María estaba llorando, pero no podía estar segura. Se había olvidado por completo de la petición de su hermana. Esperaba que al menos ella pudiera ser feliz.

«Adiós a este sueño de amor que se ha roto», pensó. Adiós a la que creía ser correspondida, a la ilusa que siempre usaba palabras amables.

A partir de ese día, una nueva Carlotta la estaba esperando.

# 16

21 de agosto

Esta mañana me he despertado antes del amanecer. No he pegado ojo en casi toda la noche, pensando en lo que me esperaba. El señor Valsecchi me había dicho que no llegara tarde y durante toda la noche sus palabras resonaron en mi cabeza. No era el tono con el que había pronunciado las frases, sino la forma en que me había mirado, parecía que había visto algo en mí que yo misma desconocía.

Me vestí rápidamente, tratando de no hacer ruido para no despertar a mi madre. Cuando salí, el frío de la mañana me golpeó como una bofetada. Ya no estoy acostumbrada a las aguas del lago, antes el frío solo me habría alegrado. El señor Valsecchi me esperaba cerca del barco, impecable como siempre, pero con un aire más relajado de lo habitual. Me saludó con una sonrisa que pretendía ser cordial, pero que no conseguía ocultar del todo su expresión indescifrable.

El barco era pequeño, con las tablas de madera desgastadas por el uso, pero bien cuidadas. Me senté frente a él, tratando de no cruzar su mirada durante demasiado tiempo. No era fácil, porque él parecía mirarme sin hacerlo, como si observara cada uno de mis movimientos.

Empezó a remar con calma. Los músculos de sus brazos se tensaron ligeramente bajo la camisa, y yo aparté la mirada, fijándola en el agua que apenas se ondulaba. No dijo nada durante un rato, dejando que el silencio entre nosotros se alargara hasta volverse casi sofocante. Luego se detuvo, mirando hacia un punto del lago que para mí era indistinguible de los demás.

—Aquí siempre se pesca bien —dijo con seguridad, dando a entender que ese punto era especial para él. Tras una pausa, añadió con una sonrisa casi burlona—: Y si tenemos suerte, podríamos encontrar al lucio del lago.

—¿El lucio? —pregunté, tratando de disimular el tono forzado de mi voz. No me interesaba la historia, pero sentía la necesidad de responder, de llenar el tiempo muerto entre nosotros. Me odiaba por ello. Odiaba a su familia, odiaba sentirme tan pequeña bajo su mirada, y sin embargo intentaba no contrariarlo.

Él sonrió, con una sonrisa que nunca me parecía del todo sincera.

—Oh, sí. Una leyenda local —dijo, en un tono casi de complicidad—. Dicen que en las profundidades del lago vive un lucio gigante, un monstruo antiguo, más viejo que cualquier barco o pescador. Algunos juran haberlo visto con ojos grandes y brillantes, como el sol cuando se pone. Otros cuentan que da buena suerte encontrarlo, pero mala suerte si te atreves a intentar capturarlo.

La forma en que lo decía, con esa voz meliflua y un poco baja, me daba escalofríos. Parecía que no solo estaba hablando del lucio, sino de algo más, algo que yo no conseguía desentrañar.

—¿Y vos? —pregunté, tratando de mantener la compostura—. ¿Vos lo creéis?

Inclinó ligeramente la cabeza, mirándome con una mirada que parecía penetrante.

—¿Yo? —dijo, como si estuviera reflexionando seriamente sobre mi pregunta—. No, no lo creo. Pero me parece que es una bonita historia. A mi hija Lorena le encanta. ¿Y a ti? ¿Te gustan las historias?

No supe qué responder. La forma en que había desviado la pregunta hacia mí me incomodaba, me parecía que quería algo que yo no entendía.

—Depende —dije, tratando de parecer despreocupada—. Si son verdaderas o no.

Él volvió a sonreír, con una sonrisa lenta, casi indulgente.

—A veces las historias sirven precisamente para eso —respondió—. Para que podamos creer en algo, aunque sepamos que no es real.

Aparté la mirada, fingiendo estar interesada en el movimiento de la línea de pesca.

No me gustaba cómo me hacían sentir sus palabras. Como si hablaran de mí, no de un lucio o de una leyenda.

Pescamos en silencio durante un rato. Me explicó cómo debía lanzar el sedal, el movimiento correcto de la muñeca, la fuerza necesaria. Yo intentaba

seguir sus instrucciones, demostrarle que sabía hacer algo. De vez en cuando me corregía, con su voz amable, casi paciente. Me parecía extraño que fuera tan condescendiente, que no hubiera ni rastro del dueño de la casa al que estaba acostumbrada a evitar.

Luego, mientras me pasaba un cebo, su mano rozó la mía. No fue un toque casual. No podía serlo. Sus dedos se detuvieron un instante más de lo necesario, y en ese momento sentí cómo me recorría un escalofrío. No levanté la mirada, no quería, pero sentía la suya sobre mí. No me dijo nada y yo seguí fingiendo que no había pasado nada. Pero no podía ignorar la forma en que ese contacto me había dejado perpleja. Cuando finalmente encontré el valor para mirarlo, él ya estaba contemplando el agua, fingiendo que no había pasado nada. Quizá había sido todo fruto de mi imaginación. Quizá no. Pero la duda no me abandonaba. Lo que más me irritaba era la forma en que yo seguía complaciéndole. Como si estuviera interpretando un papel que él esperaba de mí, como si fuera otro de sus entretenimientos. Él no dijo nada, y yo tampoco. Seguí contemplando el lago, tratando de convencerme de que solo había sido una casualidad, un gesto inocente que yo había malinterpretado.

Al final, cuando el sol ya estaba alto, me dijo que era hora de volver.

—Eres buena, Elena, aprendes rápido —dijo mientras remaba hacia la orilla —. Tu padre no exageraba.

No respondí. Me limité a mirar el agua que se ondulaba bajo los remos.

Ahora que estoy de nuevo en casa, sentada a mi mesa con el bolígrafo en la mano, no puedo dejar de pensar en esa caricia. Me pregunto si fueron todo imaginaciones mías, si dejé que mi mente fuera demasiado lejos. Probablemente también estoy condicionada por lo que me dijo la cocinera, y por su posición. Pero sigo sin comprender todo ese interés por la pesca y por mí. ¿No es inconveniente, para un padre de familia con una esposa, salir solo en barco con una mujer? Quizá ni siquiera me considera como tal, pero lo soy. Quizá me he preocupado por nada. Quizá es solo la forma en que mira, en que habla, lo que me incomoda. Sin embargo, algo en mí no puede olvidar ese momento, esa fracción de segundo en que sentí su mano sobre la mía.

Carlotta cerró el diario con un gesto decidido, casi brusco. Se quedó inmóvil por un momento, con las manos sobre la cubierta, el rostro contraído en una mueca de disgusto. Fueran nobles o ricos, pensó, los hombres eran todos iguales. Esclavos de sus deseos, invadidos por la sed de poseer lo que no era suyo. Marianne le había inculcado esas ideas a Carlotta, había creído haber encontrado la excepción, pero la vida le había demostrado que no existían caballeros sin mancha.

Había tenido la necesidad de refugiarse en la historia de aquella chica, una vez de vuelta a casa. Le hubiera gustado mucho conocer a Elena y advertirle que se alejara de aquel hombre insolente, que había decidido atormentarla.

La vida de Elena estaba allí, entre aquellas líneas, tan íntima y viva que casi parecía oír su voz susurrando en el silencio de la villa. Temió que Elena hubiera corrido mala suerte. Volvió a pensar en la bruja Blanca, que parecía conocer sus secretos: ¿quizá la chica había sido asesinada y ahora intentaba comunicar algo? Se estremeció. ¿Y si Georg estuviera involucrado? ¿Eran estas las sombras a las que se refería Eleanor? Al fin y al cabo, su villa, Villa Sola, se hallaba bastante cerca de la de Elena. Y luego estaba ese misterioso nombre que había aparecido durante la sesión de espiritismo, Susanna… Carlotta creía que se estaba volviendo loca.

Levantó la vista hacia las paredes de la habitación, los paneles de madera antigua que parecían contener la respiración.

Se levantó de la cama, estrechando aún el diario entre las manos, tenía miedo de soltarlo. Las palabras de Elena seguían resonando en su cabeza, un susurro lejano que no podía ignorar.

Se acercó a la ventana, contempló el jardín iluminado por la luna, y un escalofrío le recorrió la espalda.

—Es como si me estuvieras mirando, Elena —murmuró, hablando al vacío—. Estás esperando a que entienda algo. Te prometo que investigaré. Descubriré lo que te pasó.

«Ya estoy harta de las reglas impuestas por los demás, que luego nadie respeta realmente. Estoy harta de vivir como ellos dicen», se dijo.

De repente, Dash, que solía dormir plácidamente toda la noche en su cesta, se dirigió hacia la puerta y empezó a arañarla.

—¿Qué te pasa ahora? —refunfuñó Carlotta—. ¿Has oído un ratoncito?

Cuando le abrió la puerta, el cavalier salió con una vitalidad inusual, recorrió el pasillo y subió las escaleras que llevaban al desván.

—Dash, espera —susurró Carlotta.

Había oído llegar el carruaje, por lo que sabía que Marianne y María aún podían estar despiertas.

Lo siguió descalza, con la lámpara en la mano.

La puerta del desván estaba abierta, había una luz en el interior. Carlotta se detuvo, pero Dash entró sin detenerse, y ella no pudo dejarlo ir solo, el perro no destacaba precisamente por su instinto de supervivencia y nunca se habría perdonado si lo hubiese herido una rata o quién sabe qué. Lo siguió sin pensar y se quedó perpleja cuando lo encontró moviendo la cola a los pies de Filippo.

—Qué perrito más bueno —murmuró él, acariciándolo.

Estaba sentado en el baúl donde Carlotta había escondido los dibujos, y tenía un libro en la mano.

Fingió alegrarse de verla, con una sonrisa forzada en el rostro.

—Princesa. Iba a visitaros mañana. No teníais que molestaros tan temprano. ¿O es que ya me echabais de menos?

—¿Qué hacéis en mi propiedad? —gruñó Carlotta—. ¿Y quién os ha dado permiso para venir aquí y hurgar entre estas cosas?

Filippo no se arredró.

—He encontrado esto: *Historias y leyendas de Japón.* Está dedicado a una tal Elena, así que supongo que no es suyo.

—Idos inmediatamente.

Filippo cogió a Dash en brazos.

—¡Oh, Carlotta! ¿Por qué tanta prisa? Ya que estáis aquí, ¿no queréis saber quién me ha dejado entrar?

—Seguro que no ha sido Antonio.

—Pues sí, él mismo, y por la puerta principal. Vuestra hermanita vio cómo os escapabais en el barco y se quedó muy triste. Patricia y yo nos hemos encargado de ella. La he acompañado personalmente a su habitación, le he acariciado su bonita carita surcada por las lágrimas…

Carlotta apretó los puños.

—No os atreváis a acercaros a mi hermana —le advirtió.

—Lady María es un pequeño capullo de rosa que, por el momento, no tengo intención de recoger, no os preocupéis. Pero es muy habladora, si se le hacen las preguntas adecuadas. Y observa más de lo que vos creéis.

—¿Y bien, marqués?

La luz de la lámpara de aceite jugueteaba en su rostro, desfigurándolo. Filippo sonrió. Parecía seguro de sí mismo.

—Me ha dicho que desde que estáis aquí en la villa habéis cambiado. Que tenéis vuestros pequeños secretos. Os ha visto subir aquí más de una vez, así que me ha intrigado… Me ha dejado subir solo; al fin y al cabo, la he acompañado a casa en lugar de su egoísta hermana, era lo menos que podía hacer, ¿no?

—¿Adónde queréis llegar? —siseó Carlotta.

—A ningún sitio en particular. Pero comprenderéis que debo protegerme.

—Protegerse de…

De repente lo comprendió. El marqués se puso de pie y retrocedió, dejando el libro sobre el escritorio de madera.

Carlotta se apresuró a abrir el baúl, rebuscando entre la ropa vieja, donde había escondido los dibujos. Ya no estaban. Se volvió hacia él, con el rostro impasible.

—Ya me había dado cuenta de que detrás de esa expresión angelical se esconde una auténtica puta.

—¿Cómo os atrevéis? —susurró Carlotta, sonrojándose.

Filippo sacó los dibujos de su chaqueta, los que representaban al duque Georg desnudo.

—Un clásico bodegón, sois una buena artista.

—Devolvédmelos —gritó Carlotta, presa del pánico. Se inclinó para cogerlos y él los levantó con una sonrisa diabólica.

—El duque. Quién hubiera dicho que la dulce Carlotta tenía una debilidad por los hombres tenebrosos. Decidme, ¿es fruto de vuestra imaginación o él ya os ha dejado probar lo que habéis pintado con tanta maestría?

—Sois un hombre grosero y repugnante —replicó Carlotta—. Devolvedme lo que es mío.

—Debo admitir que, incluso en los detalles, habéis sido muy precisa. El tema es inequívoco… Ese lunar tan evidente debajo del cuello… Lo vi mientras nos bañábamos, una noche, entre hombres. Pero vos… Sois una continua sorpresa.

Filippo se puso serio.

—Habéis sido lo suficientemente tonta y presuntuosa como para firmar todos vuestros bosquejos. Basta con que haga algunas reproducciones, y mañana todos sabrán que Carlotta es digna hija de su madre. La familia Albrecht, llena de putas. A saber cuánto se alegrará vuestro padre cuando se entere.

Carlotta se rindió. Sabía que no podía arrancarle los dibujos de las manos. Le temblaban los labios.

—¿Qué queréis de mí, marqués?

—Eso está mejor —respondió él—. Deberíais haberme tratado así desde el principio. Que calléis la boca ante vuestra amiga Patricia, dejadme casarme con ella y no os entrometáis más en mis asuntos.

Ella asintió, incapaz de articular palabra. Siempre había despreciado al marqués Arconati, pero no se esperaba todo lo que estaba ocurriendo. No sabía si sentir más pena por Patricia o por sí misma.

—¿Me daréis mis dibujos?

—Cuando se hayan consumado las nupcias —respondió él, hinchando el pecho. Se inclinó para dar una última caricia a Dash.

—Ahora me voy a dormir, estoy cansado. —Su boca se acercó al oído de Carlotta—: Dulces sueños, angelito —susurró.

Ella se quedó inmóvil, como paralizada.

Esperó a que el carruaje se alejara. Solo entonces se inclinó hacia el suelo, hundió el rostro en el pelaje de Dash y ahogó en él el grito

más profundo del que fue capaz, asustada y conmocionada.

# 17

—¿Todavía estás acostada? —la regañó Marianne, cuando entró en su habitación sin llamar.

Carlotta se desperezó con cansancio. Habían pasado cinco días desde la maldita noche de la fiesta en Villa Melzi y no había podido dormir bien. Los fantasmas de la villa habían sido sustituidos por los de sus pensamientos.

—Buenos días a ti también, mamá —murmuró, tratando de ahuyentar las pesadillas.

Marianne no le dio tiempo a recuperarse.

—¡Francesco ha venido a verte! —anunció con gran entusiasmo.

Carlotta se incorporó de un salto.

—¿Francesco está aquí? ¿Ahora?

—Sí, está en el salón —respondió Marianne con una sonrisa de satisfacción—. Y no puedes recibirlo en estas condiciones. ¡Annette! —gritó, sin siquiera volverse.

Annette, que probablemente estaba esperando detrás de la puerta, entró rápidamente en la habitación.

—¿Milady?

—Coge esta ropa —ordenó Marianne, abriendo el armario de Carlotta con un gesto afectado y sacando vestidos como si estuviera eligiendo un lienzo en una exposición.

—Este no, demasiado sencillo. Este, demasiado oscuro. Este…, ¡oh, este es perfecto! Pero necesita accesorios. Annette, arréglalo todo.

Annette cogió con aire contrito el vestido que Marianne le tendía y se agachó para recoger los pañuelos y las faldas que Marianne seguía lanzando por toda la habitación.

—Quizá un broche aquí, o un sombrero elegante… —continuaba Marianne, mientras Annette intentaba desesperadamente no tropezar con aquella cascada de ropa.

Carlotta suspiró.

—Mamá, me parece un poco excesivo. Me pondré un vestido cualquiera, solo es un té con un conocido.

Subrayó «conocido» con un tono ácido en la voz.

—No seas ridícula —replicó Marianne, colocando un vestido ante Carlotta—. De todos modos, es un conde, y no se presenta todos los días en tu salón de té. Y es el hombre más rico que he conocido nunca. Esta visita significa algo.

—Sí —murmuró Carlotta, todavía aturdida—, significa que me está cortejando, naturalmente. Pero yo he terminado con esta historia, ya te lo he dicho.

Annette reprimió una sonrisa mientras colocaba un vestido sobre la cama, pero Marianne no se dejó distraer.

—Ya está, este vale. Annette, vístela. Yo estaré abajo con Francesco.

—Sí, pero pongamos un límite. El conde, que no aparece todos los días en mi salón de té, me está literalmente echando de la cama. ¡Que espere!

Carlotta dejó que Annette cogiera el miriñaque y la ayudara a ponérselo.

—Carlotta —dijo Marianne, con tono repentinamente serio—, no puedes comportarte como hiciste en Villa Melzi. Te fuiste de la fiesta sin siquiera saludar a Francesco, y esto podría malinterpretarse.

Carlotta la miró con una mezcla de incredulidad y frustración.

—¿No te lo dije el otro día, mamá? No quiero seguir siendo un objeto. Parecías estar de acuerdo. ¿Qué te pasa ahora? ¿Otro ataque de superioridad?

Marianne se puso a la defensiva por un instante, su rostro reflejaba una sombra de emoción que Carlotta no logró desentrañar.

Carlotta había podido hablar con su madre en los días posteriores a la fiesta y le había dicho que no tenía intención de casarse. Marianne parecía preocupada, pero no descartaba la posibilidad de que descartara la opción del matrimonio y siguiera otro camino. De la primera mujer noble que pedía el divorcio no se podía esperar demasiada rigidez. ¿Por qué esa mañana todo parecía diferente?

—Vístete y basta, Carlotta —la interrumpió Marianne—. Y respeta las reglas.

—¡Claro! Solo tú puedes permitirte romperlas, ¿verdad?

Marianne suspiró.

—Yo soy yo, Carlotta. Soy adulta y tengo una posición que tú todavía no tienes. Ahora tenemos que pensar en tu futuro, no en el mío. Y aunque el otro día entendí lo que me dijiste, lo he pensado mucho y no quiero que sigas mis pasos. Por ahora, el prestigio y el poder solo se obtienen a través del matrimonio.

—¿Ah, sí? —replicó Carlotta—. ¿Y entonces tengo que dejar que me corteje un hombre solo porque es un conde, aunque yo no

sienta nada por él?

Marianne bajó la mirada.

—Sentirás muchas cosas por él, ya lo verás —dijo finalmente Marianne, bajando el tono de voz—. Gratitud, afecto, reconocimiento. Serás feliz. Francesco puede ofrecerte una estabilidad que…

Se interrumpió, como si hubiera dicho demasiado. Carlotta la miró, tratando de entender qué se escondía detrás de esas palabras.

—¿Tú eras feliz, mamá? —preguntó, bajando la voz.

Marianne se volvió hacia la ventana y fijó la mirada en el lago, a lo lejos.

—Eso no importa —respondió finalmente—. Yo tomé mis decisiones y ahora te toca a ti tomar las tuyas. Pude escapar de mi matrimonio, pero solo gracias a otro hombre: mi padre. Cuando él murió, su herencia me permitió tomar decisiones arriesgadas, sí, pero tenían detrás la solidez de una renta segura. El mundo no es indulgente con nosotras, las mujeres, y las oportunidades no se repiten.

—Pero ¿no eras tú quien decía que las mujeres siempre deben ser libres? —insistió Carlotta.

—Yo encontré mi libertad. Te la enseñé a ti y a María. Y los requisitos para la libertad hay que crearlos, nunca lo olvides. Francesco puede darte todo lo que deseas: sin independencia económica, una mujer nunca será libre. Es poco romántico, quizá, pero es así.

Estaba segura de sí misma, pero había una extraña resignación en su voz. ¿Qué estaba guardándose para sí?

—No es poco romántico. Es horrible —replicó Carlotta con dureza.

Esperaba que su madre replicara, pero esta encajó el golpe y salió de la habitación.

Carlotta sabía que Marianne estaba tratando de protegerla, pero no podía evitar sentirse atrapada, como una pieza en un tablero de ajedrez que alguien estaba moviendo.

Sus propósitos de no hablar con Georg habían tenido éxito, pero los de no pensar en él, no tanto. Había pasado noches enteras dándole vueltas y había dado largos paseos por la playa. Se había dedicado a observar a los pintores, que pintaban el lago y los pueblos de la orilla opuesta a Montemezzo. Cuando Georg se los mencionó, decidió que tenía que aprender de ellos: acompañada por Annette, con el caballete en la mano, se acercó y, en silencio, se inspiró en sus obras.

Un día vio a Georg de soslayo pasar a caballo. Se detuvo, intentó hablar con ella, pero Carlotta le pidió a Annette que le dijera que quería que la dejaran en paz.

Le había costado mucho, pero sabía que era la única salida posible. No quería saber nada de él ni de sus cortejos a lady Grey.

Desde aquel episodio no lo había vuelto a ver y, a pesar de que él seguía atormentando sus sueños, estaba convencida de que la herida, poco a poco, empezaría a dolerle algo menos. Podría pasar el resto del verano así y luego volver a Potsdam con algunas cicatrices, pero al menos intacta.

En cuanto a Filippo, no había vuelto a saber nada de él. Al menos, se dijo, estaba segura de que no había divulgado sus dibujos. Sus secretos estaban a salvo. Con varios pretextos, también había logrado esquivar a Patricia. En cuanto a María, las dos hermanas se evitaban cuidadosamente. María estaba enfadada con Carlotta por el

episodio de Villa Melzi, Carlotta estaba furiosa con María por haber permitido que Filippo subiera al desván. Había descartado la idea de convertirlo en su taller privado, una posibilidad que veía desvanecerse. Sin embargo, se había quedado con el libro de leyendas japonesas, porque todo lo relacionado con Elena seguía siendo de suma importancia para ella. El libro se lo había regalado su tío, el mismo que creía en su talento como escritora. La dedicatoria decía:

> Elena, en cuanto vi este libro, pensé en ti. Son leyendas que se cuentan en Japón. Ya sabes leer bien: te gustará. Con cariño, tu tío trotamundos.

Carlotta tenía todos los libros que se podían desear, pero le parecía que nunca había estado en contacto con algo tan extraño y precioso. Las ilustraciones remitían a Oriente, chicas con sombrillas de papel la miraban con sus ojos almendrados.

Una vez que acabó de vestirse, bajó al comedor, donde Francesco la estaba esperando. Carlotta también vio a María de soslayo. Estaba alejada, junto a su madre, y parecía estar en otro lugar, con la mente en otra parte.

—Lady Carlotta —dijo Francesco, con una ligera reverencia. Su sonrisa era cordial, pero vacía—. Espero no molestaros. Quería asegurarme de que os encontrabais bien tras vuestra repentina ausencia de la fiesta de… ¡Dios mío, ya han pasado cinco días!

Carlotta levantó la vista, manteniendo la calma. Francesco era educado, afable, pero siempre tenía la sensación de que era

demasiado comedido, como si cada palabra hubiera sido cuidadosamente elegida de antemano.

—Gracias, conde —respondió ella—. Estoy bien. Solo tuve necesidad de retirarme un poco antes. Además, he estado ocupada con mis dibujos.

Francesco asintió con la cabeza mientras esbozaba una ligera sonrisa.

—Entiendo —dijo.

Mientras el mayordomo servía el té y los sándwiches de atún y pepino, la conversación derivó, como siempre, hacia los chismes. Hablar de los ausentes era la actividad más popular en las villas del lago, y Francesco era un maestro en ello. Contó algunas anécdotas que hicieron reír a Marianne, pero que no tuvieron ningún efecto en Carlotta.

—Pero el episodio más sabroso, lady Carlotta, ocurrió precisamente en la fiesta, la otra noche, después de su partida.

Carlotta le prestó más atención.

Francesco se recostó en el respaldo del sillón con una elegancia estudiada.

—La duquesa Miranda —continuó— fue sorprendida fumando y hablando de una manera, digamos, bastante íntima con el duque de Sajonia-Meiningen. Una escena que no pasó desapercibida, sobre todo porque, poco después, algunas damas comenzaron a murmurar sobre un hecho interesante.

Carlotta levantó la vista. Se esforzó por parecer indiferente a lo que estaba diciendo el conde y que confirmaba sus sospechas.

—Se dice que Miranda no es la verdadera hija de los condes Grey. Parece ser que la condesa la adoptó, no se sabe muy bien, digamos,

en qué circunstancias —hizo una pausa significativa y lanzó una mirada a Carlotta. Ella sintió como una oleada de incomodidad recorría su piel. No era tanto el contenido del rumor lo que la molestaba, sino la insistencia con la que Francesco lo contaba y que parecía esperar de ella una reacción de complicidad o, peor aún, de aprobación. Carlotta no dijo nada, él continuó.

—Debéis saber que la condesa Grey es una benefactora, y ha fundado una escuela para jóvenes muchachas sin recursos en Londres. Una escuela respetable, por supuesto, y es precisamente allí donde, después de adoptarla…

Dejó la frase en el aire, como si lo que se callaba fuera más elocuente que lo que decía.

—No me gustan los rumores, conde —respondió Carlotta, con una frialdad que lo hizo sobresaltarse—. Y no veo nada malo en fumar o conversar libremente. En cuanto al origen de la duquesa, me parece irrelevante. No es el nacimiento lo que define el valor de una persona.

Francesco inclinó la cabeza. Daba la impresión de que la respuesta le había divertido, pero su sonrisa se agrietó ligeramente.

—Admiro vuestra franqueza —dijo con un tono que delataba una ligera condescendencia—. Es raro encontrar a una joven tan decidida en sus opiniones. Sin embargo, no podéis negar que la educación y el nacimiento tienen su peso. Todo indica que Miranda era solo una humilde dama de compañía, ¿entendéis?

—Seguro que aprobó con nota en la escuela —respondió lacónica Carlotta. No podía soportar seguir hablando de Miranda. Se sentía burlada por ella y, al mismo tiempo, el episodio no hacía más que

recordarle lo ingenua que había sido al confiar en alguien solo porque le había causado una buena impresión.

—Una escuela, por muy respetable que sea, no puede sustituir a un linaje —dijo Francesco secamente.

Ella levantó una ceja.

—Una escuela, conde, puede hacer mucho más de lo que vos creéis. No solo se aprende literatura, idiomas y artes, sino también fuerza de carácter, algo que no es habitual ni siquiera entre los nobles. Miranda, por ejemplo, habla italiano con fluidez y se siente cómoda en cualquier conversación. Habrá una razón por la que el duque de Sajonia-Meiningen ha empezado a cortejarla.

La última frase la había pronunciado más para sí misma que para él.

Francesco pareció ligeramente irritado.

—No pongo en duda que ciertas cualidades puedan enseñarse. Pero la elegancia, la autenticidad, esas son innatas. No se pueden aprender. Es evidente, cuando observas a alguien, enseguida percibes si realmente pertenece a este mundo. Como vos y yo, por poner un ejemplo.

Carlotta lo miró fijamente durante un momento, sintiendo cómo la ira iba en aumento.

—Me pregunto, conde, si os dais cuenta de lo limitada que es vuestra visión. ¿Sabéis? Muchas personas de sangre noble no tienen ni elegancia ni auténtica nobleza de espíritu. Quizá deberíais observar mejor nuestro mundo antes de juzgar el valor de quienes pertenecen a él o no.

—¡Carlotta! —espetó Marianne, que estaba escuchando la conversación en un rincón de la sala—. ¡Pídele perdón al conde

inmediatamente!

—No, princesa, no la regañéis. Me parece que lady Carlotta es notable. Su espíritu es… estimulante.

Carlotta no se dejó seducir.

—No es cuestión de espíritu, conde. Es cuestión de justicia. Y me parece injusto juzgar a una persona por sus orígenes o por la educación que ha recibido. Hay mucho más valor en el carácter y en las acciones que en un nombre o un título.

Le disgustaba defender implícitamente a Miranda, pero no podía callar sus convicciones.

Francesco sonrió de nuevo, pero esta vez de un modo más forzado.

—Sois una mujer decidida —dijo, levantándose del sillón y arreglándose el cuello de la camisa—. Y quizá por eso sois tan fascinante.

Carlotta se limitó a asentir con la cabeza. Francesco representaba todo lo que ella estaba empezando a detestar: las convenciones, los prejuicios, el peso de un sistema que parecía aplastar todo lo que era auténtico. Pero, sobre todo, no soportaba que su madre hubiera vuelto a cambiar de opinión y la animara a lanzarse a los brazos de un hombre rico e insulso.

Miró de nuevo a María, que estaba sentada en un sillón en un rincón de la habitación. Observaba la escena impasible, con la mirada fija en el vacío. Carlotta sintió una vaga sensación de inquietud.

—Lady Carlotta, no quiero robarle más tiempo —concluyó Francesco, inclinándose con elegancia—. Espero que tengamos

ocasión de continuar esta conversación en otra ocasión más… agradable.

Ella se inclinó para despedirse. Se dijo que esa era la última vez que el conde cruzaba el umbral de la villa. Le enviaría una nota, comunicándole de manera decidida que no estaba interesada en salir con él.

Tan pronto como Francesco se marchó, Marianne se levantó y salió de la sala dando un portazo, sin decir una palabra. Carlotta permaneció inmóvil, con la respiración aún tensa por la conversación.

Luego, la voz de María la sacó de su ensimismamiento.

—Debes de estar muy satisfecha de ti misma —la oyó decir—. Siempre sabes cómo concluir las conversaciones que no te interesan.

Carlotta se volvió hacia ella, frunciendo el ceño.

—¿Qué estás diciendo?

María se levantó lentamente, alisándose la falda con movimientos comedidos.

—¡Oh!, nada —respondió, con la mirada fija en el techo, como si estuviera hablando sola—. Solo que, evidentemente, tienes cosas más urgentes e importantes que hacer que intercambiar dos palabras con el conde. O con tu hermana.

Carlotta apretó los labios, sintiendo cómo crecía su enfado.

—No es el momento para montar escándalos, María.

—Claro, lo sé. He aprendido a no molestarte con mis… pequeños problemas insignificantes.

Carlotta se puso a la defensiva.

—Esto no es justo, María. Dime qué te pasa. ¿Por qué llorabas delante del marqués en la fiesta de Villa Melzi?

María no la dejó terminar.

—No te preocupes. No es importante. De hecho, son solo asuntos míos. Nada es demasiado importante cuando se trata de mí, ¿verdad?

—Si hay algo que quieras decirme, dímelo ahora en lugar de montar una escena.

María se rio en voz baja, con un deje de amargura.

—¿Por qué? ¿Por qué debería hacerlo? Lo intenté la otra noche, tres veces, pero me dejaste esperándote en la terraza y te marchaste sin avisarme.

Carlotta se acercó, con los ojos encendidos de ira.

—Claro, y tú aprovechaste para compadecerte delante del marqués Arconati, ¿eh? Y no escatimaste nada: le dejaste entrar en nuestra casa y le enviaste a husmear en el desván. ¡No tenías derecho! ¡Ni siquiera puedes imaginar el escándalo que has montado solo porque querías reclamar mi atención!

María abrió los ojos de par en par, fingiendo sorpresa.

—Oh, entonces si eres infeliz es culpa mía. Lo siento mucho. —Luego bajó la voz—: Y perdóname también si, por una vez, soy yo la que tiene cosas más importantes que hacer.

Dicho esto, María se dirigió hacia la puerta, sin volverse.

—¡María! —la llamó Carlotta, pero ella no se detuvo.

Carlotta se quedó sola en el salón de té, con la rabia presionándole el pecho. Por un instante, se preguntó si realmente había hecho algo malo, si había ignorado a María cuando debería haberla escuchado. Pero luego el recuerdo de su ironía punzante, de su tono molesto y, sobre todo, de su comportamiento con el marqués le hizo apretar los puños. El día había comenzado hacía

pocas horas y ya le parecía interminable. Deseaba quedarse un rato sola para ordenar sus ideas, pero ni siquiera tuvo tiempo de pensarlo cuando el mayordomo entró en la sala.

—Lady Carlotta, tengo el placer de anunciaros la visita de lady Patricia Von Alten.

«Justo ahora», pensó Carlotta, y antes de que pudiera responder, Patricia entró en la habitación con un entusiasmo que parecía llenar todo el espacio y la abrazó con vehemencia.

—¡Carlotta! —Sus ojos brillaban, y una sonrisa radiante iluminaba su rostro—. ¡Tengo que hablar contigo! No podía contenerme, tenía que decírtelo enseguida.

Carlotta se dejó abrazar, pero fue incapaz de responder con el mismo entusiasmo. «Dime que no es lo que pienso», dijo para sus adentros.

—¿De qué se trata? —preguntó con una media sonrisa.

Ambas se sentaron en los sillones de terciopelo, y Patricia estrechó las manos de su amiga.

—¡Filippo! ¡Me ha dicho que va a pedirme matrimonio! También ha hablado con mi padre. —Bajó ligeramente el tono de voz—. Él… es todo lo que podría desear, Carlotta.

Carlotta se quedó en silencio un momento, observando a Patricia. La felicidad de su amiga era contagiosa, pero bajo su apariencia luminosa sentía una extraña presión, como si Patricia intentara convencerse más a sí misma que a los demás. Quizá no era tan ingenua y, sin duda, había notado que algo en la actitud de Filippo no cuadraba. Ella lo sabía, lo había notado en su voz: Filippo no la quería. Solo la estaba utilizando para conseguir el dinero que

malgastaba en el juego y en mujeres. Se estremeció solo de pensarlo.

—Patricia, escúchame —dijo finalmente, luchando contra el deseo de contarle todo lo que sabía—. Filippo es encantador, lo sé. Pero ¿estás segura de que es sincero? ¿De que siente por ti lo mismo que tú sientes por él?

Patricia abrió mucho los ojos y retiró ligeramente las manos.

—¿Sincero? Carlotta, ¿qué quieres decir? Filippo es un caballero. ¿Por qué no iba a ser sincero?

Carlotta bajó la mirada. No podía hablar con ella: Filippo todavía tenía esos dibujos que habrían provocado un nuevo escándalo en su familia. Nadie necesitaba eso ahora.

—Yo… solo quiero que seas feliz —respondió, eligiendo cuidadosamente las palabras—, pero te pido que lo pienses. Que lo observes de verdad, más allá de las apariencias y los modales.

Patricia se rio, pero su risa temblaba, recordaba el tintineo de un vaso a punto de romperse.

—¡Carlotta, por favor! Siempre tan seria, tan quisquillosa. No todos los hombres se dejan llevar por declaraciones de amor grandilocuentes. Y Filippo es discreto, sí, pero me quiere. Lo sé.

Carlotta contuvo un suspiro, pero la tensión en su pecho era palpable. No podía ignorar lo que, a pesar suyo, sabía.

—Patricia, no quiero ser cruel —comenzó, buscando un tono amable—, pero ¿alguna vez has oído algo de él que te haya dado un vuelco? ¿Una palabra, un gesto, algo que no fuera solo… discreto?

Patricia se puso tensa y se ruborizó.

—¿Y qué debería hacer? ¿Esperar a un caballero que se arrodille con un soneto en la mano y proclame su amor delante de todos?

Sinceridad, discreción… ¡Cuántas palabras inútiles, Carlotta!

Carlotta se mordió el interior de la mejilla y su amiga continuó, con un tono más duro:

—¿O tal vez estás celosa? Eso es, ¿verdad? Porque yo, al menos, ¡estoy a punto de recibir una propuesta de matrimonio! ¿Y tú?

Carlotta abrió los ojos, sintiendo cómo la ira crecía en su interior.

—Solo digo que lo pienses bien, es un paso importante… ¡Vas a pasar con él el resto de tu vida!

La habitación se sumió en un silencio sepulcral, solo roto por el tictac del reloj. Patricia bajó la mirada y pareció entristecerse. Pero cuando levantó la vista, todavía había un tono de desafío en sus ojos.

—¿Y quién eres tú para juzgar, Carlotta? Responde a mi pregunta de antes: ¿lo sabes todo sobre el amor? ¿Has encontrado a alguien que te haga palpitar y te quite el sueño por la noche? No lo creo.

Carlotta volvió a encajar el golpe, pero se dijo que no debía ceder. No en ese momento.

—Tienes razón, no lo sé todo sobre el amor —respondió, con voz más tranquila pero firme—. Pero sé reconocer a un hombre que no es sincero. Y eso es todo lo que quiero decirte. Después, la decisión es tuya.

Patricia no respondió de inmediato, con el rostro impenetrable. Luego, con un gesto brusco, se levantó.

—Había venido para darte una buena noticia. ¿Cuánto tiempo hace que somos amigas, Carlotta? Desde el primer día me fijé en el marqués Arconati, eso ya lo sabes. Me gusta, yo le gusto. Mi familia ha sacrificado mucho para traerme aquí, para que este matrimonio se hiciera realidad. Pero tú, quizá, no puedas entenderlo.

Carlotta suspiró. En una sola mañana, había conseguido trastornar el día de muchas personas, a su pesar. No pudo soportar la mirada de Patricia. Si su amiga buscaba su aprobación a ese matrimonio, nunca la tendría.

De una cosa estaba segura: Filippo Arconati Visconti era un sinvergüenza y ella tenía que encontrar la manera de protegerla antes de que fuera demasiado tarde.

30 de agosto de 1845

Han pasado los días y no hay rastro de Tano. He estado en el mercado, he preguntado por él a una pescadera que me ha asegurado que en el mercado de Como, el más grande, que tiene lugar una vez a la semana, siempre lo ve. En realidad, esperaba que volviera a visitarme, como había prometido, pero nada. Al principio me dije que tal vez se habría ido, que estaba ocupado en otro lugar. Quizá el trabajo lo había llevado lejos. Seguí pensando en ello, en volver a ver nuestros cuerpos juntos, en sentir su aliento sobre mí, nuestro beso tan intenso. Fantaseé durante mucho tiempo y luego me di cuenta de que eran solo fantasías. O que a él no le importaba nada esta historia. Quizá hace así con todas.

Me propuse olvidarlo, pero ayer me dije que no podía seguir dejando que las cosas me afectaran, que solo se vive una vez y hay que aprovechar la vida al máximo. Me armé de valor y fui al mercado, pregunté si alguien necesitaba ayuda para cargar su mercancía a cambio de que me llevaran en barco hasta Vezio. Encontré a un comerciante de aceitunas que fue muy amable y me indicó el camino una vez que llegamos.

Fui a pie hasta el castillo, donde me dijo que solía estar con sus aves rapaces, inmerso en ese mundo de viento y plumas que parecía pertenecerle como a nadie más. Nunca había estado en Vezio. Desde abajo, a menudo alzaba la mirada hacia esa torre que se recorta contra el cielo y recuerda un dedo acusador, y cada vez me pregunté qué se escondía detrás de sus muros.

El sendero se eleva empinado y estrecho, bordeado por olivos nudosos que parecen susurrarse secretos antiguos. Cuando por fin vislumbré los muros del castillo, el viento comenzó a soplar con más fuerza, trayendo consigo el olor de la piedra húmeda y las hierbas silvestres.

El castillo de Vezio es un señor obstinado que no quiere ceder a la vejez. Sus torres están marcadas por el paso del tiempo, pero se yerguen con una dignidad que desafía los siglos. La familia Nicolis di Robilant es su propietaria desde hace años, me han dicho, y la torre está habitada, a pesar de su aspecto austero y del silencio que reina en ella.

Cuando llegué a la puerta, un hombre alto y delgado me abrió.

—¿Quién es usted? —preguntó sin una pizca de cortesía.

—Soy Elena —respondí—. Busco al halconero. Es un asunto importante.

Llevaba mi mejor vestido, pero él me miró de arriba abajo como si fuera una mendiga. Me dijo que esperara, que preguntaría a los amos si podían recibirme.

—Los señores me confirman que puede esperar en el salón.

Me hizo entrar y me encontré en un ambiente que no sabría describir más que como sofocante. Las paredes estaban cubiertas de tapices oscuros y pesados, las ventanas estrechas apenas dejaban entrar un hilo de luz. Una chimenea encendida proyectaba sombras largas y danzantes en el suelo, y los pocos muebles eran austeros, como si hubieran sido elegidos no para confortar, sino para impresionar.

Dos mujeres estaban sentadas junto a la chimenea, una de ellas ocupada en bordar mientras la otra le hablaba en voz baja. En cuanto me vieron, se interrumpieron y levantaron la vista con desconfianza.

—¿Quién es esta chica? —preguntó la mayor, una mujer de cabello gris recogido en un peinado impecable, con un rostro severo que delataba una inflexibilidad innata.

—Dice que busca al halconero —respondió el hombre, con un toque de sarcasmo.

La más joven, que no debía de tener más de treinta años, me miró con una sonrisa apenas esbozada, pero que parecía esconder algo venenoso.

—Qué extraño —dijo en voz baja—. Hace unos días que ya no tenemos halconero. Ha sido sustituido.

Esas palabras me golpearon como un puñetazo. ¿Sustituido? ¿Cómo podía ser? ¿Y dónde podía haber ido?

—¿Sustituido? ¿Y por qué? —pregunté, tratando de mostrar despreocupación, pero el temblor de mi voz me delató.

—No es asunto de su incumbencia —respondió secamente la mujer mayor.

—¿Tenéis idea de dónde está ahora?

—Eso tampoco es asunto suyo. Los sirvientes van y vienen. No nos corresponde a nosotros preocuparnos por su destino.

Se me encogió el corazón y, mientras bajaba la mirada para ocultar mi frustración, la mujer más joven me miró con aire pensativo.

—Si quieres saber más —dijo, mientras la otra mujer le lanzaba una mirada fulminante— deberías preguntarle al señor Valsecchi. Estuvo aquí el otro día. Quizá él pueda decirte algo sobre el anterior halconero.

Le di las gracias con un gesto de la cabeza, porque no me salía la voz, y salí del castillo desolada. Me parecía que cada piedra resbalaba bajo mis pies, que el viento lo sabía todo y estaba tratando de hacerme tropezar.

No sé por qué dije «gracias». No era gratitud, era un reflejo, una costumbre. Quizá porque aquellas mujeres, con sus sonrisas cortantes y sus palabras concisas, me habían intimidado. Quizá porque el castillo, con esas murallas que parecen observarte, no es un lugar donde puedas estar segura de nada, ni siquiera de lo que estás pensando. Cada olivo con el que me cruzaba parecía un testigo silencioso, sus hojas susurraban al viento frases que no podía llegar a entender.

Valsecchi. Su nombre resonaba en mi cabeza, desagradable y familiar, me hacía pensar en el ruido de un cajón que se abre y se cierra continuamente. El señor Valsecchi había estado en el castillo. Y el halconero ya no estaba.

¿Por qué todo esto?

El camino parecía interminable. El lago estaba allí, inmóvil y pesado como un secreto que no se puede contar. Me detuve un momento, jadeando, con el viento revolviéndome el pelo.

¿Qué debía hacer? ¿Volver a casa y fingir que todo era normal? ¿O enfrentarme a Alfonso, mirarlo a los ojos y preguntarle dónde estaba Tano? Pero ¿qué podría conseguir? El señor Valsecchi es el amo y yo soy su sirvienta. Mis palabras no cuentan nada.

Sin embargo, también sentía otra sensación. Una culpa, pequeña pero persistente. Si Tano estuviera realmente lejos de mí, realmente a salvo, si no hubiera intentado acercarme tanto a él, tal vez no habría desaparecido. Quizá yo misma lo expuse, sin querer, a la furia o a la mala fe de Alfonso.

Me abracé, tratando de entrar en calor, mientras el viento se intensificaba y el cielo se volvía más gris. Descendía, y, sin embargo, tenía la impresión de que no me acercaba nunca al lago, parecía que mis piernas me llevaban a otro lugar, a un lugar que no conocía y al que quizá no quería llegar.

Es posible que así es como empiece el final: con un camino que parece cada vez más largo, un nombre que no puedes olvidar y una pregunta a la que no puedes dar respuesta.

No es justo. No es justo que él haya desaparecido así, sin una explicación, sin un adiós. Y cuanto más lo pienso, más siento que me ahogo. Esta villa, este lago, estas paredes que parecen cada vez más estrechas… Me gustaría irme. Me gustaría subirme a un bote y remar hasta perder de vista la orilla, hasta dejarlo todo atrás.

Pero no puedo. No tengo adónde ir, no tengo cómo escapar.

Y así me quedo aquí, con el corazón apesadumbrado y el pensamiento fijo en alguien a quien tal vez nunca vuelva a ver.

# 18

—¿Está lista la cesta para nuestra merienda? —preguntó Marianne.

El jardinero negó con la cabeza, confundido. Hasta tal punto parecía distraído que la abuela Luisa tuvo que regañarlo con la mirada.

—Voy a ver a la cocinera —respondió Giovanni, como si se hubiese despertado de repente.

Carlotta le lanzó una mirada divertida: estaba en las nubes, con aire de quien no se da cuenta de lo que está haciendo, la camisa desabrochada y los ojos legañosos.

Johannes, para ese día tan especial, había vuelto a ponerse el traje de cochero, una broma que había ideado Marianne. Vestido con su viejo uniforme, tendió la mano a María y la ayudó a subir al carruaje. La abuela también tomó asiento, con mirada entusiasta.

—Desde que llegamos estoy esperando este momento —comentó.

—Sé que la feria de Menaggio es importante —comenzó a decir María—, pero ¿no podía quedarme en casa?

Carlotta la miró, asombrada. No la reconocía. Solo unos meses antes habría cambiado su mejor vestido por participar en la mayor feria de verano del lago de Como.

—No basta con saberlo, querida —respondió la abuela con paciencia—, hay que participar. La gente del lago vive de las

tradiciones.

Luisa de Prusia amaba las tradiciones, así como había amado su tierra, no solo como patria, sino también como naturaleza. Había crecido aprendiendo a cultivar las plantas y a trabajar los campos, y siempre se había ocupado de sus hermanos menores. Era una de las historias con las que María y Carlotta habían crecido.

Luisa recordaba con orgullo aquellos primeros años de su vida, y solía repetir que la gente común tenía mucho que enseñar a los nobles. Había sido una mujer muy bella y, sobre todo, fascinante. Carlotta admiraba sus retratos y su porte.

Durante el viaje, la abuela comenzó a contar sus aventuras y Carlotta se esforzó por escucharla con atención, a pesar de que su mente estaba atestada de pensamientos. Mientras tanto, fuera de la ventana, admiraba encantada los sauces llorones que se inclinaban para acariciar las orillas del lago, en tanto que la luz dorada bailaba sobre el agua y algún pescador atracaba su barca, después de haber capturado *agoni* durante toda la mañana. Casitas de piedra y techos rojos se alternaban con pequeñas capillas de oración de los nobles y, de vez en cuando, aparecía una villa con un jardín cuidado y fuentes de las que brotaba agua cristalina.

Cuando Johannes detuvo el carruaje, se encontró catapultada a lo que le pareció una realidad muy diferente de la elegante calma lacustre a la que estaba acostumbrada. Una fila de puestos se abría ante su vista: dulces, pescado del lago, quesos… convivían pacíficamente junto a valiosos muebles, gallinas, fruta y verdura, saltimbanquis y tragafuegos.

—Con este calor —se quejó María, cada vez más impaciente. Carlotta pensó que no le faltaba razón, pero la consolaba el hecho

de que solo iban a dar un paseo, o al menos eso era lo que tenían planeado. Eran huéspedes de su primo Friedrich en Villa Camelia, el cual había puesto a su disposición su finca de verano para un *brunch* refinado, tal y como a él le gustaba.

Carlotta bajó del carruaje y abrió inmediatamente la sombrilla para protegerse del sol, que ese día era particularmente intenso. Siguió a su abuela Luisa, que se dirigió inmediatamente a probar las tortitas y comenzó a charlar con los comerciantes.

El olor a frito se mezclaba con el sudor de la gente apiñada y el ganado. Carlotta sintió una fuerte náusea. María, a su lado, se puso roja como un tomate.

—Te espero en el carruaje —le dijo a Carlotta—, díselo a la abuela, o seguro que buscará la manera de retenerme.

Ella asintió y se acercó con dificultad a la abuela, mientras Marianne y Johannes desaparecían entre la multitud.

—¿Dónde está tu hermana? —preguntó inmediatamente la condesa Luisa, contrariada.

—No se encuentra muy bien —respondió Carlotta.

—Tu hermana menor parece… diferente, ¿no crees?

La condesa había echado una mirada el carruaje, mientras María cerraba la cortina al mundo.

Carlotta siguió la mirada de su abuela, con una punzada de culpa que le presionó el estómago. No había prestado mucha atención a María en las últimas semanas, absorta como estaba en sus propios pensamientos. Después de sus discusiones, decidió que lo mejor sería dejarla macerar en su mal humor, esperando a que le volviera la sonrisa.

—¿Diferente en qué sentido?

Luisa se volvió hacia ella con expresión seria.

—Está inquieta, evasiva. Me parece que nos está ocultando algo. No es la María de siempre. ¿No te ha dicho nada estos días? ¿No has notado nada raro?

Carlotta sintió que su abuela la cogía por sorpresa.

—No —mintió con una sonrisa forzada—. Nada en particular. María siempre ha sido un poco… lunática.

La abuela no parecía convencida. Se detuvo en el puesto de dulces e hizo un gesto para probar el crocante. A Carlotta siempre le sorprendía el gran apetito que tenía, a pesar de su edad.

—Carlotta —dijo en voz baja, pero con firmeza—. Sois hermanas. Es tu deber darte cuenta cuando algo va mal. Sobre todo, ahora que tu madre está distraída y yo no puedo estar en todas partes —dijo la abuela cogiendo el crocante y dándole un mordisco.

—Muy bueno —elogió, y le hizo una señal a un criado para que lo comprara.

—Si mi madre está distraída es porque piensa en su nuevo amor, no en nosotras. Tampoco a mí me han asignado una tarea fácil —murmuró Carlotta. La condesa le ofreció un bocado, pero ella lo rechazó.

Luisa suspiró. En sus sabios ojos volvió a aparecer la llama de la indulgencia.

—Hasta hoy no había visto nunca feliz a lady Marianne —le dijo—. Ha tomado una decisión difícil. No todas las mujeres habrían tenido su valor.

Carlotta se impacientó.

—¡Ha eludido sus responsabilidades! Ha dejado a un hijo en Prusia. ¡A mi hermano! ¿Qué hay de valiente en eso? ¿Y qué le dirá

a su hijo cuando finalmente regrese con él?

—No me corresponde a mí decirte esas cosas, pero tu madre no podrá regresar a Prusia. Nunca más. Sus propios padres se lo impedirían. ¿Lo entiendes? Cada uno elige su camino y ella ha tomado uno sin retorno. Ha decidido anteponerse a todo lo demás. Pero os ha llevado con ella.

—Estaba bien donde estaba antes —murmuró Carlotta, sin poder contenerse.

En realidad, las palabras de su abuela la habían impactado. No tenía ni idea de que Marianne había sido desterrada de la corte de ese modo. Esto no cambiaba mucho las cosas, pero sin duda arrojaba una nueva luz sobre su madre.

—Si papá quisiera, la haría volver en un abrir y cerrar de ojos —reflexionó en voz alta—, y nadie se atrevería a decirle que está expulsada.

—¿Y a quién beneficiaría su regreso a la corte prusiana? ¿A ti, querida nieta, o a ella? ¿No ves lo feliz que es aquí? ¿Por qué te molesta tanto que ahora esté bien?

—No se trata de eso —trató de defenderse Carlotta—, es solo que no entiendo por qué le hizo tal desaire a mi padre.

La abuela Luisa entornó los ojos.

—A veces es más fácil quedarse donde no hay amor, para contentar a los demás. Pero emigrar a tierras inexploradas, con toda la incertidumbre que eso conlleva, solo para preservar la propia libertad, es un acto revolucionario. Ella fue una mujer revolucionaria. ¿Tienes idea de lo que significa llevar el peso de haber sido la primera, entre todas las nobles, en pedir el divorcio?

Carlotta se rindió. Su abuela no lo entendía, o tal vez se le escapaba algo.

—Pensemos en María ahora —le dijo—. Alguien tendrá que hacerlo.

Sabía que había descuidado a su hermana, y había algo en su mirada ausente que le preocupaba de verdad. Pero ¿qué podía hacer? María nunca se había confiado a ella, no de forma sincera.

—Esperemos que estés exagerando, abuela —intentó decir, tratando de recuperar un tono ligero—. María solo está cansada. Parecía haberse adaptado bien, parecía que se lo estaba pasando bien…

Una gallina se escapó de su dueño y pasó delante de ellas, cacareando.

Luisa arqueó una ceja.

—No finjas que no ves nada, Carlotta. Si hay algo que no va bien tienes que descubrir qué es. Detrás de su apariencia brillante, María siempre ha tenido un alma frágil, y la fragilidad, querida, necesita ser apoyada, no ignorada.

Carlotta asintió, pero en su interior estaba hecha un lío. ¿Frágil? Nunca había pensado en María en esos términos. María era la hermana menor, la que aún podía disfrutar de la vida sin responsabilidades ni demasiadas obligaciones. O al menos eso era lo que le había parecido hasta ese momento.

—Mira ese pájaro, nunca había visto uno igual —comentó Luisa, que había presenciado divertida el rescate de la gallina y ahora observaba al comerciante.

—Quizá sea un halcón amaestrado —respondió Carlotta sin pensar, mientras su abuela la miraba de arriba abajo—. Ahora voy,

abuela —dijo Carlotta.

La condesa Luisa no respondió. Nunca había sido de las que ponían impedimentos a sus nietas, no iba a empezar a hacerlo precisamente en ese momento.

Carlotta se acercó al puesto de las gallinas, moviéndose entre los demás visitantes, no sin cierta dificultad debido a su voluminoso vestido. Sentía muchas miradas sobre ella, sobre todo las de las jóvenes del pueblo, que seguramente se preguntaban cuánto tiempo se tardaría en imitar su peinado.

—Milady —dijo un hombre de barba oscura, ligeramente avergonzado—. ¿Puedo hacer algo por vos?

Carlotta dudó. Desde que había visto aquella gallina, no hacía más que pensar en la descripción de Tano que había leído en el diario de Elena.

—Me preguntaba… si criaban halcones.

—Oh —dijo el otro—. Yo no, pero… Claro…

Se volvió para señalar el carro.

—¡Eh, chico! —gritó—. ¡Hay trabajo para ti!

Carlotta contuvo el aliento. Era como haber leído una novela de Dickens y encontrarse de repente con uno de sus personajes. Solo que la historia era completamente real, no inventada.

Un joven de pelo largo recogido con una cuerda apareció ante Carlotta. Ella lo miró fijamente, tratando de recordar la descripción que había hecho Elena. Ojos verdes. Él mantenía la mirada baja, casi asustado.

—Aquí estoy, milady —dijo en voz baja. No había rastro de la vitalidad que había leído en las páginas del diario. Carlotta decidió intentarlo de todos modos.

—Me preguntaba si usted… ¿es halconero?

Él seguía sin mirarla a los ojos. Asintió con la cabeza.

—¿Ha trabajado por casualidad en el castillo de Vezio?

El chico vaciló y, al volverse hacia su amo, o hacia quien parecía serlo, dejó al descubierto una profunda cicatriz que le partía la sien y le llegaba hasta la clavícula. Tenía el rostro desfigurado. Carlotta no pudo ocultar su horror.

—Por eso no debes estar ante la gente, maldita sea —refunfuñó el hombre barbudo. Vuelve con tus pájaros, que asustas a las clientas.

Carlotta dijo:

—¡Espere! —pero él corrió hacia el carro.

El hombre la miró, molesto.

—¿Queréis comprar algo? —le preguntó.

Ella negó con la cabeza y retrocedió. Había desperdiciado una oportunidad. ¿Podía ser Tano aquel joven? Y entonces, ¿por qué no había en él ni rastro del calor que había acompañado las páginas de Elena mientras las escribía? ¿Y aquella terrible cicatriz?

Carlotta alcanzó a su abuela, la apartó de su enésima compra y la llevó a un banco, junto al lago, tratando de dejar atrás a la multitud.

—¿Qué ha pasado? —preguntó la condesa—. Pareces algo alterada.

—Abuela, hace tiempo que quería preguntártelo. ¿Conocías a la familia Valsecchi?

La condesa Luisa suspiró.

—¿Por qué me preguntas eso ahora?

Algo en su mirada le hizo comprender a Carlotta que ella tampoco era indiferente a la historia, que de alguna manera lo sabía.

—No, no los conocía. Solo sé que alquilaron la villa durante unos años a los Sommariva, antes de que ellos nos la vendieran a nosotros —respondió evasivamente.

Carlotta se enfadó.

—¡Eso ya lo sé, abuela!

—¿Lo sabes? ¿Y cuándo…?

No la dejó terminar.

—Te he preguntado si los conocías. Has venido a menudo al lago a visitar a tu amiga Eleanor, los habrás visto, ¿no? ¿Recuerdas a una tal Lorena? ¿Y sabes algo de Alfonso Valsecchi?

La abuela abrió sus ojos azules de par en par y apretó el brazo de Carlotta.

—¿Cómo te atreves a pronunciar esos nombres aquí delante de todo el mundo?

Alguien se había dado la vuelta para mirarlas.

—¿Por qué?

—Porque esa era una familia que no era querida por la gente del pueblo, créeme. Trajo mucha mala suerte.

—¿Puedes contarme más? —preguntó Carlotta, pensando en Elena.

—Hablaremos de eso en casa, en otro momento —susurró la abuela—. Ahora busquemos a tu madre y vayamos a la villa Camelia, por el amor de Dios.

Carlotta estaba cada vez más nerviosa. Encontraron a Marianne y Johannes junto a un saltimbanqui, mientras su madre intentaba jugar con las pelotas del malabarista. La observó y, tal como había dicho la abuela, se dio cuenta de que nunca había tenido esa sonrisa en Prusia. Carlotta esperaba que, mientras tanto, en Potsdam, se

hubieran calmado los rumores sobre su divorcio. Aún no había escrito a Albert, su hermano menor, para saber cómo le iba en la corte prusiana, y de su padre no había llegado ni una sola carta. Sabía lo ocupado que estaba, lo encendidas que seguían las revueltas populares en Prusia, pero no podía evitar sentir una sutil decepción.

—Se me ha escapado una pelota otra vez —exclamó Marianne, que nunca había reído tanto desde que se habían mudado a Italia. Le hizo una seña a Carlotta para que la recogiera, pero ella lo evitó cuidadosamente y dijo que era hora de irse. Marianne dejó las pelotas y se enfurruñó, parecía una niña pequeña. Johannes intentó consolarla con una palmadita en la mejilla.

—Un noble siempre tiene demasiados deberes —se quejó Marianne, mientras seguía a la condesa Luisa hacia el carruaje.

María las estaba esperando, y parecía que hubiera llorado. Carlotta buscó su mano, pero ella la apartó.

—No me pasa nada —dijo—. Déjame en paz.

El carruaje partió unos cientos de metros y entró en la villa Camelia que, naturalmente, tomaba su nombre de las muchas plantas de camelias que decoraban el jardín inglés de su primo Friedrich. Se había montado un cenador en el patio delantero, frente al lago, rodeado de estatuas de muchachas.

Tras los saludos de rigor, Carlotta se sentó en una de las mesitas de piedra y dio un sorbo de limonada fresca. Aún estaba tratando de ordenar sus ideas cuando alguien se sentó a su lado.

—Lady Carlotta —murmuró Georg. No lo había visto llegar, tan absorta estaba en sus pensamientos. El aroma a cuero y jazmín la

embargó. Apretó las manos sobre el vestido e intentó no mostrar lo sorprendida que estaba por su presencia.

—Duque —lo saludó fríamente. Deslizó la mirada en busca de Miranda. Aún no había llegado. En cambio, vio a lady Patricia y al marqués Filippo, que entraban juntos, seguidos por sus respectivas familias. Entornó los ojos. Una de las damas de compañía de su madre, estaba casi segura, la morena bajita, era la sirvienta con la que Filippo se había entretenido en Villa Melzi. La sangre aún le hervía cuando pensaba en lo que había pasado, y en el hecho de que él la estaba chantajeando. Tenía que encontrar la manera de acercarse a ella.

—Lady Carlotta, ¿podemos hablar? —preguntó Georg, en un tono suplicante que ella nunca había oído.

—Ya nos lo hemos dicho todo —le respondió ella.

—No, no lo creo —insistió él—. Hay cosas que decir. Que explicar.

Carlotta se impacientó.

—Solo os he pedido una cosa, duque, que me dejarais en paz. ¿Os parece tan difícil? Sin embargo, cuando estabais con lady Grey, no me pareció que os costara mucho esfuerzo.

Se levantó, lo dejó solo, y se acercó a María, que seguía con la mirada absorta en el lago, ausente de todo lo que la rodeaba.

Estaba satisfecha consigo misma. Lo había puesto en su lugar. Entonces, ¿por qué le temblaban las manos y se le había cerrado el estómago de repente? Todavía le afectaba. No se había curado en absoluto. Apretó los labios y trató de no volverse en su dirección.

—Lady Grey, bienvenida —dijo su primo Friedrich—. Me alegra que hayáis podido venir.

Carlotta se volvió hacia Miranda.

No tenía buen aspecto. A diferencia de otras ocasiones en las que su llegada había sido recibida con murmullos de aprobación, nadie pareció fijarse en ella. Llevaba un vestido gris claro, sin ningún tipo de adorno. En parte, ocultaba su rostro bajo un sombrero del mismo color, que no le sentaba nada bien a su piel ambarina. Pidió agua, no saludó a Georg y se sentó junto a un arbusto de rododendros. Parecía un animal enjaulado. Incluso se quitó los guantes y se llevó las manos a la nuca. Cuando vio a Carlotta, le hizo un gesto para que se acercara.

—¿Y ahora qué queréis vos también? —murmuró Carlotta, acercándose a regañadientes.

—¿Podemos hablar?

Carlotta frunció el ceño.

—Primero Georg, ahora vos, ¿os habéis puesto de acuerdo? —preguntó.

Miranda parecía sinceramente confundida.

—No he vuelto a hablar con el duque desde aquella noche —respondió. Carlotta no la creyó, pero fingió complacerla. Había algo de dolor en su mirada, como si llevara días caminando con zapatos de un número equivocado.

—El sol me está matando —le dijo—, ¿podemos entrar?

Hacía mucho calor. Carlotta asintió. Se dirigieron hacia uno de los salones apartados de la villa, permitiendo que los sirvientes las precedieran.

—Nos gustaría refrescarnos un poco dentro —les explicó Carlotta.

Se acomodaron en una habitación despejada, con la chimenea apagada y un enorme cuadro de Napoleón encima. Carlotta frunció la nariz al verlo. Se sentó en el sofá y se quitó los guantes. Miranda

seguía de pie, con el rostro cada vez más enrojecido, pasándose continuamente la mano por la nuca.

—Lo habéis malinterpretado todo —murmuró—. Quería hablar con vos, venir a veros después de aquella noche, pero no sabía cómo me recibiríais.

—No tengo nada que deciros, lady Grey. No somos amigas. ¿Qué queréis de mí?

—Explicároslo —admitió Miranda, con voz aguda, casi estridente.

—Diría que hay poco que explicar y que no es asunto mío.

—Sin embargo, por mucho que os cueste creerlo, lady Carlotta, vos me agradáis. No nos conocemos bien, es cierto, pero he aprendido a leer vuestras miradas. Sé que vos sois una persona honesta, y el otro día, al veros tan alterada, yo…

—Lady Grey, yo también siento estima por vos. De verdad, no hay nada más que añadir. Nada que podáis hacer. Vos y el duque…

—No hay ningún nosotros —espetó Miranda. Luego se dio cuenta de que casi había gritado—. Está bien —dijo finalmente, en un tono más bajo, casi en un susurro—. Vos os habéis confiado a mi persona. Habéis confiado en mí. Ahora creéis que he traicionado esa confianza. Tengo que demostraros que os equivocáis. Tenéis razón, no estoy diciendo toda la verdad. Pero eso no tiene nada que ver con el duque.

Carlotta la miró fijamente.

—¿Qué queréis decir?

Miranda bajó la mirada por un instante y luego la alzó de nuevo.

—No nací en una familia rica, Carlotta. Fui adoptada, es cierto. Ya se han extendido los rumores, pero, precisamente porque me gustasteis desde el primer momento, quiero ser yo quien os cuente

mi historia. Mi madre adoptiva era una benefactora, una mujer que creía en las segundas oportunidades. Abrió una escuela para chicas como yo, chicas que no tenían nada. Y yo tuve suerte. Me dio un nombre, un título, una vida que nunca hubiera podido imaginar. Pero eso no cambia quién soy por dentro.

Carlotta guardó silencio. A ella no le importaba si Miranda descendía de una familia noble o no. Eso no cambiaba nada de lo que había visto. Lady Grey había hecho un aparte con el duque de Sajonia, eso era todo. Le bastaba.

—Todo lo que hacéis no es asunto mío —respondió—. Y aquella noche reaccioné de forma exagerada, pero no es culpa vuestra. Soy yo quien se ha engañado.

—No es tan sencillo, Carlotta. Nada lo es. Estaba hablando con el duque, es cierto, pero fui yo quien le rogó que se reuniera conmigo, y me escondí precisamente para que la gente no pensara lo que pensasteis vos. La verdad es otra.

—Os escucho —la desafió Carlotta, exasperada.

Miranda la miró con expresión cansada, como si sus palabras fueran un peso que esperaba aliviar desde hacía mucho tiempo.

—La verdad, Carlotta, es que no siempre podemos permitirnos ser lo que somos.

—Sí, sobre todo vos. Todavía no me explico qué hacíais con un cuchillo debajo del vestido.

Miranda apartó la mirada. Tenía el rostro enrojecido, de lo acalorado que estaba.

Se rascó el vestido sin ningún pudor.

—No tenéis ni idea de los peligros que debe evitar una mujer sola —respondió con dificultad. Se llevó las manos al cuello y empezó a

jadear.

—¿Estáis bien? —preguntó Carlotta al verla tan angustiada. Había envidiado a una mujer que llevaba consigo un peso insoportable.

—Está pasando otra vez —murmuró Miranda—. Ayudadme. Me ahogo. Me pica. Me pica.

Carlotta se percató de que intentaba quitarse el vestido. Empezó a desatarle los cordones de la espalda, mientras Miranda se quitaba los zapatos. Su respiración era cada vez más agitada, hasta convertirse en un estertor.

—Ya está —susurró Carlotta, liberándola del miriñaque.

Miranda se desplomó, llorando. Tenía todo el pelo despeinado hacia un lado, y Carlotta se horrorizó. Desde la nuca, toda la espalda, hasta llegar al muslo, la piel de Miranda estaba maltrecha, arrugada, parecía la de una anciana.

—Son quemaduras —susurró Miranda—. A veces me duelen como…, como aquel día.

—¿Qué puedo hacer?

—Hay una pomada en la bolsa que dejé en el carruaje —respondió Miranda en un susurro, retorciéndose de dolor. Carlotta se dio la vuelta para ir a buscarla, y se dio cuenta de que ya no estaban solas.

El duque de Sajonia las había alcanzado y observaba a Miranda con una mano cubriéndose la boca y una mirada angustiada y afligida.

# 19

Tremezzo, 23 de agosto de 1848

Estimado conde Francesco Melzi:

Solo hoy respondo a vuestra carta, con un retraso que espero que me perdonéis.

En la carta, que he apreciado mucho, me pedís expresamente (al ser incapaz, según vuestras propias palabras, de hacerlo en persona) que os exponga con más detalle mis sentimientos. Pues bien, al ser llamada a responder con franqueza, no niego que ya desde hace tiempo deseaba hablaros de ello: por desgracia, mis sentimientos hacia vos no son los que una prometida debería sentir por su futuro esposo. Honrada por vuestra propuesta de matrimonio, debo, sin embargo, rechazarla y rogaros que aceptéis a cambio mi más sincera y leal amistad.

Vuestra,

CARLOTTA ALBRECHT

Carlotta puso el sello de su familia con el lacre y, por un momento, se quedó mirando el lago, con las manos apoyadas en el escritorio, sintiendo el olor de la tinta.

Le dolía mucho que el conde, al final, hubiera tenido que recurrir a una carta para hablar con ella. Pero los últimos días no habían sido

fáciles.

Después de haber rescatado a Miranda, ella y Georg se habían asegurado de que no se armara más escándalo y que el carruaje llegara a recogerla justo a la entrada de Villa Camelia. Se habían asegurado de que estuviera mejor, habían intercambiado solo unas pocas frases, luego no habían tenido ocasión de hablar de lo sucedido, porque ambos habían sido abordados por los demás invitados.

El conde Francesco había sido bastante insistente en pedirle que la dejara visitarla para hablar de un asunto que le preocupaba, y Carlotta, todavía conmocionada, había buscado todo tipo de pretextos para posponer el encuentro.

Así había llegado esa carta.

En aquellos días había estado tentada de escribir también a Georg o de presentarse en su villa para hablar de lo que había sucedido con Miranda. Las quemaduras en el cuerpo de Miranda la habían desconcertado, al igual que su sorprendente comportamiento, y quería saber cómo estaban las cosas. Pero el orgullo se lo impedía: ¿por qué tenía que ser ella quien corriera hacia él? Si era cierto que Georg también tenía cosas que decirle, ¿por qué no se presentaba en persona en la villa? Estaba cansada de encontrarse siempre en situaciones fortuitas y de no poder comunicarse nunca de manera sincera. Y, a decir verdad, también estaba cansada de percibir su olor antes de acostarse, como si él estuviera con ella.

Había también otra cuestión que la mantenía en vilo: estaba esperando a la doncella de la madre de Filippo Arconati. Se había dicho a sí misma que, si había una manera de intentar recuperar lo que era suyo, era procurando sobornar a los sirvientes. Nunca había

hecho algo así, pero en aquellas pocas semanas su vida había sufrido más cambios radicales que en todos los años que había pasado en Potsdam. Y ahora estaba dispuesta a cualquier cosa.

Así que le había confiado la tarea a Annette, con la excusa de que había encontrado a la encantadora dama de compañía de cabello azabache muy interesante en la conversación.

—No me estaréis reemplazando, lady Carlotta —murmuró casi ofendida Annette. Carlotta le había dicho que no se preocupara, que solo quería hablar con la doncella y que no pretendía arrebatársela a lady Letizia Arconati Visconti.

Así que Annette fue en su busca, y Carlotta le pidió encarecidamente que, una vez que llegara a Villa Balbianello, solo se dirigiera a la madre de Filippo, y que si él estaba cerca, desistiera.

La petición era extraña incluso para la propia Annette, pero Carlotta le había prometido una generosa recompensa por su esfuerzo y discreción.

Carlotta se sentó ante su caballete, en la terraza. Tenía la intención de terminar la acuarela que había empezado para su padre: una niña corría bajo el pórtico de una villa y, gracias a un juego de colores y transparencias, su figura se veía traspasada por el paisaje que le servía de fondo, Bellagio. También había tomado una decisión importante: le pediría permiso a su padre para mudarse a París a una escuela de arte, para pasar el otoño pintando en el Sena. Esperaba obtener más satisfacción de esa idea, pero con gran pesar se dio cuenta de que amaba esa villa y que era allí donde quería estar.

Estaba a punto de ponerse a trabajar cuando reparó en que algunas cerezas eran arrojadas a la fuente.

Un gesto brusco, casi urgente, hizo que se volviera y mirara hacia abajo. María estaba recogiendo cerezas del árbol, con un gesto de fastidio. Su rostro estaba alterado. Carlotta suspiró, dejó el caballete y decidió acercarse a ella.

—María, ¿te encuentras bien? ¿Qué pasa? —preguntó, tratando de ocultar su disgusto.

María se detuvo, bajó la mirada y se mordió el labio, un gesto que Carlotta reconoció inmediatamente: era la señal de una confesión que luchaba por salir a la luz.

—Llevo un tiempo intentando decírtelo, hermana —respondió.

—Está bien. Quizá no te he prestado la atención suficiente, María, pero ahora estoy aquí.

—Quizá ahora ya sea tarde —dijo ella. Estaba a punto de coger otra cereza, pero Carlotta le aferró la mano.

—¿Te acuerdas de cuando éramos niñas, y se te rompió la muñeca Lucía? ¿La que tanto querías?

María sonrió al recordar.

—Me la había regalado la abuela. Quién sabe dónde estará ahora.

—Te pusiste a llorar, pensabas que la iban a tirar. Pero empezamos a pegarla, pieza a pieza. Y duró muchos años más.

María tenía los ojos brillantes. Bajó el brazo.

—¿Puedo confiar en ti? ¿No me traicionarás?

—Soy tu hermana. Si no puedes confiar en mí, ¿en quién más lo harás?

—Pero no grites.

—¿Es tan grave?

María apretó los labios.

—Depende de cómo se mire. Claro, para mi irreprochable hermana será muy grave, pero ya no puedo guardármelo más. Estoy devastada.

Carlotta sonrió.

—¿No te habrás hecho una idea demasiado ingenua de tu hermanita? —le preguntó—. No soy tan pura como crees.

—Eso ya lo sé —respondió María—, o al menos me he dado cuenta desde que estamos aquí…

—¿Qué será? Otra de tus tragedias —se burló—. ¿Qué muñeca has roto esta vez?

Sin embargo, la expresión de María no era tranquilizadora. Apartó la mano de Carlotta y observó el agua que brotaba de la fuente.

—He pasado la noche con el jardinero.

Su voz era apenas un susurro, pero lo suficientemente clara como para helarle la sangre a Carlotta. Abrió los ojos como platos y dio un paso atrás.

—¿Qué? —exclamó Carlotta, más fuerte de lo que hubiera querido. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie la hubiera oído.

María levantó la vista y Carlotta adivinó el miedo en sus ojos.

—María, ¿no lo dirás en serio?

—Yo también soy hija de mi madre, por lo que parece.

—Pero ¿cómo ha podido pasar? —insistió Carlotta.

María espetó:

—Sabía que no lo entenderías. Que me acusarías y ya está.

—No, no, espera —dijo Carlotta—, solo me lo pregunto…

María bajó la cabeza.

—No eres la única que se ha enamorado. Solo que a mí me ha pasado demasiado rápido. Y no con un noble…

—Siempre te ha gustado Giovanni, me había dado cuenta —murmuró Carlotta, que todavía estaba tratando de asimilarlo.

—Lo quiero —continuó María—. Desde hace tiempo es mi único confidente. Me habla de las plantas, es muy inteligente y empezó a cortejarme… Y entonces… sucedió.

Las palabras se perdieron, tragadas por la brisa, que parecía soplar más fuerte en ese momento. Carlotta se quedó inmóvil, apretando sus manos en los costados. María, su hermanita, a quien siempre había visto como una presencia luminosa en su sencillez, había crecido. Y la descubría misteriosa, compleja. El velo había caído, mostrando a una persona que nunca había conocido realmente. Se perdió pensando en todas las veces que María le había hecho preguntas tontas, extrañas, que dejaban claro lo ingenua que era. Y ahora, la pequeña de la casa había hecho lo que ella aún no se había permitido, lo que solo se debía hacer después del matrimonio, se había entregado al…, al jardinero. Carlotta no podía creerlo.

—María —empezó a decir, tratando de mantener la calma, aunque sentía que le sudaban las manos—. Esto es… muy serio. ¿Sabes lo que significa?

María negó con vehemencia, apretando las manos hasta que se le pusieron blancas.

—¡No lo sé! —estalló, con la voz quebrada por la emoción—. ¡No sé lo que significa! Pero tenía que decírtelo. Me estaba volviendo loca. Desde que lo hicimos, no pienso en otra cosa…

La pequeña María en los brazos de un hombre. Carlotta intentó imaginarlo.

—¿Y cómo…, cómo fue?

María frunció el ceño.

—Si nos hubiéramos quedado en Potsdam —observó—, esa no habría sido tu primera pregunta, lo sabes ¿no?

Carlotta se ruborizó. María tenía razón. Le habría hablado de la seriedad, del honor, del matrimonio. Ahora, sin embargo, eran otras las cosas que importaban. En aquel verano en el lago, María no era la única que había cambiado.

—Ha sido bonito. Doloroso, pero bonito. Hay que hacerlo con alguien a quien se ama, Carlotta. No es cierto que sea un acto que solo sirva para procrear.

Carlotta quedó impresionada por las palabras de su hermana, pero no dijo nada.

—¿Qué piensas hacer, María?

Ella negó con la cabeza.

—No tengo ni idea. Si pienso en papá… Me dan escalofríos. Si se enterara…

Carlotta sintió un nudo en la garganta. Era cierto. Su padre era muy severo, sobre todo con ellas dos.

María estaba allí, delante de ella, ya no era la hermana alegre y despreocupada, sino una mujer con sus secretos, sus penas y una necesidad desesperada por ser escuchada. Pero, demonios, había hecho algo tremendamente imprudente. Si la noticia trascendía, y ciertas cosas siempre trascienden, su familia se vería envuelta de nuevo en un escándalo. Carlotta se dio por vencida.

—Lo afrontaremos —dijo finalmente, tomando las manos de María entre las suyas. Los dedos de su hermana estaban fríos y temblorosos. Carlotta los apretó con fuerza.

—De verdad. Siento no haber estado ahí como tú querías. Pero ahora estoy aquí. Lo afrontaremos juntas.

—Ahora él está hablando con sus padres. Quiere asumir sus responsabilidades…, él también me quiere de verdad.

Carlotta sabía que esa unión no sería posible, pero guardó silencio para no decepcionar a María.

—Se me olvidaba —dijo entonces su hermana—, han traído esto… Yo estaba al acecho, como siempre.

Se sacó un sobre del corpiño y se lo entregó. Carlotta tomó la carta, que iba dirigida a ella y a Marianne. El sello de los Arconati. La abrió, ya sabiendo su contenido. Leyó esas pocas líneas.

—Patty se casa —murmuró.

—Era de esperar —respondió María—. No sé si alegrarme por ella. El marqués me cae bien, pero Giovanni me ha dicho que estuvo a su servicio y que siempre estaba peleándose con sus padres, llegaba a casa borracho y tenía una novia diferente todas las noches…

—Quizá aún pueda impedir que cometa ese grave error —susurró Carlotta.

Subieron juntas las escaleras de la villa, y Carlotta le mostró el cuadro que estaba terminando. No le dijo que quería enviarlo a Potsdam, a casa de su padre, ni que había decidido mudarse a París.

—Has mejorado mucho —la felicitó María—. Me siento como esta chica, huyendo del mundo.

Carlotta le acarició el pelo.

—Todo irá bien —le dijo—. Solo tenemos que permanecer unidas.

Antes de que su hermana pudiera responder, Annette anunció su presencia tosiendo a sus espaldas.

—¿Cuándo has vuelto? —preguntó Carlotta—. No he oído el carruaje.

—Hace un momento —respondió ella—. Lady Carlotta, no ha sido fácil, creedme. Pero solicité la presencia de la señorita Barilani, e incluso tuve que insistir. Al parecer es una de las favoritas de la marquesa.

—¿Y? —preguntó Carlotta, ansiosa.

Annette sonrió, complacida.

—Está aquí. Os espera en los sótanos, tal y como vos me pedisteis.

# 20

No era habitual que una princesa bajara al sótano, donde se hallaban la cocina, el lavadero y las bodegas. Para Carlotta, de hecho, era la primera vez. Annette la tomó de la mano.

—Tened cuidado con los escalones —le advirtió—. Al principio ni siquiera a nosotras nos resultó fácil calcular las distancias.

Carlotta pensó en Elena y en su vida como criada en la cocina, cuando Alfonso había bajado a preguntar por ella. Una vez abajo echó un vistazo al reino de la cocinera, que estaba preparando las hierbas para la cena.

—He dicho a todos que no os molestaran —le informó Annette.

—¿Está en el lavadero? —preguntó Carlotta, echando un vistazo a la habitación iluminada.

—No, pasa mucha gente —dijo Annette—. He pensado en hacerla pasar a la bodega.

—Excelente idea, gracias, Annette.

La criada abrió la puerta de la bodega y Carlotta se estremeció por el aire helado. Esperaba no pasar mucho tiempo allí o se resfriaría.

—Si necesitáis algo, estoy aquí fuera —dijo en voz alta para que la señorita Barilani la escuchara.

—Buenas noches —dijo Carlotta.

—Buenas noches, lady Albrecht —respondió la joven. Carlotta reconoció la voz cristalina que había oído en Villa Melzi. La joven,

que ya no llevaba el uniforme de trabajo, sino un sencillo vestido de algodón blanco, estaba sentada junto a un barril de vino. En el suelo había montones de damajuanas. Carlotta se dirigió al aparador y cogió dos copas y una de las botellas que Annette le había preparado en la mesita de degustación. La observó: era muy joven.

Podría tener la edad de María o incluso menos. La misma edad que Elena. Tenía una mirada casta y orgullosa, no había bajado los ojos ni un instante. Carlotta pensó que no bastaría con un buen vino.

—¿Un sorbo? —preguntó.

Sin esperar respuesta, sirvió vino tinto en ambas copas y le ofreció una.

—Gracias —dijo la joven.

—¿Cómo te llamas?

—Cassandra, lady Albrecht.

—Bonito nombre. ¿Y cuánto tiempo llevas al servicio de los Arconati?

—Un año, desde que mi madre tuvo que dejar de trabajar.

Carlotta no le preguntó por qué. Bebió un sorbo de vino. Vaya, qué bueno estaba. El líquido le calentó la garganta.

—¿Sabes por qué estás aquí?

Cassandra parecía tranquila.

—La doncella me dijo que queríais hablar conmigo.

—¿Tienes idea del motivo?

La señorita Barilani bebió el vino.

—Me lo imagino, lady Albrecht. Me vio en la villa con el marqués, el que va a casarse con su amiga la condesa. Pobre diablesa.

Carlotta se sintió impresionada por tanta impertinencia, pero no se desanimó. Bebió un poco más, para darse ánimos.

—Puede que se casen, o puede que no. Estás muy unida a él, ¿verdad?

Cassandra se limitó a asentir.

—Me gusta tu franqueza, así que yo también seré directa. El marqués me ha robado unos dibujos. Dibujos para mí… importantes, digamos. Sé que lo frecuentas. Si esos dibujos vuelven a mí, te pagaré la cifra que quieras. El dinero no es un problema.

La criada volvió a beber y le pasó la copa para que se la volviera a llenar.

—Pero eso no es todo —añadió Carlotta, asestando el golpe final —, si recupero esos dibujos, podré romper el compromiso entre el marqués y la condesa Von Alten.

La señorita Barilani guardó silencio.

—Entiendes —continuó Carlotta— que, cuando el marqués se haya casado, las cosas cambiarán para ti… A pesar de sus promesas.

—¿Qué tipo de dibujos? —preguntó entonces la joven.

—Son retratos al carboncillo —dijo Carlotta—. Imagino que no te costará encontrarlos.

Cassandra terminó la segunda copa y luego una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Filippo ya me advirtió que intentaríais sobornarme, aunque no me explicó el motivo. Lo amo: no necesito nada más.

Carlotta dio un puñetazo en la mesita.

—Sé razonable —dijo alzando la voz—. ¿No entiendes que él no te ama? ¡Te trata igual que a las demás mujeres, con las que se acuesta cuando quiere!

Cassandra volvió a ponerse seria.

—Si hemos terminado, deseo volver a Villa Balbianello —respondió —. Gracias por el vino. Es cierto lo que dicen, que lady Marianne no se priva de nada. Excelente.

Carlotta comprendió que no podía hacer nada más.

Tocó la campanilla para llamar a Annette.

Cuando la señorita Barilani estuvo en la puerta se volvió.

—Oh, lady Albrecht, no sé cómo habéis podido ser tan generosa, pero ahora tenéis otra persona más que puede chantajearos por esos… dibujos.

Sonrió y cerró la puerta detrás de ella.

Carlotta lanzó el vaso contra la puerta. ¿Cómo he podido ser tan estúpida?

Cogió la botella con el vino que quedaba y la envolvió en el chal.

El cielo, que hasta aquel momento había estado despejado, se había oscurecido mientras ella estaba en la bodega y unas nubes grises y cargadas de lluvia presagiaban una tormenta inminente. Carlotta suspiró y se dijo que al menos el cielo estaba en consonancia con su estado de ánimo. Se dispuso a volver a entrar.

31 de agosto de 1845

> Escribo estas palabras con las manos temblorosas y el corazón que parece no querer latir más, como si estuviera a punto de escapar, de irse lejos. No sé describir lo que ha pasado. Ni siquiera sé si debería. Pero debo hacerlo. Debo hacerlo, porque si no todo corre el riesgo de disolverse en el aire, como el vapor que se eleva del lago por la mañana, dejando solo la sombra de una pesadilla. Y yo no puedo permitir que se desvanezca, no puedo permitirme olvidar.

Ocurrió ayer por la noche. El señor Alfonso me ordenó que le llevara el vino a la biblioteca, como otras veces. Lo hice sin protestar, siempre lo hago, aunque cada vez que tengo que acercarme a él siento algo viscoso que me sube por la garganta, un veneno que se revuelve en mi interior. La casa estaba en silencio. Esas paredes, que durante el día parecen acogedoras, por la noche se convierten en otra cosa. Cada crujido parece un secreto, cada sombra parece observarte.

La cocinera me advirtió que tuviera cuidado con esas incursiones nocturnas, sobre todo cuando todos los demás estaban acostados. Había oído que algunos señores se aprovechaban de la ingenuidad de las criadas y de su posición de superioridad para pedirles favores sexuales a cambio de una supuesta protección. Me dijo que la llamara, pero no quería despertarla, no quería molestarla por una tontería como el vino. Ya había pasado otras veces: el señor Alfonso intercambiaba algunas palabras y luego me dejaba marchar.

Entré en su estudio con la bandeja, el peso del metal me parecía más pesado de lo habitual. Él estaba sentado en su escritorio, iluminado solo por la tenue luz de la lámpara, que proyectaba sombras profundas sobre las paredes llenas de libros.

—Acércate —dijo sin siquiera levantar la vista, con tono tranquilo, controlado, el de un hombre acostumbrado a que le obedezcan sin hacer preguntas. Dudé un momento, con la bandeja ligeramente inclinada en mis manos, pero al final me acerqué.

Cuando levantó la vista hacia mí, sin embargo, algo cambió. Había un destello feroz en su mirada, una sombra que nunca había visto antes. Ya no era el hombre que me dirigía sonrisas melifluas, que hablaba con esa falsa cortesía que siempre me daba una sensación de incomodidad. Era aterrador, una bestia que había decidido lanzarse sobre su presa.

—Ven aquí, dame un abrazo —dijo.

—Señor, hay mucho que hacer.

—No dificultes las cosas —replicó, como si no me hubiera oído.

Luego se levantó de golpe y me agarró por la muñeca. La bandeja se me cayó de las manos, el ruido del metal y el cristal al romperse resonó en la habitación como un disparo.

—Sé que tú también lo quieres —dijo. Hablaba en voz baja, casi en un susurro, pero era tan incisiva como una cuchilla recién afilada. Sus manos me apretaron la muñeca con una fuerza que parecía inhumana, como si quisiera fundir la carne y los huesos en un único bloque de dolor. Sentía la sangre latir bajo la piel, un latido acelerado que daba la impresión de querer zafarse de aquello, pero no había escapatoria. Su rostro estaba tan cerca del mío que podía distinguir cada detalle: la piel tensa de sus mejillas, sus labios finos, sus ojos brillando con una intensidad enfermiza—. Si no, nunca habrías llamado tanto la atención. —Sus palabras eran un veneno que se derramaba lentamente, gota a gota, inoculado en mis venas. No era solo la violencia física, era su convicción, esa seguridad que hacía que cada palabra fuera más pesada, más real. Me hizo sentir culpable de algo, de haberlo atraído, de haberlo provocado.

No podía moverme. Las piernas se me habían petrificado, parecían clavadas al suelo. La bandeja que había traído yacía en el suelo, el cristal de las botellas roto en múltiples fragmentos que brillaban a la tenue luz de la lámpara. Quería gritar, pero mi voz parecía succionada por la nada, la respiración atrapada en un nudo en la garganta.

Cuando me empujó hacia el sofá, sentí la textura áspera de la alfombra bajo mis pies, un doloroso contraste con el terror que me envolvía. Sus movimientos eran bruscos, pero había algo terriblemente calculado en cada gesto. Me sentía atrapada en una pesadilla: la presión de sus dedos excavando en mi piel, buscando mis pechos, rasgando la ropa. Su respiración era pesada y caliente contra mi cara, la habitación parecía encogerse a nuestro alrededor.

Y entonces, de repente, algo dentro de mí se rompió. No era mi cuerpo, sino una cuerda invisible que me mantenía inmovilizada. Encontré una fuerza que no sabía que tenía. Grité. No fue un grito cualquiera, sino uno que me desgarró la garganta, que parecía subir desde las entrañas, crudo y visceral.

El eco de mi grito llenó la habitación, rebotó en las paredes forradas de libros y rompió la ilusión de silencio que Alfonso había creado a su alrededor. Empecé a patearlo, a golpearlo, agitando las manos desesperadamente como si pudieran apartarlo.

Mis pies encontraron su espinilla, un golpe repentino que lo hizo tambalearse, y sentí que su respiración se interrumpía por un instante. La alfombra debajo de nosotros estaba manchada de vino, el líquido rojo que se había derramado de la bandeja caída. Parecía sangre. Un mar de sangre en el que ambos nos hundíamos, él con su ira, yo con mi miedo. Pero mi miedo se estaba transformando. Se había convertido en un arma. Cada patada, cada grito era un acto de resistencia, una declaración de que no me doblegaría.

Él se detuvo un instante, con la mirada vacilante entre la furia y la duda. Un destello de sorpresa pasó por sus ojos, como si no hubiera previsto que yo pudiera reaccionar. Pero solo duró un segundo. Luego sus manos intentaron agarrarme de nuevo.

Y en ese momento, se abrió la puerta. Era ella, la hija del señor Alfonso, inmóvil en el umbral, iluminada por la tenue luz de la lámpara del escritorio. Su rostro pálido parecía casi transparente, como una máscara de porcelana a punto de agrietarse, pero sus ojos eran dos llamas, muy abiertos, llenos de una rabia que nunca había visto antes. Ya no era la chica frívola y distante que yo conocía, la que se paseaba por la casa con vestidos elegantes y sonrisas que nunca llegaban a los ojos. Era otra persona, una mujer transformada por la ira y el disgusto, con el rostro contraído en una expresión que parecía a punto de estallar.

—Papá, ¿qué estás haciendo? —gritó, con la voz temblorosa pero cargada de una acusación tan afilada como un cuchillo. Sus palabras parecían resonar en la habitación, rebotar contra las paredes revestidas de libros, penetrando en el silencio con una fuerza que me estremeció.

Alfonso se quedó paralizado al instante. Sus manos soltaron mi muñeca, como si de repente estuviera ardiendo, como si el mismo contacto se hubiera vuelto intolerable. Se volvió hacia Lorena con un movimiento lento, casi antinatural, y pude ver algo en sus ojos que nunca hubiera imaginado: miedo.

No era un miedo normal, sino uno que parecía estar arraigado en lo más profundo, algo que se agitaba tras su máscara de autoridad. Por un instante, su rostro pareció vacilar, un destello de vulnerabilidad que desapareció casi de inmediato mientras trataba de recuperar el control.

—No es lo que piensas —dijo, con una voz desprovista de la seguridad que solía tener. Intentaba parecer una voz tranquilizadora, pero el tono era

discordante, falso, como una cuerda demasiado tensa que se rompe. Incluso a mis oídos sonó absurdo, un intento patético de ocultar lo que ya no se podía ocultar.

Lorena dio un paso adelante, con el rostro ahora esculpido en una máscara de frialdad que me asustó casi tanto como me había asustado el rostro de Alfonso poco antes. Su voz, cuando habló de nuevo, era baja, tranquila, pero había algo en ella que me hizo temblar.

—Sé lo que haces, sé lo que eres. —Cada palabra parecía una sentencia, pronunciada con una precisión que cortaba el aire como una cuchilla—. Y ya basta. No te permitiré que lo vuelvas a hacer.

Alfonso la miró fijamente durante un largo rato, como si no pudiera creer lo que estaba escuchando. El silencio en la habitación era abrumador, apenas quebrado por el tictac del reloj de la repisa.

Me parecía que toda la casa estuviera conteniendo la respiración. No sé cómo conseguí escapar. Lorena me dijo que me fuera, su voz se volvió de repente más urgente, más humana.

—Corre, Elena. ¡Vete! —Esas palabras me sacaron de mi torpor. Di media vuelta y eché a correr, tropezando con los bordes de mi falda, sin mirar atrás. No sabía si Alfonso me estaba siguiendo o si Lorena se había quedado allí sola para enfrentarse a él. Únicamente sentía los latidos de mi corazón, casi más fuertes que mis pasos, que resonaban en el suelo de mármol.

Llegué a la cocina, sin aliento, con el cuerpo temblando como una hoja sacudida por el viento. Mi madre estaba allí, inclinada sobre la mesa, preparando el pan para el día siguiente. También estaba Alba, jugando con unos trapos, sentada en el suelo junto a ella. Cuando me vio, se enderezó al instante, su mirada pasó de la sorpresa a la preocupación en un instante. No hizo falta que dijera nada.

Pero las palabras salieron de todos modos, fragmentadas y entrecortadas por los sollozos que no podía controlar.

—Alfonso…, Lorena…, la biblioteca… —Intenté explicarlo, pero mis palabras eran un torbellino confuso, un caos que no podía ordenar.

Mamá me miró fijamente durante un largo rato, con los ojos llenos de una comprensión que hizo que me derrumbara.

Me tomó por los hombros, me hizo sentar y se arrodilló delante de mí.

—Cuéntamelo todo —dijo, con voz baja pero firme, ya estaba planeando qué hacer. Y yo se lo conté. Le conté lo que acababa de pasar: la biblioteca, Alfonso, Lorena. Las palabras salían con dificultad, una tras otra, como si necesitaran ser arrancadas de mí. Me avergonzaba, no sé por qué. No era yo quien había hecho nada malo, y sin embargo me sentía sucia.

Ella escuchaba, sin interrumpirme, sin perder esa calma que parecía más fuerte que cualquier tormenta. Pero sus ojos ardían. Y en ese momento comprendí que ella ya lo sabía todo, o al menos una parte. Quizá ella también había oído a la cocinera hablar de los señores, pero hasta aquel momento había confiado en que Alfonso fuera un amo diferente. No dijo nada. Solo me abrazó, su cuerpo pequeño pero fuerte me apretaba con una protección que parecía capaz de ahuyentar al mundo entero. Luego se apartó un poco y me miró a los ojos.

—Tienes que irte —dijo. Hablaba en voz baja, casi en un susurro, pero cargada de una determinación que nunca había visto en ella—. No hay otra opción. Si te quedas aquí, intentará hacerte daño otra vez. O peor aún, podría querer vengarse por haberlo rechazado. Y esa vez nadie podrá detenerlo.

No quería creerla. Esa era mi casa, mi vida. Pero ella no me dejó opción.

—Encontraremos una manera. Te ayudaré. Pero tienes que confiar en mí.

Y lo sé. Sé que tiene razón. Pero la idea de dejarlo todo me rompe el corazón. Escribo estas palabras sabiendo que quizá sea la última vez que pueda hacerlo aquí, en esta casa que conozco desde siempre. Pero sé que tengo que irme, porque, si me quedo, Alfonso volverá. Y esta vez nadie vendrá a salvarme.

Carlotta se había llevado el vino y el diario a su habitación. Una copa tras otra, sin ningún tipo de control, había terminado de leer la página del diario y ahora hervía de indignación hacia aquel hombre. Era de noche y el cielo estaba envuelto en una tormenta que parecía querer arrancar las raíces de la villa.

La villa gemía bajo el peso del viento, que aullaba entre las ramas de los árboles, y Carlotta comenzó a dar vueltas en su habitación

como un animal enjaulado, con el corazón en un puño y un frenesí que no lograba aplacar.

Se aferró con las manos a las cortinas, pero la suave tela parecía casi repelerla, mientras su mirada se perdía en el jardín azotado por la lluvia. Allí fuera, todo parecía un tumulto: los árboles doblados por la furia del viento, los parterres convertidos en charcos, y, más allá del jardín, el lago, invisible pero presente, una masa negra que se agitaba y rugía en la noche.

Todo lo que no entendía, todo lo que la rodeaba y que no podía controlar ni explicarse, parecía converger en ese momento. Estaba rodeada de secretos que no le pertenecían, pero que la llamaban, la provocaban, se convertían en un canto lejano que no podía ignorar. Desde que había llegado a la villa del lago, su vida se había trastornado, tanto que hasta el escándalo de la corte prusiana le parecía un débil recuerdo. Había conseguido enamorarse de un hombre, su hermana se había acostado con el jardinero, Patricia iba a consumar un matrimonio sin amor. Se sentía fuera de sí, le daba vueltas la cabeza. Estaba acostumbrada a beber vino rosado y aguado, no ese vino fuerte que había sacado de la bodega.

Decidida a contemplar más de cerca la furia de la naturaleza intentó abrir la puerta de su habitación para salir a la terraza del piso superior, pero se dio cuenta de que estaba bloqueada. Agitó la manija, la movió con fuerza hacia arriba y hacia abajo, e intentó tirar de la puerta hacia sí, pero parecía que no había forma de abrirla.

—¿Qué broma es esta? —se preguntó atónita. Todavía se sentía aturdida, pero estaba segura de no haber cerrado la puerta con llave.

Las palabras de la canción infantil que Eleanor había pronunciado durante la sesión de espiritismo volvieron a su mente con tal insistencia que le hizo cerrar los ojos. «Gira, gira en círculos, la niña que no duerme. Gira y cae al fondo, sigue sus pasos».

No pensaba. No podía pensar. Estaba desesperada, consumida por una frustración que escapaba a su control. Sin darse cuenta, sin comprender, confiando en un ritual lejano, comenzó a recitar esas palabras, en voz baja, casi en un susurro.

«Gira, gira en círculos, la niña que no duerme. Gira y cae al fondo, sigue sus pasos».

Lo dijo una vez, luego una segunda, y a la tercera, el viento pareció calmarse por un momento. Un silencio antinatural cayó sobre la villa, como si la propia casa contuviera la respiración. Carlotta permaneció inmóvil, con las manos temblorosas sobre las cortinas y los ojos fijos en el jardín oscuro.

Y fue entonces cuando, al asomarse a la ventana, la vio.

Una figura delgada, apenas visible bajo la lluvia torrencial. Parecía una niña, con el pelo oscuro adherido a la cara y el vestido blanco hecho jirones por el viento y el agua. La luz de un relámpago la iluminó por un instante, lo suficiente para permitirle ver esos ojos oscuros y profundos, que estaban fijos en ella.

El corazón de Carlotta dio un vuelco.

La niña se dio la vuelta y corrió hacia el jardín, desapareciendo entre los árboles. Sin pensarlo, sin considerar las consecuencias, Carlotta abrió la puerta de la habitación de par en par, que esta vez, misteriosamente, no opuso ninguna resistencia, y corrió hacia la escalera de mármol, que daba vueltas, se curvaba, exactamente como en la canción infantil. Gira, gira en círculos…

Mientras bajaba las escaleras tuvo la impresión de que la niña estaba detrás de ella. No era posible. Pero ya nada en aquella villa parecía tener una explicación lógica. O quizá simplemente estaba borracha.

Cuando abrió la puerta, el viento helado se abalanzó sobre ella como si la abofeteara y, casi saliendo al encuentro de ella, se precipitó hacia fuera.

La lluvia era un muro frío que le golpeaba la piel, el pelo se le pegaba a la cara mientras corría. Sus pies descalzos se hundían en la tierra mojada, el barro se le metía entre los dedos haciendo que cada paso fuera una hazaña. El vestido se le había pegado al cuerpo, pesado como el plomo, pero ella no se detuvo. No podía detenerse. La niña estaba allí, o al menos eso le parecía, una silueta que se movía rápidamente entre los árboles.

Entonces la figura desapareció. Carlotta se detuvo, con la respiración entrecortada que le ardía en los pulmones; y miró a su alrededor. La villa, con sus luces tenues, parecía lejana, inalcanzable y, por primera vez, se sintió realmente perdida. La lluvia se deslizaba por su rostro, mezclándose con las lágrimas que no podía contener.

Todo iba mal. Quizá debería correr hacia el lago, abrazar su destino, dejarse llevar por un espíritu. Georg no la quería, ahora estaba claro. Sus noches estaban plagadas de pesadillas, su hermana la odiaba y su madre era una extraña. Se había aferrado a ese diario porque era lo que más cerca había tenido de sí misma en todo ese tiempo, alguien que la entendía. Pero la verdad era más amarga: se había engañado, Elena no era su amiga, quizá alguien se había burlado de ella también en esto. Había una palabra que le resonaba en la cabeza: confianza. Y ella ya no confiaba en nadie, y

menos aún en los sentimientos que creía haber sentido por una persona que, a la primera ocasión, la había dejado sola.

Tropezó. Cayó al suelo con un ruido sordo, el barro le cubrió las manos y la cara. Por un momento se quedó allí, inmóvil, cabizbaja, mientras el mundo parecía derrumbarse a su alrededor. Luego levantó la vista y lo vio.

Una sombra se acercaba, grande y decidida, vestía una capa que ella conocía demasiado bien.

—¡Carlotta!

La voz de Georg atravesó el estruendo de la tormenta, ella la percibió profunda y segura, como un faro que se enciende en medio de la oscuridad. Levantó ligeramente la cabeza, con el rostro surcado por la lluvia, y lo vio emerger de la oscuridad como una figura improbable.

# 21

No era posible que estuviera allí. No él. Pero, pese a todo, allí estaba. Se inclinó junto a ella, con la capa empapada que ondeaba como una sombra sobre el suelo embarrado, y la levantó con delicadeza. Sus dedos eran cálidos, un contraste tan violento con la lluvia helada que Carlotta dio un respingo involuntario. La calidez de su tacto no hizo más que aumentar sus escalofríos, todo el frío acumulado estalló repentinamente en su interior.

—Estoy soñando —murmuró Carlotta, sin mirarlo a los ojos—. Estoy en un sueño, ¿verdad? —Se sentía sacudida por violentos escalofríos.

—Carlotta —dijo Georg, acariciándole la cara. Ese contacto le hizo comprender que no, que no era un sueño. Todo era real. La carrera fuera de su habitación, la lluvia, la niña fantasma. Y ahora él.

Carlotta intentó responder, pero no le salían las palabras. Lo miraba como si fuera un enigma, una pieza de un mosaico que no sabía dónde encajaba. No era la primera vez que lo encontraba en la villa, en lugares donde no debería haber nadie, en momentos en los que no debería aparecer nadie. ¿Cómo es que siempre llegaba en el momento justo? ¿Por qué parecía saber cosas que ella misma no entendía? ¿Y si el hombre del que estaba locamente enamorada realmente ocultaba algo demasiado turbio como para aceptarlo? Realmente había bebido demasiado, la cabeza le daba vueltas.

—Georg…, tú…, ¿qué haces aquí? —balbuceó finalmente, con la voz convertida apenas en un susurro, más débil que el estruendo que los rodeaba.

Él no respondió de inmediato. La miraba, pero no a los ojos. Miraba más allá, como si intentara comprender algo, o tal vez ocultar lo que ya sabía.

—Carlotta, no es momento para preguntas. —Su voz era firme, pero había un tono de dulzura, un intento de tranquilizarla sin darle una explicación real—. Tienes que levantarte. Puedes enfermar.

Ella apretó los labios, una parte de ella se inclinaba a obedecer, otra estaba furiosa por ese tono protector que parecía negarle el derecho a saber. ¿Quién era él para decidir? ¿Y por qué cada vez que estaba cerca de él se sentía arrastrada a algo más grande, algo que no entendía, pero que la preocupaba íntimamente?

Georg la levantó con un movimiento decidido. Sus manos permanecieron firmes sobre sus brazos, el contacto la anclaba a una realidad que en ese momento parecía desmoronarse. Y mientras lo miraba, con la lluvia deslizándose por su rostro serio, Carlotta se dio cuenta de lo alterada que estaba.

No era solo la tormenta o la niña que había visto en el jardín. Era Georg. Era su presencia, la forma en que su rostro parecía esculpido por algo antiguo, marcado por un dolor que nunca había sido contado. Era la contradicción de todo lo que representaba: protección y misterio, consuelo y peligro.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —le preguntó, y esta vez su voz era más firme, más segura. Una pregunta que no podía ignorarse.

Él se puso ligeramente tenso, pero no soltó sus brazos.

—Carlotta…, sé más de lo que crees. Por todos los dioses, ¿estás ebria?

Carlotta se liberó de sus manos con un gesto rápido, no porque realmente quisiera alejarse, sino porque tenía que hacerlo. Tenía que poner distancia entre ella y esas emociones que ya no podía controlar.

—Quizá he exagerado con el vino, sí. Pero no soy una niña —dijo —. Si sabes algo, dímelo. Si tienes algo que ocultar, al menos sé sincero.

De nuevo aquella antigua petición de poder confiar. Temía las respuestas, pero necesitaba oírlas de una vez por todas.

Georg la miró fijamente durante un largo instante. La lluvia seguía cayendo, deslizándose por sus rostros, lágrimas que ninguno de los dos podía permitirse derramar. Entonces él suspiró, un sonido que parecía contener el peso de años de secretos.

—No puedo contártelo todo. —Sus palabras eran casi un susurro, pero Carlotta las percibió claramente, como si hubieran sido pronunciadas directamente dentro de ella—. Todavía no.

Y en ese momento, ella comprendió algo. Quizá no era la niña del jardín la que la atormentaba. Quizá ni siquiera eran los secretos de la villa o del pasado. Siempre había sido él. Georg. Desde el momento en que se conocieron, en el debut, había sentido una poderosa atracción por aquel hombre, algo de lo que no habría huido ni aunque se hubiera ido al otro lado del mundo.

Él era el misterio que no conseguía resolver, el enigma que la atraía y la repelía al mismo tiempo. Y no sabía si le asustaba más lo que no decía o lo que ella misma empezaba a sentir por él.

—Vamos —dijo Georg, rompiendo el silencio. La tomó de la mano, esta vez sin dudarlo, y la llevó bajo el pórtico.

—He visto a una niña —murmuró Carlotta, con voz entrecortada, casi inaudible—. Estaba allí, en el jardín. ¿No la has visto?

Georg se detuvo. La mirada que le dirigió estaba cargada de algo que ella no conseguía desentrañar: miedo, tal vez, o tristeza, o ambas cosas. Luego suspiró y negó con la cabeza.

—Carlotta, tenemos que hablar.

Le tendió una manta que, curiosamente, había traído consigo y se envolvió en ella temblando, con los ojos fijos en él.

—¿Ahora quieres hablar conmigo? ¿Te doy pena? —insistió. El último resto de orgullo que le subía por la garganta le hizo pronunciar esas palabras. El pelo mojado enmarcaba torpemente su rostro, pero, por fin, le daba igual.

—¿Pena? Estás bromeando, ¿verdad? ¿Yo tendría que sentir pena por ti?

—Llevas días evitándome, has cambiado después de la sesión de espiritismo y de lo que pasó entre nosotros. Pensaba que se había establecido una relación especial, que me cortejarías. No estoy jugando. Luego te vi con Miranda y, desde entonces, todo cambió. Puede que sea una princesa, Georg, pero ante todo soy una mujer. Y es a esa mujer a la que te pido que respondas.

Le pareció vislumbrar ternura en la mirada que él le dirigió.

—A la mujer y a la princesa —respondió—. Estoy aquí para intentar decirte la verdad.

«No más misterios —se dijo Carlotta—. No más secretos». Respiró profundamente para intentar calmar la agitación que se había apoderado de ella.

—Esa niña que has visto vive en mi casa, había venido a recogerla y ahora estará en su sitio habitual, en el invernadero —comenzó a explicar Georg, en voz baja, casi como un susurro—. Le había traído la manta. Se llama Alba. Y no es un fantasma.

Carlotta lo miró fijamente, confundida. Intentaba seguir sus explicaciones, mientras en su mente seguía repitiéndose el nombre Alba. De repente, un escalofrío la sacudió. Era el mismo nombre de la hermanita de Elena. ¿Era ella? Todo ese tiempo había estado preguntándose qué había sido de ella, y al final siempre había estado allí, con Georg. La persona más querida por Elena, su hermanita.

—¿Qué quieres decir? —balbuceó.

Georg se pasó una mano por el pelo mojado.

—Hace años, después de una tormenta como esta, encontré a Alba en el jardín de la villa. Era temprano por la mañana, debía de haberse escondido en el invernadero durante toda la noche. Yo solía pasear por aquí, estaba pensando en comprar esa villa, antes de que llegara Marianne con una oferta superior. Pregunté al guarda, que me dijo que sus padres trabajaban para los Valsecchi. Eran pescadores y, aquella noche, no se sabe muy bien por qué, habían salido al lago, a pesar del mal tiempo. El barco nunca regresó.

—Los Valsecchi…

Carlotta sintió que se le cortaba la respiración. La imagen de una niña sola, bajo la lluvia, esperando en vano a sus padres, se abrió paso en su mente como una puñalada. Da vueltas y vueltas, la niña que no duerme. Da vueltas y cae al fondo… ¿No le había pasado a ella también, después de todo? Solo que no estaba bajo la lluvia,

sino en un palacio, en Potsdam. Porque uno puede sentirse abandonado incluso dentro de un castillo real.

—La niña se había quedado allí, esperando. No sabía que sus padres nunca volverían. Me dijeron que había una historia horrible detrás, de esas que no querríamos oír nunca. La hermana de esta pequeña había huido, quizá también había muerto en el agua junto a sus padres, que intentaban salvarla de su amo. El cuerpo nunca fue encontrado. Nadie de la familia Valsecchi se hizo cargo de ella, al contrario, se marcharon, cubiertos por los rumores del pueblo, considerados malditos, y yo… —Georg hizo una pausa y su rostro se suavizó de una forma que Carlotta nunca le había visto— me pregunté qué podía hacer. Pensé que podía llevarla a un orfanato, pero los primeros días estaba tan aterrorizada por todo que decidí esperar a que se calmara. Mientras tanto, llamé a una niñera que pudiera cuidarla, y ella parecía más tranquila. Le gustaba corretear por el jardín de la villa y a mí me gustaba tenerla cerca, me alegraba. Nunca he estado acostumbrado a las caricias, y cuando esta niña me rozaba la mejilla con sus deditos, no podía resistirme. Cuando llegó el momento de dejarla ir, me pregunté: ¿por qué? ¿De verdad tengo que separarme de ella? ¿Dónde está escrito? Me había encariñado. Decidí quedármela conmigo.

—Un gesto noble —susurró Carlotta.

—Un gesto también egoísta. Lo hice por mí, no por ella.

Carlotta lo miró. Era tan severo consigo mismo que llegaba a confundir su generosidad con egoísmo. La ternura por un interés personal.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella—. Estoy segura de que no será nada terrible.

Georg bajó la mirada y se quedó un momento en silencio, como indeciso entre hablar o no hacerlo.

—Verás —dijo al fin—. Yo… tenía una hermana, hace tiempo.

Carlotta sintió que se le quebraba la voz.

—Alba se parece mucho a ella. O quizá soy yo que he querido ver ese parecido, porque necesitaba… —Georg suspiró— redimirme.

—¿Redimirte? ¿De qué?

Lo sabía. Siempre había sospechado que había algo más.

—Era pequeño, muy pequeño. Pero la edad importa poco cuando se sienten ciertas cosas.

Carlotta se quedó en silencio, esperando a que prosiguiera.

—Susanna era mi hermana —confesó Georg con voz entrecortada —. Era mi hermanita, y la adoraba. Era un año menor que yo. En aquella época yo debía de tener poco más que Alba, ¿Seis? ¿Siete? Estábamos de visita en Villa Serbelloni, en casa de unos amigos de mi padre. Estaba jugando con ella y otros niños, vi que se subía a un plátano, pero no le di importancia. Y… se cayó. Se había subido para coger algo, una tontería, pero yo debería haberla detenido. O haberla salvado.

—Por eso ese día, en el barco, mirabas con insistencia esa villa…

—No he vuelto allí, ni siquiera la miro desde lejos…

—Pero solo eras un niño. No fue culpa tuya —intentó consolarlo Carlotta. Le acarició el brazo. Los ojos de Georg se llenaron de lágrimas.

—Sí, lo fue —respondió—. Debería haber sido un hermano más atento —dijo, secándose la cara—. Nadie me culpó directamente, pero desde ese día todo cambió. La veía en cada rincón. Ella estaba allí y se preguntaba por qué no la había protegido. Dejó un vacío

enorme en la casa y en toda la familia. Siempre llevaré conmigo este dolor. Es la primera vez que se lo cuento a alguien. Me haces hablar… Desde ese momento, aunque era muy pequeño, siempre he temido tener la responsabilidad de alguien. Luego llegó Alba y creé un muro a nuestro alrededor. Me habría vuelto loco si le hubiera pasado un accidente similar.

—Georg —murmuró Carlotta, tomándole la mano—. No puedes seguir viviendo con ese peso. No puedes dejar que defina quién eres.

Lo miró fijamente, incapaz de apartar la mirada. Sus palabras parecían caer en el espacio entre ellos, eran piedras que rompían la superficie tranquila del lago, ondulándola hasta dejarla irreconocible.

Desde que lo conocía, Georg siempre había irradiado un aura de control, una compostura que ocultaba sus emociones más profundas. Pero ahora, ante ella, parecía diferente. Su verdadera naturaleza estaba saliendo a la luz, y Carlotta, en lugar de asustarse, se sentía atraída por esa fractura.

La idea de que él ocultara algo, de que hubiera un lado de Georg que nadie conocía, siempre la había rondado por la cabeza. Pero había intentado ignorarla, no dejarse llevar por esa intuición que parecía más una fantasía que una realidad. Pensó que se había engañado a sí misma, que había vislumbrado algo bajo una máscara. Luego cambió de opinión.

Ahora que esa verdad salía a la luz, sentía una extraña felicidad, como si una parte de ella siempre hubiera sabido que Georg era más de lo que dejaba entrever. Pero la felicidad se mezclaba con el asombro. No estaba preparada para la ternura que sentía, ni para la manera en que ese gesto, cuidar de una niña abandonada,

esconderla del mundo, le hacía latir el corazón de forma dolorosa. No habría sabido decir si era amor, pero había algo profundo, algo que le hacía desear estar más cerca de él, saberlo todo, incluso lo que él no quería contar.

—Fueran cuales fueran las razones, has hecho algo extraordinario al quedarte con Alba —murmuró finalmente, con una voz más débil de lo que hubiera querido. Las palabras parecían muy pequeñas en comparación con lo que sentía, con la complejidad del gesto de Georg.

—Puede ser —dijo él—. Pero lo que es seguro es que han cambiado muchas cosas en mi vida.

—¿A qué te refieres?

—Estoy seguro de que lo sabes: mi familia no espera otra cosa que yo me case, para perpetuar la dinastía y tener un heredero. Soy el único hijo, después de todo…

—Lo sé, sí —admitió ella.

—Pocos meses después de la decisión de mantener a Alba bajo mi protección, mis padres me convencieron de que me comprometiera con una noble austriaca, Teresa Eskeles. Ya estaba todo decidido, incluso el día de la boda. Sin embargo, cuando nos vimos por primera vez, ella se dio cuenta del afecto que sentía yo por Alba. Dijo que era inapropiado, que se sentía ofendida. Le expliqué que era una niña abandonada, pero ella no me creyó. Pensaba que la niña era mía y me rogó que la enviara a un instituto. La odié tanto, desde el primer momento, que decidí romper el compromiso, con la desaprobación de mi familia.

—¿Cómo culparte? —murmuró Carlotta.

—Esto me llevó a alejarme de mis padres, que me presionaban para que me deshiciera de Alba, y a encerrarme en mí mismo. Me dije que ninguna mujer aceptaría a la pequeña, que, para mí, se había convertido en lo más importante. No quería chismes, así que empecé a llevar una vida bastante retirada. Renuncié a las recepciones en Villa Sola, que, por otra parte, no son mi pasión, hasta que acepté, ante la insistencia de tu madre, la invitación al baile de máscaras…

Carlotta sintió que la invadía una oleada de emociones. Se dio cuenta de que esa era la razón por la que no podía separarse de él, a pesar de todo: esa mezcla de fuerza y vulnerabilidad, de altruismo oculto bajo una coraza de indiferencia. Pero no podía decírselo, ni siquiera podía admitirlo ante sí misma. Era demasiado pronto y demasiado intenso.

—Georg… —balbuceó, pero no sabía qué palabras usar. Él permaneció en silencio, pero sus ojos parecían esperar, escrutándola con una intensidad que la hizo apartar la mirada.

Y, en ese momento, comprendió que Georg había entrado en su corazón de una manera que nunca podría explicar a los demás, ni siquiera a sí misma. No era un amor expresado a gritos, declarado con palabras románticas, sino algo más profundo, más sutil, una melodía tocada suavemente que solo ella podía oír. Pensó en los retoques silenciosos del pintor después de esbozar la obra.

—Tengo que preguntarte una cosa más, si me lo permites —encontró finalmente la fuerza para decir.

—Claro.

—¿Qué hacías aquella noche en la sesión de espiritismo con mi abuela?

Georg sonrió.

—Siempre era culpa de la pequeña Alba. Aprendió el camino que une nuestras dos villas y, en cuanto la niñera se distrae, viene aquí. Le gusta el invernadero de la villa. Desde allí puede ver el lago, y siempre espera, como si aún esperara ver el barco de sus padres y su hermana regresar.

Carlotta sintió que las lágrimas le quemaban los ojos.

—En fin, aquella noche también se había escapado. Yo había salido corriendo a buscarla y, cuando tu abuela vio que estabas a punto de descubrirla, me ayudó a esconderla.

Carlotta negó con la cabeza, sorprendida, y volvió a pensar en la voz que había oído aquella noche y que llamaba a mamá, al menos eso le había parecido. Había pensado que era un espíritu o una fuerte sugestión. Se trataba, pues, de la hermanita de Elena, y la querida condesa Luisa conocía el secreto de Georg. Pero no del todo: sin duda pensaba que era una hija ilegítima, o quién sabe qué. Quizá por eso había intentado mantenerla alejada de él.

—Entonces tu abuela me involucró en la sesión de espiritismo. Sin querer, aquella noche despertó algo en mí. Algo que he intentado olvidar durante años. Pero es mejor que sepas que no creo en los fantasmas y mucho menos pienso que ella tenga capacidades sobrenaturales.

Carlotta dudó un instante.

—Susanna, dijiste, es el nombre de tu hermana, ¿verdad?

Georg entrecerró los ojos.

—Sí.

Ahora todo tenía sentido. Las apariciones, los cantos, incluso la sensación de que la villa estaba viva y llena de secretos. Incluso

durante la sesión de espiritismo, la niña estaba cerca y el interés de Georg era solo una tapadera para protegerla. Detrás de ella, siempre había estado él. También se explicaba el motivo de las misteriosas salidas en solitario de Georg en plena noche y, sobre todo, la razón por la que no quería celebrar recepciones en Villa Sola.

El corazón le dio un vuelco por la emoción del descubrimiento.

—Me gustaría verla —dijo finalmente.

Georg la miró fijamente durante un largo rato y luego asintió.

—Está bien. Pero solo si prometes guardar el secreto.

Carlotta lo prometió, sabiendo que aquella noche cambiaría todo. La villa, Georg, Alba, cada pieza parecía encajar en un mosaico que aún no lograba comprender del todo.

Pero una cosa era segura: ya no había vuelta atrás.

# 22

—Así que tú eres la que merodea por la villa —bromeó Carlotta con una sonrisa, tratando de ocultar su incomodidad. Se inclinó ligeramente, poniéndose a la misma altura que la niña, pero sin acercarse demasiado. Alba seguía aferrada a Georg, apretando con fuerza la tela de su capa, como si fuera lo único que le impidiera desaparecer. La hermana de Elena. Quién sabe si se parecían, si ella también tenía el iris color caramelo y ese pelo castaño revuelto, que parecía muy suave.

Georg se inclinó y le susurró algo al oído. Hablaba en una voz tan baja que Carlotta no pudo entender las palabras. Alba dudó, mirando primero a Georg y luego a Carlotta con ojos grandes, llenos de desconfianza y curiosidad. Finalmente, con un gesto apenas perceptible, accedió a soltar los brazos de Georg.

Carlotta se quedó inmóvil, dejando que Alba decidiera el siguiente paso. La niña no se acercó de inmediato, sino que se quedó junto a Georg, con las manos nerviosamente detrás de la espalda.

—Hola, Alba —dijo Carlotta, como si estuviera hablando a un pajarito que temía que se fuera volando—. ¿Sabes que la villa fue construida hace mucho tiempo? ¿Te gusta explorarla?

Alba no respondió. Observaba a Carlotta con una concentración que la disgustaba. Tenía la impresión de que la niña estaba tratando

de entender quién era, si podía confiar en ella. «Los niños tienen la capacidad de leer nuestro interior», pensó.

—No habla mucho con los desconocidos —intervino Georg, que nunca había estado tan relajado—. Pero, si le gustas, quizá te enseñe sus lugares favoritos de la villa.

Alba levantó la mirada hacia él, buscando confirmación, y luego volvió a mirar a Carlotta. Dio un paso vacilante hacia ella, pero se quedó cerca de Georg, como si tuviera miedo de alejarse demasiado.

—¿Tienes algún lugar especial aquí, Alba? —preguntó Carlotta, agachándose por completo. Sus manos permanecieron en su regazo, en una posición que no quería ser en absoluto invasiva.

—Yo también tenía uno cuando era pequeña. Una ventana en mi habitación desde la que podía ver todo el jardín. Me gustaba imaginar que era un lugar mágico, solo mío.

Los ojos de Alba se iluminaron, como si esas palabras hubieran encontrado eco en su interior. Dio un paso más hacia ella y Carlotta sintió que el corazón le latía con más fuerza.

—Yo tengo un lugar —dijo finalmente Alba, con una voz apenas audible, pero lo suficientemente clara como para que se oyera por encima del ruido del viento—. En el invernadero. Desde allí veo el lago.

Carlotta sonrió.

—¿El invernadero? Debe de ser precioso.

Alba asintió con la cabeza, con el cabello oscuro que se agitaba alrededor de su rostro delicado.

—Veo los barcos —murmuró, y bajó la mirada por un momento.

Georg, detrás de ella, permaneció en silencio, pero Carlotta podía percibir la preocupación y la angustia por esas últimas palabras. Alba

volvió a mirar a Carlotta, esta vez con una mirada más abierta, casi confiada.

—No ves la hora de estar allí, ¿verdad? —dijo Georg, inclinándose junto a la niña y poniéndole una mano en el hombro—. Pero, recuerda, es nuestro secreto.

Alba asintió rápidamente y volvió a mirar a Carlotta.

—Tú… ¿sabes guardar un secreto?

La pregunta impactó a Carlotta. No era solo curiosidad infantil, sino una prueba. Alba no quería saber si podía confiar en ella. Estaba preguntando algo más importante: si podía permitirse tener esperanza, estar a salvo con ella en su vida. *Ya me han abandonado, no lo hagas tú también*.

—Soy muy buena guardando secretos —respondió Carlotta, con una seriedad que no dejaba lugar a dudas—. Los tuyos estarán a salvo conmigo.

Por primera vez, Alba sonrió de verdad. No era una sonrisa amplia ni confiada, sino una insinuación, una pequeña apertura que la hacía parecer menos una niña perdida y más alguien que estaba tratando de encontrarse a sí misma.

Georg la observaba, y Carlotta se dio cuenta de que su mirada era diferente. Había algo más suave, más vulnerable en sus ojos, como si el hecho de ver a Alba confiar en otra persona le hubiera conmovido de alguna manera.

Pero también había algo más. Una tensión apenas perceptible, una sombra que se reflejaba en sus rasgos. Un secreto que aún era suyo, que no había compartido y que tal vez nunca revelaría por completo.

—Bien —dijo Georg, rompiendo el momento con un tono más ligero. Ahora que habéis hecho amistad, Alba, ¿qué tal si la próxima vez le muestras a Carlotta tu lugar secreto?

La niña asintió lentamente y Carlotta sintió que se le encogía el corazón. No era solo una niña. Era un vínculo entre ella y Georg, una puerta hacia algo más profundo.

—Tengo que llevarla con la niñera, a casa —susurró Georg.

—Vuelve luego —le rogó ella—. Tengo que hablar contigo.

Él se limitó a asentir. Carlotta posó una mano sobre la cabeza de la niña y luego vio cómo se alejaban. La pregunta de Alba seguía resonando en su cabeza: «¿Sabes guardar un secreto?». Se dirigió hacia la sala de Hayez. Quizá estaba cansada de guardárselo todo para sí.

Cuando Georg volviera, Carlotta le hablaría de Elena y del diario. Lo había decidido. Era lo correcto, sobre todo por Alba.

La luz de las velas titilaba en las paredes, dibujando sombras vacilantes alrededor de la figura del cuadro. *El último beso*, con sus tonos intensos y su patetismo desgarrador, parecía casi cobrar vida en medio del silencio. Carlotta estaba allí, de pie, con la mirada fija en el cuadro, los brazos cruzados como para protegerse de algo que no podía nombrar.

Le pareció que habían pasado unos minutos, pero oyó los pasos del duque que se acercaba a ella en la habitación.

—Aquí estoy, la niñera la ha llevado a su habitación —murmuró Georg.

Cuando Carlotta se volvió hacia él, sus miradas se cruzaron y, por un instante, el tiempo pareció detenerse.

Él dio un paso adelante y luego otro. Había algo en la forma en que la miraba, en la tensión que se había acumulado entre ellos dos a lo largo de aquellas semanas, que parecía estar a punto de estallar. Carlotta no pudo moverse, ni siquiera cuando él se acercó tanto que podía sentir el calor de su aliento. Tenía unas ganas tremendas de volver a besar sus labios, de abandonarse en sus brazos y sentirse por fin a salvo.

Él lo había malinterpretado. O tal vez no. Georg se inclinó ligeramente, con el rostro a pocos centímetros del suyo. Sus ojos buscaban en los de ella una respuesta que ella no estaba preparada para dar. «Solo un beso —pensó—. ¿Qué daño me puede hacer, qué daño puede hacerle a él, en este momento?». Luego se echó hacia atrás.

—Georg —susurró con una firmeza que la sorprendió incluso a ella misma, rompiendo el encanto del momento—. No estoy aquí para eso. Quería hablar de los Valsecchi.

Él se detuvo, apartando ligeramente el rostro, aunque no del todo.

Su expresión cambió, se volvió más sombría. Dio un paso atrás, llevándose una mano a la nuca para aliviar la tensión.

—Está bien —dijo finalmente, con un tono más duro que antes, como si intentara defenderse de algo que no se atrevía a afrontar del todo.

Y Carlotta, por primera vez, comprendió que lo que estaba a punto de decir podría cambiarlo todo. Pero no se arredró.

—He encontrado un diario en la villa —dijo—. Parecía que alguien quería que lo encontrara. También habla de Alba, está fechado hace tres años…

Georg abrió la boca de par en par.

—Lo sé, todo es muy extraño. Lo escribió Elena, la chica que desapareció junto con sus padres. La hermana de Alba.

—¿Qué dice? ¿Podría estar aún viva?

—No lo sé, pero este diario parece relacionarlo todo: la villa, el lago…

Georg se puso tenso, se enderezó y dejó de mover las manos.

—Elena —repitió—. Cuando encontré a Alba, no dejaba de repetir solo dos palabras: «mamá» y «nena».

—Sí —continuó Carlotta, con el corazón latiéndole con fuerza—. No sé mucho de ella, pero… el diario habla de muchas cosas. De Alba, naturalmente, y de su vida y… de esa familia. Los Valsecchi.

Georg se inclinó ligeramente hacia delante, con el rostro ensombrecido por una emoción que Carlotta no consiguió aclarar.

—¿Está viva? —preguntó con voz más tensa—. Eso es lo más importante.

Carlotta no respondió de inmediato. Se levantó y apartó el cuadro, luego le mostró el diario a Georg. Cuando se lo entregó, Georg lo tomó, vacilante, como si tuviera miedo de tocarlo, como si fuera un objeto que pudiera quemar. Lo miró fijamente por un instante. Sus dedos apenas rozaban la cubierta desgastada, el cuero deteriorado, empapado de secretos y de tiempo.

Luego, lentamente, lo abrió. Las páginas crujieron bajo el peso de sus manos, y él comenzó a hojearlas con una lentitud que hizo que Carlotta intentara arrebatárselo y leerlo todo de un tirón. Pero se contuvo, y siguió de pie junto a él, con el corazón latiendo con fuerza mientras lo veía repasar los recuerdos de una mujer a la que nunca había conocido.

Se detuvo en una de las últimas páginas, con los ojos entrecerrados.

Carlotta observó cómo Georg apretaba ligeramente la mandíbula, una contracción nerviosa que delataba la tensión que intentaba ocultar.

—Leámoslo juntos —propuso Carlotta, rompiendo el silencio.

Georg asintió, pero no dijo nada. Su voz parecía haber desaparecido, dejándolo a merced de las palabras escritas en el diario.

> Escribo estas líneas con la conciencia de que podrían ser las últimas. La pluma parece temblar entre mis dedos, o tal vez son las manos las que sienten el peso del miedo. El silencio de la noche solo se rompe con los latidos de mi corazón, que me parecen más fuertes que el viento que aúlla fuera. Mamá me dijo que no mirara atrás. Que no mirara la villa, que no pensara en lo que dejaba. Pero ¿cómo se hace? ¿Olvidar la casa donde has aprendido a caminar, el lago que ha reflejado tus sueños y las personas que se han convertido en parte de ti, para bien y para mal? Pensaba que dejar atrás el pasado sería más fácil, pero, como siempre, me equivoqué. No veré crecer a mi hermana. No volveré a ver a Tano.
>
> Lorena me lo ha dicho esta noche. Tenía el rostro tenso, los ojos abiertos de par en par, llenos de un miedo que no había visto nunca antes en ella.
>
> —No puedes esperar más —me ha dicho—. Mi padre lo sabe. No estoy segura cómo, pero sabe que te vas a marchar. Está furioso. Ha contratado a algunas personas para que te vigilen.
>
> Sus palabras me sacudieron, pero no tanto como su tono: impregnado de urgencia y dolor, sabía que nunca volveríamos a vernos.
>
> Mamá y papá lo han preparado todo. Esta noche me acompañarán a Bellagio. Un viejo pescador, amigo de la familia, me esperará para llevarme a un lugar seguro. Pero hay un precio. Tendré que olvidarlo todo. Olvidar a Elena, olvidar quién he sido, quién podría haber sido. Me han dicho que es la

única manera de ser realmente libre. Pero ¿puedo realmente olvidar mi nombre? ¿Cómo se borran los recuerdos que te han moldeado?

No se puede, creo. No se puede realmente. Pero se puede elegir ocultar, enterrar, dejar pistas para que, algún día, alguien pueda comprender y recordar en tu lugar.

El diario es parte de mí. No quiero llevármelo, pero tampoco puedo destruirlo. Cada palabra que he escrito contiene un fragmento de lo que soy, de lo que he vivido. Es mi grito en la oscuridad, mi forma de decir: «He estado aquí. Esto ha sucedido. Existo». Si lo dejo atrás, no es por miedo o debilidad, sino porque quiero que alguien lo encuentre. Alguien que pueda leer estas líneas y comprender.

Por eso he decidido dejarlo en el baúl, junto con el libro de leyendas japonesas. Me gustaría llevármelas conmigo, pero no debo tener nada de mi antigua vida, y mucho menos un libro dedicado, y los demás regalos: la caja con la llave, tan extraña, y el diminuto carillón.

Son todos regalos de mi tío, un hombre que siempre me protegió, incluso cuando nadie más lo hacía. El carillón es quizá el objeto más preciado que poseo. La llave no es solo un símbolo, sino una advertencia.

Quizá sea una advertencia. Quizá sea solo un grito de auxilio tardío. Solo quiero que lo que me ha pasado a mí no le pase a otra persona. Quizá quien encuentre esta llave también encuentre el valor para no huir, para enfrentarse a lo que yo no he podido afrontar.

Oigo pasos. Quizá los secuaces que ha contratado Alfonso ya están aquí.

Escribo estas líneas como si le hablara a alguien que no conozco, a quien quizá nunca conoceré. Pero siento que estás ahí, que encontrarás estas palabras y comprenderás que no son solo tinta y papel. Son memoria. Son resistencia. Son lo que queda de mí, de Elena, en este mundo que quería borrarme.

Cuando Carlotta cerró el diario, el silencio pareció llenar la habitación. Las palabras de Elena habían dejado un eco, un susurro que se entremezclaba con el aliento de la villa. La llave, el diario, todo empezaba a tener sentido.

—Se interrumpe aquí —murmuró—, con esta frase: «… quería borrarme».

Georg asintió, pero no dijo nada.

—Entonces Alfonso lo consiguió —continuó Carlotta, presa de la desesperación—. No podía tenerla y no la dejó escapar. No murió en el naufragio: él la mató.

Se estremeció al pronunciar esas palabras.

—Carlotta… —murmuró el duque.

—Éramos amigas, de una manera que no sé explicar… La sentía cercana y esperaba que algún día…

Empezó a sollozar sin poder contenerse.

Georg le acarició la espalda.

—Soy lo único que queda de Elena —susurró Carlotta—, en este mundo que la ha borrado.

# 23

—Quizá debería marcharme —insinuó Georg—, si nos descubren hablando aquí, lo malinterpretarían. Pero no quiero dejarte en este estado. No sin antes decirte lo que creo que es importante. Algo que tiene que ver con Miranda.

Carlotta lo miró fijamente.

—Sabía que acabaríamos hablando también de ella —dijo, intentando mantener un tono neutro, aunque el temblor de su voz la delataba.

—Escúchame, Carlotta. Nunca he tenido intención de cortejar a Miranda.

—Entonces, ¿qué hacías con ella en Villa Melzi?

—¿De verdad quieres seguir hablando de esto? —le preguntó.

—¿De qué deberíamos hablar? ¿Qué quería realmente de ti?

Él frunció el ceño.

—Esa es la cuestión, no lo sé. Pero está relacionada de alguna manera con los Valsecchi. Eso es lo que quería decirte.

—Miranda… —exclamó Carlotta, incrédula—. ¿Qué?

—Sí. Cuando nos sorprendiste en la orilla del lago, me estaba preguntando cuánto tiempo llevabas en Villa Sola y si recordabas a las personas que vivían allí. En particular, a los Valsecchi.

—¿Y por qué quería saberlo?

—No me lo dijo, obviamente. Pero espera, no es la única rareza que he notado en ella, en todo este tiempo…

—¿O sea…?

—Podrían ser todas suposiciones tontas, Carlotta.

—Pues dímelas.

—Bueno, empecemos por el principio. En el diario se habla de un tal Tano. No es la primera vez que oigo ese nombre.

—¿Qué quieres decir?

—Empecemos por el principio. Por la llegada de Miranda. El día que debutaste, vi a Miranda por primera vez. Yo intentaba escapar de ese odioso marqués que siempre intenta que organice las fiestas en la Villa Sola, pero ella… parecía querer meter las narices en los pisos altos de tu villa. La detuve, me presenté y le pregunté qué estaba haciendo. Ella no respondió, balbuceó algo sobre el encanto de las villas antiguas. Luego percibió que yo parecía saber mucho sobre esos lugares.

Carlotta no respondió.

—Pero eso no es todo. Una vez la encontré por casualidad en el mercado, vestida como una mujer del pueblo. Me acerqué, indeciso de si debía saludarla o no… Entonces tuve la sensación de que iba de incógnito, por alguna razón. Sospeché algo y la seguí, y vi que se detenía en un puesto y le susurraba algo a la vendedora, que negó con la cabeza. Después de que se hubiera marchado, le pregunté a la vendedora qué quería la mujer que le había hablado, incluso tuve que sobornarla con unas monedas… El asunto había despertado toda mi curiosidad.

—Entonces admites que Miranda te atraía —dejó escapar Carlotta.

—Pero no en ese sentido. ¡No me malinterpretes siempre! —protestó él.

—Bueno, ¿qué descubriste al final?

—Parece que Miranda buscaba a un halconero.

—¿Un halconero? —preguntó Carlotta.

—… llamado Tano.

Carlotta contuvo el aliento, pero no lo interrumpió. Georg continuó.

—Luego vino esa petición absurda, como te decía. Me pidió que habláramos, a escondidas, pero elegimos el momento equivocado, y no fuiste tú la única que nos vio y malinterpretó la situación. No pudo decir mucho, pero empezó a contarme que estaba aquí por un motivo muy concreto y que necesitaba mi ayuda, porque estaba convencida de que yo tenía algo que ver con los Valsecchi…

—Tano… Los Valsecchi… —murmuró Carlotta, con la voz como un hilo de seda tensado entre la curiosidad y el miedo.

Georg bajó la mirada.

—Cada encuentro con Miranda era como caminar por la cuerda floja. Luego llegó esta carta. Hace dos días. Me hizo pensar…

Georg vaciló. Bajó la mirada, entrelazando las manos nerviosamente, como si estuviera luchando con algo más grande que sus palabras. Al final, se pasó una mano por el pelo, un gesto para ganar tiempo.

—Los Valsecchi… Este Tano que aparece tanto para Elena como para Miranda…

—Ahora tú también estás pensando que…

Se miraron y Carlotta contuvo el aliento. Le pareció volver a ver en un instante todas las imágenes que había imaginado en el diario,

que ahora se superponían a las de Miranda. Volvió a ver su entrada en escena en el baile de debut, las bromas, la seguridad al bailar y su destreza sobre el caballo… Recordó lo mucho que le había atraído aquella mujer, lo mucho que había admirado el valor de la Elena del diario.

—¿Podrían ser la misma persona? —preguntó Carlotta.

—Me temo que solo ella podría confirmárnoslo.

Carlotta asintió.

—¿Tendríamos que ir a verla?

—Pero Carlotta…

—Sí, lo sé. No debo hacerme ilusiones.

—Me refería a que es muy tarde, ¿no crees que deberíamos esperar a mañana?

—Oh…, claro —admitió ella.

Georg sonrió.

—Cuando algo te interesa, te olvidas de todo lo demás.

La luz de la luna se reflejaba en el lago, tiñendo las aguas de plata, mientras Carlotta y Georg se cogían de la mano.

—No sé cómo voy a aguantar hasta mañana —suspiró Carlotta.

—Yo, en cambio, desearía que esta noche no terminara —dijo Georg, observando las oscuras aguas del lago.

—¿Qué te atormenta?

—Alba es su hermana. Pero yo la crie. Solo tenía dos años cuando Elena desapareció. ¿Puedo confiar en ella? —Carlotta lo entendió. Le estaba preguntando algo que no podía saber.

—Una cosa es segura —respondió ella—. Si Miranda es realmente Elena, tiene derecho a saber que su hermana está viva.

# 24

La oscuridad comenzaba a dar paso a una luz dorada, que traía consigo toda la expectación de aquella mañana. Carlotta había insistido en que Georg pasara a recogerla temprano. Él le dijo que tal vez era mejor esperar al menos hasta la hora del té, pero ella no había atendido a razones. Le había costado conciliar el sueño, ansiosa como estaba por descubrir la verdad sobre Miranda. Había empezado a hojear el diario en busca de palabras de Elena que pudieran darle alguna pista sobre quién era Miranda, algo que se le había escapado. Pero no conseguía ponerle a Elena la cara de Miranda, imaginársela con ese pelo largo y esos vestidos excéntricos.

El duque se presentó a caballo y le pidió, con una sonrisa pícara, que montara.

—No te dejaré las riendas, tranquila —bromeó. Ella levantó los ojos al cielo.

Se sentó pegada a Georg, el calor de su cuerpo la tranquilizaba más que cualquier palabra.

El caballo trotaba con determinación por el sendero, el sonido de los cascos a un ritmo constante parecía marcar sus pensamientos. Sus manos se aferraban a la cintura de Georg, quizá con más fuerza de la necesaria, pero él no parecía notarlo. Al contrario, de vez en cuanto bajaba la mano derecha para cubrir la de ella,

estrechándosela brevemente antes de volver a sujetar las riendas. El sendero serpenteaba entre densos bosques de hayas y alerces, cuyas ramas se balanceaban suavemente con la primera brisa. A los lados, en medio de los suaves claros aún húmedos por el rocío, asomaban arbustos de enebro y manchas de brezo, cuyas delicadas flores, en tonos violetas y rosas, salpicaban el intenso verde de la vegetación. Al fondo, los Alpes se recortaban contra el cielo enrojecido y el lago reproducía fielmente las siluetas de las montañas, como un pintor hechizado.

—Todo va bien —le dijo Georg sin volverse. Su voz era tranquila, profunda, como el lago en las noches sin viento. Carlotta no respondió, pero asintió contra su espalda. Percibía los latidos de su corazón a través de la tela de la chaqueta, un ritmo que la hacía sentir protegida, y por un momento se dio cuenta de que no tenía miedo de nada. No con él.

La carretera era irregular, pero Georg parecía conocer cada curva. Carlotta se concentró en el sonido de la respiración del caballo, en el olor del cuero de la silla, en el calor de las piernas de Georg, que se movían rítmicamente contra sus caderas. Era una cercanía que la perturbaba y la consolaba al mismo tiempo. Cada sacudida del caballo le recordaba que él estaba precisamente allí, sólido, real.

—Estamos cerca —murmuró Georg, rompiendo el silencio. Quizá compartía con ella esa extraña inquietud que se mezclaba con la expectación.

Carlotta levantó la vista. Delante de ellos se alzaba una villa de aspecto majestuoso y macizo, con una amplia verja que daba al estanque de nenúfares. Grandes miradores sujetados por

imponentes muros sostenían el amplio jardín que se elevaba en terrazas hacia la entrada. El camino estaba rodeado de cipreses.

Georg ayudó a Carlotta a desmontar del caballo y lo recorrieron cogidos de la mano.

—Esto es… —comenzó Carlotta, pero Georg la interrumpió con un movimiento de cabeza.

—Sí —confirmó—, la villa de lady Margaret.

Carlotta guardó silencio. Se imaginaba algo imponente, pero no tanto. La villa era una declaración, un grito silencioso de poder y riqueza que casi le daba vértigo. La idea de que Miranda, o Elena, hubieran vivido allí mientras ella leía su diario y la envidiaba, la hizo sentir pequeña, fuera de lugar, como un fragmento de una historia que no comprendía del todo.

—¿Lista? —preguntó él, lanzándole una de sus miradas profundas.

Carlotta asintió, pero en su interior sabía que no lo estaba. Había demasiadas preguntas, demasiadas sombras esperando a ser iluminadas. Sin embargo, con él a su lado, el miedo parecía algo lejano, un susurro que ya no podía alcanzarla.

Cuando Georg llamó fuertemente a la puerta, el sonido pareció rebotar en el silencio.

El mayordomo abrió poco después, arqueando una ceja con decepción.

—¿A estas horas? Lo siento, pero la señora y sus invitados no reciben visitas a primera hora de la mañana.

—Es urgente —le suplicó Georg.

—Debe saber que estamos aquí. Llámela —añadió Carlotta, con un tono que no admitía réplica.

El mayordomo los miró fijamente durante un momento, vacilante. Parecía querer resistirse, pero al final asintió con un gesto de rigidez.

—Esperad aquí.

Mientras permanecían en el umbral, Carlotta apretó las manos, tratando de calmar sus nervios. Cuando finalmente la puerta se abrió de nuevo, una figura apareció en la penumbra.

Miranda o, tal vez, Elena. Podían ser ambas, pero Carlotta aún no conseguía superponer las dos figuras. Estaba la chica que iba a pescar, que había crecido en el lago, que había trabajado como sirvienta durante gran parte de su vida. Y luego estaba la debutante, la que había hecho perder la cabeza a todos con su acento inglés, su comportamiento brillante, su habilidad para hacer cualquier cosa. Ahora, ante ella, había una mujer que no parecía ser ninguna de las dos. Tenía el rostro pálido, el pelo recogido en una trenza desordenada y los ojos hinchados. Llevaba un sencillo traje de viaje, y junto a ella estaba lady Margaret, que la observaba con la misma mirada llena de afecto que ya había notado la vez que las había visto juntas. Carlotta miró la austera figura de la mujer que había tomado a Miranda bajo su protección, y se sintió intimidada.

—¿Qué hacéis aquí? ¿No os parece una hora poco conveniente? —preguntó Miranda, en voz baja, casi en un susurro. Sus ojos buscaron los de Georg, luego se desplazaron hacia Carlotta.

Ella no respondió y, sin dudarlo, le mostró el diario. Al verlo, Miranda dio un respingo y, en ese momento, Carlotta tuvo la certeza: se trataba de Elena. No se habían equivocado.

—Esto… ¿te dice algo?

Miranda se puso tensa, su respiración se aceleró. Lady Margaret la miró con preocupación, pero no dijo nada. Parecía esperar una

decisión por su parte.

—Entrad —dijo finalmente Miranda, dando un paso atrás para dejarlos pasar. Su voz era entrecortada, parecía una criminal que estuviese a punto de confesar el delito que habría de llevarla al patíbulo.

—Si hemos llegado a este punto, entonces es justo que lo sepáis todo.

Los condujo a través de la enorme puerta de madera, una entrada solemne, impregnada de una luz temblorosa que se filtraba a través de amplias vidrieras de colores. El suelo de mármol, desgastado por el paso de los siglos, reflejaba la austera elegancia de la arquitectura, mientras en las paredes destacaban tapices y cuadros de doncellas de aspecto severo y condes con espadas en la mano. El aire estaba impregnado de un silencio respetuoso, casi reverencial, y un aroma dulzón emanaba de un jarrón con flores frescas, que parecían recién cortadas.

Se sentaron en un saloncito iluminado por lámparas de cristal que difundían una luz suave y envolvente. Los muebles de madera tallada y los asientos tapizados en terciopelo de gran calidad le recordaron a Carlotta los salones de los cafés de Berlín.

Miranda pidió al mayordomo que sirviera el té, mientras agarraba entre sus manos un pequeño chal. Durante un momento no dijo nada, luego levantó la mirada hacia ellos.

—Por lo visto ya sabéis quién soy en realidad —comenzó a decir en voz baja, pero cargada de emoción.

Carlotta y Georg permanecieron en silencio, esperando. Carlotta estaba ansiosa por contárselo todo, pero confiaba en Georg, que

conocía mejor a Miranda. Si aún no había mencionado a Alba era, sin duda, porque quería protegerla hasta el final.

Lady Margaret se acercó a Miranda y le puso una mano en el hombro, pero ella se apartó suavemente.

—Me llamo Elena, y no Miranda —admitió—. Nací aquí, a orillas de este lago. Mi padre y mi madre trabajaban para los Valsecchi, y vivíamos en una pequeña casa cerca de la villa. Tenía una hermana, Alba. Lo era todo para mí.

Georg contuvo el aliento al oír ese nombre, y Carlotta se percató. Le rozó el brazo.

—Pero si habéis leído mi diario —continuó Miranda—, ya sabréis todas estas cosas. Sin embargo, no sabéis lo que pasó aquella noche, cuando escapé.

Carlotta asintió.

—Afuera, la tormenta rugía con furia. Después de que Alfonso, el amo, intentara violarme, mis padres decidieron que tenía que huir, a costa de sacrificar su trabajo.

Lady Margaret suspiró. Le hizo un gesto para que continuara.

—Aquella fue una noche terrible. Los secuaces de Alfonso me siguieron, alguien nos había visto disponiendo las barcas. Mis padres me habían acompañado al pequeño puerto, dejé que se marcharan y traté de remar velozmente, pero, como me habían visto alejarme, lanzaron antorchas contra mi barca, que empezó a arder. Fue el fuego que me quemó la piel. Vosotros habéis visto las cicatrices que me han quedado. Creía que iba a morir. Fueron momentos difíciles, no me arrojé inmediatamente al agua porque temía que me atraparan. Gritaban que me detuviera, que eran órdenes de Alfonso.

Me dejé caer al lago, pensaron que me había ahogado, la corriente me arrastró lejos.

Carlotta contuvo el aliento.

—Cuando supe que los míos habían muerto, pues así me lo comunicó la cocinera, que conocía al pescador que me mantenía escondida, todo lo que me quedaba era Alba. No está claro cómo perdieron la vida aquella maldita noche, pero por la rapidez con la que Alfonso Valsecchi se marchó, me temo que él fue el culpable. Los cuerpos fueron encontrados en la orilla, los gendarmes dijeron que habían muerto ahogados. Quería volver a la villa, pero el pescador que me había ocultado me dijo que no resolvería nada, al contrario, que no haría más que poner en peligro la vida de mi hermana. La cocinera había tenido que marcharse con la familia Valsecchi a Milán. Antes de irse, buscó a la niña por todas partes, pero esta había desaparecido. Mientras tanto, los Valsecchi parecían tener prisa por escapar. No eran bien vistos en Tremezzo. La gente había empezado a murmurar.

—¿Y luego qué pasó? —la apremió Carlotta.

—Me encontré con lady Margaret. Por casualidad, o quizá por destino. Estaba de visita en el lago, buscando un guía que hablara italiano. Me dijo que le encantaba nuestra lengua, que quería aprenderla. Cuando me preguntó si estaría dispuesta a seguirla a Londres, dudé. Vivía en la buhardilla del viejo pescador, mientras intentaba descubrir cuál sería mi destino. Pero no podía dejar de buscar a Alba. La cocinera, antes de abandonar la villa, me aseguró que no había ni rastro de la niña y me aconsejó que no me dejara ver durante un tiempo, porque Alfonso Valsecchi se había marchado, sí, pero no sus hombres, a quienes había pagado bien para que lo

avisaran en caso de que, por casualidad, hubiera sobrevivido. Yo… me convencí de que no había nada más que pudiera hacer…, pero marcharme no fue una decisión fácil: era como si yo también la estuviera abandonando.

Elena apretó los labios: la culpa la estaba devorando.

Lady Margaret aclaró la voz.

—No sabía lo que le había pasado a Elena —explicó—, pero percibía su sufrimiento y veía que siempre miraba a su alrededor con ojos asustados. Me parecía que estaba buscando una vía de escape. Y yo era una mujer que estaba sola. Pensé que me haría compañía.

Miró a Elena y sonrió.

—Lo que no imaginaba es que entre nosotras se establecería esta relación. Para mí, Elena es la hija que nunca tuve.

Elena le estrechó la mano.

—Lady Margaret preparó un ungüento especial para mis quemaduras, es un remedio, sobre todo cuando tengo crisis y siento que todavía estoy envuelta en llamas.

—¿Es lo que te pasó en Villa Camelia? —preguntó Carlotta.

Elena asintió.

—Así que me quedé en Londres durante unos años. Fui a una escuela y pude curar mis heridas, tanto las internas como las que habéis visto en mi cuerpo. Poco a poco me convertí en otra persona, entre ensayos de baile y lecturas. Amo esa ciudad, me permitió renacer, pero había dejado demasiado aquí, en el lago de Como. Solo necesitaba tiempo.

—¿Te cambiaste de nombre enseguida? —preguntó Carlotta. Aún no podía creerse que Elena y Miranda fueran la misma persona. Le había dado vueltas toda la noche, buscando paralelismos entre lo

que había leído en el diario y la figura que tenía ante sí. Pero le resultaba difícil encontrarlos.

—No, la decisión fue mucho más tarde. Fue mérito de lady Margaret. Yo sola nunca habría podido construir otra identidad. No se me habría ocurrido. Era más ingenua entonces y creía que bastaría con volver y preguntar. Pero ¿quién iba a hacer caso a una sirvienta?

—Leía en su mirada la melancolía de quien tiene cuentas pendientes y decidí preguntarle qué había pasado antes de conocernos —explicó lady Margaret.

—Así que le conté lo de Alfonso, lo que había sufrido. Le dije que tenía una hermanita, que no sabía dónde estaba. Cada noche, cuando cerraba los ojos, veía su rostro. Pequeña, con ese pelo suave que nuestra madre le peinaba siempre dos veces al día. La oía llamarme, Nena, Nena, pero su voz se perdía entre el rumor del río, en los callejones de Londres, en mi mente que no encontraba la paz. Quería volver. Quería saber qué le había pasado.

Carlotta estrechó la mano de Georg, que temblaba.

—Hace tiempo —murmuró lady Margaret— que tenía la idea de mudarme a Italia durante la temporada de verano. Pensé que volver a los lugares donde había crecido Elena tal vez nos permitiría saber qué le había sucedido a aquella niña. Sabía por una amiga que toda la nobleza se reunía para negociar y concertar matrimonios justo en el lago, así que compré una villa y le propuse a Elena, que tenía la edad perfecta, que se presentara como mi hija. ¿Hay algo que un buen vestido no pueda hacer para convencer a los demás?

—En efecto —balbuceó Carlotta—, solo parecías un poco excéntrica. Nadie sospechó de tus orígenes.

—Eso es porque lo hicimos bien —explicó Elena—. Hace tiempo, lady Margaret había colaborado como diseñadora de vestuario en los ensayos de una compañía de teatro. Todavía conocía al director de escena. Me llevó con él y aprendí a actuar. No solo tenía que demostrar que era buena montando a caballo y bailando, también tenía que convencer a todos de que era Miranda. Esa fue la parte más difícil. Las quemaduras en el cuello no me permitían peinarme como la mayoría de las nobles, así que creamos las trenzas. Pero, junto con las trenzas, tenía que desarrollar mi carácter inconformista… Fue agotador.

—¿Y ese cuchillo? —preguntó Georg.

—Nunca me separo de él, desde que sufrí la agresión del señor Valsecchi. El miedo te blinda.

Carlotta estaba atónita. Por un lado, sentía admiración, por otro pensaba que había sido una estúpida por no haberse dado cuenta de nada.

—Cuando estuve lista, dejé a Elena en Londres y partí como Miranda. Conseguimos que debutara el mismo día que tú, Carlotta, porque quería entrar en la villa. Empezar allí mi investigación.

—Cuando te conocí —intervino Georg.

—Sí.

—Entonces, ¿no te interesaba casarte? —preguntó Carlotta. No podía mirarla a los ojos.

Elena dudó.

—La verdad es que no pensaba en ello. Ya he estado enamorada en el pasado y no acabó bien.

—¿Alguna vez habías pensado en decirnos la verdad? —preguntó Georg.

—Nadie habría aceptado la verdad. Nadie habría creído a una sirvienta que volvía para reclamar a su hermana después de haber huido, y temía que quien lo hiciera me relacionara con los Valsecchi. Todavía me aterroriza ese hombre. Y sí, me acerqué a ti, Georg, porque sabía que estabas vinculado a la villa, al lago. Muchos nobles empezaron a decir que no era la nieta de lady Margaret Grey, sino solo su pupila, una pobrecita recogida en la calle. Y sabemos muy bien la diferencia que eso puede suponer en nuestra sociedad.

—La sangre real… —murmuró Carlotta, recordando las conversaciones con Francesco.

—Lady Margaret me ayudó como siempre había hecho con las niñas huérfanas desde que enviudó. Estaba complacida de que mi tío se hubiera preocupado por mi educación, le hacía compañía, pero… —Miranda hizo una pausa—, estaba muy segura de que encontraría a Alba —murmuró—. A menudo me pregunto dónde estará ahora, qué estará haciendo. Me pregunto si se acuerda de mí, si todavía siente mi ausencia como yo siento la suya.

El silencio que siguió fue pesado. Georg se levantó, se acercó a la ventana, apartó las cortinas de terciopelo rojo y volvió sobre sus pasos.

Carlotta nunca lo había visto tan tenso.

—La única palabra que me dijo al principio fue Nena —dijo finalmente, con voz temblorosa.

Elena lo miró, incrédula.

—¿Qué?

Georg asintió.

—También dijo «mamá», para ser sinceros.

—No es una broma, ¿verdad? —dijo Elena, que parecía haber recuperado el color en las mejillas.

—La encontré yo —admitió Georg, con el rostro marcado por una extraña dulzura—. Después de aquella tormenta la descubrí sola en el jardín de la villa. Estaba asustada. No había nadie que la buscara, así que, después de preguntarle al guarda si sabía algo, la llevé conmigo.

Elena se puso de pie de un salto, con las manos temblorosas.

—¿Dónde…, dónde está? Quiero verla.

Elena parecía no creerlo. Carlotta la observó y comprendió lo difícil que debía de haber sido para ella disfrazarse de Miranda, fingir que le interesaban los bailes y los cortejos, cuando en realidad su objetivo era algo completamente distinto. Se dijo que ella, en realidad, aunque no tuviera sangre real, era más noble que todos ellos. La afinidad que había percibido con aquella chica, en el fondo, era auténtica: ninguna de las dos estaba interesada en las modas, los bailes o los cortejos. A pesar de tener propósitos diferentes, se habían encontrado y había surgido una relación genuina entre ellas. Mucho más que con numerosas mujeres nobles y ambiciosas, con las que nunca había sabido de qué hablar.

Georg se volvió hacia Carlotta, como si si pretendiera buscar la fuerza en ella.

—Está conmigo, Elena. Está a salvo.

Carlotta estrechó con dulzura la mano de Miranda, tratando de transmitirle un poco de tranquilidad. No podía creer que estuviera estrechando la mano de Elena, su Elena, a quien había sentido amiga cuando nadie parecía haber entendido sus deseos y su

verdadera vocación. Luego tomó el diario, que había dejado sobre la mesita.

—Miranda, esto es tuyo. Te lo devuelvo —dijo en voz baja pero intensa.

—¿Cuándo lo encontraste? —preguntó Miranda.

—Casi en cuanto llegué a la villa. No sabía qué esperar. Era como espiar la vida de otra persona, alguien a quien apenas conocía pero que parecía gritar para que la escucharan.

—En esas páginas hay tanta verdad… Está mi vida.

—Sí. Y cada página me llamaba, cada palabra parecía… necesaria. Y luego estaba tu valentía. Me di cuenta de lo importante que era para ti dejar un rastro, una señal para cualquiera que viniera después. Quizá también para mí.

Miranda bajó la mirada, con el rostro marcado por emociones encontradas.

—No era solo una señal —murmuró—. Era todo lo que podía hacer. Una especie de… grito de ayuda. Sabía que, al dejar ese diario, alguien, algún día, conocería mi historia.

Carlotta guardó silencio un momento y luego se acercó un poco más.

—¿Por qué dejaste también la llave? ¿Era una invitación? ¿O una trampa?

Miranda frunció el ceño.

—¿Qué llave? —respondió—. No dejé ninguna llave, ¿de qué estás hablando?

Carlotta apretó los labios y se sintió algo estúpida. Negó con la cabeza.

—Debo de haberme confundido —respondió.

No era ni el momento ni la hora de complicar las cosas, de añadir variables a una situación ya de por sí tan tortuosa.

—Después de leer tus páginas, siento que te conozco de toda la vida —añadió Carlotta.

Miranda asintió con la cabeza, con la mirada fija en ella.

—Yo también te siento cerca y he tenido esta sensación durante todo el verano. —Su voz estaba llena de gratitud y melancolía—. Has seguido leyendo esas páginas sin saber adónde te llevarían. Has seguido mis pasos incluso cuando todo parecía oscuro.

Lady Margaret la interrumpió. Su rostro estaba sereno, pero sus ojos delataban una inquietud que Carlotta notó inmediatamente.

—Entonces, ¿está todo decidido? —preguntó Margaret, dirigiendo una mirada afectuosa a Miranda—. ¿Estás lista para ir a su encuentro?

Miranda asintió, estrechando aún más la mano de Carlotta.

—Sí, pero solo gracias a ellos. Sin Carlotta y Georg… no habría tenido el valor.

Margaret sonrió.

—Entonces id, no hay tiempo que perder. Os esperaré aquí. Estoy deseando conocer a Alba. Estoy segura de que es magnífica, igual que su hermana.

Carlotta sintió una punzada de emoción en el pecho. Margaret parecía entenderlo todo sin necesidad de explicaciones, como si su mera presencia fuera un tejido que cosía los fragmentos rotos de sus vidas.

Miranda se levantó y, por un momento, perdió el equilibrio. Debía de haber sido realmente difícil para ella fingir todo ese tiempo. Parecía otra persona.

—Vamos —dijo con la voz ligeramente temblorosa—. No quiero hacerla esperar más.

Mientras se dirigían hacia la salida, Carlotta se volvió un momento para mirar a Margaret y pensó en su madre libertina, que en otro tiempo había sido, tal vez, comprensiva y generosa como aquella mujer, y que ahora parecía haberse recluido en su pequeño mundo.

—Gracias —susurró.

Miranda y Carlotta subieron al carruaje, y Georg las siguió a caballo.

Villa Sola se hallaba prácticamente sobre el lago, no muy lejos de la de Carlotta. Al cruzar la verja de hierro forjado, Carlotta se encontró en un jardín recogido, donde la envolvió la fragancia de las flores: rosas, laureles y adelfas. Finalmente, adivinó la fuerte estela olorosa del jazmín, la que caracterizaba la esencia de Georg.

«De ahí viene ese perfume», se dijo, abrumada.

Nunca habría imaginado que Georg, en Villa Sola, tuviera unas plantas tan cuidadas y frondosas. El jardinero debía de ser un auténtico experto.

En cuanto llegaron, Georg avisó a los sirvientes, y la niñera fue a despertar a Alba, que por fin se había dormido.

—Podéis acomodaros en el salón rojo —dijo Georg—, mientras voy a buscar a Alba.

El salón de honor, rojo por el color de los tapices de las paredes, contaba con una gran chimenea y frescos del siglo XVI que representaban escenas medievales.

La camarera les trajo más té y Carlotta se sentó en el sillón de terciopelo, junto a la mesita, mientras Elena permanecía de pie junto a la ventana. La chimenea prendió de nuevo y dibujó sombras de llamas sobre los retratos de la familia real de Sajonia. Carlotta se quedó absorta mirando aquellos rostros austeros, reconociendo en algunos la expresión orgullosa de Georg, pero en ninguno la ternura de su mirada.

—Quizá deberíamos haber esperado —dijo Miranda, confundida. En ese momento, el papel de una noble le quedaba pequeño. Empezó a morderse las uñas.

—No lo digas ni en broma, te habrías muerto en la espera —comentó Carlotta—. Hemos hecho bien.

Miranda asintió, pero no parecía convencida. El cabello despeinado le daba un aire aún menos elegante, y a Carlotta le pareció que la conocía de toda la vida. Quería decirle lo mucho que la admiraba por defenderse de su amo, por luchar por su libertad, pero las palabras no le salían.

Georg tosió y entró en la habitación llevando a Alba de la mano. La pequeña tenía el pelo revuelto y los ojos aún entrecerrados por el sueño.

—Oh, Dios mío —dijo Elena, perdiendo por completo el poco control que le quedaba—. Cómo has crecido. Y qué guapa te has puesto.

Alba la miró, confundida.

—¿Eres una princesa? —preguntó.

Esa pregunta alivió la tensión. Carlotta se rio y se dio cuenta de que estaba nerviosa porque estaba a punto de echarse a llorar. No quería hacerlo delante de Georg, no era apropiado… «Al diablo —se

dijo entonces, mientras Miranda se inclinaba sobre Alba y le acariciaba las mejillas—. Al diablo con todas las malditas convenciones con las que tiene que vivir una princesa». Empezó a sollozar en silencio, llevándose una mano a la boca porque, al fin y al cabo, era de la realeza y así la habían educado. Georg la miró, quizá él también estaba tratando de contener la emoción.

Elena abrazó a su hermanita, que inmediatamente le rodeó el cuello con sus pequeños brazos.

—No, cariño, soy tu hermana —le susurró al oído—, y ahora que te he encontrado no te volveré a dejar.

La cogió en brazos y le preguntó:

—¿Te acuerdas de mí? Eras tan pequeña… Soy tu Nena.

—Nena —repitió Alba, apoyando la mejilla en el hombro de Elena.

Georg se acercó a Carlotta y le estrechó la mano. Habría sido el momento perfecto para corresponder a ese gesto cariñoso, pero el mayordomo llamó a la puerta y entró antes de que Georg tuviera tiempo de responder.

—Siento molestaros, duque —dijo—, pero acaba de llegar un mensajero, está recorriendo toda la región Tremezzina e incluso más allá.

—¿Qué noticias trae? —preguntó Georg, molesto—. ¿Acaso ha estallado la guerra?

El mayordomo se estrechó las manos.

—Hable, por el amor de Dios —le rogó Carlotta.

—Se trata de una princesa —respondió el mayordomo—, ha desaparecido.

—¿Quién es? —preguntó el duque.

—La princesa María Albertina Albrecht.

Carlotta sintió que le flaqueaban las piernas.

# 25

La villa parecía estar sumida en un silencio inquietante cuando Carlotta cruzó el umbral. Se dirigió inmediatamente al salón principal, con las manos sudorosas y el vestido como si la hubiera atrapado en una tenaza. Georg había preferido acompañarla y la esperaba fuera porque no era apropiado entrometerse en asuntos familiares.

Su madre la esperaba en el salón, con el rostro tenso y pálido, agarrando nerviosamente un pañuelo entre las manos.

—Mamá, ¿qué ha pasado? —preguntó Carlotta.

Annette la estaba abanicando, mientras los criados murmuraban, inquietos.

Marianne se levantó, con los labios temblorosos mientras intentaba hablar.

—María… —comenzó, pero se detuvo, como si le faltaran las palabras—, María se ha escapado.

Carlotta sintió que el corazón le daba un vuelco. Era lo que había dicho el mensajero, pero hasta el último momento había esperado que se hubieran equivocado.

—¿Por qué? ¿Con quién?

Marianne se levantó de un salto, agarrando el pañuelo con tanta fuerza que casi lo hizo pedazos.

—Ha dejado una nota, solo dice que no nos preocupemos por ella, que seguro que todo será para mejor, que será feliz. No dice dónde. He puesto un anuncio en cuanto he encontrado la breve carta de despedida.

Carlotta leyó rápidamente el mensaje, que parecía escrito de forma apresurada.

—Si sabes algo, habla —dijo Marianne.

—Sé lo mismo que tú, madre. María llevaba unos días rara.

Luisa tamborileaba los dedos en el cristal de la ventana.

Carlotta pensó en la conversación que había mantenido con su hermana, en su amor por el jardinero. Era plausible que se hubiera fugado con él, pero ¿adónde?

—Una cosa es segura: no nos quedaremos aquí con los brazos cruzados. Voy con el duque a buscarla —dijo Carlotta.

—Pero ¿no será peligroso? Ya han movilizado a los gendarmes… —protestó débilmente Marianne.

—No puedo quedarme esperando, madre. Quédate aquí: si vuelve, encontrará a alguien que la acogerá.

No esperó respuesta, salió corriendo, confiando en que Georg estuviera dispuesto a acompañarla.

El duque todavía estaba en el jardín de la villa, a punto de subir al carruaje.

—¿Qué pasa? —preguntó, dejando el caballo y acercándose a Carlotta.

Ella se lo contó todo, con la voz temblorosa cuando se puso a hablar de María y del jardinero, y Georg se quedó inmóvil por un momento; luego le tomó las manos entre las suyas.

—Un jardinero y una noble —murmuró el duque—. Pensemos: ¿adónde podrían haber ido?

—Solo sé que ella está enamorada de él, que ya han… En fin, ella se ha entregado a él. Lo ama.

—Si es así —dijo Georg, «solo hay un lugar al que podrían querer ir: a Como, de donde salen todas las diligencias».

Carlotta frunció el ceño.

—Debemos darnos prisa —insistió el duque—. Si estoy en lo cierto, deben dirigirse hacia allí para tomar una diligencia que los lleve a Génova.

—Espero que así sea —murmuró Carlotta, que ya sentía flaquear sus fuerzas.

—La encontraremos —dijo él—. Te prometo que la encontraremos.

Decidieron registrar Como, los puertos y las pensiones a lo largo de las orillas del lago. Carlotta avanzaba con el corazón en un puño, escudriñando cada rincón, cada sombra, cada rostro desconocido.

Aún no había estado en la ciudad y se había prometido visitarla. La belleza de aquella joya engastada entre las orillas del lago le pareció violenta en comparación con lo que estaba sintiendo. Las callejuelas empedradas, salpicadas de palacios nobiliarios y bordeadas de árboles centenarios, se abrían a sugerentes paisajes, donde el tiempo parecía transcurrir lentamente y chocaba con el frenesí de su búsqueda.

Atravesaron con ansiedad febril el corazón palpitante de la ciudad, la piazza del Duomo, dominada por una imponente catedral, con sus agujas y sus refinados detalles góticos. De María no había ni rastro. Llegaron también a la piazza Cavour, donde las chácharas de los habitantes se mezclaban con el bullicio de las actividades cotidianas,

y donde artistas e intelectuales encontraban el ánimo necesario para entablar vivaces discusiones. Allí, Carlotta esbozó un retrato de María y pidió a un pintor callejero que lo difundiera y que avisara a los guardias si la veían.

Georg la observaba sin ocultar su admiración, mientras ella trazaba con mano decidida, a lápiz, el rostro de su hermana.

Luego se acercaron a unos hombres que descargaban cajas y a las mujeres que se apresuraban a terminar las tareas antes del almuerzo.

—¿Han visto a una chica alta, elegante, con el pelo rubio en compañía de un joven? —preguntó, con una voz que delataba la ansiedad que intentaba reprimir.

Algunos se limitaban a negar con la cabeza, otros respondían con un distraído «no, milady», antes de retomar sus quehaceres.

Georg siempre estaba a su lado, con paso rápido y la mirada atenta, sin detenerse nunca demasiado tiempo en un solo sitio. Era como si estuviera en estado de alerta constante, listo para reaccionar ante cualquier indicio, por pequeño que fuera.

Se adentraron también en las estrechas y empedradas calles de Como, y luego en las pensiones y posadas que bordeaban el lago. Cada edificio parecía más sombrío y descuidado que el anterior, con puertas que chirriaban y ventanas cubiertas por cortinas descoloridas. En cada posada repetían las mismas preguntas, y recibían siempre las mismas respuestas negativas.

De pronto, mientras se hallaban en un muelle desierto, Carlotta se detuvo, jadeando y con la frente perlada de sudor. Sus manos temblaban ligeramente, y Georg se dio cuenta inmediatamente.

—Basta, Carlotta —dijo, acercándose a ella—. Tienes que descansar un momento. No podemos seguir así.

Carlotta negó con vehemencia, con el pelo que le caía sobre los hombros.

—No quiero volver —respondió, con la voz quebrada por la angustia—. Aquí me siento cerca de ella. Cada minuto que perdemos podría alejarlos más.

Georg le puso una mano en el hombro, y la obligó a mirarlo.

—No serás de ninguna ayuda para tu hermana si te derrumbas por el agotamiento. Todos nuestros sirvientes están en alerta. La están buscando por todas partes y sabes que tienen sus contactos. Por favor, déjame ayudarte. Paremos un momento. Reanudaremos la búsqueda en breve.

Carlotta lo miró fijamente, con el rostro pálido y los ojos surcados de ojeras. Había algo en su tono, en la calma que transmitía, que logró penetrar el muro de su agitación. Asintió lentamente, y Georg le hizo una señal para que lo siguiera hacia una posada no muy lejana, un edificio modesto pero acogedor, con una luz cálida que se filtraba por las ventanas.

Entraron, y el olor a madera ahumada y pan fresco los cautivó de inmediato. Georg se dirigió al posadero y regresó con la llave de una habitación.

—Podrás descansar unas horas. Yo estaré siempre alerta. Le he dicho al posadero que, si alguien nos busca, que nos avise de inmediato.

La habitación estaba en el segundo piso. Carlotta siguió a Georg, conteniendo la respiración. Una vez en el interior, él comprobó que todo estuviera en orden, y le sirvió un vaso de agua.

—La encontraremos, aunque tengamos que poner Como patas arriba —dijo, tratando de consolarla.

—No es responsabilidad tuya —balbuceó ella, reprimiendo las lágrimas—. María es mi hermana. Yo debería encontrarla, yo debería protegerla. Acabo de presenciar el reencuentro de dos hermanas, mientras mi familia se desmorona cada vez más…

Georg negó con la cabeza.

—No estás sola en esto —respondió—. Somos dos, Carlotta. Y resolveremos la situación, pero debemos mantener la cabeza fría. Prométeme que te tomarás unas horas para reponerte. Luego volveremos a empezar, te lo juro.

Carlotta lo miró y, por un momento, el peso del mundo pareció aliviarse. Ya no estaba sola, en esta ocasión. Quizá se equivocaba, pero por primera vez le pareció tener a su lado a alguien capaz de comprenderla.

Asintió débilmente, dejando que el agua fresca le calmara la garganta.

—Estaré aquí fuera —dijo él, disponiéndose a salir.

—Georg —murmuró ella—, para tumbarme tengo que quitarme el miriñaque.

—Claro —respondió él—, puedo llamar…

—¿Puedes hacerlo tú?

Él tragó saliva.

—Creo que puedo, sí.

Carlotta le dio la espalda y él forcejeó con los lazos del vestido. Ella sintió su tacto y se mordió el labio inferior. Cuando le levantó el vestido, sintió que su piel ardía de deseo.

—Carlotta —susurró él—. He intentado evitarlo, pero… Desde el primer momento supe que me encantaba discutir contigo.

—Menuda declaración, duque —exclamó Carlotta, algo resentida. Se estaba desnudando delante de él y Georg hablaba de sus discusiones.

—¿Lo ves? Siempre tienes la respuesta adecuada, con ese toque de sarcasmo odioso…

Carlotta abrió los ojos de par en par.

—Increíble —dijo—. No sé cómo es posible, pero estás empeorando tu posición.

—Como siempre cuando discutimos, ¿no?

—Todo lo dices tú y no voy a negar lo evidente.

—Planteémoslo así, entonces: eres terca, no puedes negarlo. Orgullosa hasta el punto de no admitir nunca cuando te equivocas. Pero preferiría discutir contigo toda la vida antes que encontrarme en un matrimonio en el que no creo, con una mujer perfecta, que se atiene a todas las convenciones sociales, que nunca me hace quedar mal, pero que no me hace sentir… esto.

—¿Esto…?

—Esto…, este embrollo de sentimientos al que no puedo ponerle un nombre, que está ahí desde la primera vez que me robaste el árbol del jardín.

—Por fin lo reconoces —suspiró ella.

—Solo he dicho que no puedo ignorar nuestros enfrentamientos, por mucho que haya intentado alejarte.

—¿Y por qué? ¿Por qué has intentado alejarme?

—Ya sabes por qué. Se trataba de Alba y de nuestra sociedad, que no quiere que seamos libres. Solo que tú eres orgullosa y…

—De todos modos, el árbol era mío. Yo me había escondido allí antes que tú.

—¿Cómo has dicho?

—El árbol del jardín, la primera vez que nos vimos. Hace un momento has dicho que te robé el árbol. Pero no fue así.

Georg negó con la cabeza, sonriendo. Carlotta se inclinó para besarlo, él le devolvió el beso.

—Y lo más increíble es que seguiríamos haciéndolo toda la noche.

—¿El qué?, ¿discutir?

—No. Besarnos.

Puso su mano sobre la suya. Pensó en cuando se había acariciado imaginando que él la poseía y en el escalofrío de placer que había sentido cuando él había explorado su cuerpo.

Le tomó el rostro entre las manos y lo besó de nuevo, sintiendo sus cálidos labios, que le respondieron con una intensidad que la abrumó. Estaba en una posada y se sentía más libre y salvaje que en cualquier otro momento de su vida.

—Túmbate conmigo, solo un momento —le rogó. Georg tenía los ojos brillantes. Dejó que ella lo llevara de la mano hasta la cama. Se tumbaron juntos, él todavía con las botas y la chaqueta puestas, ella en enaguas.

—Esto empieza a ser inapropiado —murmuró Georg. Ella se acercó a él y le rozó la mejilla con la mano.

—Muy inapropiado —susurró—, pero confío en ti.

Él la miró y luego se esforzó por apartar la mirada.

—Quizá esto duela —susurró.

—¿Por qué?

—Porque estar así a tu lado me vuelve loco.

Carlotta quería oír exactamente esas palabras. Se incorporó sobre un codo, con el rostro muy cerca del suyo.

—¿De verdad te causo ese efecto?

Georg sonrió.

—No tienes ni idea del efecto que me causas.

—He imaginado tantas veces tus manos sobre mí.

—Yo también —admitió Georg.

Deslizó la mano entre sus muslos. La miró como pidiendo su aprobación, ella asintió.

—Por favor —añadió.

Georg la acarició allí, donde ella nunca se había sentido tan cálida y húmeda. La penetró con un dedo, respirando sobre ella, atento a cada expresión de su rostro. Ella estaba en éxtasis.

Carlotta se metió en la boca el dedo que él le ofrecía y lo chupó con avidez. No quería ser esclava de las convenciones. Al igual que su hermana, estaba decidida a dejarse llevar.

El cabello de Carlotta se adhirió a las mejillas de él, como si no quisiera soltarlo nunca más.

Georg le quitó la enagua con un gesto lento.

—Quizá deberíamos… —murmuró, sin apartar la mirada de sus pechos desnudos. Carlotta sentía que tenía los pezones erectos.

—Quizá deberíamos dejar de pensar —le dijo.

Georg se tumbó sobre ella. Sus ojos verdes, con mil reflejos de un lago en una tormenta, era lo único que Carlotta quería ver en ese momento.

Mientras él le besaba el cuello, ella le desabrochó los pantalones.

—Nunca me atrevería… —susurró el duque, que aún intentaba oponer una débil resistencia.

—No te atreverías a contradecir a una princesa que te desea —le susurró ella al oído—, por mucho que te guste discutir con esa mujer.

Georg le tomó los pechos entre las manos, los besó, haciéndola gemir. Se inclinó sobre su vientre, introduciendo la lengua dentro de ella.

—Si tengo que parar…

—No debes parar, debes continuar —logró decir ella, mientras oleadas de placer, como olas espumosas, atravesaban su cuerpo.

Él se tumbó sobre ella y comenzó a penetrarla lentamente, con tal delicadeza que Carlotta se vio obligada a arquear el cuerpo y pedirle que empujara más fuerte.

Nunca había experimentado esa sensación, ni siquiera en todas las veces que se había imaginado ese momento. El dolor agudo de algo que se rompía dentro de ella, en lugar de asustarla, la hizo gritar de placer.

—¿Te he hecho daño? —suspiró él, preocupado.

—Sí —respondió Carlotta—, y es también el dolor más placentero del mundo.

Georg aumentó las embestidas, mirándola a los ojos, y alcanzaron el clímax juntos, susurrando sus nombres.

Carlotta se dejó caer sobre la cama, vencida por un cansancio que le provocaba una agradable sensación de satisfacción. Se dejó llevar por el sueño, con una mano sobre el pecho de él, que la seguía acariciando. Pensó que la mayor victoria para una mujer era encontrar placer en sus propias decisiones y seguir los impulsos de

libertad del alma. Se rio para sí misma por ese pensamiento tan profundo, dictado por el inconsciente, y se dijo que pronto pintaría la escena en la que una diosa se concedía el lujo del amor con un druida del lago, por primera vez.

—Carlotta —susurró Georg cuando vio que ella abrió los ojos.

Ella se incorporó de un salto.

—¿Cuánto he dormido?

—Una hora, más o menos —respondió él.

—¿Y tú has estado despierto todo el tiempo? —preguntó Carlotta.

—Mirarte dormir es tan bonito como hacer el amor contigo.

Ella sonrió.

—Al menos, mientras duermo, no puedo llevarte la contraria.

Él la abrazó y le acarició el pelo. Carlotta miró por la ventana.

—Si nadie nos ha despertado, significa que aún no hay rastro de María.

—Acicalémonos y reanudemos la búsqueda.

Carlotta asintió. Hizo ademán de levantarse, pero él la retuvo.

—Primero dame un beso.

—Solo si me lo pides con amabilidad —replicó ella.

Carlotta estaba a punto de besarlo cuando la puerta de la habitación se abrió de golpe y ante ellos se precipitó un joven mensajero con el pelo revuelto.

—¡Lady Carlotta! ¡Conde Georg! —exclamó jadeando—. Los han visto. En el puerto de Como. Una diligencia está a punto de partir.

Carlotta se levantó tan rápido que volcó el vaso de agua sobre la mesita. Se secó los labios, reparando que la mezcla de cansancio y pasión había prevalecido sobre todo lo demás. Georg ya se había puesto en pie. Tenía el rostro enrojecido.

—¿María? —preguntó, lleno de esperanza y temor—. ¿Estás seguro?

El chico asintió frenéticamente.

—No estoy seguro, pero la descripción que nos habéis dado coincide. Un hombre y una chica rubia, muy elegante.

Georg agarró la capa y la echó sobre los hombros de Carlotta.

—Vamos —dijo—. No hay tiempo que perder.

Se tomaron de la mano, como dos cómplices en una estafa. Carlotta estaba inquieta por su hermana, pero al mismo tiempo no podía olvidar lo que acababa de pasar, y le parecía estar flotando en una nube mientras corrían hacia el puerto.

Cuando llegaron, el olor del lago y el estruendo de las olas que rompían contra los muelles los envolvieron. Los barcos se balanceaban sobre el agua cristalina. Era un caos de voces y ruidos: marineros que daban órdenes a gritos, cuerdas que se tensaban y el sonido sordo de las cargas que se arrastraban hacia los barcos. De ellos bajaban algunas damas, acompañadas por sus caballeros, que se dirigían a paso ligero hacia las diligencias.

Carlotta buscaba frenéticamente entre la multitud.

—¡María! —gritó, pero su voz se perdió entre el tumulto.

Fue Georg quien la vio primero.

—Ahí —dijo, señalando una figura femenina junto a un hombre alto y robusto. Estaban junto a un carruaje, en el que estaban cargando el equipaje. El viento alborotaba el cabello de la joven, a la que agarraba el jardinero.

María y Giovanni. Un amor imposible, se dijo Carlotta, admirando el valor y la impudicia de su hermana.

Carlotta corrió hacia ellos sin pensar.

—¡María! —gritó de nuevo, y esta vez su hermana se volvió.

Estaba llorando. Tenía los ojos enrojecidos y las mejillas surcadas por regueros salados que se mezclaban con la lluvia fina. Giovanni la agarraba del brazo, tratando de convencerla de que subiera al carruaje. Sus ojos estaban fuera de sí, como aquella primera vez que lo vio maltratando al caballo. Aquellos ataques de ira debían de ser más frecuentes de lo que María había imaginado, porque ella aparecía a los ojos ajenos como conmocionada.

Carlotta los alcanzó, jadeando.

—Ya no sé si es lo correcto —oyó decir a María, con voz entrecortada—. No puedo hacerlo, Giovanni. No puedo dejarlo todo.

—¿Adónde pensáis ir? —preguntó Carlotta, temiendo cualquier respuesta.

—A Gretna Green —respondió Giovanni, decidido.

—¿Qué es Gretna Green? —preguntó Georg.

—Una ilusión de felicidad —respondió Carlotta, mirando a su hermana—. En Sajonia es muy conocido: está situado en Dumfriesshire, y se considera el primer pueblo de Escocia, después de la frontera. Allí, los menores de edad pueden casarse libremente, sin el consentimiento de sus familias, porque no se rige por las leyes del Parlamento inglés. El primer edificio que se encuentra en Gretna Green es precisamente la herrería, que es el símbolo de esta ciudad. El herrero deposita sus herramientas, llama a los testigos y, con un golpe de yunque, declara marido y mujer a los jóvenes amantes, antes de que lleguen los padres de la novia.

María asintió.

—Como en *Orgullo y prejuicio*, que hemos leído juntas —añadió, dirigiéndose a Carlotta.

Georg la miró sorprendido.

—Sí, lo he leído —admitió Carlotta—. ¿Acaso hay algo malo en ello?

—No, Carlotta —respondió él, a la defensiva—. Es solo que no creía…

—Bueno, no solo leo a Goethe y Shakespeare. Me parece admirable la obra de Jane Austen. Y creo que puede representar una visión de nuestra sociedad, con todas sus contradicciones. Dicho esto, me parece una tontería lo que has pensado, María.

Georg asintió sin decir nada.

Carlotta agarró a su hermana por el otro brazo, obligándola a mirarla a los ojos.

—María, escúchame, te lo ruego —dijo, con la respiración entrecortada—. Sé lo que sientes. Créeme, ahora te parece que no tienes otra opción, tu corazón está a punto de estallar de pasión, pero… No puedes arruinar tu vida así.

Giovanni dio un paso atrás, inquieto, entre Carlotta y María.

—No estamos huyendo —la tranquilizó María, pero su voz era débil, insegura—. Estamos buscando un futuro mejor.

—Un futuro mejor no se construye huyendo —intervino Georg—, ni dejando atrás a las personas que te quieren.

María miró a Carlotta, luego a Giovanni y de nuevo a Carlotta.

—Yo…, yo no quería que acabara así —murmuró—. Solo quería ser feliz.

Carlotta le estrechó las manos, ignorando el viento que le helaba los dedos.

—Y puedes serlo —dijo, con una voz llena de una dulzura que no sabía que tenía—. Pero no así, María. No de esta manera. Ven

conmigo. Volvamos a casa, juntas.

María temblaba, Carlotta observó toda la indecisión reflejada en su rostro. Siempre había sido impulsiva, pero nunca había llegado tan lejos. Por un lado, la admiraba, realmente había pensado que podía marcharse sola, dejando atrás la carga de los Albrecht. Por un momento se preguntó si no debería dejarla ir, libre, a perseguir su destino. ¿Quién era ella para retenerla, después de todo?

María soltó a Giovanni y se acercó a Carlotta.

—Está bien —susurró, derrumbándose en los brazos de su hermana.

Georg hizo un gesto a Giovanni, que estaba a punto de replicar, pero luego se volvió sin decir nada, quedándose quieto mirando el carruaje. Se inclinó para coger el equipaje de María, resignado.

—No puedes volver a la villa —le advirtió Carlotta—. Sabes que no puedes.

Él asintió. María comenzó a sollozar con fuerza, mientras él subía y le hacía señas al cochero para que partiera.

—Estás haciendo lo correcto —intentó consolarla Carlotta—. Si es amor verdadero, encontraréis el modo.

Pronunció esas palabras mirando a Georg, que se aseguraba de que Giovanni se alejaba de verdad.

Carlotta abrazó a María con fuerza, mientras el estruendo a su alrededor parecía desvanecerse.

# 26

Cuando María cruzó el umbral de la villa, el corazón de Carlotta dio un vuelco. Marianne y su abuela Luisa la esperaban en el gran vestíbulo. Su madre lloraba y, en cuanto vio a María, corrió hacia ella y la abrazó con fuerza, como si quisiera protegerla de todo el dolor del mundo.

—¡María, gracias a Dios! —exclamó Marianne, entre sollozos—. No sabes lo preocupada que me tenías.

María, todavía conmocionada, escondió el rostro en el hombro de su madre.

—Lo siento, mamá. Lo siento mucho. No quería…, no quería haceros daño.

—Ahora eso no importa —intervino la abuela Luisa—. Has vuelto, y eso es lo único que cuenta. Del resto ya nos ocuparemos mañana.

Carlotta se quedó rezagada, observando la escena con alivio y también con un poco de frustración. María estaba a salvo, había regresado, pero todo el peso de sus vidas sin resolver parecía pesar sobre ella como una losa.

María se disculpó de nuevo en voz baja y luego pidió retirarse a su habitación.

Marianne la acompañó hasta la escalera, acariciándole el cabello. Carlotta se quedó de pie junto a su abuela, con los brazos cruzados y el rostro tenso.

—Podrías haberlo evitado, mamá —dijo Carlotta, con un tono lleno de amargura—. Si hubieras estado más presente…

Marianne se quedó en silencio por un momento, con el rostro descompuesto por una expresión de dolor y rabia. Antes de que pudiera responder, intervino su abuela Luisa, que miró a Carlotta con severidad.

—No puedes hablarle así a tu madre. No sabes lo que se ha sacrificado por ti y por tu hermana.

Carlotta se volvió hacia ella, con el rostro completamente encendido por la ira.

—¿Sacrificado? ¡No os entiendo, no entiendo a ninguna de vosotras! ¿Cómo podéis hablar de sacrificios cuando todo se está derrumbando a nuestro alrededor?

El silencio pesaba. Carlotta sintió un vahído, como si todo el mundo se le escapara de las manos. Por un instante, apareció ante sus ojos la imagen de Marianne llorando, con el rostro oculto entre las manos. Parecía más joven, más vulnerable, de una forma que Carlotta no le había visto antes.

Cuando volvió a abrir los ojos, Marianne estaba allí, de pie, pero no pudo sostener su mirada. Sacudió la cabeza, tratando de alejar el pensamiento, y dio un paso atrás.

—Si papá estuviera aquí ahora…

—Si papá estuviera aquí, te diría que sería mejor que volvieras a Potsdam —replicó Marianne, exasperada.

—¿Qué estás diciendo? ¿Por qué sacas a relucir toda esa maldad?

—Carlotta —intervino Luisa—, escucha a tu madre, por favor.

Suegra y nuera se miraron, animándose mutuamente a hablar.

—Tu padre me escribe cartas, es cierto. Pero son amenazantes. Dice que no permitirá que vuelva a verte si no accedes al matrimonio que él espera, para reparar el escándalo que he causado. Yo no puedo volver a la corte, pero tú ahora solo puedes volver como prometida… Y es culpa mía.

Esas palabras golpearon a Carlotta como puñales.

—No puede ser verdad —susurró—. Abuela, ¿es verdad?

Luisa asintió en silencio.

La imagen de Marianne llorando se hizo más nítida en la mente de Carlotta y sus oídos comenzaron a zumbar.

—He hecho todo lo posible por vosotras —insistió Marianne—, pero tú no lo entiendes. Nunca has querido entenderlo.

—¡Ya basta! —intervino Luisa, levantando una mano para poner fin a la discusión—. Carlotta, déjala en paz.

Carlotta estalló.

—¡No puedo dejarla en paz, esta vez no! Siempre se ha escondido detrás de sus lágrimas, de su… libertad, mientras nosotras nos teníamos que encargar de todo. ¡Jamás ha sido realmente una madre!».

Luisa se quedó en silencio un momento, observando a las dos mujeres. Luego suspiró. Su rostro estaba marcado por un cansancio que no tenía nada que ver con la edad.

—Quizá sea hora de hablar —dijo finalmente, mirando a Carlotta —. Marianne, siéntate. Carlotta, escucha.

Marianne se sentó a regañadientes, con la mirada baja. Carlotta se volvió hacia su abuela y cruzó los brazos.

—¿Qué es lo que tengo que escuchar?

La abuela le entregó un sobre, con el sello abierto, de los Albrecht.

—Esto llegó ayer, pero tu madre no quería enseñártelo. Yo creo que ya es hora de que lo sepas, Carlotta, de que lo sepas todo.

Ella lo abrió y reconoció la letra de su padre.

Respetable madre, querida esposa:

He sabido por mediación de mis informadores que mi hija Carlotta ha rechazado la única propuesta de matrimonio que le ha llegado tras su debut. ¡Y qué propuesta! El sobrino de los duques de Pavía, el conde Francesco Melzi. No hace falta que exprese cuánto lo lamento y que le recuerde las condiciones de mi promesa: si Carlotta no contrae un buen matrimonio antes de finales de verano, que aporte estima y respeto a nuestra familia y que repare la situación de escándalo en la que nos hemos visto envueltos, se casará necesariamente con el primer partido que había encontrado, es decir, el anciano duque de Wellington, siempre y cuando no haya concertado entretanto un matrimonio más ventajoso.

Exijo, por tanto, que regrese pronto a Potsdam para casarse. Marianne, tu elección recae sobre el honor de la familia y de nuestros hijos y no permitiré que se vuelva a hablar de esto en la corte.

Me pedisteis un verano para que Carlotta encontrara un marido; pues bien, ese tiempo se os ha sido concedido y está a punto de expirar.

Confío en tu buen juicio y espero el regreso a casa de María, que quedará al cuidado de mi tía, en nuestra casa de campo, mientras organizo mi próximo matrimonio con Rosalía Von Rauch. Estoy seguro de que comprenderéis mis decisiones y mi decepción.

Con todo mi cariño, os saluda,

ENRICH ALBERT DE PRUSIA

Carlotta no dejaba de manosear la carta, presa del pánico. Le zumbaban los oídos y sintió que estaba a punto de desmayarse.

—Pero Rosalía… —balbuceó, incrédula.

—Mi dama de honor —aclaró Marianne.

Luisa miró a Marianne con una especie de dulzura que le hizo parecer, por un momento, vulnerable.

—Carlotta —añadió Marianne, en voz baja—. No quería que lo supieras. No quería que lo recordaras. Pero eso hace falta para aclarar las cosas…, entonces te lo diré: tu padre me traicionó, muchas veces. Rosalía no es la primera, y seguramente tampoco ha sido la última.

Entonces Carlotta recordó. Dejó que su mente reviviera esa escena que durante años se había obstinado en olvidar, porque tolerarla le resultaba demasiado doloroso.

Esas imágenes no eran fruto de un sueño, como le había parecido en algunos momentos, sino que eran reales. La lujuria que había visto en los ojos de su padre, mientras Marianne lloraba, no era una imagen que pertenecía al mundo onírico, sino la realidad que había regresado para atormentarla.

—Yo… creo que lo sé —susurró—. Lo vi. Era una niña, pero lo vi.

Marianne la miró, sorprendida.

—¿Lo viste?

Carlotta asintió, los recuerdos afloraban en su mente en una oleada abrumadora. La bata de su padre, la mujer a su lado, que ocultaba su cuerpo desnudo bajo las sábanas.

—Una noche me desperté. Tenía sed y fui a buscarte, después de escapar de la niñera y de la institutriz. Recorrí el pasillo hacia tu habitación, vuestra habitación… Y él…, él estaba allí, en la cama que

solíais compartir, pero estaba con otra mujer. Reían, como si todo fuera normal. Él no me vio, pero recuerdo esa risa.

—¿Los interrumpiste?

—Oh, no, salí corriendo. Vi que estabas en las escaleras, llorando, pero solo quería olvidar. Creo que era demasiado pequeña para aceptar la realidad. Sin embargo, tu rostro se me quedó grabado en la memoria; era un rostro que sufría.

Dejó de hablar, tratando de respirar.

—Corrí a la habitación de María. Me metí en su cama y lloré toda la noche. Desde entonces, nunca he dejado de pensar que fue culpa tuya. ¿Por qué lo permitiste?

Las lágrimas corrían por el rostro de Marianne.

—Esa fue la primera vez. No pude hacer otra cosa, Carlotta —dijo con voz entrecortada—. Lo intenté. Lo soporté, por vosotras. Después de aquella primera vez me juró que nunca volvería a pasar, que me quería y que para él era importante nuestro matrimonio. Pero al cabo de unas semanas, cuando estaba embarazada de Albert, me di cuenta de que volvía a casa cada vez más tarde y que ya no visitaba mis aposentos. Entonces le ordené a uno de mis consejeros de confianza que lo siguiera, y este me juró que lo vio tonteando con una baronesa… Poco a poco, y a mi pesar, me di cuenta de con quién me había casado. Nunca le bastaba, y las amantes eran cada vez más jóvenes. Intenté perdonarlo porque no quería que mis hijos crecieran sin un padre, pero luego tomé conciencia de que todos sabían lo que ocurría en la corte y que yo era el hazmerreír de todos. No tenía ningún respeto, ni por mí misma ni por el vínculo del matrimonio. Entonces les conté a mis padres lo que estaba pasando en mi casa, pero estos ni siquiera se

sorprendieron. Ni mucho menos se decepcionaron. Para ellos era normal que un hombre tuviera amantes y que la mujer lo aguantara todo sin decir palabra. Pero hay un límite para lo que uno puede soportar. Todas mis doncellas pasaban por su cama. Y cuando ya no pude más, fui yo la culpable, la traidora. Compré la libertad con el dinero de mi padre y hui. Dejé que también vosotros creyerais que solo era egoísmo por mi parte, porque no quería que le guardaseis rencor a vuestro padre y arruinaseis vuestro futuro. Insistí en el matrimonio porque era la condición que él había impuesto. Quería que fueras tú quien eligiera con quién casarse. No quiero que te quite todo. Pero, como has leído en la carta, el tiempo se está acabando.

—Carlotta, tu madre ha sufrido más de lo que puedas imaginar —intervino la abuela—, y, a pesar de todo, se ha quedado por vosotros. Yo he tenido un gran amor, lo sabes, tuve la suerte de enamorarme enseguida de mi marido, pero no siempre es así. Y, cuando no es así, quien paga las consecuencias es siempre la mujer.

Carlotta intentó responder, pero las palabras se le atragantaron en la garganta. Había demasiada verdad en lo que había oído, demasiado dolor que ya no podía ignorar.

La casa se había quedado en silencio, y ese silencio parecía casi un alivio, como un respiro después de una tormenta. Pero en su mente todavía había caos, un torbellino de imágenes y palabras que no lograba acallar.

Las visiones.

Aquellas figuras fugaces, aquellas sombras en los pasillos y en los jardines, que a menudo había sospechado que eran sobrenaturales, aquel canto lejano que siempre parecía evocar algo olvidado. Ahora

todo tenía sentido. No eran fantasmas, no eran presencias sobrenaturales. Eran sus recuerdos, aprisionados en la mente de una niña y que ahora volvían para atormentarla.

Alba no era el único ser humano en busca de respuestas en el corazón de la noche. También ella deambulaba por la villa buscando una verdad que no quería ver.

—Esta es la verdad, Carlotta. Lamento que la hayas descubierto así, pero quizá era el momento —dijo Marianne.

Ella no dijo nada. Se limitó a contemplar el lago, las olas que acariciaban el embarcadero, y tuvo la impresión de que estaban tratando de consolarlas a ambas. Dos mujeres que habían sido heridas por el mismo hombre. Mientras su madre se alejaba y su abuela la seguía, Carlotta dejó que las imágenes de sus recuerdos se fundieran con las aguas oscuras del lago y, al ponerse el sol, se permitió llorar.

# 27

A la mañana siguiente, el sol se filtró entre las pesadas cortinas de la villa, iluminando la habitación de Carlotta con una luz dorada. Carlotta estaba repasando mentalmente todo el día anterior. Había dormido toda la noche abrazada a María, como cuando eran niñas, y había escuchado sus confidencias.

—No puedo dejar de pensar en lo que he hecho —dijo su hermana —. He decepcionado a todos. Pero sobre todo a mí misma. Me escapé dejándome llevar por un impulso, pero ya cuando nos detuvimos en Como, en casa de sus parientes, empecé a tener dudas sobre lo que sentía.

Carlotta la abrazó con fuerza.

—Te dejaste llevar por las emociones. No decepcionas a nadie por eso.

—La noche que pasé lejos de aquí —continuó ella— solo sirvió para llenarme de nuevas dudas. Giovanni hablaba de familia, de hijos, de responsabilidades. Me sentí asfixiada. Fue bonito mientras se trataba de algo prohibido, pero cuando lo vi tan decidido… Y cuando intentaba expresarle mis dudas, se enfadaba, daba puñetazos a la pared. Me asusté. Me pregunté si era eso lo que realmente quería. ¿He cometido un error?

—No, a veces tienes que darte un golpe en la cabeza para comprender. Si volvieras atrás, ¿harías algo diferente?

María la miró con ojos brillantes.

—No hay nada que no volvería a hacer, hermana.

—Entonces todo se arreglará.

María dudó.

—Ya no podré debutar, ¿verdad? ¿Estaré marcada para siempre?

Carlotta negó con la cabeza.

—Ni lo pienses. Se nos ocurrirá algo muy convincente, si quieres seguir optando por el matrimonio. Pero recuerda que eres más libre de lo que crees. Pase lo que pase, siempre estaré aquí para ti.

Se alegró de haberle dicho esas palabras a María. Si hubiera tenido una hermana mayor, le hubiera gustado que le dijeran exactamente eso: «Eres libre. Tú eliges el camino». Era el primer paso para cambiar realmente sus destinos ya escritos.

Carlotta se levantó, llamó a Annette para que la vistiera y luego se dirigió a la habitación de su madre. Johannes salía de ella y, por primera vez, Carlotta lo saludó con amabilidad.

Marianne estaba de pie, junto a la ventana, contemplando el lago. Tenía el aspecto de no haber dormido en toda la noche.

—Buenos días, Carlotta —le dijo sin volverse.

Carlotta no respondió. Se acercó, se detuvo un instante, y luego la abrazó por detrás, cogiéndola por sorpresa.

Marianne se estremeció.

—Carlotta… —murmuró con la voz entrecortada.

—Lo siento —susurró Carlotta, abrazándola con más fuerza—. Siento haberte juzgado. Siento no haberte entendido. Y, sobre todo, siento que nunca hayas conocido el verdadero amor.

Marianne se volvió y la abrazó a su vez, como si temiera que, al soltarla, todo pudiera desvanecerse. Era su primer abrazo después

de años, y ambas se sentían un poco fuera de lugar.

—Yo también lo lamento —respondió—. Ojalá hubiera sido más fuerte. Ojalá hubiera podido protegerte de todo esto. Y en cuanto al verdadero amor, al que aludías ayer…, algún día te hablaré de él.

—No me casaré solo para contentar a mi padre —dijo, sintiendo cómo le asaltaba la rabia.

—Eres la orgullosa hija de tu madre —comentó Marianne, satisfecha—, pero sabes que no podemos oponernos a sus decisiones. Ya lo hablaremos. Ahora vete, he visto el carruaje de Patricia que cruzaba el camino de entrada.

Carlotta asintió, separándose de ella con dificultad. Bajó las escaleras con paso rápido. No dejaba de pensar en su padre, en aquellas duras palabras, en el hecho de que sin marido no podría volver nunca más al lugar donde había crecido, al que consideraba su hogar.

El mayordomo, sin darle tiempo siquiera a acomodarse en el salón, le anunció que tenía una visita.

—Haga pasar a lady Von Alten —dijo Carlotta, disfrutando de su expresión de asombro—. La estaba esperando.

Patricia entró en la estancia con el rostro marcado por una expresión que Carlotta nunca le había visto antes: una extraña combinación de vergüenza y determinación.

—Patti —dijo Carlotta, sorprendida—. No esperaba verte tan pronto. Creía que hasta el compromiso no tendrías tiempo para mí.

Patti cerró la puerta tras de sí y avanzó con pasos vacilantes, jugando con los guantes.

—Carlotta, tengo que hablar contigo. Y quiero hacerlo ahora, antes de que cambie de opinión.

Carlotta guardó silencio y le indicó una silla cerca de ella.

—Siéntate —dijo con dulzura—. ¿De qué se trata?

Patti se sentó, con las manos estrechando aún los guantes, como si fueran su único apoyo en aquel momento.

—Tengo que pedirte perdón —comenzó diciendo—, por todo. Por no haberte escuchado, por haberte acusado de ser envidiosa… Estaba tan obsesionada con la idea de un futuro con Filippo que no quería ver la verdad.

Carlotta suspiró. Filippo todavía tenía sus dibujos, pero, después de todo lo que había pasado, quizá eso era lo de menos.

—Patti, ¿qué intentas decirme?

Patricia respiró hondo, parecía que fuera a sumergirse en agua fría.

—Tenías razón. Filippo… no me quiere de verdad. No utilizó el pagaré para organizar la fiesta, sino que se lo jugó al póquer. Mi padre sospechaba algo y lo hizo seguir. Quiere casarse conmigo, sí, pero solo por el dinero. Está malgastando todos los bienes de la familia. Y también sospecho que se acuesta con otras mujeres…

La voz de Patti se quebró y Carlotta se acercó para tomar sus manos entre las suyas.

—Patti, siento mucho que hayas tenido que descubrirlo de ese modo. Pero me alegro de que te hayas dado cuenta antes de que fuera demasiado tarde.

Patti asintió, tenía los ojos anegados en lágrimas, pero no permitió que se deslizaran por su rostro.

—No quiero vivir una vida de apariencias, Carlotta. No quiero ser solo otro adorno en la colección de Filippo. He decidido retirar mi promesa.

Temblaba. Si un hombre retiraba su promesa, la mujer quedaba cubierta de vergüenza, porque la culpa tenía que ser necesariamente suya. Pero si ocurría lo contrario, el escándalo no tenía fin.

—Aún no he tenido el valor de decírselo —admitió.

Carlotta le estrechó las manos con más fuerza.

—Yo te ayudaré —dijo con firmeza—. Haré lo que sea necesario, Patti. Te prometo que no estarás sola en esto.

—Hay algo más —admitió Patricia, mirando a su alrededor, como para asegurarse de que estaban realmente solas—. Algo que no me atrevo a contarle a nadie…

De nuevo secretos. Carlotta se estremeció. Pensó que las paredes de aquella villa eran tan gruesas porque tenían que darles cabida a todos ellos.

—Sabes que puedes confiar en mí.

Patricia se mordió el labio inferior.

—Con Filippo consumamos casi de inmediato. Creía que él se sentía atraído por Miranda, yo tenía pánico de perder a mi único pretendiente…, y qué pretendiente. Solo que…

Patricia respiró hondo.

—¿Solo que qué? —la animó Carlotta.

—Tengo un retraso tremendo. No me viene la menstruación desde hace más de un mes. Me temo…

La voz se le quebró. Carlotta apretó los puños. Primero María, ahora Patricia. Si poco antes las hubiera juzgado, ahora entendía lo que las había llevado a ser tan ligeras.

El deseo. Lo había temido y, al mismo tiempo, se había sentido atraída al ver lo que era capaz de hacer en los hombres y las mujeres. Ahora que lo había experimentado en su propia piel podía decir que era una fuerza imparable.

Patricia estaba a punto de romper a llorar. Carlotta la abrazó.

—Quizá haya una solución —la consoló—. No te desesperes, nada se ha echado a perder todavía. No estás perdida por haber cedido a un momento de placer.

Patti le dio las gracias con la mirada, sin poder hablar. Carlotta le acarició el pelo.

«Ya no me reconozco —se dijo—, ya no me reconozco en absoluto».

Esa noche, Carlotta caminaba junto a Georg por el pasillo de la villa. Sus pasos resonaban en el silencio solemne. Habían paseado por el jardín y él la había llevado al interior de la villa, con una expresión que no admitía preguntas y que la dejaba insegura, pero llena de curiosidad.

—¿Qué me estás ocultando ahora? —bromeó ella.

Georg no respondió, se limitó a sonreír y a cogerle la mano.

Atravesaron habitaciones que Carlotta conocía bien, pero esa noche parecían diferentes, cargadas de una nueva tensión.

Finalmente se detuvieron frente al cuadro de la *Virgen de Melun*, la obra que Carlotta había amado desde niña. La luz tenue de las lámparas de aceite iluminaba el yeso y los colores con una delicada gracia. Georg se detuvo, y señaló el cuadro, aunque sin mirarlo.

—¿Reconoces esto, Carlotta? —preguntó.

Ella asintió con la cabeza y se acercó lentamente.

—Claro que lo reconozco. Este cuadro siempre me ha fascinado. Es…, es mi favorito.

Él sonrió, una sonrisa leve, casi imperceptible.

—¿Recuerdas cuando nos conocimos y te dije que tenía un asunto pendiente?

—Esperaba que me estuvieras cortejando, pero luego no volví a encontrar ese paquete. ¿Quieres decirme que tenías esto guardado desde entonces?

—En realidad, fue tu abuela quien lo vio en mi casa, cuando me trajo a Alba junto con la niñera y me dijo que la niña estaba deambulando por la villa llamando a su madre. Fue la noche en que, según me dijo, Alba te despertó y creíste que había un fantasma en la villa. Yo temía que ella les contara a todos mi secreto, así que le rogué que guardara silencio. Ella vio… algo que te podía interesar. Ella cambió su silencio por esto. La otra parte del cuadro. Me dijo que te obsesionaba. La cuestión es que yo también llevaba toda la vida buscando la otra mitad… Fue difícil separarme de ella.

—No lo entiendo —dijo Carlotta—. ¿Por qué no me lo regaló enseguida?

Georg sonrió.

—Esperaba la ocasión adecuada. Como la de… un regalo de boda, por ejemplo. Al fin y al cabo, debutaste por eso.

—Sí —dijo Carlotta, melancólica, pensando en la carta de su padre. Su abuela le había guardado un regalo de boda, sin saber con quién se casaría, pero con la certeza de que debía hacerlo.

Georg se dirigió hacia el cuadro que estaba apoyado contra la pared, cubierto por una sábana blanca.

—Ábrelo tú —le rogó.

Se acercó al envoltorio y lo abrió. Sabía bien lo que representaba: Etienne Chevalier arrodillado, presentado por san Esteban a la Virgen. La escena de los dos personajes estaba ambientada en una iglesia, con superficies marmóreas que recordaban la arquitectura renacentista italiana.

—Son tan diferentes el uno del otro —murmuró Carlotta— y, sin embargo, quedan muy bien juntos, se complementan. La contemplación y ser contemplado…

—Un poco como tú y yo —respondió él.

—Georg —dijo ella en voz baja, volviéndose para mirarlo. Había intuido la pregunta que él estaba a punto de hacerle y no quería oírla. No tan rápido. No de esa manera. Era difícil de explicar incluso para ella misma, pero sus manos comenzaron a sudar y sintió que las paredes se estrechaban a su alrededor. Pero él ya había empezado y a ella no le dio tiempo a detenerlo.

Se arrodilló frente a ella, con un gesto que era a la vez antiguo y lleno de sinceridad. Sacó una pequeña caja de terciopelo y la abrió.

—Carlotta —dijo con voz firme pero llena de emoción—. Quiero pasar mi vida contigo. Ahora que Alba ha encontrado a su hermana, las cosas me parecen más claras. Sé que tengo que ir a Potsdam y pedir tu mano a tu padre, pero por ahora… —Se detuvo, mirándola a los ojos—, te lo pido a ti. ¿Quieres casarte conmigo?

Carlotta no podía concentrarse. Miró a su alrededor, como buscando un punto de apoyo para ganar tiempo. Vio cómo María cruzaba la habitación sin siquiera mirarlos, pálida como un fantasma.

—María —murmuró. Georg frunció el ceño.

—¿Cómo?

Carlotta dudó. Estaba enamorada de él, claro que lo estaba, se había pasado todo el verano pensando en ello. Pero la palabra *matrimonio*, la idea de pertenecer a alguien, el hecho de contentar a su padre, que Georg fuera la pareja que él esperaba, la hicieron dudar.

No podía permitir que Alberto de Prusia le ganara. No después de lo que había descubierto recientemente, después de todo el dolor que le había causado a su madre. Y había más: Carlotta acababa de descubrir el verdadero significado de la palabra *libertad*. Lo sentía en su piel. Se preguntaba: ¿qué prisa hay por casarse? No conseguía dar una respuesta satisfactoria. Se amaban, claro. Eso le bastaba. Quería hacerle partícipe de sus pensamientos, pero las palabras no le salían.

Esperó un instante a que Georg se pusiera de nuevo en pie.

—Lo entiendo —concluyó—. No sé qué pasa por tu cabeza, pero… Creía que…

Las palabras se le atragantaron en la garganta. Carlotta quería aferrarse a su pecho, explicarse y explicárselo, pero se quedó clavada, inmóvil delante del cuadro, sintiéndose una estúpida.

—Te dejo que lo pienses a solas, lo he malinterpretado todo — acabó diciendo.

Se dirigió hacia la puerta, Carlotta intentó llamarlo para detenerlo, pero no pudo emitir ningún sonido.

¿De verdad había rechazado su propuesta? Intentó sentirse orgullosa, libertina, imaginarse como una mujer que llevaría su pintura a Francia y luego a América… Pero se dio cuenta de que sin él esos pensamientos no tenían sentido.

Cuando él se marchó, apareció la abuela en la puerta. Sus enormes ojos azules estaban abiertos de par en par, incrédulos.

—Mi niña —murmuró—, pero ¿qué es lo que le has hecho a ese hombre? Se ha marchado como un perro apaleado, ni tan solo nos ha saludado. ¿Qué ha pasado?

Carlotta le señaló el cuadro.

—Creo que he rechazado su propuesta de matrimonio, abuela.

Se hizo un silencio sepulcral. Carlotta miró a Luisa, parecía conmocionada. Se quedó mirando el díptico, incapaz de hablar.

Finalmente preguntó:

—Y, por favor, ¿puedo saber por qué? Está bien que yo también tuviera algunas dudas sobre la fiabilidad del duque, pero…

Carlotta se pasó una mano por la frente perlada de sudor.

—Me temo… que no tengo una idea clara. Me pareció lo correcto. Si me caso con él, es exactamente lo que mi padre espera de mí. Patricia está pasando por dificultades, María está sufriendo y yo…

Sacudió la cabeza.

—Niña, pero ¿qué ocurre? ¿Te das cuenta de que te estás escondiendo detrás de un montón de excusas? ¿Que estás diciendo tonterías?

Carlotta no respondió.

—La verdadera pregunta que debes hacerte es: ¿amo a ese hombre o me casaría con él solo por convención?

Carlotta guardó silencio. Pasó una mano por el cuadro.

—Dos mitades que se han reencontrado —murmuró.

—Claro —continuó la condesa Luisa, con cierta ironía en la voz—, rechazar a alguien que comprende tan bien tus propias pasiones, que incluso posee la otra mitad del cuadro…

—Me pregunto si fue él quien me regaló ese cuaderno para pintar…

—No, ese fue un regalo de esta pobre anciana, que no quería verte tan aburrida con todos esos ramos de rosas.

—¿Así que fuiste tú? —la acusó Carlotta incrédula.

—No quería que te detuvieras en la primera cesta de flores. Quería que buscaras esa… que luego encontraste —se justificó la abuela.

—Iba por buen camino —murmuró Carlotta— antes de que todo se arruinara.

—¡No puedo creerlo! —gritó María, entrando como una furia en la habitación—. ¿Le has dicho que no? ¿Estás mal de la cabeza?

—Lo he echado todo a perder —admitió Carlotta al final, mirando a su hermana y a su abuela. Sus ojos se posaron en el cuadro, en su primera pelea bajo el árbol. Se vio de nuevo delante de la fuente, después de que él se burlara de ella porque quería ser pintora. «La nueva Artemisia Gentileschi», así le había dicho. Siempre habían discutido, pero también habían hecho el amor, se habían protegido mutuamente. Así eran ellos. Y nunca volvería a conocer a nadie como él.

Se dio cuenta de que el miedo a ceder a las convenciones la había llevado a decir no al hombre que amaba.

—¿Y ahora qué?

María resopló.

—Y ahora, princesa Carlotta, voy a llamar al carruaje.

# 28

El mayordomo de Villa Sola dijo que Georg se había marchado.

—¿Cómo que se ha marchado? —protestó Carlotta, presa del desconcierto.

Él extendió los brazos.

—A estas horas ya estará en el puerto de Montemezzo. Sé que quería ir a Como, pero no estoy seguro de sus planes, milady. A decir verdad, me pareció muy alterado.

Carlotta apretó los puños y corrió hacia el carruaje. María la esperaba en su interior, inquieta.

—¿Y bien? —preguntó.

—No está. Según el mayordomo, ha tomado un barco para ir quién sabe dónde.

—Entonces tenemos que ir tras él, ¿no? No querrás permitir que se vaya así.

Carlotta dejó que su hermana diera instrucciones al cochero.

—No lo sé, María —dijo mientras los caballos se ponían en marcha —. Si quiere irse, ¿quién soy yo para detenerlo?

—¿Quién eres tú? Eres la mujer que él ama —le reprendió su hermana—. Y no es momento de lamentarse, sino de actuar.

Cuando el carruaje llegó al puerto, Carlotta divisó inmediatamente la góndola en la que se había embarcado Georg, solo.

—¡Corre! —la exhortó María, empujándola con tal vehemencia que casi la hizo caer. Ella se apresuró hacia la orilla, pero la góndola ya había salido del pequeño puerto y estaba lejos. Georg se marchaba, quizá para siempre, y era solo culpa suya. Claro que el orgullo también había influido, pero en ese caso no podía culparlo. Ambos eran testarudos y culpables.

Pero ella lo había rechazado.

—¡Georg! —gritó.

No podía oírla. Carlotta se quedó ronca de tanto gritar, llamando la atención de los transeúntes.

—¡Georg! ¡Duque!

Alguien la señaló, pero a ella no le importaba.

—No me oye —comentó, exasperada. Miró a su alrededor y vio a un pescador que recogía las redes en una pequeña barca de remos que parecía soportar el peso de una sola persona.

—¿Cuánto quiere por llevarme hasta allí? —le preguntó.

Señaló la góndola de Georg. El pescador la miró, atónito.

—Vamos, puedo darle dos monedas, podrá comprarse una barca nueva, ¡por favor, es urgente!

El anciano asintió con la cabeza y extendió la mano.

Carlotta no llevaba dinero, pero se quitó del cuello una de las cadenas de oro.

—Esto será suficiente, estoy segura.

Él la ayudó a subir a la barca.

—Reme tan rápido como pueda —pidió Carlotta.

Se volvió hacia su hermana, que la animaba desde la orilla.

—¡Georg! —gritó Carlotta de nuevo.

Esta vez él se volvió, la vio y levantó la mano en señal de saludo. Ella no pudo adivinar la expresión de su rostro, pero estaba segura de que no iba a ordenar que detuvieran la góndola.

—¡Espera! —gritó de nuevo.

No hubo respuesta. No la oía, o tal vez no quería oírla.

—Maldita sea —murmuró Carlotta, inclinándose y agitando los brazos.

La barca se balanceó.

—Tenga cuidado —le advirtió el pescador—, no es muy estable.

María la llamó para que se apartara. El lago era traicionero, lo sabía, pero ¿qué tenía que perder en aquel momento? Si él se hubiera ido, ella se habría quedado como el árbol desnudo que nunca florece

—¡Carlotta, no sabes nadar! —gritó María a sus espaldas. Quizá, en cambio, el amor verdadero era capaz de soportar incluso el peso de su vestido y de sus brazadas inseguras. Eso pensó, confiada, antes de cerrar los ojos y zambullirse.

Pero no fue así. El agua le llegó inmediatamente a la garganta. Lo último que vio fue el cielo azul, a Georg zambulléndose, a María acercándose a la orilla. Y pensar que no quería hacer nada por un hombre, ni siquiera casarse, y mucho menos morir…

Cuando los fuertes brazos de Georg la agarraron, estaba tan desconcertada que empezó a agitarse. «Nos hundiremos los dos», pensó, arrepintiéndose de su gesto imprudente.

—No, debes mantener la calma —protestó él—. Respira, confía por una vez. ¡Confía, maldita sea, Albrecht testaruda!

Carlotta se quedó callada, intentó calmarse, sintió las manos de Georg en su espalda.

—Imagina que eres una estrella de mar, abre los brazos y las piernas —le susurró él, jadeando en su intento por ponerla a salvo, a ella y a sí mismo.

Carlotta no podía hablar. Hizo lo que él le había ordenado. Salvada por un delfín entre las olas. Este era el destino que la villa le había susurrado desde los primeros días.

Cuando logró calmarse, Georg la tomó por los brazos y nadó arrastrándola hasta la orilla. En el momento en que se convirtió en una estrella de mar, Carlotta comprendió que ninguna rebelión contra las convenciones sociales podría alejarla de lo que sentía por él, que ni siquiera su indomable orgullo lo habría logrado.

—Te amo —le susurró ella, mientras él la ayudaba a mantener el equilibrio sobre las piedras, con el vestido empapado y la dignidad en el fondo del lago.

—Lo sé —dijo él—. Del mismo modo que estaba seguro de que no me dejarías marchar.

—El presuntuoso de siempre —respondió ella—. ¿Entonces lo hiciste a propósito?

—¿Soy libre o no para dar un paseo en barco? —replicó él.

—Si me has salvado de ahogarme para volver a discutir, yo…

Carlotta se detuvo. Miró a Georg, empapado de la cabeza a los pies, y ambos se echaron a reír.

—Eres imposible —repitió él.

—Pregúntamelo otra vez —dijo ella.

—¿Aquí, casi dentro del agua del lago? —protestó él. Ella sonrió.

—Es el lugar perfecto. Este es el lago que ha hecho que nos conozcamos y nos enamoremos.

Georg se arrodilló sobre las piedras. Algunos pescadores se rieron. Él hizo una mueca, no soportaba perder la compostura.

—Carlotta Albrecht, ¿quieres casarte conmigo?

Ella guardó silencio. Georg negó con la cabeza, atónito.

—Mira, no te lo preguntaré una tercera vez —comentó, exasperado.

—¿Apostamos algo?

Carlotta se acercó, lo agarró por la camisa empapada y lo besó en los labios. María, desde el muelle, aplaudió.

—¿Eso es un sí? —preguntó él.

—Tienes que preguntármelo por tercera vez —le retó ella.

Georg se volvió hacia María y hacia algunos curiosos que se habían acercado.

—¡Ha dicho que sí! —gritó.

—Todavía no —bromeó ella, dándole un empujón—. No he oído bien la pregunta.

—¿Quieres casarte conmigo? —dijo él, ya gritando.

—¡Sí! —gritó Carlotta, con todo el aliento que tenía en el cuerpo.

# Epílogo

Esa misma noche todos se reunieron bajo el cielo resplandeciente de estrellas sobre el lago de Como, con sus aguas centelleantes admirándolo desde abajo. La villa, iluminada por cientos de velas y antorchas, parecía estar suspendida entre el sueño y la realidad.

La música de un cuarteto de cuerda llenaba el aire, y los invitados, vestidos con elegantes trajes, recorrían los salones y el jardín, sumergiéndose en la atmósfera de lo que sería recordado como la fiesta de despedida, al menos por aquel verano.

En el centro de la sala estaban Miranda, Alba y lady Margaret.

Miranda llevaba un vestido de seda de un verde intenso, que le quedaba perfectamente y resaltaba su elegante figura. Alba, a su lado, parecía un hada pequeña, con un vestido blanco, sencillo, pero bonito, y el pelo recogido en suaves rizos. Lady Margaret, siempre impecable, destacaba por su porte regio y un vestido color lavanda que parecía hecho a medida para su figura.

Carlotta observaba la escena desde el jardín, junto a Georg.

—¿No te parece casi irreal? —preguntó Carlotta en voz baja.

—Todo está cambiando muy rápido.

Georg la miró y le tomó la mano con delicadeza.

—Quizá ese sea el secreto de la vida —dijo, con una sonrisa apenas esbozada—. Aceptar los cambios de la corriente y encontrar a alguien con quien nadar.

Carlotta captó la inevitable indirecta, mientras su abuela, al otro lado de la sala, le dedicaba una sonrisa llena de aprobación. Después de la aventura en el lago la abuela Luisa le había explicado que había sido ella que, al verla tan amargada por el enésimo traslado, había intentado animarla y distraerla. Cuando inspeccionó la villa, la primera vez que estuvo allí, leyó el diario de Elena y decidió que esa historia podría apasionar a Carlotta y, con un poco de suerte, darle ese valor que al principio de la temporada parecía que le faltaba.

—Para que pudieras encontrarlo y darte cuenta de que la vida no gira solo en torno a nosotros —le dijo—. Y también porque confiaba en que ayudarías a dos hermanas a reencontrarse.

También le contó que, durante la sesión de espiritismo, organizada solo para ellas dos, había protegido a Georg y a la niña.

—Entonces, ¿no crees en los espíritus? —le preguntó Carlotta—. ¿Solo querías probar algo nuevo? Entonces ¿Eleonor estaba manipulando la tabla?

La abuela entrecerró los ojos.

—Creo que hay mucho más de lo que vemos —le susurró—, y para ciertas preguntas ni siquiera yo tengo respuesta.

En ese momento, Carlotta vio cómo un carruaje se detenía ante la gran verja. De él descendió una pareja. Inmediatamente reconoció a Filippo y Patricia.

«Oh, no», se dijo.

Intuyó que ella aún no le había dicho nada. Los dos se acercaron, sonrientes y muy elegantes.

—Mis mejores deseos para vuestra unión —dijo Filippo, guiñándole un ojo a Carlotta—. Un hombre afortunado, Georg de Sajonia.

Carlotta se sonrojó y miró al duque que, ajeno a todo, levantaba la copa en honor a su unión. Filippo besó a Patricia en la mejilla y se alejó. Carlotta lo observó profundamente y se dio cuenta de que lo detestaba. No por los dibujos, sino porque pensaba que era intocable. Él y su arrogancia iban por ahí sin que a nadie le importara. Pero ella se prometió que no siempre sería así.

—Aún no le he dicho nada —murmuró Patricia—. No sé cómo hacerlo.

Carlotta quería avergonzarlo esa noche ante todo el mundo, tanto la irritaba y tan grande era su indignación.

—Encontraremos la manera adecuada —le aseguró a su amiga. Georg se acercó.

—¿Qué quería Filippo? Te miraba con aire extraño. Yo diría que enigmático.

Patricia se apartó para dejarlos hablar.

—¿Y si te dijera que mi pluma de artista te pintó desnudo y que esos dibujos ahora están en posesión del marqués?

Georg se atragantó con el vino. Cuando se recuperó, para sorpresa de Carlotta, sonrió.

—Creo que nunca me aburriré contigo, Carlotta Albrecht. Cuéntamelo más tarde, cuando estemos solos. Parece una historia en la que inspirarse.

Lady Margaret se acercó a Carlotta.

—Qué maravilla estar aquí —comenzó diciendo con voz firme pero llena de simpatía—. Esta noche celebramos no solo una boda, sino también nuevos comienzos. Alba y Miranda se quedarán conmigo y

tomarán el apellido Grey. Y Alba tendrá en Como la oportunidad de recibir una educación y crecer en un entorno que espero que le dé todo lo que se merece.

Carlotta miró a la niña, que se escondió tímidamente detrás de Miranda, con el rostro sonrojado por la repentina atención.

Luego fue Miranda quien habló.

—Y yo —dijo con una sonrisa insegura pero llena de determinación — voy a perseguir algo que he pospuesto durante mucho tiempo. Voy a buscar a alguien, un chico al que perdí hace años, pero al que nunca he olvidado. No sé si lo encontraré, pero sé que tengo que intentarlo.

A Carlotta se le encogió el corazón. Era increíble ver a Miranda, siempre tan enigmática, revelarse ahora tal y como era. Sin máscaras ni subterfugios. Le estrechó la mano y Miranda le sonrió, agradecida.

Finalmente, para sorpresa de todos, Marianne se levantó.

—Antes de que termine la velada —anunció con voz cargada de emoción—, me gustaría decirle algo a mi hija, Carlotta.

Carlotta la miró sorprendida, mientras los invitados se volvían hacia ella con curiosidad.

—Esta villa— continuó Marianne— ha sido un refugio, un lugar de alegrías y penas, de secretos y verdades. Pero también es un símbolo de familia, de amor, de futuro. Por eso, he decidido que llevará tu nombre, Carlotta. Será tu regalo de boda. La Villa Carlotta será tuya, representará el símbolo de lo que has construido y seguirás construyendo.

Carlotta se llevó una mano a la boca, conmovida por la emoción. No esperaba un gesto tan grande y lleno de significado.

—Mamá… —murmuró con los ojos brillantes, mientras Marianne le sonreía.

Los invitados aplaudieron y Carlotta sintió cómo Georg le estrechaba la mano. Todo estaba colocándose en su lugar, como si los hilos de la vida se entrelazaran perfectamente en aquella inolvidable velada.

La villa estaba sumida en el silencio de la noche cuando Carlotta cruzó el umbral. El peso de las emociones de ese día, el anuncio de su madre, el futuro que se perfilaba ante ella la mantenían despierta, incapaz de encontrar descanso. Ya estaba acostumbrada a ser una insomne. Se asomó a una de las ventanas que daban al jardín, y observó la fachada de la villa iluminada por la luna.

La Villa Carlotta.

El sonido del nombre llenaba su mente. Estrechó el camisón con las manos mientras imaginaba su inicial grabada en la verja de la puerta principal: «C». Una media luna. Pensó que sería perfecta, un símbolo del profundo vínculo que tenía con ese lugar, no solo porque era su propietaria, sino también como guardiana de historias y misterios.

Se dio la vuelta y se dejó caer sobre la cama, pero no era capaz de conciliar el sueño.

El carillón que estaba sobre la cómoda capturó su mirada. Estaba allí, silencioso e inmóvil desde que había guardado la llave en su interior, pero ahora le parecía diferente, casi vivo. Pensó en el pasado, en los recuerdos que guardaba la villa, en los secretos que había revelado. Ya no le daba miedo lo que pudiera esconder.

Pero mientras intentaba dormirse, un sonido leve, casi imperceptible, la hizo sobresaltarse: el carillón.

Se había activado solo.

La melodía, dulce y melancólica, se extendió por la habitación, acariciando las paredes con sus notas. Carlotta se levantó lentamente, con los pies descalzos sobre el suelo frío, y se acercó a la cómoda.

Miró el carillón, sin tocarlo, el corazón le latía con fuerza, no había nadie en la habitación, pero la música seguía sonando.

—Abuela, eres tú, ¿verdad? —preguntó. Pero nadie le respondió.

Fuera, el lago era una alfombra plateada bajo la luz de la luna.

Atraída por un impulso que no podía explicar, se envolvió en un chal, y abrió la ventana. El aire era fresco, cargado del olor del agua y de la tierra húmeda. Y fue entonces cuando la vio.

Una figura blanca, etérea, caminaba por la orilla. No se movía como un ser humano, sino que parecía flotar, cada paso era como un susurro sobre el agua. Carlotta se quedó inmóvil, conteniendo la respiración. Parecía mitad humana, mitad espíritu, casi fosforescente bajo el resplandor de la luna.

Esta vez, sin embargo, no sintió miedo. Ya no era la joven insegura y asustada que llegó de Potsdam llena de rencores y reparos. Había cambiado, y con ella había cambiado la forma de ver el mundo.

La figura se volvió, por un instante pareció mirarla, o tal vez solo era un juego de luces. Luego se volvió de nuevo y desapareció lentamente, disolviéndose en el reflejo del lago. La melodía del carillón se desvaneció con ella, imponiéndose de nuevo el silencio.

Carlotta cerró la ventana con una sensación de calma que no había experimentado jamás. Se acostó de nuevo, con los ojos cerrados, y esa vez retomó el sueño fácilmente. Porque ahora sabía que los secretos del lago, de la villa, de su propia vida, no estaban allí para atormentarla, sino para ser revelados.

# Nota de la autora

Es bien sabido que en el siglo XIX las villas del lago de Como se convirtieron en auténticos espectáculos de belleza, hasta tal punto que Villa Melzi competía con Villa Carlotta (entonces villa Sommariva) para determinar cuál de las dos era el edificio más bello, con el mejor jardín. Es bien sabido también que los nobles de toda Europa se reunían para veranear en el lago de Como, a veces para concertar matrimonios, pasear en barco, u organizar fiestas y bailes.

La historia de amor de Georg de Sajonia-Meiningen y Carlotta Albrecht de Prusia es real, al igual que lo es la maravillosa villa dedicada a ella en Tremezzo, en el lago de Como. La primera vez que vi la villa me pregunté quién habría creado aquel maravilloso jardín, el naranjal, las múltiples variedades de camelias. Así fue como me topé con la historia de Carlotta.

Cuando acudí al archivo de Villa Carlotta, descubrí la historia de la princesa Carlotta, hija de Alberto Enrique de Prusia, hermano del rey Federico Guillermo.

Carlotta tenía efectivamente una hermana, Alejandrina, y un hermano, Alberto.

Descubrí que su amor por el arte era sincero y real. Se cuenta que a menudo se quedaba extasiada ante los cuadros, gracias también a su madre, Marianne, famosa libertina y mecenas de varios artistas. Muchos historiadores siguen investigando sobre ella, ya que fue la

primera mujer noble en solicitar el divorcio de su marido. Es controvertido y aún se debate si su amante ya estaba con ella en Prusia o si lo conoció en Italia cuando se marchó, tras recibir la herencia de su padre.

La decisión de Marianne de marcharse y divorciarse tuvo como consecuencia que fuera expulsada de la corte prusiana y no pudiera volver a ver a sus hijos, que fueron confiados a una hermana de su marido. No se le permitió volver a verlos en territorio prusiano, pero cuando se casó su hija le regaló la villa del lago de Como que aún lleva su nombre, Villa Carlotta, precisamente. Todo me pareció extremadamente moderno, casi inverosímil para aquella época: los motivos del divorcio, la decisión de Marianne de marcharse a Italia y su carácter indomable.

No podía ignorarlo, así que decidí incluirlo en la trama, porque esta mujer se adelantó increíblemente a su tiempo.

La parte del cortejo entre Carlotta y Georg, en cambio, como toda la trama de María, es fruto de mi imaginación.

Diferente es, por desgracia, la historia de la querida abuela Luisa, otro personaje histórico muy conocido que murió muy joven, a la edad de treinta y cuatro años. Decidí rendirle homenaje regalándole, al menos en la historia, la dulzura de la vejez y la sabiduría.

# Agradecimientos

En mi profesión de coach de escritores siempre digo que somos los primeros en creer en nuestra historia. Si he podido escribir *El secreto de Villa Carlotta* es porque alguien ha creído en ella con más convicción aún que yo, me ha incitado a contarla sin reservas.

Debo agradecer esta enorme consideración a mi agente Loredana Rotundo, a quien también está dedicada la novela. Loredana comprendió desde el primer momento el potencial de «Las villas del lago de Como» y, sin ella, esta serie no existiría. No creía que pudiera establecerse una relación así entre una agente y una escritora, a pesar de haberla buscado durante mucho tiempo. Gracias a todo el equipo de Giunti, que ha acogido *El secreto de Villa Carlotta* con entusiasmo. En particular, gracias al trabajo de la incomparable Nicoletta Verna, que, además de ser una editora impresionante, es también una de mis autoras favoritas. ¡Imaginen lo que ha significado para mí poder trabajar con ella!

Quiero dar las gracias también a mi hermano Paolo, que en Navidad me hizo un regalo inmenso acompañado de palabras que deseaba escuchar toda la vida: «Siempre dices que nadie cree en ti, yo sí creo en ti». Gracias a mis amigas Sara, Silvia y Giada, que han acompañado, cada una a su manera, la historia hasta su destino final.

Gracias a mis padres, sobre todo a mi madre, Emanuela, mi primera lectora.

Gracias a todos los autores de mi escuela de escritura, que confían en mí para sus textos y siguen con entusiasmo todas las clases y lecciones. Sois un grupo extraordinario y deseo que cumpláis vuestros sueños.

Agradezco sinceramente la ayuda y el material proporcionado por el conservador del museo y del jardín botánico de Villa Carlotta, Alberto Corvi, así como a la directora Mariangela Previtera.

Mi más sincero agradecimiento a mi marido, Roberto, que me apoya de verdad mientras escribo. Tener a alguien que te escucha durante horas mientras hablas de tu novela es algo muy valioso. Te quiero por todo lo que eres.

Gracias a los libreros, que estaban esperando mi próxima historia, y gracias a quienes, en medio de todo el maremágnum de opciones, deciden dedicar su tiempo a las villas del lago de Como.

Que esta historia acune vuestros días, os haga soñar y os transporte a otros lugares.

# FAMILIA ALBRECHT

## VILLA CARLOTTA



Federica Guillermina de Prusia



Guillermo I de los Países Bajos



Luisa de Prusia



Federico Guillermo III de Prusia



Guillermo II de los Países Bajos



Federico de Orange-Nassau



Marianne de Orange-Nassau



Príncipe Alberto de Prusia



Federico Guillermo IV de Prusia



Alejandrina de Prusia



María Federica Alejandrina de Prusia



Federica Luisa Carlotta de Prusia



Federico Guillermo Alberto de Prusia

**Cinco villas.**
**Cinco princesas.**
**Cinco historias de amor inolvidables.**




«La residencia de verano que Marianne había comprado era un encanto, pero, detrás de su inmensa magnificencia, Carlotta se sentía atraída sobre todo por el aura de misterio que parecía emanar de aquel lugar. Era casi el anochecer y el lago adquirió tonos violáceos con las ventanas de la villa que parecían sonreírle. Había dos estatuas, que custodiaban la verja, y que al final del día parecían escudriñar el lago para proteger a los ocupantes de la villa de cualquier peligro. Carlotta imaginó que eran damas petrificadas, que en otro tiempo habían amado aquella morada y se habían quedado heladas delante de la entrada para velarla».

Carlotta es la primogénita de la duquesa Marianne Nassau y del príncipe Alberto de Prusia y su vida acaba de venirse abajo: su madre ha decidido separarse de su esposo, provocando un escándalo sin precedentes, y ha dispuesto trasladarse a Tremezzo, en el lago de Como, para pasar allí el verano con sus hijas. Carlotta no tiene otra alternativa y obedece con desgana, pero cuando llega a la villa que su madre ha adquirido se queda sin aliento: jamás ha visto un lugar tan magnífico.

En 1848, el lago de Como es el lugar más exclusivo de Europa, punto de encuentro de la nobleza y la realeza, donde se organizan recepciones, se estrechan amistades y se pactan matrimonios. También es el destino de Carlotta, que tiene que debutar en sociedad y encontrar un buen partido. Pero en este ambiente la joven no acaba de encajar y a veces siente que le falta el aire. La noche de su primer baile conoce a un joven muy atractivo: Georg, el duque de Sajonia-Meiningen, aunque se comporta de un modo insolente y huraño y la evita continuamente. Pero este no es el único enigma de la mansión. Vagando por los pasillos y las distintas estancias, Carlotta encuentra el diario de Elena, una joven criada protagonista de una trágica historia.

**Silvia Montemurro** nació en Chiavenna la noche de San Lorenzo de 1987 y reside en el lago de Como. Aunque se licenció en Criminología, se dedica exclusivamente a la escritura. Autora muy ecléctica, *El secreto de Villa Carlotta* es la primera entrega de una saga ambientada en el lago de Como y su debut en la novela romántica histórica, un género que siempre ha admirado, y se ha convertido en un éxito internacional con ediciones en diez idiomas.



Título original: *Il segreto di Villa Carlotta*

Primera edición: mayo de 2026

© 2025, Silvia Montemurro
Publicado por acuerdo con Silvia Bastos Agencia Literaria
y Loredana Rotundo Literary Agency
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Natalia Fernández Díaz, por la traducción

Diseño de portada: adaptación de la cubierta original de Giunti / Penguin Random House Grupo Editorial
Imágenes de portada: composición fotográfica a partir de imágenes de © Lee Avison / Trevillion Images y © G. Poulsen de Pixabay

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-666-8373-9

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @penguinlibros
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



penguinlibros

[1] Peces típicos del lago de Como que forman parte de la gastronomía local. *(N. de la T.)*.

[2] Plato del lago de Como en el que el pez *agone* se sirve seco y salteado. *(N. de la T.)*.

[3] Tipo de baile que triunfó en Francia en los siglos XVIII y XIX y que consta de cuatro movimientos: *pantalon*, *été*, *poule*, *pastourelle* y *finale*. *(N. de la T.)*.

[4] Tipo de estofado, generalmente de pollo o conejo, preparado con pimiento, tomate, cebolla y especias. *(N. de la T.)*.

# Índice

El secreto de Villa Carlotta
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Epílogo
Nota de la autora
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre Silvia Montemuro
Créditos
Notas